

Huntley Fitzpatrick

EN LA  
PUERTA  
DE AL  
LADO

Un chico.  
Un secreto.  
Un verano.



Lectulandia

Los Garrett son todo lo que no son los Reed: ruidosos, desordenados y cariñosos. Y cada día, desde el balcón de su habitación, Samantha Reed sueña con ser una de ellos... hasta que una tarde de verano, Jase Garrett se cuelga por su ventana y eso lo cambia todo.

Ambos se enamoran; tropiezan con la timidez y lo maravilloso del primer amor. La familia de Jase acoge muy bien a Samantha. Pero entonces sucede lo inimaginable y el mundo de Samantha se vuelve patas arriba. Ahora tiene que enfrentarse a una decisión imposible. Guardar un secreto que arruinará a los Garrett o confesar la verdad y acabar con la carrera de su madre. ¿Podrá salvar a las dos familias? ¿O ha llegado el momento de que se salve a sí misma?

**Lectulandia**

Huntley Fitzpatrick

# **En la puerta de al lado**

**En la puerta de al lado - 1**

ePub r1.0

Titivillus 03.02.2017

Título original: *My life next door*  
Huntley Fitzpatrick, 2012  
Traducción: Eva Pérez Muñoz  
Diseño de cubierta: Mario Arturo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Naturalmente, para Colette Corry. La definición «mejor amiga» nunca será suficiente.*

## AGRADECIMIENTOS

Aunque nunca pensé que escribir fuera un trabajo solitario, en el que solamente interviniera el autor y una buhardilla con corrientes de aire, antes de esta novela no tenía ni idea de la cantidad de gente que necesitaría para que mis palabras se convirtieran en el libro que ahora mismo tienes en tus manos. Así que he tenido una suerte enorme.

Empezaré con mi increíble y extraordinariamente comprensiva agente, Christina Hogrebe, de la Agencia Jane Rotrosen. Es una persona maravillosa que sabe lo que quiere el mercado, consigue hacer un análisis cuidadoso de la historia y lidiar con los nervios de todo autor.

Meg Ruley y Annelise Robey, de la misma agencia, que pronunciaron las palabras mágicas de «lo tienes» que me inspiraron a escribir. Carlie Webber, que con su experiencia la literatura juvenil y sus sabias preguntas detrás de cada escena me ayudó más de lo que con palabras podría expresar.

También está Jessica Garrison, mi editora. Uno de los días más felices de mi vida fue cuando decidió leer esta novela y poner todo su talento y habilidades a trabajar en ella. No hay ni una sola página de este libro que no haya sido mejorada por el ojo de lince de Jess, su atención al detalle y su toque creativo.

Un solo gracias no es bastante para todo el equipo de literatura juvenil de Dial/Penguin Books. La memoria sobrenatural de Regina Castillo tanto para la gramática como para la trama me han salvado de cometer muchos fallos. Tanto Kathy Dawson como Jackie Engel creyeron en esta historia desde el principio, incluso durante su difícil adolescencia. Theresa Evangelista creó la mejor portada que me podía imaginar y Jasmin Rubero le dio a mis palabras un aspecto impresionante.

Esta historia nunca habría llegado al capítulo final sin la sinceridad y paciencia de mi adorado grupo de revisores, FTHRWA. Me llevaron de la mano todo el camino y me ayudaron con el argot de los jóvenes. Gracias a Ginny Lester, Ana Morgan, Morgan (Carole) Wyatt, Amy Villalba, Jaclyn Di Bona y Ushma Kothari. También a todos los amigos de mi ciudad natal, que me explicaron todo lo necesario sobre los motores de los vehículos, el funcionamiento de la mente de un adolescente y las consecuencias de los errores médicos.

Y luego está la CTRWA. Después de la primera reunión a la que acudí, llamé a mi marido y le dije: «He encontrado mi lugar». Vosotros habéis sido eso y mucho más. Un reconocimiento especial para Jessica Anderson, que me ayudó a afinar mi estilo, y para Toni Andrews que respondió con infinita paciencia a un montón de preguntas ingenuas.

La generosidad de Kristan Higgins con los nuevos escritores es tan conocida

como sus zapatos. Kristan ha sido un apoyo constante y se lo agradeceré eternamente, no solo a ella sino a todos esos clones llenos de talento que debe de tener, ¿verdad?

Por último, otro gracias a Gay Thomas y Rhonda Pollero que me acompañaron con enorme afecto en mi transformación de su afortunada editora a autora compañera. Como la araña Charlotte, son dos amigos como la copa de un pino y unos escritores increíbles. Me llena de orgullo haberles conocido.

En cuanto a mis hijos, llenáis mis días de risas, momentos insuperables y un constante recuerdo de lo que verdaderamente importa. Os amo más que a nada en este mundo.

Mi hermana, deLancey, me acompañó y cuidó de mí en todo este proceso. Me siento inmensamente afortunada de tener una hermana tan protectora, honesta y divertida. Una hermana que, todo hay que decirlo, nunca ha salido con ningún tenista rubio. Por supuesto que no.

A mi padre, que siempre ha sido mi héroe. Y a Georgia, mi adorada madrastra.

Y a mi marido, John, que confió ciegamente en mí cuando durante nuestra primera cita le dije que era escritora y nunca dejó de apoyarme para que se hiciera realidad. Eres mi seguidor más leal, mi mejor relaciones públicas y mi crítico más amable.



## CAPÍTULO 1

Los Garrett estuvieron vedados desde el principio.

Pero no era por eso por lo que eran importantes.

Diez años atrás, mientras estábamos de pie en el jardín delantero de nuestra casa, estacionaron su maltrecho sedán, seguido de un camión de mudanzas, en la puerta de al lado.

—Oh, no —suspiró mi madre, dejando caer los brazos a los costados—. Albergaba la esperanza de poder evitar esto.

—¿Esto... qué? —preguntó mi hermana desde el camino de entrada. Tenía ocho años y estaba harta de la tarea que nuestra madre nos había asignado aquel día: plantar narcisos en el jardín de entrada, de modo que se fue a toda prisa hacia la valla que separaba nuestra casa de la de al lado y se puso de puntillas para poder observar a los nuevos vecinos. Yo hice otro tanto y me asomé en el espacio que había entre dos tablillas, mirando con asombro salir del automóvil a los dos adultos y cinco niños que lo ocupaban como si se tratara de uno de esos vehículos atestados de payasos del circo.

—Esto. —Mamá hizo un gesto en dirección al sedán mientras se retorció un mechón de su rubio cabello con la mano—. Siempre hay una en cada barrio. La familia que nunca corta el césped, que tiene juguetes desperdigados por todas partes. Los que nunca plantan flores o que, cuando lo hacen, las dejan morir. La familia descuidada que hace que el valor de las viviendas de la zona disminuya lo suyo. Y aquí están. Justo en la puerta de al lado. Has plantado ese bulbo del revés, Samantha.

Cambié el bulbo de posición y clavé las rodillas en la tierra para acercarme más a la valla sin dejar de mirar al padre que mecía a un niño pequeño en el asiento del sedán mientras otro con el pelo rizado y castaño se encaramaba a su espalda.

—Parecen simpáticos —aventuré.

Recuerdo el silencio que siguió a aquella frase y cómo mi madre sacudió la cabeza cuando alcé la vista para mirarla. Tenía una extraña expresión en el rostro.

—La simpatía es lo de menos, Samantha. Tienes siete años y debes empezar a ver qué es lo que realmente importa. Cinco hijos. Por Dios bendito. Igual que la familia de tu padre. Una locura. —Volvió a sacudir la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

Me acerqué un poco más a Tracy y rasqué un trozo de pintura blanca de la valla con la uña del pulgar. Mi hermana me lanzó la misma mirada de advertencia que ponía cuando estaba viendo la televisión y yo la molestaba con alguna de mis preguntas.

—Es mono —dijo, fijando de nuevo su atención al otro lado de la valla. Miré para ver a quién se refería y vi a un muchacho mayor saliendo de la parte trasera del



automóvil, con un bate de béisbol en la mano, que se dispuso a sacar una caja de cartón llena de ropa de deporte.

Ya desde esa época a Tracy le gustaba cambiar de tema para olvidar lo difícil que le resultaba a nuestra madre hacer de padre. Papá había salido de nuestras vidas sin despedirse siquiera, dejando a mamá con una niña de un año, un bebé en camino, una enorme decepción y, afortunadamente, el fondo fiduciario de sus padres.

\* \* \*

El transcurso de los años demostró que nuestros vecinos, los Garrett, eran tal y como mi madre predijo. Cortaban el césped de forma esporádica, si es que lo hacían; no quitaban las luces de Navidad hasta Pascua y su jardín trasero estaba atestado de cosas: una piscina de obra con trampolín, un columpio y unas barras de mono para trepar por ellas. Cada cierto tiempo, la señora Garrett se esforzaba en plantar algo propio de la estación en la que estuviéramos: crisantemos en septiembre, nomeolvides en junio... pero al final siempre los dejaba marchitar mientras se ocupaba de asuntos más importantes, como sus cinco hijos. Cinco hijos que terminaron convirtiéndose en ocho. Todos ellos nacidos con una diferencia aproximada de tres años.

—Mi punto crítico. —La oí decir un día en el supermercado, en respuesta a un comentario que hizo la señora Mason sobre su abultado vientre—, es a los veintidós meses. Ahí es cuando dejan de ser bebés. Y a mí me encantan los bebés.

La señora Mason alzó ambas cejas y sonrió, aunque en cuanto se dio la vuelta frunció los labios y sacudió la cabeza desconcertada.

La señora Garrett pareció no darse cuenta del gesto, feliz consigo misma y con su caótica familia. Cinco varones y tres hembras cuando cumplí los diecisiete años.

Joel, Alice, Jase, Andy, Duff, Harry, George y Patsy.

\* \* \*

Durante los diez años que transcurrieron desde que los Garrett se mudaron a la casa de al lado, siempre que mi madre pasaba delante de las ventanas laterales de nuestra casa soltaba un resoplido de indignación. Demasiados niños en el trampolín. Bicicletas tiradas en el césped. Otro globo rosa o azul atado al buzón, balaceándose de un lado a otro por la brisa. Ruidosos partidos de baloncesto. La música a todo volumen cuando Alice y sus amigos tomaban el sol. Los hijos mayores lavando los automóviles y mojándose con las mangueras los unos a los otros. Y si no eran ellos, se quejaba de la señora Garrett por dar de mamar al bebé de turno en la escalera o sentándose en el regazo del señor Garrett a la vista de todo el mundo.

—Qué indecencia —solía decir mamá.

—Pero es legal —le respondía siempre Tracy, la futura abogada de la familia, echándose hacia atrás su pelo rubio platino. Se ponía al lado de mamá, observando a los Garrett desde la enorme ventana lateral de nuestra cocina—. Muchas resoluciones judiciales han dejado claro que es perfectamente legal que una madre amamante a su hijo donde quiera. Y eso incluye las escaleras delanteras de nuestros vecinos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué hacerlo cuando existen los biberones y todas esas leches de lactancia tan estupendas? Y si no te queda más remedio que hacerlo, ¿por qué no en la intimidad?

—Está vigilando a sus otros hijos, mamá. Se supone que eso es lo que tiene que hacer —señalaba algunas veces yo, colocándome al lado de Tracy.

Entonces mi madre suspiraba, negaba con la cabeza y sacaba la aspiradora del armario como si de un frasco de ansiolíticos se tratara. Y es que, si tuviera que elegir la banda sonora de mi infancia, sin duda sería el sonido de la aspiradora mientras mamá hacía perfectas líneas simétricas en la alfombra beis del salón. De alguna forma, parecía que esas líneas eran trascendentales para mi madre; tan esenciales que encendía el aparato en cuanto Tracy y yo nos poníamos a desayunar, después nos seguía hasta la puerta de entrada, donde nos poníamos los abrigos y descolgábamos nuestras mochilas, volvía hacia atrás para eliminar todo rastro de nuestras pisadas y la suyas propias y, en cuanto salíamos por la puerta, dejaba el electrodoméstico detrás de una de las columnas del porche para volver a sacarlo por la noche, nada más llegar a casa después del trabajo.

\* \* \*

Desde un primer momento quedó claro que no podíamos jugar con los Garrett. Tras llevar la obligatoria lasaña de «bienvenidos al barrio», mi madre puso todo de su parte para mostrarse lo más antipática posible. Respondía a las sonrisas a modo de saludo de la señora Garrett con secos asentimientos y rechazó todas las ofertas del señor Garrett para cortar el césped, barrer hojas secas o quitar nieve de nuestra entrada con un somero: «Ya tenemos a alguien que se encarga de eso, gracias».

Así que al final los Garrett dejaron de intentarlo.

Aunque vivíamos al lado y alguno de sus hijos siempre pasaba por delante de mí mientras yo estaba regando las flores de mi madre, resultó relativamente fácil no relacionarse con ellos. Los Garrett iban a un colegio público y Tracy y yo estudiábamos en Hodges, en el único centro privado que había en la pequeña ciudad de Connecticut en la que residíamos.

\* \* \*

Algo que mi madre nunca supo, y que no le gustaría en absoluto, fue que me dedicué a observar a los Garrett. Todo el tiempo.

La ventana de mi habitación da a una reducida extensión plana de tejado delimitado con una pequeña barandilla. No se trata de un balcón propiamente dicho, más bien una especie de alféizar exterior enclavado entre dos gabletes, invisible desde el jardín trasero y desde el delantero y desde el que se puede ver la parte derecha de la casa de los Garrett. Antes de que ellos llegaran era mi lugar favorito para sentarme y pensar. Después, se convirtió en mi refugio para soñar.

Solía subirme por la noche, antes de irme a dormir, y miraba a través de las ventanas iluminadas. Veía a la señora Garrett lavando los platos, con alguno de sus hijos más pequeños sentado a su lado sobre la encimera. O al señor Garrett jugando a las peleas con los mayores. O cómo se encendían las luces en la habitación donde se suponía que dormía alguno de los bebés y aparecía la silueta del señor o la señora Garrett que mecía una figura diminuta, acariciándole la espalda. Era como contemplar una película muda, una vida muy diferente a la que yo llevaba.

Con los años me volví más atrevida. A veces los observaba de día, después de la escuela, recostada sobre un gablete, tratando de imaginar qué Garrett respondía a los nombres que se oían llamar desde la puerta; lo que al principio me resultó difícil ya que todos tenían el pelo castaño y ondulado, piel aceitunada y eran de constitución fuerte, como si pertenecieran a otra raza.

Joel era el más fácil de identificar; era el mayor, el de cuerpo más atlético y solía aparecer en los periódicos locales en distintos eventos deportivos, así que conocía su rostro en blanco y negro. Alice, la siguiente en la línea, con sus tintes extravagantes y el tipo de ropa que siempre llevaba suscitaba comentarios acalorados de la madre, por lo que también podía reconocerla a simple vista. George y Patsy eran los más pequeños. En cuanto a los tres varones de en medio, Jase, Duff y Harry... no lograba distinguirlos con exactitud. Estaba segura de que Jase era el mayor de los tres, ¿pero también era el más alto? Se suponía que Duff era el más inteligente, más que nada porque participaba en torneos de ajedrez y concursos de ortografía, pero no llevaba gafas ni tenía el aspecto propio de los «cerebritos». Harry se metía en líos cada dos por tres; «¡Harry!, ¿qué es lo que has hecho?» era la retahíla de todos los días. Y Andy, la hermana de en medio, siempre parecía estar desaparecida; su nombre era el que más sonaba cuando los llamaban a cenar o a la hora de salir de casa. «¡Annnnnnnnnndyyyyyyy!».

Desde mi oculto refugio me asomaba al jardín, intentando localizar a Andy, averiguar la última trastada de Harry o ver qué llevaba puesto Alice. Los Garrett se convirtieron en mi cuento de cuando me iba a la cama mucho antes de que me imaginara que terminaría formando parte de esa historia.

## CAPÍTULO 2

Es la primera noche de calor bochornoso de junio y estoy sola en casa. Aunque intento disfrutar de la tranquilidad de mi hogar, no paro de moverme de un lado a otro inquieta.

Tracy ha salido con Flip, otro jugador de tenis rubio que añadir a su interminable lista de novios. Tampoco consigo contactar con Nan, mi mejor amiga, que parece haber sido abducida por Daniel, su novio, desde que este se graduó en el instituto la semana pasada. No hay nada que me apetezca ver en la televisión ni ningún lugar al que quiera ir. He intentado sentarme un rato en el porche, pero la marea baja ha dejado una sofocante humedad en el ambiente y la brisa que viene del río huele a lodo.

Así que al final me quedo en nuestro salón de techos abovedados, masticando los hielos que quedan en el vaso de agua que acabo de beber y leyendo las revistas *In Touch* de Tracy. De pronto oigo un zumbido alto y continuo. Miro a mi alrededor alarmada, intentando localizar la fuente. ¿Se trata de la secadora? ¿El detector de humo? Tras unos segundos me doy cuenta de que es el timbre, sonando una y otra vez. Corro a abrir la puerta. Seguro que se trata de alguno de los ex de mi hermana que está intentando recuperarla tras tomarse unos cuantos daiquiris de fresa en el club de campo.

En su lugar veo a mi madre, con la espalda apoyada sobre el timbre y besándose con un hombre. Cuando abro la puerta ambos tropiezan, pero él se sujeta a la jamba y continúa besándola. Así que me quedo allí parada, con los brazos cruzados y sintiéndome como una estúpida mientras la calurosa brisa mece mi fino camisón. Oigo los típicos sonidos del verano: el murmullo de las olas a lo lejos, el ulular del viento contra los cerezos silvestres, una moto transitando por la calle. Ninguno de ellos, y mucho menos mi presencia, consiguen detener a mi madre y a este hombre. Ni siquiera cuando el rugido de la moto se hace insoportable y se para en el camino de entrada de los Garrett, lo que normalmente pone de los nervios a mamá.

Después de un rato, se separan unos centímetros para tomar aire y mi madre se vuelve hacia mí soltando una risa incómoda.

—¡Samantha, por Dios! ¡Qué susto me has dado!

Se nota que está nerviosa. Ha hablado con voz aguda, como la de una niña, no de la forma autoritaria de «esto se hace así» que suele usar en casa o la mezcla de tono dulce y acerado que utiliza en el trabajo.

Hace cinco años, mamá entró en política. Al principio, Tracy y yo no nos lo tomamos muy en serio; ni siquiera estábamos seguras de que votara. Pero un día vino emocionada de un mitin y dispuesta a convertirse en senadora. Se presentó a las

elecciones y ganó... y nuestras vidas cambiaron por completo.

Por supuesto que estábamos orgullosas de ella. Pero a partir de ese momento, en vez de hacernos el desayuno y escudriñar en nuestras mochilas para asegurarse de que habíamos hecho los deberes, empezó a salir de casa a las cinco de la mañana para dirigirse a la capital del estado, Hartford, «antes de que el tráfico se pusiera imposible». Por las noches llegaba tarde por haber estado en alguna comisión o sesión especial y los fines de semana ya no acudía a las exhibiciones de gimnasia de Tracy o a mis competiciones de natación, sino que se dedicaba a preparar las próximas elecciones, asistir a alguna sesión extraordinaria o atender eventos locales. Mi hermana intentó llamar su atención haciendo uso de todos los trucos de «adolescente rebelde»: coqueteó con el alcohol y las drogas, robó en los centros comerciales y se acostó con demasiados chicos. Yo leí montones de libros, me afilié (mentalmente) al partido demócrata (mamá es republicana) y pasé mucho más tiempo observando a los Garrett.

Así que aquí estoy, de pie y todavía petrificada por este inesperado y prolongado despliegue de afecto en público, hasta que mi madre se despega finalmente de ese hombre. En cuanto le veo la cara suelto un jadeo.

Cuando un hombre te abandona embarazada y con una niña pequeña no tienes fotografías de él encima de la chimenea. Tenemos muy pocas fotos de mi padre, todas ellas en la habitación de Tracy. Aún así, le reconozco de inmediato; la curva de la mandíbula, los hoyuelos, el brillante cabello rubio, los hombros anchos... Este hombre tiene todas esas características.

—¿Papá?

La expresión de mamá pasa de una deslumbrante ensoñación al más absoluto de los horrores, como si acabara de echarle una maldición.

El hombre se aleja de mamá y extiende una mano en mi dirección. Ahora que lo veo más de cerca y bajo la luz que desprende el salón, me doy cuenta de que es mucho más joven de lo que mi padre debería ser.

—Hola, cariño. Soy el nuevo y más entusiasta miembro de la campaña de reelección de tu madre.

«¿Entusiasta? ¡No hace falta que lo jures!».

Me estrecha la mano sin mucha colaboración por mi parte, todo hay que decirlo.

—Te presento a Clay Tucker —dice mi madre con el mismo tono reverencial que uno usaría para referirse a Vincent van Gogh o Abraham Lincoln. Se vuelve hacia mí y me lanza una mirada de reproche, sin duda por el comentario de «papá», pero recobra la compostura al instante—. Clay trabaja en campañas de ámbito nacional, así que me siento inmensamente afortunada de que haya aceptado ayudarme.

«¿En calidad de qué?», me pregunto mientras veo cómo se ahueca el pelo en un gesto puramente coqueto. «¿Mi madre?».

—¿Lo ves, Clay? —continúa ella—. Te dije que tenía una hija crecida.

Parpadeo asombrada. Teniendo en cuenta que apenas mido un metro sesenta —y

con tacones—, «crecida» me parece un poco exagerado. Entonces me doy cuenta de que se refiere a mayor; que tiene una hija mayor para alguien tan joven como ella.

—Clay se sorprendió bastante cuando se enteró de que tenía una hija adolescente. —Mi madre se mete un mechón de pelo detrás de la oreja—. Dice que yo sí que parezco una.

Me pregunto si le habrá hablado ya de Tracy o si tiene la intención de mantener oculta su existencia un poco más.

—Eres tan guapa como tu madre —me dice él—. Ahora sí que me lo creo. —Tiene el tipo de acento sureño que te hace pensar en mantequilla derretida sobre galletas y en porches con bancos balancín.

Clay echa un vistazo al salón.

—Qué estancia tan fabulosa —señala—. A uno le dan ganas de quedarse aquí tumbado después de un largo y duro día de trabajo.

El rostro de mamá resplandece. Nuestra casa es motivo de orgullo para ella, siempre está renovando alguna habitación en una búsqueda constante de la perfección absoluta. Clay recorre despacio el salón. Examina los enormes cuadros de paisajes sobre las blancas paredes, se fija en el súper mullido sofá «no se te ocurra sentarte» de color beis y en los inmensos sillones y decide sentarse en el que está situado frente a la chimenea. Me he quedado muda de asombro. Observo la cara de mi madre. Sus citas nunca han pasado de la puerta, aunque también es cierto que apenas ha salido con hombres estos años.

Sin embargo, ahora no está usando su típica excusa de «¡Oh, fíjate lo tarde que se ha hecho!» mientras empuja al hombre hacia la puerta. Todo lo contrario, vuelve a sonreír como si fuera una quinceañera, juguetea con la perla de un pendiente y dice:

—Voy a preparar café.

Se da la vuelta en dirección a la cocina, pero antes de dar un paso, Clay Tucker se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—Tengo la impresión de que eres el tipo de hija que sabe cómo hacerse un café y que deja que su madre se relaje.

Me pongo coloradísima y doy un paso atrás sin darme cuenta. La verdad es que siempre le preparo un té a mamá cuando llega tarde. Es como una especie de ritual. Pero hasta ahora nadie me había dicho nunca que lo hiciera. Una parte de mí piensa que puede que le haya entendido mal; solo conozco a este tipo desde hace un par de segundos. La otra parte, sin embargo, siente la misma desazón que cuando se me olvida hacer algún problema de matemáticas para subir nota o cuando meto mi ropa recién lavada en un cajón sin doblarla. Durante unos segundos, me quedo parada intentando buscar una respuesta adecuada pero me he quedado en blanco. Al final hago un gesto de asentimiento y voy a la cocina.

Mientras preparo el café oigo murmullos y risas bajas provenientes del salón. ¿Quién es este hombre? ¿Lo conoce Tracy? Supongo que no, si yo soy la «hija crecida». Además, desde que Tracy y Flip se graduaron la semana pasada mi hermana

se ha pasado todo el tiempo, o yendo a los partidos de tenis de su novio para animarle, o en el descapotable de él, aparcado en el camino de entrada a casa, con los asientos reclinados mientras nuestra madre está en el trabajo.

—¿Tienes ya listo el café, cariño? —grita mamá—. Clay necesita un buen estimulante. Se ha estado dejando la piel para echarme una mano.

«¿Dejarse la piel?». Sirvo el café recién hecho en unas tazas, las coloco en una bandeja junto con la crema, el azúcar y unas servilletas y regreso al salón.

—Esa taza está bien para mí, cariño, pero Clay necesita algo más grande. ¿Verdad, Clay?

—Correcto —responde él con una enorme sonrisa mientras me pasa la taza de té—. Usa la más grande que tengáis, Samantha. Sin cafeína no soy persona. Es una de mis debilidades. —Me guiña un ojo.

Cuando vuelvo de la cocina por segunda vez, coloco delante de Clay una taza tamaño desayuno.

—Vas a adorar a Samantha, Clay —dice mi madre—. Es una muchacha tan inteligente. Este último curso todas sus clases han sido de nivel avanzado y ha sacado unas notas excelentes. Ha formado parte del grupo de redacción del anuario, del periódico del instituto, perteneció al equipo de natación... ¡Mi hija es toda una estrella! —Me mira y esboza una sonrisa de las de verdad; una de esas que le llega a los ojos. Se la devuelvo.

—Igual que su madre —comenta Clay. Mamá le mira ensimismada. A continuación ambos intercambian una mirada de complicidad y mamá se sienta en el brazo del sillón en el que está él. Durante un segundo, me pregunto si todavía sigo en la habitación porque está claro que se han olvidado de mí. Bien. Así evitaré perder el control y tirar el todavía humeante café sobre el regazo de ese tipo. O algo helado sobre el de mamá.

\* \* \*

«Contesta, contesta», ruego con el teléfono en la oreja. Tras varios tonos oigo un clic, pero no se trata de Nan. Es Tim.

—Residencia de los Mason —dice él—. Si eres Daniel, Nan ha salido con otro tipo que la tiene mucho más grande que tú.

—No soy Daniel. Pero ¿es verdad? Me refiero a lo de salir.

—Qué va. ¿Nan? Tiene suerte de tener a Daniel y eso sí que es deprimente.

—¿Dónde está?

—Por ahí —dice Tim en tono amable—. Yo estoy en mi habitación. ¿Alguna vez te has preguntado para qué sirven los pelos de los dedos de los pies?

Tim está borracho. Como siempre. Cierro los ojos.

—¿Puedo hablar con ella ahora?



Tim me dice que va a buscarla, pero diez minutos más tarde sigo esperando. Lo más seguro es que se haya olvidado hasta de que ha hablado conmigo.

Cuelgo y me tumbo un rato en la cama, mirando el ventilador de techo. Después abro la ventana de mi habitación y me impulso hacia arriba para salir fuera.

Como suele ser habitual, casi todas las luces de la casa de los Garrett están encendidas, incluyendo las del camino de entrada, donde Alice, unos cuantos de sus amigos con gusto pésimo a la hora de vestir y algunos de los chicos Garrett están jugando al baloncesto. Puede que también esté alguno de sus novios. No puedo asegurarlo ya que no paran de correr de un lado para otro, con la música saliendo a todo volumen de los altavoces del iPod que han dejado en la escalera delantera.

No se me da bien el baloncesto, pero parece divertido. Me fijo en la ventana del salón y veo al señor y la señora Garrett. Ella está recostada sobre el respaldo de su silla, con los brazos cruzados mirando hacia abajo, donde se encuentra su marido señalándole algo en una revista. La luz del dormitorio donde duerme la más pequeña de los Garrett también está encendida. ¿Tendrá miedo Patsy de la oscuridad?

De repente oigo una voz muy cerca de mí. Justo debajo.

—Hola.

Estoy a punto de perder el equilibrio del susto. Entonces siento una mano sobre mi tobillo y oigo un crujido, como si alguien estuviera trepando por el enrejado para llegar a mi escondite secreto.

—Hola —vuelve a decir él, sentándose a mi lado como si nos conociéramos de toda la vida—. ¿Necesitas que te rescaten?

## CAPÍTULO 3

Me quedo mirando al recién llegado. Está claro que es un Garrett y no Joel, ¿pero quién? Ahora que le veo de cerca, con la luz que sale de mi habitación, me doy cuenta de que es distinto al resto de los Garrett, más alto y un poco más delgado; tiene el pelo ondulado y castaño, aunque de un tono más claro y con mechones que se vuelven rubios en verano.

—¿Por qué iba a necesitar que me rescataran? Estoy en mi casa, en mi tejado.

—No sé. Me ha dado esa impresión. Te he visto aquí y me has recordado a Rapunzel, la princesa esa encerrada en la torre, con todo ese pelo largo y rubio... ya sabes...

—¿Y tú serías? —Sé que soltaré una carcajada si responde que es el príncipe.

Sin embargo, en lugar de contestar, extiende la mano y dice: «Jase Garrett», como si estuviéramos en una de esas entrevistas que te hacen para valorar si te admiten o no en la universidad en vez de sentados en el tejado de mi casa de noche.

—Samantha Reed. —Le estrecho la mano; un gesto automático de cortesía a pesar de lo extraño de la situación.

—Un nombre muy de princesa —comenta con tono de aprobación mientras me sonrío. Tiene unos dientes blanquísimos.

—No soy ninguna princesa.

Me mira pensativo.

—Lo has dicho de forma muy rotunda. ¿Hay algo importante que deba saber sobre ti?

Toda esta conversación es surrealista. El hecho de que Jase Garrett sepa o deba saber nada sobre mí es completamente ilógico. Sin embargo, en vez de contestarle eso, me veo haciéndole una confidencia.

—Por ejemplo, hace un segundo quería hacer daño a alguien a quien acabo de conocer.

Jase se toma su tiempo para responder, como si estuviera sopesando sus palabras.

—Bueeeeno —contesta finalmente—, me imagino que un montón de princesas se han sentido así en algún momento de sus vidas. Matrimonios concertados y todo ese lío. ¿A quién quieres hacer daño? ¿A mí? Porque puedo pillar la indirecta sin ningún problema. Solo tienes que pedirme que deje tu techo sin necesidad de romperme una rótula.

Estira las piernas y se pasa los brazos por detrás de la cabeza en un gesto que le hace parecer tan cómodo como si estuviera en su propia casa. A pesar de mi reticencia, le hablo sobre Clay Tucker. No sé muy bien por qué. Tal vez porque Tracy no está en casa y mamá está comportándose como una extraña. O porque hablar con

Tim sería una pérdida de tiempo. O porque Nan está desaparecida en combate. O quizá sea por el propio Jase; por la forma tan despreocupada con la que está sentado a mi lado, esperando a que le cuente la historia, como si las inquietudes de una adolescente cualquiera le interesaran.

Da igual el motivo; el caso es que se lo cuento.

Cuando termino nos quedamos callados un momento.

Tras un rato en medio de la penumbra, Jase, con el rostro iluminado por la luz de mi ventana, vuelve a hablar.

—Bueno, Samantha... te presentaron a ese tipo y a partir de ahí todo fue cuesta abajo; razón suficiente para un homicidio justificado. A veces a mí también me apetece cargarme a alguien por mucho menos... No sé, extraños en el supermercado.

¿Estoy en el tejado con un psicópata? Me alejo un poco de él mientras continúa:

—Gente que se acerca a mi madre en cualquier momento, cuando está con todos sus hijos juntos y le dice: «¿No sabe que hay muchos medios para prevenir algo así?», como si tener una familia numerosa fuera... no sé... un incendio... y ellos fueran el servicio de protección forestal. O aquellos que le hablan a mi padre de la vasectomía y de lo mucho que cuestan las matrículas universitarias, como si él no tuviera ni idea. Más de una vez me hubiera encantado darles un puñetazo.

Caramba. Nunca he conocido a ningún muchacho, en el instituto ni en ningún otro sitio, que pase tan rápido de una charla intrascendente a otra importante.

—No hay que perder de vista a la gente que se cree en posesión de la verdad — reflexiona Jase pensativo—. Pueden llegar a aplastarte si te cruzas en su camino.

Recuerdo todos los comentarios de mi madre sobre la vasectomía y la universidad.

—Lo siento —murmuro.

Jase se endereza. Parece sorprendido.

—Mi madre dice que aquellos que creen que sus ideas son leyes universales solo deben producirnos lástima.

—¿Y qué piensa tu padre?

—Como yo. Al igual que el resto de la familia. Mamá es la pacifista. —Sonríe.

Desde la cancha de baloncesto nos llega un coro de risas. Miro por encima de mi posición y veo a un muchacho que agarra a una chica por la cintura, la alza para hacerla girar y después la deja en el suelo para atraerla hacia sí.

—¿Por qué no estás ahí abajo? —pregunto.

Me mira durante un instante, como si estuviera pensando qué decir. Al final responde:

—Dímelo tú, Samantha.

A continuación se levanta, se estira, me da las buenas noches y baja por el enrejado.

## CAPÍTULO 4

Por la mañana, mientras hago lo propio de todos los días —cepillarme los dientes, contemplar mi conocida cara delante del espejo: pelo rubio, ojos azules, pecas... nada especial— tengo la sensación de que todo ha sido un sueño, que anoche no estuve sentada en camión, en la oscuridad de mi refugio, hablando de sentimientos con un extraño: nada menos que Jase Garrett.

Durante el desayuno, le pregunto a mi madre dónde conoció a Clay Tucker y ella, concentrada en pasar la aspiradora, responde con un somero: «En un evento político».

Teniendo en cuenta que es a los únicos eventos a los que va, la respuesta no me aclara mucho las cosas.

Arrincono a Tracy en la cocina. Se está preparando para su día de playa con Flip, aplicándose máscara de pestañas a prueba de agua en el espejo que hay sobre la barra bar. Le cuento lo de anoche, excepto la parte de Jase en el tejado.

—¿Y qué problema hay? —comenta ella, acercándose más al espejo—. Por fin mamá ha encontrado a alguien que le gusta. Y si encima le puede ayudar con la campaña, mejor. Sabes lo emocionada que está con las elecciones de noviembre. — Me pasa la máscara de pestañas—. ¿O se trata de ti y tu miedo a la intimidad?

Odio cuando Tracy se pone en plan psicoanalista conmigo. Desde que zanjó su etapa rebelde con un año de terapia, se cree cualificada para soltar sus propias teorías freudianas.

—No, se trata de mamá —insisto yo—. No era ella misma. Si hubieras estado aquí, también te habrías dado cuenta.

Tracy extiende los brazos con las manos abiertas en un gesto que señala toda nuestra cocina (actualizada al más mínimo detalle) con vistas al enorme salón y amplio vestíbulo. Espacios demasiado grandes para nosotras tres, demasiado espléndidos; solo Dios sabe el tipo de mensaje que se quiere dar con algo de estas características. Nuestra casa debe ser el triple de grande que la de los Garrett. Y eso que ellos son diez.

—¿Por qué iba a querer estar aquí? —me pregunta—. ¿Qué hay «aquí» que nos pueda resultar interesante?

Me dan ganas de responder que «yo» estoy aquí, pero entiendo lo que quiere decir. Nuestro hogar contiene todo lo imaginable para vivir cómodamente: los mejores muebles, la tecnología más puntera, está immaculado... Y también tiene a tres personas que preferirían estar en otra parte.

\* \* \*

A mi madre le gusta la rutina, lo que significa que tenemos programadas algunas de las cenas de la semana: sopa y ensalada los lunes, pasta los martes, filete los miércoles... Os hacéis una idea, ¿verdad? Tiene pegados en la pared nuestros horarios con todas las actividades extraescolares, aunque no tenga tiempo de acompañarnos, y se asegura de que no tengamos mucho tiempo libre durante el verano. Desde que salió elegida senadora, le ha sido imposible continuar con algunas de estas rutinas; otras, sin embargo, las ha hecho más frecuentes. La cena de los viernes en el Bath & Tennis Club de Stony Bay sigue siendo sacrosanta.

El Bath & Tennis Club de Stony Bay es la clase de edificio que todo el mundo de la zona pensaría que es de mal gusto si no fuera porque «todos» están deseando formar parte de él. Fue construido hace quince años, pero parece un castillo estilo Tudor. Está situado en las colinas de la ciudad, por lo que ofrece unas espléndidas vistas del río. A mamá le encanta el B&T, incluso forma parte del Consejo de Administración. Gracias a eso, y al hecho de haber pertenecido al equipo de natación, el año pasado trabajé como socorrista del club. Este verano volveré a repetir; dos veces por semana a partir del próximo lunes, lo que implica dos jornadas completas en el B&T, más las cenas de los viernes.

Como hoy es viernes, aquí estamos todos; Tracy, Flip y una servidora entrando por las imponentes puertas de roble detrás de mi madre. A pesar de la eterna búsqueda de mi hermana y su novio de lograr la medalla de oro en las olimpiadas de su agenda electrónica, mi madre adora a Flip. Quizás ayude mucho el hecho de que su padre sea el dueño de la empresa más importante de Stony Bay. Sea por la razón que sea, el caso es que desde que Flip y Tracy empezaron a salir hace seis meses, el novio de mi hermana no se ha perdido ni una de las cenas de los viernes. ¡Qué suerte la suya!

Tenemos preparada nuestra mesa de siempre; una que está situada bajo un gigantesco cuadro de un ballenero rodeado de enormes ballenas con arpones clavados por todas partes, pero que todavía son capaces de devorar a unos pocos marineros con mala suerte.

—Tenemos que hablar de lo que vais a hacer este verano —comenta mamá cuando nos sirven una cesta con panecillos—. Quiero tenerlo todo controlado.

—¡Mamá! Ya hemos discutido el tema. Voy a ir a Martha's Vineyard. Flip ha conseguido un trabajo estupendo como profesor de tenis y yo he alquilado una casa con unas amigas y voy a trabajar de camarera en el Salt Air Smithy. El arrendamiento comienza esta misma semana. Ya está todo planeado.

Mamá saca la servilleta de tela de su plato y la desdobra.

—Sí, Tracy, me comentaste lo que tenías pensado hacer pero todavía no te he dado permiso.

—Se supone que este es el verano en el que debo disfrutar de lo lindo. Me lo he ganado —replica Tracy, inclinándose sobre su plato para hacerse con un vaso de agua—. ¿Verdad, Flip?

Pero Flip, en un movimiento muy inteligente por su parte, ha decidido atacar la cesta de panecillos y está concentrado untando uno de ellos con mantequilla, por lo que no puede responder.

—Ya no tengo que preocuparme por el asunto de a qué universidad voy a ir. Me han admitido en Middlebury. No me hace falta demostrar nada más.

—¿Acaso trabajar duro y hacer las cosas bien solo sirven para demostrar algo? —Mi madre alza ambas cejas.

—¿Flip? —Tracy busca de nuevo su ayuda, pero su novio sigue fascinado con la tarea de untar mantequilla a la par que masticando el panecillo.

Mamá decide centrar su atención en mí.

—En cuanto a ti, Samantha, quiero estar segura de que tienes planeado el verano como es debido. ¿Cuántas mañanas a la semana vas a estar trabajando en el Breakfast Ahoy? —Le ofrece al camarero que nos está sirviendo agua con hielo su encantadora sonrisa de cara al público.

—Tres, mamá.

—Y también tienes los dos días de socorrista. —Frunce un poco el ceño—. Lo que te deja tres tardes libres. Más los fines de semana. Mmm... —Ahora es ella la que unta mantequilla en uno de los panecillos. Sé que no se lo va a comer, que es algo que hace para concentrarse.

—¡Mamá! ¡Samantha solo tiene diecisiete años! ¡Por Dios! —exclama mi hermana—. Deja que tenga un poco de tiempo libre.

En ese momento una sombra se cierne sobre la mesa y los tres levantamos la cabeza. Se trata de Clay Tucker.

—Grace. —La besa en una mejilla, luego en la otra y finalmente tira de una silla que hay al lado de mi madre, le da la vuelta y se sienta a horcajadas sobre ella—. Y el resto de tu encantadora familia. No sabía que tenías un hijo.

Tracy y mamá se apresuran a sacarle de su error. Mientras tanto, un camarero llega con la carta; algo del todo innecesario ya que el B&T lleva ofreciendo el mismo menú de precio fijo los viernes por la noche desde que los dinosaurios poblaban la tierra.

—Le estaba comentando a mi hija Tracy que debería dedicar su verano a hacer algo más productivo —dice mi madre, pasándole el panecillo a Clay—. Algo más serio que divertirse en Martha's Vineyard.

Él apoya los brazos en el respaldo de la silla y mira a mi hermana con la cabeza ladeada.

—Creo que un verano distendido y fuera de casa es justo lo que necesita Tracy, Grace. La preparará para cuando vaya a la universidad y tú podrás concentrarte mejor en la campaña.

Mi madre le mira fijamente durante un instante hasta que parece encontrar una señal que a mí me pasa desapercibida.

—De acuerdo, entonces —termina diciendo—. Quizá me he precipitado demasiado,

Tracy. Pero necesito que me des los nombres, números de teléfono y direcciones de las amigas con las que vas a compartir casa, y también tu horario de trabajo.

—Gracie —dice Clay Tucker riéndose—. Estamos hablando de tus hijas, no de política. Sus direcciones y teléfonos no te hacen falta.

Mamá le sonrío. Se ha ruborizado un poco.

—Tienes razón. Estoy sulfurándome por tonterías.

¿De verdad ha pronunciado mi madre esa frase con la cadencia típica del sur? ¿Acaso se está convirtiendo en Escarlata O'Hara? ¿Cree que eso puede funcionarle aquí, en Connecticut?

Saco el teléfono móvil del bolsillo y escribo con disimulo un mensaje a Nan.

Mamá ha sido abducida por los extraterrestres. Solicito consejo de inmediato.

A los pocos segundos recibo su respuesta. Aunque no ha hecho ni caso de lo que le ponía.

¿Sabes qué? ¡He ganado el Premio Lazlo de literatura! ¡¡¡Van a publicar mi ensayo sobre Huck Finn y Holden Caulfield en la revista literaria de Connecticut!!! A Daniel también le publicaron su ensayo el año pasado y dice que eso ha sido clave para que le hayan admitido en el MIT<sup>[1]</sup>. ¡¡Allá voy, Columbia!!

Recuerdo aquel ensayo. Nan sudó lo suyo. Y eso que el tema que escogió me resultó de lo más extraño. ¿Hablar del protagonista de *El guardián entre el centeno* cuando ella odia esa novela porque, según sus propias palabras, «está llena de palabrotas y Holden está pirado»?

¡Genial!

Apenas me da tiempo a escribir más ya que mi madre se da cuenta, me confisca el teléfono móvil y lo guarda en su bolso.

—Samantha, hoy me ha llamado Mary Mason para hablar de Tim. —Bebe un largo sorbo de agua y me mira con las cejas alzadas.

Esto no puede traer nada bueno. Hoy en día todo lo que implique «hablar de Tim» es sinónimo de desastre.

—Quiere que mueva algunos hilos para que trabaje como socorrista en el club. Por lo visto, no le ha ido bien en el trabajo en Hot Dog Haven.

Claro. Porque si se te da mal poner salsa de tomate y mostaza en un perrito caliente lo más lógico es que te pongas a salvar vidas.

—Ahora que han abierto la piscina estilo laguna —continúa ella—, se necesita otro socorrista más. ¿Qué te parece?

«¿Una idea catastrófica?». Tim y salvar vidas no es la mejor combinación del mundo. Sé que nada bien —estuvo en el equipo de natación de Hodges antes de que le expulsaran—, pero...

—Vamos, dime —insta mi madre mientras me muerdo el labio.



Cuando ejerzo de socorrista, apenas aparto la vista de la piscina un segundo. Me imagino a Tim ocupando ese puesto y me estremezco, pero llevo ocultando durante años —tanto a sus padres como a mi madre— el tipo de persona en la que se ha convertido.

—Mamá, últimamente está un poco... distraído. No creo que...

—Lo sé —dice mi madre con impaciencia—. Ahí es donde quería llegar, Samantha. Un trabajo como este le vendría muy bien. Necesita centrarse, salir y pasar más tiempo al aire libre. Y lo más importante, será un punto a su favor en las solicitudes de admisión universitaria. Voy a recomendarle para el puesto. —Saca el teléfono móvil y me mira asintiendo con la cabeza; clara señal de que ha terminado con la conversación.

—Muy bien —interviene Clay, esbozando una sonrisa—. ¿Os importa si vuestra madre y yo hablamos de negocios? —nos pregunta a Tracy, Flip y a mí.

—Adelante —responde mi hermana alegremente.

Clay no se lo piensa dos veces y va directo al grano.

—He estado estudiando las características de tu contrincante en las próximas elecciones, el tal Ben Christopher. Y voy a serte sincero, Grace, necesitas ser más identificable.

«Identificable». ¿De verdad existe esa palabra?

Mamá le mira frunciendo el ceño, como si estuviera hablando en otro idioma.

—Ben Christopher —relata Clay—. Se crio en Bridgeport, en el seno de una familia humilde, estudió bachillerato en un colegio privado gracias a una beca, fundó su propia empresa de paneles solares, con lo que ya tiene asegurado el voto de los ecologistas. —Hace una pausa para untar mantequilla en la otra mitad del panecillo de mamá y le da un buen mordisco—. Tiene ese aire de hombre del pueblo que funciona tan bien. Tú, querida mía, puedes parecer un poco estirada. Fría. —Otro mordisco—. Me consta que no es así, pero...

Un momento. Miro a Tracy, esperando que esté tan indignada con lo que acabamos de oír como yo, pero solo tiene ojos para Flip. Ambos están con las manos entrelazadas.

—Entonces, ¿qué debería hacer? —El ceño de mamá se frunce aún más. Nunca la he oído pedir consejo a nadie. Ni siquiera le resulta fácil pedir indicaciones cuando nos hemos perdido.

—Tranquila. —Clay le da un apretón en el antebrazo—. Solo vamos a mostrar lo que ya eres. El lado más dulce de Grace.

«Parece el anuncio de un pastel».

Se mete la mano en el bolsillo, saca algo y nos lo enseña. Se trata de uno de los folletos de la anterior campaña electoral de mamá.

—Mira, a esto es a lo que me refiero. El eslogan de tu campaña anterior decía: «Grace Reed, trabajando por el bien común». Es horrible, querida.

—Pero gané, Clay —puntualiza mi madre a la defensiva.

Me impresiona bastante que esté siendo tan directo con ella. El lema de aquella campaña consiguió que Tracy y yo recibiéramos nuestra buena cuota de burlas por parte de nuestros compañeros de clase.

—Sí, lo hiciste. —Esboza una rápida sonrisa—. Gracias a tu encanto y capacidad. Pero ¿el bien común? ¿De verdad? Chicas, ¿tengo o no tengo razón? —Flip se hace con un tercer panecillo y mira con pesar la puerta de salida. No le culpo por querer salir de aquí cuanto antes—. La última persona que usó un lema como ese fue George Washington. Puede que también Abraham Lincoln. Como acabo de decirte tienes que ser más identificable, ser la persona que los electores están buscando. Cada día se mudan más familias a este estado; familias jóvenes. Ellos son tu objetivo. No tienes que luchar por el voto del americano medio. Ben Christopher ya lo tiene acaparado para sí. Así que esta es mi idea: «Grace Reed trabaja duro por tu familia porque la familia es lo que más le importa». ¿Qué te parece?

Justo en este momento aparece el camarero con nuestros aperitivos. Me doy cuenta de que no le sorprende ver a Clay en la mesa, por lo que me pregunto si todo esto no estaba planeado.

—Madre mía, esto tiene una pinta estupenda —apunta Clay Tucker mientras el camarero coloca un gran cuenco de sopa de pescado delante de él—. Algunos dirán que los sureños no sabemos apreciar este tipo de comida, pero me gusta disfrutar de los placeres de la vida y esto —afirma, señalando con la cuchara a mi madre mientras nos mira esbozando una enorme sonrisa—, está delicioso.

Tengo la sensación de que Clay Tucker va a pasar muchas horas con nosotros.

## CAPÍTULO 5

Al día siguiente, cuando llego a casa después del trabajo, sudorosa tras la caminata bajo el sol del verano, mis ojos vuelan al hogar de los Garrett. La casa está inmersa en un extraño silencio. Me quedo allí parada, observando, hasta que diviso a Jase en el camino de entrada, tumbado de espaldas mientras repara una enorme moto plateada y negra.

Os aviso desde ya que no soy el tipo de adolescente que se deja deslumbrar por las motos y las cazadoras de cuero. Ni mucho menos. Michael Kristoff, con sus oscuros jerséis de cuello vuelto y taciturna poesía, ha sido lo más lejos que ha llegado a gustarme un «chico malo» y tuve suficiente para el resto de mi vida. Estuvimos saliendo casi toda la primavera, hasta que me di cuenta de que más que un artista torturado era una tortura en sí mismo. Aclarado este punto, y sin pensarlo siquiera, voy hacia el final de nuestro jardín delantero, rodeo la valla que separa a «dos buenos vecinos» que mi madre instaló meses después de que se mudaran los Garrett —mide más de metro ochenta— y me dirijo al camino de entrada.

—Eh, hola —digo.

«Un saludo memorable, Samantha».

Jase se apoya sobre un codo y me mira durante un minuto sin decir nada. Tiene una expresión indescifrable en el rostro, lo que hace que me entren ganas de volver por donde he venido.

Entonces comenta:

—Supongo que eso que llevas puesto es un uniforme.

Maldita sea. Se me había olvidado que no me lo había quitado. Me echo un vistazo: falda corta azul marino, camisa blanca acampanada estilo marinero y pañuelo de color rojo vivo atado al cuello.

—Bingo. —No puedo sentir más vergüenza.

Jase asiente. A continuación esboza una enorme sonrisa.

—Ya decía yo que no me parecía muy del estilo Samantha Reed. ¿Dónde narices trabajas? —Se aclara la garganta—. ¿Y por qué allí?

—En el Breakfast Ahoy. Cerca del muelle. Me gusta mantenerme ocupada.

—¿Y el uniforme?

—Lo diseñó mi jefe.

Jase me estudia en silencio durante un minuto o dos y termina diciendo:

—Debe de tener muchísima imaginación.

No sé cómo responder a eso, así que hago uno de los típicos gestos de despreocupación de Tracy y me encojo de hombros.

—¿Pagan bien? —pregunta él mientras intenta alcanzar una llave inglesa.

—Dan las mejores propinas de la ciudad.

—Seguro que sí.

No tengo ni idea de por qué estoy manteniendo esta conversación, ni tampoco sé cómo seguirla. Veo que está concentrado en desatornillar o soltar algo, así que le pregunto.

—¿Es tu moto?

—De mi hermano Joel. —Deja de trabajar y se sienta, como si pensara que es de mala educación seguir con sus cosas mientras habla conmigo—. Le gusta cultivar la imagen de «rebelde sin causa». La prefiere a la de deportista, lo que en realidad es. Dice que así consigue a las estudiantes más listas.

Asiento con la cabeza, como si supiera algo del asunto.

—¿Y de verdad lo consigue?

—No lo sé. —Frunce el ceño—. Eso de dar una imagen distinta de lo que eres en realidad siempre me ha parecido algo falso, una especie de manipulación.

—Entonces, ¿tú no representas ningún papel? —Me siento en el césped que hay al lado del camino de entrada.

—No. Lo que ves es lo que hay. —Vuelve a sonreír.

Si soy sincera, lo que veo, ahora que lo tengo tan cerca y a la luz del día, me gusta bastante. Además del pelo castaño ondulado con mechuras rubias y los dientes blancos, Jase Garrett tiene los ojos verdes y una de esas bocas exuberantes que parecen estar a punto de ponerse a reír en cualquier momento. Y por si eso fuera poco, tiene esa magnética forma de mirarte siempre a los ojos cuando habla contigo. ¡Por Dios!

Eché un vistazo a mi alrededor, pensando en algo que decir.

—Parece que esto está muy tranquilo hoy —comento finalmente.

—Estoy de canguro.

Vuelvo a mirar a mi alrededor.

—¿Dónde está el bebé? ¿En la caja de herramientas?

Jase ladea la cabeza, reconociendo la broma.

—Durmiendo la siesta —explica—. George y Patsy. Mi madre ha salido a hacer la compra y tarda lo suyo.

—Me imagino. —Dejo de mirarle la cara y me doy cuenta de que tiene el cuello de la camiseta y las sisas empapadas de sudor—. ¿Tienes sed? —pregunto.

Otra enorme sonrisa.

—Sí. Pero no pienso arriesgar la vida y pedir que me traigas algo. Sé que al nuevo novio de tu madre le pusiste en la lista negra solo por pedirte que le hicieras un café.

—Yo también estoy sedienta. Y tengo mucho calor. Mi madre prepara una limonada estupenda. —Me levanto y empiezo a dirigirme a mi casa.

—Samantha.

—¿Sí?

—Vuelve, ¿de acuerdo?

Le miro durante un segundo, después hago un gesto de asentimiento y me meto en casa, me ducho —descubriendo que la traidora de mi hermana ha vuelto a gastar lo que quedaba de mi acondicionador—, me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y regreso con dos enormes vasos de plástico llenos de limonada con hielo.

Jase está de espaldas, haciendo algo con una de las ruedas, pero se vuelve en cuanto mis chanclas resuenan en su camino de entrada.

Le entrego la limonada y la mira como me he fijado que Jase Garrett suele mirarlo todo: detenidamente, sin pasar por alto nada.

—¡Vaya! Los cubitos de hielo están hechos de limonada y llevan trozos de cáscara de limón y menta.

—Sí. Mi madre es una perfeccionista. Verla hacer limonada es como estar en un laboratorio de química.

Vacía el vaso de un trago y alarga la mano en busca del otro.

—Este es mío —digo yo.

—Oh... sí... por supuesto. Perdón. Tengo muchísima sed.

Le ofrezco mi limonada.

—Vamos, toma. En casa hay más.

Él niega con la cabeza.

—No, nunca te privaría de nada.

Noto cómo en mi estómago revolotean esas mariposas de las que todo el mundo habla. «Mala señal». Es la segunda vez que hablamos. «Muy mala señal, Samantha».

Justo en este instante oímos el motor de un automóvil que está aparcando a nuestro lado.

—¡Hola, Samantha!

Se trata de Flip. Sale del vehículo y se acerca.

—¿Qué tal, Flip? —pregunta Jase.

—¿Le conoces?

—Salió con mi hermana Alice el año pasado.

—No se lo digas a Tracy —se apresura a decir Flip.

Jase me mira en busca de una explicación.

—Mi hermana es muy posesiva —le aclaro.

—Inmensamente posesiva —añade Flip.

—Siente muchos celos de las ex novias de sus novios —digo yo.

—Durante mucho tiempo —admite Flip.

—¡Pues qué bien! —ironiza Jase.

Flip se pone a la defensiva.

—Pero me es fiel. No se acuesta con mi pareja de dobles en el tenis.

Jase hace una mueca.

—Hombre, ya sabías en lo que te metías cuando empezaste a salir con Alice.

Miro a ambos.

—Bueno... no sabía que os conocíais —comenta Flip tras unos segundos.

—No nos conocemos —replico yo justo cuando Jase dice: «Pues sí».

—Muy bien, da igual. —Flip alza las manos en un gesto que denota que no le interesa el asunto—. ¿Dónde está Trace?

—Se supone que tengo que decirte que estará ocupada todo el día —confieso yo. Mi hermana es toda una maestra en el arte de hacerse la difícil con los chicos; incluso cuando ya está saliendo con ellos.

—De acuerdo. ¿Y dónde está, a ver?

—En la playa de Stony Bay.

—Entonces voy para allá. —Flip se da la vuelta dispuesto a marcharse.

—Si le llevas la revista *People* —le grito— y un helado de coco de la marca FrozFruit triunfarás.

—Eres buena gente —me dice Jase cuando me vuelvo hacia él.

Parece complacido, como si ese aspecto de mi personalidad le hubiera pillado desprevenido.

—No te creas. Es mejor para mí que Tracy esté feliz. Así me roba menos la ropa. Ya sabes cómo son las hermanas.

—Sí, pero las mías no me quitan la ropa.

De repente oigo un grito, una especie de chillido fantasmal. Me sobresalto y abro los ojos como platos.

Jase señala el intercomunicador para bebés que hay enchufado en el garaje.

—George —explica y se dispone a entrar en la casa. Después, se da la vuelta y me hace un gesto para que le acompañe.

Y así, tras todos estos años, es como me adentro por primera vez en el hogar de los Garrett.

Gracias a Dios mi madre hoy trabaja hasta tarde.

Lo primero que me llama la atención es el color. En nuestra cocina todo es de color blanco o gris metalizado. Las paredes, las encimeras de granito, el frigorífico, el lavavajillas Bosch. Las paredes de los Garrett son de un vivo amarillo. Las cortinas también son del mismo tono, pero adornadas con hojas verdes. Todo lo demás es un arco iris de color. El frigorífico está cubierto de diferentes dibujos, y otros tantos más están pegados a las paredes con cinta adhesiva. Los mostradores de formica verde están llenos de tarros con plastilina, juguetes con formas de animales y cajas de cereales y el fregadero tiene una pila de platos por lavar. En el centro hay una mesa lo suficientemente grande para que todos los Garrett puedan sentarse a comer, pero no tanto como para contener la pila de periódicos, revistas, calcetines, envoltorios de bocadillos, gafas de bucear, manzanas a medio comer y cáscaras de plátanos que hay.

George viene a nuestro encuentro antes de que salgamos de la cocina. Trae consigo un enorme dinosaurio de plástico y solo lleva una camiseta con el lema «Jardines botánicos de Brooklyn»; es decir, que va sin pantalones y sin ropa interior.

—Vaya, compañero, ¿qué te ha pasado? —Jase se inclina sobre él, señalando con

la mano la parte inferior desnuda de su hermano.

El pequeño, con las mejillas surcadas de lágrimas, aunque ya sin llorar, toma una profunda bocanada de aire. También tiene el pelo castaño y ondulado, pero sus ojos todavía humedecidos son de color azul.

—He tenido una pesadilla con los agujeros negros.

—Entiendo —asiente Jase, enderezándose—. ¿Te has hecho pis en la cama?

George dice que sí con la cabeza con aire de culpabilidad, entonces mira a través de sus largas pestañas en mi dirección.

—¿Quién es?

—La vecina de al lado. Se llama Samantha y apuesto a que sabe muchas cosas de los agujeros negros.

George me mira con recelo.

—¿De verdad?

—Bueno —digo yo—. Sé que... mmm... son estrellas que perdieron toda su energía y que estallaron desde el interior, impulsadas por su propia fuerza de gravedad y que... una vez que absorben algo hacia su interior, desaparece.

George empieza a gritar otra vez.

Jase lo alza en brazos, con trasero desnudo incluido.

—También sabe que no hay ninguno cerca de Connecticut. ¿A que sí, Samantha?

Me siento fatal.

—Ni en nuestra galaxia —me apresuro a añadir, aunque estoy segura que hay uno en la Vía Láctea.

—Hay uno en la Vía Láctea —solloza George.

—Pero ninguno cerca de Stony Bay. —Extiendo la mano para acariciarle la espalda y, sin darme cuenta, rozó la mano de Jase, pues él está haciendo lo mismo. La aparto al instante.

—Ya lo ves, hermanito, estás completamente a salvo.

El llanto de George disminuye, transformándose en hipidos, hasta que desaparece gracias a un helado de lima.

—No sabes cuánto lo siento —susurro a Jase. Rechazo el último helado que queda en la caja que me ofrece, uno con sabor a naranja. «¿Hay alguien que se coma los helados de naranja?».

—¿Cómo ibas a saberlo? —susurra él también—. ¿Y cómo iba a saber yo que eras una experta en astrofísica?

—Hubo una época en que me dio por observar las estrellas. —Cuando pienso en todas las noches que me quedé sentada en el tejado, mirando las estrellas... y a los Garrett, me pongo roja.

Jase me mira enarcando una ceja, como si estuviera tratando de adivinar de qué me avergüenzo. Lo peor de ser rubia es que se ruborizan todas las partes de tu cuerpo; orejas, cuello... todo. Es imposible que pase desapercibido.

De nuevo oímos otro grito proveniente de la planta de arriba.



—Esa va a ser Patsy. —Jase comienza a subir las escaleras—. Espérame aquí.

—Mejor me voy a casa —repongo yo, aunque en realidad no tengo ninguna razón para hacerlo.

—No, por favor, quédate. Solo será un segundo.

Me quedo con George, que lame ensimismado su helado hasta que, tras unos minutos, decide preguntar:

—¿Sabes que en el espacio hace mucho, mucho frío? ¿Y que no hay oxígeno? ¿Y que si un astronauta se cae de su nave sin su traje espacial se muere enseguida?

Por suerte soy de las que aprendo rápido.

—Pero eso es algo que nunca pasará porque los astronautas son muy, muy cuidadosos.

George me sonrío. Tiene la misma sonrisa deslumbrante que su hermano mayor, aunque a estas alturas sus dientes están verdes.

—¿Podría casarme contigo? —confiesa—. ¿Te gustaría tener muchos hijos?

Empiezo a toser. Al instante siento una mano dándome golpecitos en la espalda.

—George, para hablar de esos asuntos es mejor que lo hagas con los pantalones puestos. —Jase deja caer unos calzoncillos a los pies de su hermano y después baja a Patsy al suelo y la deja a su lado.

La pequeña lleva un bañador rosa y una de esas pequeñas coletas altas que hacen que el pelo salga disparado desde la coronilla. Es toda brazos y piernas regordetas. ¿Qué edad tiene ahora? ¿Un año?

—¿«Eta»? —pregunta, señalándome de forma un tanto agresiva.

—«Eta» es Samantha —dice Jase—. Por lo visto va a ser tu nueva cuñada. —Enarca una ceja—. Tú y George no os andáis con contemplaciones.

—Estábamos hablando de astronautas —explico yo, justo cuando la puerta se abre y aparece la señora Garrett tambaleándose por el peso de lo que parecen cincuenta bolsas de la compra.

—Entiendo. —Jase guiña un ojo y se vuelve hacia su madre—. Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Qué tal se han portado? —Tiene la mirada fija en su hijo mayor y no se ha dado cuenta de mi presencia.

—Razonablemente bien. Pero hay que cambiar las sábanas de George. —Ayuda a su madre con algunas bolsas y las deja en el suelo, al lado del frigorífico.

La señora Garrett le mira con los ojos entrecerrados. Son verdes, igual que los de Jase. Es una madre guapa, con un rostro afable y pequeñas patas de gallo en las comisuras de los ojos, lo que denota que sonrío a menudo. Tiene la misma tez aceitunada típica de la familia y el pelo castaño y rizado.

—¿Qué cuento le leíste antes de echarse la siesta?

—Vamos, mamá. *Jorge, el curioso*, pero con algunos cambios. Había un incidente con un globo de aire caliente que creí que podría ser problemático. —Se vuelve hacia mí—. Oh, lo siento, Samantha. Esta es mi madre. Mamá, Samantha Reed. La vecina del al lado.

La señora Garrett esboza una enorme sonrisa.

—Ni siquiera me he dado cuenta de que estabas. No sé cómo he podido pasar por alto a una muchacha tan bonita. Me encanta el brillo de labios que llevas.

—¡Mamá! —exclama Jase un poco avergonzado.

Su madre se dirige a él.

—Esta es la primera tanda. ¿Puedes traer las otras bolsas?

Mientras Jase trae lo que parece un sinfín de bolsas, la señora Garrett empieza a hablar conmigo como si nos conociéramos de toda la vida. Me resulta tan extraño estar aquí sentada, en esta cocina, con una mujer a la que llevo observando desde la distancia durante años. Es como encontrarte en un ascensor con alguien famoso. Hasta tengo que controlarme para no decir: «Soy una gran fan suya».

Le ayudo a colocar la comida mientras ella se las apaña para dar de mamar a Patsy. Si mi madre estuviera aquí se moriría. Yo, sin embargo, intento fingir que estoy acostumbrada a ver este tipo de cosas.

Llevo una hora con los Garrett y ya he visto a uno de ellos semidesnudo y una buena porción de los pechos de la madre. Ahora solo me falta que Jase se quite la camiseta.

Por suerte para mi salud mental no lo hace, aunque sí que anuncia, después de traer todas las bolsas, que necesita una ducha y me invita a acompañarle escaleras arriba.

Lo más absurdo de todo es que le sigo. Apenas le conozco. No sé qué tipo de persona es. Aunque me imagino que si su madre (una mujer aparentemente normal) deja que se lleve a una chica a su habitación es porque no es un violador psicópata. Aún así, ¿qué pensaría mi madre?

Entrar en la habitación de Jase es como entrar en... No sé muy bien cómo describirla... ¿Cómo entrar en un bosque? ¿Un santuario de aves? ¿Uno de esos hábitats tropicales que hay en los zoológicos? Tiene plantas por todas partes; algunas altas, otras colgantes, otras frondosas, incluso cactus. En una jaula hay tres periquitos; en otra, una cacatúa con cara de pocos amigos. Mires donde mires hay algún tipo de animal. Una tortuga en un recipiente al lado del escritorio. Varios jerbos en otra jaula. Un terrario con una especie de lagarto. Un hurón tumbado en una pequeña hamaca también en una jaula. Un roedor, que no tengo ni idea de lo que es, con el pelo negro y gris del tamaño de una bestia. Y para finalizar, sobre la cama impecablemente hecha, un enorme gato blanco que parece una pelota con apéndices peludos.

—*Mazda*. —Jase me indica que me siente en una silla junto a la cama. Cuando lo hago, el animal salta sobre mi regazo y empieza a soltar pelo profusamente mientras intenta enroscarse sobre mis pantalones cortos.

—¡Qué cariñosa!

—Ni te imaginas. La destetaron demasiado pronto —comenta Jase—. Voy a ducharme. Estás en tu casa.

«Sí, claro. En su habitación. No hay problema».

En alguna que otra ocasión estuve en el dormitorio de Michael, pero normalmente a oscuras, donde me recitaba algunos de los lúgubres poemas que había memorizado. Eso sí, le costó más de dos conversaciones conseguir que aceptara ir allí. Con Charley Tyler salí el pasado otoño; duramos muy poco juntos, el tiempo que tardamos en darnos cuenta de que el hecho de que me gustaran sus hoyuelos y a él mi pelo rubio (bueno, seamos sinceros, mis tetas) no era base suficiente para que una relación funcionase. Nunca me llevó a su habitación. Puede que Jase Garrett sea una especie de encantador de serpientes. Eso explicaría lo de los animales. Miro a mi alrededor. Oh, Dios, sí que hay una serpiente; una de esas naranjas, blancas y negras con pinta aterradora. A pesar de que sé que no son peligrosas no puedo evitar que se me pongan los pelos de punta.

La puerta se abre, pero no es Jase. Se trata de George, que aunque sí que lleva puestos los calzoncillos, ahora va sin camiseta. Se acerca, se deja caer sobre la cama y me mira con expresión sombría.

—¿Sabías que el transbordador espacial Challenger explotó?

Asiento con la cabeza.

—De eso hace mucho tiempo. En los últimos años han mejorado mucho las cosas.

—Cuando sea mayor voy a entrar en la NASA, pero no en los transbordadores. No quiero morirme nunca.

Me entran unas ganas enormes de darle un abrazo.

—Yo tampoco, George.

—¿Vas a casarte con Jase?

Me pongo a toser de nuevo.

—¿Qué? No, no. George, solo tengo diecisiete años. —Como si esa fuera la única razón por la que no estamos comprometidos.

—Yo tengo estos. —Alza la mano y saca cuatro dedos regordetes—. Pero Jase tiene diecisiete y medio. Podrías casarte con él. Así te vendrías a vivir aquí y tendríais muchos hijos.

Jase irrumpe en la habitación justo en mitad de la proposición.

—George. Lárgate. En la tele está puesto el Discovery Channel.

George sale de la habitación caminando marcha atrás, pero antes de retirarse del todo añade:

—Su cama es muy cómoda. Y nunca se hace pis en ella.

Cuando cierra la puerta ambos empezamos a reír.

—Oh, Jesús. —Jase lleva una camiseta verde diferente a la de antes y un par de pantalones de deporte cortos azul marino. Se sienta en la cama. Lleva el pelo mojado (más ondulado que cuando lo tiene seco) y pequeñas gotas de agua caen por sus hombros.

—No te preocupes. Me encanta tu hermano pequeño. Creo que me casaré con él.

—Deberías pensártelo dos veces. O al menos tener mucho cuidado con lo que le leas antes de dormir. —Esboza una sonrisa perezosa.

Tengo que salir de esta habitación cuanto antes. Me pongo de pie, dispuesta a cruzar la estancia, pero entonces me fijo en la fotografía de una muchacha pegada en el espejo que hay encima de la cómoda. Voy hacia allí para verla más de cerca. Tiene el pelo negro y rizado (lo lleva recogido en una coleta) y una expresión seria. También es bastante guapa.

—¿Quién es?

—Lindy. Mi ex novia. Se hizo la foto con pegatina en el centro comercial y ahora no puedo despegarla.

—¿Por qué ex?

—¿Por qué estoy haciendo esta pregunta?

—Se volvió demasiado peligrosa. ¿Sabes? Ahora que lo pienso, creo que podría poner otra pegatina encima.

—Claro. —Me inclino sobre el espejo, examinando sus perfectos rasgos—. Define peligrosa.

—Le gustaba robar en las tiendas. Mucho. Y quería que todas nuestras citas fueran en un centro comercial. Resultaba difícil no parecer su cómplice. Mi idea de una noche perfecta no es precisamente estar esperando a que me saquen del calabozo.

—Mi hermana también solía robar —digo, como si esto fuera una anécdota divertida que tenemos en común.

—¿Y alguna vez te llevó con ella?

—Gracias a Dios, no. Me moriría si me metiera en un lío como ese.

Jase me mira intensamente, como si lo que acabo de decir fuera algo muy profundo.

—No lo harías, Samantha. No te morirías. Solo tendrías un problema que terminarías superando.

Está detrás de mí, de nuevo demasiado cerca. Huele a champú de menta, a fresca, a limpio. Por lo visto cualquier distancia que haya entre nosotros es demasiado cerca.

—Sí, bueno... Tengo que irme. A casa. Tengo cosas que hacer.

—¿Estás segura?

Asiento con firmeza.

Cuando llegamos a la altura de la cocina, la puerta se abre y entra el señor Garrett seguido de un niño pequeño. Pequeño pero más grande que George. ¿Duff? ¿Harry?

Como con el resto de la familia, hasta ahora solo había visto de lejos al padre de Jase. De cerca parece más joven, más alto, con el tipo de carisma que hace que una habitación se llene con su mera presencia. También tiene el pelo ondulado y del mismo tono castaño oscuro de Jase, pero en vez de mechones rubios por los rayos del sol, los suyos son de color gris. George entra corriendo y se lanza sobre la pierna de su padre. La señora Garrett se aparta del fregadero y le sonrío. Ahora mismo tiene el mismo brillo en la mirada que he visto a muchas de mis compañeras de clase cuando el chico que les gusta entra en una estancia llena de gente.

—¡Jack! ¡Hoy has llegado muy pronto!

—Llevábamos tres horas sin que nadie entrara en la tienda. —El señor Garrett se aparta un mechón de pelo de la cara y se lo mete detrás de una oreja—. De modo que decidí que aprovecharía más el tiempo ayudando a Jase con los entrenamientos. Me fui a buscar a Harry a casa de su amigo y vine para casa.

—¡Me pido el cronómetro! ¡Me pido el cronómetro! —grita Harry.

—¡Me toca a mí, papi! ¡Hoy me toca a mí! —A George se le contrae la cara.

—Pero si ni siquiera te sabes los números —espeta Harry—. Da igual lo rápido o lento que corra, tú siempre dices que ha tardado once minutos. Lo llevaré yo.

—He traído de la tienda otro cronómetro más —apunta el cabeza de familia—. ¿Preparado, Jase?

—Ahora mismo está con Samantha... —empieza la señora Garrett, pero la interrumpo.

—Ya me iba.

El padre de Jase se vuelve hacia mí.

—Hola, Samantha. —Su enorme mano envuelve la mía por completo. Me mira fijamente y sonrío—. Así que tú eres la misteriosa chica que vive en la casa de al lado.

Miro de inmediato a Jase pero tiene una expresión inescrutable en el rostro.

—Sí, vivo aquí al lado, eso es cierto. Pero le aseguro que no tengo nada de misteriosa.

—Bueno, me alegro de verte más de cerca. No sabía que Jase tuviera...

—Voy a acompañarla fuera, papá. Luego me pondré con las pesas. Hoy empezamos con eso, ¿no?

Mientras salimos de la cocina, la señora Garrett me invita a volver cuando quiera.

—Me alegro de que hayas venido —comenta Jase cuando llegamos al final del camino de entrada—. Siento de nuevo lo de George.

—Me encanta George. ¿Para qué te estás entrenando?

—Ah... eso. Para la temporada de fútbol. Este año voy a jugar de *cornerback*, ya sabes, en la línea de defensa. Quizá me ayude a conseguir una beca que, todo hay que decirlo, me vendría de maravilla.

Me quedo parada un momento, entrecerrando los ojos por los rayos de sol que me dan de frente y preguntándome qué decir a continuación. No sé si despedirme o no despedirme. De todos modos, ¿por qué estoy tan preocupada si mi madre no llegará a casa hasta dentro de unas horas? Retrocedo un paso pero me tropiezo con una pala de plástico y estoy a punto de caer.

Jase me sujeta al instante.

—Ten cuidado.

—¡Uy! Sí... Bueno... Adiós. —Tras un rápido gesto de despedida con la mano entro en casa corriendo.

«¿Uy?».

«Samantha, por Dios».

## CAPÍTULO 6

Flip y Tracy llegan a casa quemados por el sol, despeinados y con almejas fritas, cerveza y unos enormes perritos calientes del Clam Shack. Lo dejan todo encima de la isla de la cocina, se agarran por la cintura y empiezan a pellizcarse el trasero y hacerse arrumacos.

Ojalá me hubiera quedado más tiempo en casa de los Garrett. «¿Por qué no lo habré hecho?».

Tim debe de seguir teniendo en su poder el teléfono móvil de Nan porque esto es lo que me dice cuando la llamo:

—Mira, Heidi, no es una buena idea que volvamos a salir juntos.

—Soy Samantha. ¿Dónde está Nan?

—Oh, por el amor de Dios. Sabes que no somos siameses, ¿verdad? ¿Por qué sigues preguntándome dónde está?

—Oh, déjame que piense, ¿quizá porque sigues respondiendo a su teléfono? ¿Está en casa?

—Lo más seguro. O no. Quién sabe —dice Tim.

Cuelgo. La línea fija está ocupada y los Mason no tienen llamada en espera («No es más que una forma moderna de ser grosero», suele decir la señora Mason), así que decido ir a casa de Nan en bicicleta.

Tracy y Flip ahora están sentados en el sofá del salón desde donde me llegan un montón de risitas y susurros. Al llegar al vestíbulo oigo a Flip murmurar:

—Oh, nena, no te imaginas lo que siento estando contigo.

«Creo que voy a vomitar».

—Oh, nena, cómo me pones —canturreo yo a modo de burla.

—¡Lárgate! —grita Tracy.

\* \* \*

Hay marea alta y hace mucho calor, lo que implica que el olor salado del estrecho es particularmente intenso, superando casi al olor pantanoso del río. Mar y río. Las dos caras de mi ciudad. Ambas me encantan, sobre todo la sensación de poder decir, con solo cerrar los ojos y aspirar, en qué estación del año estás y a qué hora del día. Cierro los ojos, inhalando el cargado y cálido aire, disfrutando del momento... hasta que oigo un grito ahogado y abro los ojos justo a tiempo de esquivar a una mujer con una visera de color rosa que lleva sandalias con calcetines. Stony Bay está situada en una pequeña península en la desembocadura del río Connecticut. Al disponer de un



puerto de tamaño considerable, a los turistas les gusta mucho la zona; tanto que en verano llegamos a triplicar la población, así que supongo que eso de ir en bicicleta con los ojos cerrados no es la mejor de las ideas.

Cuando llamo a la puerta de los Mason, Nan abre con el teléfono pegado a la oreja. En cuanto me ve sonrío, se lleva un dedo a los labios para que no diga nada y señala con la barbilla en dirección al salón mientras responde a su interlocutor:

—Bueno, ustedes son mi primera opción, de modo que me gustaría adelantar todo lo que pueda la solicitud.

Siempre que atravieso el umbral de los Mason tengo la misma sensación. La casa está llena de figuritas Hummel, placas de bendiciones irlandesas en las paredes y tapetes y bordados en los respaldos de todas las sillas, incluso en la televisión. Cuando entras en el baño, el rollo de papel higiénico está oculto bajo la falda miriñaque rosa de una muñeca con los ojos blancos.

En las estanterías no hay ni un solo libro, solo más figuritas y fotos de Nan y Tim, muy parecidos cuando eran pequeños. Estudio las imágenes por millonésima vez mientras Nan deletrea su dirección. Nan y Tim de bebés, vestidos de señor y señora Claus. Nan y Tim con apenas dos años disfrazados de pollitos de Pascua, con esa mata suave de pelo propia de la edad y los ojos abiertos como platos. Nan y Tim en el jardín de infancia con trajes de tiroleses. Las fotos se interrumpen a partir de los ochos años; si mal no recuerdo, era cuatro de julio, los hermanos iban vestidos del Tío Sam y Betsy Ross y Tim mordió al fotógrafo.

En las fotos se parecen mucho más que ahora. Ambos son pelirrojos y con pecas, pero por injusticias de la vida el pelo de Nan es más apagado, entre un tono rubio y fresa, tiene pecas por todas partes y sus cejas son rubias. Tim, por el contrario, solo tiene unas pocas pecas en el puente de la nariz y sus cejas y pestañas son oscuras, al igual que su pelo, de un tono rojizo más profundo. Si no estuviera siempre tan ido, sería un muchacho de lo más atractivo.

—Estoy al teléfono con Columbia, con el tema de mi solicitud —susurra Nan—. Me alegro de que hayas venido. Llevo unos días despistadísima.

—Te he llamado al móvil, pero lo tenía Tim y no ha querido venir a buscarte.

—¡Así que ahí estaba! Dios. Se habrá quedado sin minutos y ahora quiere gastar los míos. Voy a matarlo.

—¿Por qué no entras en la web de Columbia y te descargas desde allí la solicitud? —murmuro, aunque ya sé la respuesta. Nan es un desastre con el ordenador, tiene demasiadas ventanas abiertas que nunca cierra y el sistema se le colapsa cada dos por tres.

—Porque otra vez he tenido que llevar el portátil a que me lo arregle «Macho» Mitch.

Mitch es el atractivo, aunque un tanto siniestro, informático que se encarga de reparar el ordenador de mi amiga. Nan cree que se parece a su adorado Steve McQueen, yo creo que tiene ese aire taciturno porque siempre está intentando

solucionar los mismos problemas.

—Gracias... Sí... ¿Y cuándo me lo enviarían? —pregunta Nan por teléfono justo cuando Tim entra en el salón.

Viene con el pelo despeinado, un par de pantalones de pijama a cuadros de franela, ya raídos, y una camiseta de *lacrosse*. No se molesta en mirarnos, solo deambula por la estancia hasta el conjunto de figuritas que representan el Arca de Noé que hay en el alféizar de la ventana y los reordena de forma obscena.

Cuando termina de poner a la señora Noé y a un camello en una posición bastante comprometedor y anatómicamente imposible, Nan cuelga.

—También quería llamarte —dice ella—. ¿Cuándo empiezas de socorrista? Yo comienzo en la tienda de regalos la semana que viene.

—Yo también.

Tim emite un sonoro bostezo, se rasca el pecho y pone a un par de monos y a un rinoceronte a hacer un trío. Desde donde estoy sentada huelo el hedor a porros y cerveza que desprende.

—Al menos podrías decirle hola a Samantha, Timmy.

—Hooooooola, preciosa. Tengo la sensación de haber estado hablando contigo hace poco. Ah, sí. Lo hicimos. Lo siento. No sé dónde me he dejado los buenos modales. Debieron de encoger la última vez que fui a la tintorería. ¿Quieres un poco? —Saca del bolsillo uno de esos colirios para disimular los ojos rojos y me lo ofrece.

—No, gracias, estoy intentando dejarlo —ironizo. Me fijo en sus ojos grisáceos. Por lo enrojecidos que los tiene, él sí que necesita una buena dosis de colirio. Detesto ver a alguien tan inteligente y perspicaz tirando su vida por la borda de esta manera. Se deja caer sobre un sofá, suelta un gemido y se tapa la cara con la mano. Apenas recuerdo cómo era antes de convertirse en el candidato perfecto para un centro de desintoxicación.

De pequeños, nuestras familias pasaban muchos fines de semana juntas en la playa de Stony Bay. En esa época en realidad era mucho más amiga de Tim que de Nan. Nan y Tracy se dedicaban a tomar el sol, leer y remojarse los pies en el agua; a Tim, sin embargo, no le daba miedo adentrarse en el mar y no dudaba en arrastrarme con él para enfrentarnos a las olas más grandes. De hecho fue él el que descubrió la corriente en el estuario; esa que te arrastraba hacia lo hondo para después lanzarte directamente al mar.

—Y dime, preciosa, ¿cómo te va? —pregunta tumbado en el sofá, alzando las cejas varias veces—. Charley está deshecho porque no le dejaste echar un polvo. Me entiendes, ¿verdad?

—Me muero de la risa, Timmy. Hala, ahora que has soltado la gracia ya puedes dejar de hablar —dice Nan.

—Todavía no... Qué bien que rompieras con Charley, Samantha. Es un imbécil. Ya no somos amigos porque, por extraño que parezca, él creía que yo era el único capullo.

—¡Vaya! No me imagino cómo ha podido llegar a esa conclusión —señala Nan en tono sarcástico—. Timmy, vete a la cama. Mamá llegará pronto y no va a seguir creyéndose que te encuentras mal porque has tomado demasiados antihistamínicos para la alergia. Sabe que no eres alérgico.

—Sí que lo soy —grita Tim haciéndose el indignado. Después saca un porro del bolsillo delantero de la camiseta y lo agita con aire triunfal—. Soy alérgico a la hierba. —Suelta una sonora carcajada.

Nan y yo intercambiamos una mirada. Estamos acostumbradas a verle borracho y fumado, pero esa energía acelerada que hoy desprende deja entrever que puede que esté tomando cosas más fuertes.

—Vámonos de aquí —digo yo—. Salgamos a dar un paseo.

Nan asiente.

—¿Qué te parece Doane's? Necesito con urgencia un helado de chocolate de malta. —Agarra su bolso de una silla de flores y pone una mano en el hombro de Tim, que sigue riéndose, para darle una ligera sacudida—. Anda, vete arriba antes de que te quedas dormido.

—No me voy a quedar dormido, hermanita. Solo estoy dejando que mis ojos descansan un poco —murmura él.

Nan vuelve a sacudirle. Cuando empieza a marcharse, Tim le da un tirón al bolso de modo que la obliga a detenerse.

—Nano. Hermanita. Nan, cariño, necesito que me hagas un favor —dice con tono y expresión desesperados.

Mi amiga enarca su pálida ceja.

—Tráeme un puñado de caramelos de Doane's, ¿de acuerdo? Pero no de los verdes. Esos me dan escalofríos.

## CAPÍTULO 7

En cuanto estamos en el porche, doy un apretón a Nan en la mano.

—¡Lo sé! —dice ella—. Está mucho peor desde que le expulsaron de Ellery. Se pasa todo el día así y solo Dios sabe lo que hace de noche. Mis padres no sospechan lo más mínimo. Mamá se cree todas sus mentiras. «Eso que has encontrado en la mochila solo es té que compré en un herbolario». «¿Qué píldoras, mamá? ¿Te refieres a las aspirinas?». «¿Eso blanco? Es solo sal». Pero después se pone furiosa si suelta alguna palabrota y le castiga a echar dinero en la hucha cada vez que dice una. Pero le da igual, porque luego me lo quita a mí de mi cartera. En cuanto a mi padre... ya sabes... —Se encoge de hombros.

La señora Mason es la persona más exaltadamente alegre que he conocido. Todas sus frases empiezan con exclamaciones: «¡No me digas!», «¡Oh, Dios mío!», «¡Esto es fantástico!», «¡Qué bien!». El señor Mason es justamente lo contrario, casi nunca dice nada. Cuando éramos pequeños, tenía un juguete, uno de esos pollitos de plástico dentro de una cesta de Pascua, que me recordaba mucho a él. Nada más llegar a casa del trabajo suele sentarse en un sillón de cuadros escoceses y se queda allí quieto hasta la cena, a continuación vuelve a adoptar la misma posición hasta que se va a la cama; parece como si tuviera una pila interna que solo le dura el tiempo suficiente para ir de casa al trabajo y del sillón a la mesa.

—Incluso ha puesto la planta de Tim en medio de las suyas y la riega y todo. ¿Qué tipo de hombre joven de los ochenta fue que no reconoce la marihuana? —Se está riendo, pero en su tono de voz se atisba cierto matiz de histeria—. Es como si Tim se estuviera ahogando y a ellos solo les preocupara el color de su bañador.

—¿Y no les has contado nada? —pregunto, no por primera, ni por segunda, ni por centésima vez. Aunque, ¿quién soy yo para hablar? Tampoco he comentado nada a mamá sobre Tim.

Nan vuelve a reírse pero no responde directamente a la pregunta.

—Esta mañana, cuando he ido a desayunar, papá estaba diciendo que puede que lo que Tim necesite es entrar en alguna academia militar que haga de él un hombre. O pasar una temporada en el ejército. ¿Te imaginas? Sería el típico recluta que termina encolerizando a sus superiores hasta tal punto que lo meterían en algún agujero horrible y se olvidarían de él. O tocaría las narices al matón del campus y se ganaría una paliza de muerte. O se enrollaría con la mujer de algún sargento de instrucción y acabaría con un tiro en la frente.

—Menos mal que no te has dedicado a pensar en las diversas posibilidades —digo yo.

Nan me rodea el hombro con un brazo.

—Te he echado de menos, Samantha. Lo siento. Me he centrado únicamente en Daniel y en sus fiestas de graduación. En realidad quería estar lo más lejos posible de casa.

—¿Y qué tal te va con él? —Sé que se muere por hablar del tema y dejar de lado el drama de Tim.

—Daniel... —suspira—. Tal vez debería seguir enamorada platónicamente de Macho Mitch y Steve McQueen. No sé qué le pasa. Está súper estresado con lo del MIT pero ya sabes lo inteligente que es. Además, la universidad no empieza hasta dentro de tres meses. Estamos en junio, ¿es que no puede relajarse un poco?

—Claro. —Le doy un ligero empujón con el hombro—. Y eso lo dice la que se ha puesto con las solicitudes universitarias cuando todavía le queda un año para terminar el instituto.

—Por eso somos la pareja perfecta, ¿verdad? —dice con una pequeña mueca.

En cuanto entramos en la avenida principal se levanta una brisa que sacude las hojas de los arces que bordean la carretera, produciendo un sonido similar al que hace un suspiro. El aire huele a sal y a plantas. Cuando pasamos cerca del Dark & Stormy, un bar/hamburguesería de la zona, dos figuras salen por la puerta y parpadean al darles de frente la luz del sol. Se trata de Clay. Y de una morena muy guapa vestida como una mujer de negocios. Freno en seco, centrando toda mi atención en ellos. Me fijo en la enorme sonrisa que él esboza y en cómo se inclina para besarla. En los labios. Con mano en la espalda incluida.

Sabía que iba a tener que ver más veces a Clay Tucker, pero no me esperaba esto.

—¿Qué pasa, Samantha? —pregunta Nan, tirándome del brazo.

«¿Que qué pasa?». No es que le haya dado un beso con lengua, pero tampoco el beso que le darías a una hermana.

—Ese es el nuevo novio de mi madre. —Ahora Clay da un apretón al hombro de la morena y le guiña un ojo sin dejar de sonreír.

—¿Que tu madre tiene novio? ¿Estás de broma? ¿Desde cuándo?

La mujer se ríe y acaricia la manga de Clay.

Nan me mira con cara de circunstancias.

—No sé cuándo se conocieron, pero parece que van en serio. O parecía. Al menos por parte de mi madre.

Ahora la morena, que debe de ser unos diez años más joven que mi madre, abre su maletín y le entrega a Clay una carpeta. Él ladea la cabeza y la mira con expresión de «eres la mejor».

—¿Sabes si está casado? —pregunta Nan en un murmullo.

De repente me doy cuenta de que estamos paradas en medio de la acera, mirándolos fijamente. Entonces Clay se vuelve hacia nosotras y me saluda tan tranquilo. «Como se te ocurra engañar a mi madre...», pienso, aunque no termino la frase porque, seamos sinceros, ¿qué haría?

—Seguro que solo es una amiga —señala Nan en un tono nada convincente—.

Venga, vamos a tomarnos ese helado.

Miro a Clay una última vez, esperando transmitir la amenaza de un daño inminente a sus partes más preciadas si traiciona a mi madre, y sigo a Nan. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

\* \* \*

Intento dejar de pensar en Clay, al menos hasta que llegue a casa y pueda detenerme a meditar sobre el asunto. Gracias a Dios, Nan no ha sacado el tema a colación.

Cuando llegamos a Doane's me siento aliviada. La heladería está situada en un pequeño edificio de dos plantas cerca del muelle, que divide la desembocadura del río desde el océano. Doane's era la tienda de chucherías a un centavo, cuando podías comprar dulces a ese precio; ahora, su gran atracción es Vargas, un pollo falso y apollado cubierto de plumas de verdad que por el módico precio de un cuarto de dólar picotea pequeños caramelos con forma de maíz a un ritmo frenético. Por alguna extraña razón, este pollo con trastorno obsesivo compulsivo es un gran reclamo turístico, junto con el helado de Doane's y las vistas al faro.

Nan rebusca en su cartera.

—¡Samantha! ¡Tenía veinte dólares pero no consigo encontrarlos! ¡Voy a matar a mi hermano!

—No te preocupes —le digo, mientras saco unos cuantos billetes del bolsillo.

—Te lo pagaré —asegura Nan, tomando el dinero.

—Tranquila, Nanny, no pasa nada. ¿Quieres el helado o no?

—Sí, después. Bueno, como te iba contando, anoche Daniel me llevó a New Haven a ver una película. Creí que nos lo habíamos pasado bien pero hoy solo he recibido un mensaje de él en el que me pone «TQ» en vez de escribirlo completo. ¿Qué te parece?

Nunca he entendido a Daniel, la verdad. Es una de esas personas tan inteligentes que hacen que te sientas estúpido a su lado.

—Tal vez iba con prisa.

—¿Conmigo? Si hay alguien a quien tienes que dedicarle tiempo es a tu novia, ¿no? —Nan llena una bolsa de plástico con caramelos, ositos de goma y bolas de chocolate. La terapia de azúcar en la sangre nunca falla.

Durante un rato no sé muy bien qué decir. Al final, sin mirarla a los ojos, suelto lo que llevo pensando desde hace un tiempo.

—Me da la sensación de que Daniel siempre te pone nerviosa, ¿verdad?

Nan está observando a Vargas, que parece estar sufriendo un ataque de epilepsia. Ya no picotea el maíz, solo se mueve de delante hacia atrás espasmódicamente.

—No sabría qué decirte —comenta tras unos segundos—. Daniel es el primer novio de verdad que tengo. Tú has tenido a Charley y a Michael. Incluso a Taylor

Oliveira cuando estábamos en octavo.

—Taylor no cuenta. Solo nos besamos una vez.

—Y él les contó a todos que habíais llegado hasta el final —dice Nan como para demostrar su teoría.

—Cierto, lo había olvidado. ¡Qué caballero! Fue el amor de mi vida, es verdad. ¿Qué tal fue la película con Daniel?

Los movimientos de Vargas se van ralentizando hasta que termina por detenerse de repente.

—¿La película? —pregunta Nan distraída—. Ah, sí. *La tristeza y la piedad*. Bueno, estuvo bien... para tratarse de un documental en blanco y negro de tres horas sobre los nazis. Pero después nos fuimos a tomar un café y terminamos en una cafetería a la que suelen ir estudiantes de Yale. Entonces Daniel se puso en plan pedante y empezó a usar palabras como «tautológico» y «trasfondo».

Me echo a reír. Aunque lo que más atrae de Daniel a Nan es precisamente su inteligencia, saca su vena pomposa muy a menudo.

—Al final tuve que llevarle a rastras al coche y besarle para que se callara.

Antes de que termine de decir «besarle» me imagino los labios de Jase Garrett. Lo cierto es que los tiene muy bonitos. Con el inferior más carnoso, aunque sin parecer que está haciendo un puchero. Me vuelvo hacia Nan y la miro. Está inclinada sobre otro expositor de dulces. Lleva el fino pelo rubio fresa recogido detrás de una oreja y se está mordiendo una uña. Tiene la nariz un poco quemada por el sol; se le está pelando y las pecas son un poco más oscuras que la semana pasada. Abro la boca dispuesta a decirle que he conocido a un muchacho, pero no me salen las palabras. Ni siquiera Nan sabe que he estado observando a los Garrett todo este tiempo. No es que no quisiera contárselo... es que nunca salió el tema. Además, lo de Jase es una historia que puede terminar en cualquier parte. O en ninguna. Vuelvo a centrarme en los dulces.

—¿Qué te parece? —pregunta Nan—. ¿Le llevamos a Tim sus caramelos? Tú eres la que tiene el dinero, así que tú decides.

—Sí, claro. Pero solo de los verdes que le dan escalofríos.

Nan cierra su bolsa haciendo un rugoso nudo en la parte superior.

—¿Qué vamos a hacer con él, Samantha?

Echo unos cuantos caramelos verdes en una bolsa de papel blanco y me acuerdo de aquella vez cuando teníamos siete años y me picó una medusa. Tim lloró y lloró porque su madre, y la mía, no dejaron que hiciera pis en mi pierna y él había oído que era un excelente remedio para las picaduras de ese tipo.

—Pero mamá —se quejó él entre sollozos—. ¡Yo tengo el poder que hace falta para salvarla!

Aquella fue una de nuestras bromas recurrentes durante años: «¡Recuerda que tengo el poder para salvarte!». Ahora ni siquiera puede salvarse a sí mismo.

—Pues como no sea rezar para que estos caramelos tengan poderes mágicos, no

tengo ni idea.



## CAPÍTULO 8

A la tarde siguiente, mientras me estoy quitando los zapatos del uniforme en el porche antes de cambiarme, oigo a la señora Garrett.

—¡Samantha! Samantha, ¿puedes venir un momento?

Está parada de pie, al final de nuestro camino de entrada, con Patsy en brazos. A su lado se encuentra George, vestido solo con calzoncillos. Un poco más allá está Harry, agazapado detrás de una carretilla y apuntándonos con una de esas boquillas que se conectan a las mangueras. Está claro que está jugando a hacer de francotirador.

En cuanto me acerco me doy cuenta de que la señora Garrett está dando de mamar a Patsy. Me saluda con esa enorme sonrisa que tiene y dice:

—Oh, Samantha... Me preguntaba si... Jase me ha dicho lo bien que te entendiste con George el otro día y... quería saber si...

Se ha detenido de pronto y me mira con los ojos como platos.

Miro hacia abajo. «El uniforme, ¡cómo no!».

—Es el uniforme de trabajo. Lo diseñó mi jefe. —No sé por qué siempre añado esto último. Quizá para aclarar que, de no ser por eso, ni loca me pondría una minifalda azul y una blusa de marinero.

—Un hombre, supongo —remarca la señora Garrett con sequedad.

Asiento.

—Por supuesto. Como te decía... —Empieza a hablar atropelladamente—. Me pregunto si estarías interesada en hacer de canguro para nosotros. Jase no quería que te lo dijera. Tenía miedo de que pensaras que se dedica a atraer a jovencitas incautas a casa para que yo pueda explotarlas en mi propio beneficio. Una especie de madre esclavista desesperada.

Me río.

—No pienso eso.

—Claro que no. —Vuelve a sonreírme—. Sé que muchos creen que pregunto a todas las adolescentes con las que me cruzo si se dedican a cuidar niños, pero no es así. Hay poca gente que sepa lidiar con George y Jase me dijo que tuviste muy buena mano con él. Ya sé que puedo tirar de mis hijos mayores, pero odio que se sientan forzados a hacerlo, Alice, por ejemplo, siempre actúa como si fuera una carga enorme. —Está hablando muy deprisa, como si estuviera nerviosa—. A Jase nunca le importa, pero el hecho es que entre el trabajo en la ferretería y los entrenamientos apenas tiene tiempo libre; una tarde a la semana y parte de los fines de semana. De todos modos, solo necesitaría un par de horas algún que otro día.

—Está bien —digo—. No tengo mucha experiencia, pero aprendo rápido. Así que sí, estaré encantada de cuidar de sus hijos.

«Siempre que no se lo diga a mi madre».

La señora Garrett me mira agradecida, después separa a Patsy de su pecho y, tras desabrochar algo con la mano, la coloca en el otro. Patsy protesta entre sollozos y la señora Garrett pone los ojos en blanco.

—Solo le gusta este lado —confiesa—. Es de lo más incómodo.

Asiento de nuevo, aunque no tengo ni idea de a qué puede deberse esa preferencia. Gracias a la exhaustiva charla de mi madre sobre «tu cuerpo está cambiando» sé todo lo que hay que saber sobre el sexo y el embarazo, pero todavía tengo algunas dudas sobre la lactancia materna. «Gracias a Dios».

En este momento George decide intervenir.

—¿Sabes que si tiras un penique desde lo alto del Empire State Building puedes matar a alguien?

—Sí, lo sabía. Pero eso nunca sucede —me apresuro a añadir—, porque los turistas que suben hasta la azotea tienen mucho, mucho cuidado. Y hay una barrera de plástico muy alta.

La señora Garrett sacude la cabeza.

—Jase tenía razón. Tienes un talento innato.

Siento un escalofrío de puro placer al ver que Jase ha hablado bien de mí.

—Entonces —continúa ella—, ¿podrías venir una o dos veces por semana? Por la tarde, si te cuadra bien con tu horario de trabajo.

Asiento de nuevo y le explico cuáles son mis turnos antes incluso de que me ofrezca más de lo que gano en el Breakfast Ahoy. Después vuelve a mirarme un poco avergonzada y me pregunta si puedo empezar hoy mismo.

—Claro. Solo deme un minuto para cambiarme de ropa.

—No te cambies. —George estira la mano y acaricia mi falda con uno de sus dedos sucios—. Me gusta mucho. Te pareces a Sailor Moon.

—Me temo que más a Barbie marinera, George. Tengo que cambiarme porque he estado trabajando toda la mañana con este uniforme y huele a huevos y tocino ahumado.

—Me gustan los huevos y el tocino —dice George—, pero... —Su cara se contrae—... ¿sabías que el tocino es... —Se le llenan los ojos de lágrimas—... el cerdito *Wilbur*?

La señora Garrett se agacha al instante a su lado.

—George, ya hemos hablado de esto. ¿Te acuerdas? *Wilbur* no se convirtió en tocino.

—Es verdad. —Me pongo a su altura y observo cómo las lágrimas empiezan a salir de sus ojos—. Lo salvó la araña *Charlotte* y vivió una larga y feliz vida con las hijas de *Charlotte*... mmm... *Nelly, Urania* y...

—*Joy* —termina la señora Garrett—. Samantha, eres una canguro estupenda. Espero que no te guste robar en las tiendas.

Empiezo a toser.

—No. Nunca.

—¿Entonces el tocino es *Babe*, mamá? ¿Es *Babe*?

—No, tampoco es *Babe*. *Babe* sigue cuidando ovejas, no se ha convertido en tocino. El tocino solo se hace con cerdos de verdad, George. —La señora Garrett le acaricia el pelo y le limpia las lágrimas.

—Con cerdos malos —aclaró yo.

—¿Hay cerdos malos? —George se ha puesto nervioso.

«Oh, oh».

—Bueno, en realidad son cerdos... mmm... cerdos sin alma. —Eso tampoco ha sonado demasiado bien. Intento buscar una explicación mejor—. Como los animales que no hablan en *Narnia*.

«George tiene cuatro años, imbécil. ¿Cómo va a conocer *Narnia*? Pero si todavía está con *Jorge, el curioso*. Con algunos cambios, eso sí».

Sin embargo, parece que le he convencido porque se le ilumina el rostro.

—Oh. Eso está muy bien. Porque me gusta mucho el tocino.

\* \* \*

Cuando regreso de casa, George está dentro de la piscina hinchable que Harry está llenando de agua. La señora Garrett le quita a Patsy el pañal y le pone una especie de braguita de plástico con pequeños soles.

—Todavía no conoces a Harry. Harry, esta es la amiga de Jase, Samantha, que va a cuidar de vosotros un rato.

«¿Desde cuándo me he convertido en la amiga de Jase? Si solo he hablado con él un par de veces. ¡Vaya!, la señora Garrett es completamente diferente a mi madre».

Harry, que tiene los ojos verdes, el pelo castaño oscuro y liso y un montón de pecas, me mira desafiante.

—¿Sabes tirarte de cabeza hacia atrás?

—Mmm... Sí.

—¿Me enseñas? ¿Ahora mismo?

—Harry, ya hemos hablado de esto —le interrumpe su madre—. Samantha no puede irse contigo a la piscina grande porque tiene que vigilar a los pequeños.

Harry hace un mohín.

—Puede poner a Patsy en el portabebés, como tú haces, y darle la mano a George. Él sabe flotar muy bien con los manguitos.

La señora Garrett me mira disculpándose.

—Mis hijos esperan que todo el mundo sea capaz de hacer cualquier cosa. No, Harry. Es en esta piscina o en ninguna.

—Pero yo sé nadar. Nado muy bien. Y ella sabe cómo tirarse de cabeza hacia atrás. Puede enseñarme.

«¿Con Patsy en un portabebés y dándole la mano a George? Entonces sí que sería Sailor Moon».

—No —repite la señora Garrett con firmeza. A continuación se dirige a mí—. Tienes que ser inflexible. Sigue diciendo «no» y terminará cansándose. —Me lleva dentro de la casa, me enseña dónde están los pañales, me dice que puedo tomar lo que me apetezca del frigorífico, me da su número de teléfono y una hoja con los teléfonos de emergencia, me advierte de que no hable de nada relacionado con los tornados delante de George, salimos de nuevo fuera, se monta en la furgoneta y se va...

Dejándome con Patsy, que está intentando subirme la camiseta; George, que me está contando algo de no tocar pulpos con anillos azules porque son muy venenosos y Harry, que me mira como si quisiera matarme.

\* \* \*

La verdad es que no se me está dando tan mal.

Siempre he evitado hacer de canguro. No porque no me gusten los niños, sino porque nunca me ha apetecido lidiar con padres disculpándose por llegar tarde, o tener que ir en el automóvil de alguno de ellos, de camino a casa, incómoda mientras tratamos de mantener una pequeña conversación. Sin embargo, los niños Garrett son muy fáciles de llevar. Hemos entrado en casa para traer el aspersor que tenemos en el jardín, que es esa cosa complicada de cobre que no hace más que girar y girar, y que se entretengan con él. Por suerte, Harry lo encuentra fascinante y él y George se pasan una hora y media jugando con él. Después se meten en la piscina hinchable y yo me quedo con Patsy en el regazo mientras ella me chupa el pulgar y me llena la mano de babas.

Cuando termino de darles algo de merendar y vuelvo a llevarles a la piscina, oigo el sonido de una moto.

Me vuelvo sintiendo un extraño cosquilleo en el estómago, pero no es Jase. Se trata de Joel, que se ha bajado de la moto y ahora está apoyado en ella mirándome de arriba abajo. Algo que suele sucederme a menudo cuando estoy en el Breakfast Ahoy.

—George, Harry, ¿a quién habéis traído a casa? —pregunta el mayor de los Garrett. Es atractivo, quizá demasiado, y lo sabe.

—Es Sailor Moon —dice George—. Y sabe un montón sobre agujeros negros.

—Y también sabe cómo tirarse de cabeza hacia atrás —añade Harry.

—Pero no te la puedes quedar porque se va a casar con Jase —concluye George.

«Estupendo».

Joel parece sorprendido. No me extraña.

—¿Eres amiga de Jase?

—Pues... lo cierto es que no... no mucho... acabamos de conocernos. En realidad estoy aquí cuidando de tus hermanos.

—Pero estuvo en su habitación —puntualiza George.

Joel me mira enarcando una ceja.

Me sonrojo de la cabeza a los pies. Y lo digo de forma literal, ya que estoy en biquini.

—Solo soy la canguro.

George se abraza a mi cintura y me da un beso en el ombligo.

—No. Tú eres Sailor Moon.

—¿Y de dónde vienes? —Joel se cruza de brazos.

George y Harry se van a jugar con el aspersor. Tengo a Patsy apoyada en una cadera y la pequeña no para de intentar quitarme la parte de arriba del biquini.

—Póntela mejor en el otro lado —sugiere Joel sin pestañear.

—Oh. En la derecha, es verdad.

«Patsy, la niña que a la que solo le gusta un pecho».

—Ibas a contarme de dónde vienes, ¿verdad? —Joel sigue apoyado lánguidamente en la moto.

—De aquí mismo. Soy la vecina de al lado.

—¿Eres la hermana de Tracy Reed?

«Por supuesto. Era imposible que no se hubiera fijado en mi hermana». Mientras que yo soy rubia, Tracy es «la rubia». O lo que es lo mismo, yo tengo el pelo medio pajizo medio color miel y las pecas de papá y Tracy es rubia platino y de piel clara e inmaculada. Es una auténtica injusticia que parezca que nunca ha visto el sol a pesar de que pasa casi todos los veranos más tiempo en la playa que en casa.

—Sí. —De pronto me pregunto si mi hermana también habrá interactuado en secreto con los Garrett. Pero Joel no es rubio, requisito indispensable para todo novio de Tracy, junto con un buen revés, así que lo más probable es que no. De todos modos, pregunto para cerciorarme.

—¿Juegas al tenis?

Joel no parece inmutarse por lo incongruencia de la pregunta. Se nota que está acostumbrado a que las chicas se queden obnubiladas por su presencia y digan cosas sin sentido.

—Bastante mal. —Extiende los brazos hacia Patsy, que llegados a este punto parece que cualquier pecho le viene bien. Sus pequeños deditos tiran tercamente de la parte superior de mi biquini.

—Sí, seguro que la cazadora de cuero no ayuda mucho a la hora de hacer voleas. —Le paso a la niña.

Me hace un saludo militar con sorna.

—Sailor Moon y además una sabelotodo. Me gusta.

Justo en este momento un Jeep aparca en el camino de entrada haciendo un derrape. Alice abre la puerta de golpe y se inclina hacia atrás para desenredar la correa de su bolso de la palanca de cambios. Lleva el pelo, ahora de un tono azul eléctrico, recogido en una coleta de lado y va vestida con un top negro con cuello

*halter* y unos pantalones muy cortos.

—Lo sabías, Cleve —espeta con brusquedad al conductor del vehículo—. Sabías cuáles eran los términos. —Se endereza, se marcha con paso decidido hacia la entrada de la cocina y cierra de un portazo. A diferencia de sus hermanos, es de constitución menuda, pero no por ello pierde ni un ápice de su halo de autoridad.

El tal Cleve, un muchacho de aspecto dulce vestido con un bañador de estampado hawaiano y una camiseta de manga corta, se ha quedado con cara de no tener ni idea de a qué términos se refería y apoya la cabeza sobre el volante en señal de impotencia.

Joel vuelve a pasarme a Patsy y se acerca al Jeep.

—Lo siento, colega —dice a Cleve, que asiente con la cabeza pero no dice nada.

Regreso al lado del aspersor y me siento. George se acerca y se deja caer a mi lado.

—¿Sabías que la tarántula gigante es tan grande como tu mano?

—Jase no tiene ninguna de esas, ¿verdad?

George esboza una deslumbrante sonrisa.

—No. Tenía una tarántula normal llamada *Agnes* pero... —empieza a angustiarse —... murió.

—Seguro que ahora mismo está en el cielo de las tarántulas —agrego a toda prisa. Me estremezco por completo solo de pensar en la pinta que tiene que tener ese cielo.

La señora Garrett llega a los pocos segundos y aparca detrás de la moto de su hijo mayor. De la furgoneta salen los que supongo son Duff y Andy, ambos con las mejillas enrojecidas y el pelo alborotado. A juzgar por los chalecos salvavidas, deben de venir del campamento de vela.

George y Harry, mis leales seguidores, corren a contarle mis muchas habilidades a su madre. Patsy, sin embargo, se pone a llorar y señala con un dedo acusador a la señora Garrett mientras gimotea:

—¡Tetita!

—Fue su primera palabra. —La madre de Jase recoge a la pequeña de mis brazos sin importarle que el bañador de su hija esté todavía húmedo—. Un acontecimiento memorable.

## CAPÍTULO 9

Con mi madre y Tracy fuera, la casa está tan tranquila que puedo oír cualquier sonido. El zumbido metálico del hielo que cae del dispensador del frigorífico. El cambio de una velocidad a otra del aire acondicionado. Pero cuando estoy tumbada en mi dormitorio, sobre las diez de la noche, pensando en si debo decirle a mi madre algo sobre la mujer que he visto con Clay, hay un sonido que no me espero para nada. Es un rítmico *tan, tan, tan* que proviene del exterior, debajo de mi ventana. La abro, me subo a ella, salgo fuera y miro hacia abajo. Se trata de Jase, martillo en mano, que está clavando algo en el enrejado. Cuando se da cuenta de mi presencia, mira hacia arriba y me saluda con un clavo entre los dientes.

Me hace ilusión verle, pero la verdad es que la situación me parece un poco extraña.

—¿Qué estás haciendo?

—Tenías una tabla suelta. —Se quita el clavo de la boca, lo coloca en el enrejado y vuelve a golpear con el martillo—. No parecía seguro.

—¿Para ti o para mí?

—Dímelo tú. —Da un último golpe, deja el martillo en la hierba y en menos de un segundo escala por el enrejado y se sienta a mi lado—. Me he enterado de que mi familia te ha tendido una emboscada. Lo siento.

—No te preocupes. —Retrocedo un poco. Vuelvo a estar en camión, lo que me parece una clara desventaja.

—Son lo mejor que tengo, pero a veces pueden llegar a ser un poco... —Hace una pausa, como si estuviera buscando una definición adecuada—... abrumadores.

—Bueno, no soy una persona que se abruma con facilidad.

Jase me mira. Sus intensos ojos verdes estudian durante un instante mi rostro.

—No. No lo eres, ¿verdad?

En este momento me doy cuenta de que, aquí sentada a su lado, puedo ser quien yo quiera. Entonces me percató de que hay algo moviéndose en su hombro.

—¿Qué es eso?

Jase gira la cabeza hacia un lado.

—¿Qué? Oh, te refieres a *Herbie*. —Alza el brazo y agarra una especie de ardilla... o conejo... algo peludo de su hombro.

—¿*Herbie*?

—Es un petauro del azúcar. —Extiende la mano que ahora contiene una mata de pelo difusa que parece una ardilla voladora con un amplio mechón negro en la espalda y ojos negros como el hollín.

Con vacilación, acaricio la pequeña cabeza.

—Le encanta que le hagan eso. Es muy cariñoso. —Jase junta las dos palmas y acuna a *Herbie* entre ellas. Tiene las manos ásperas, las típicas de alguien que está acostumbrado a trabajar con ellas. En muchos aspectos Jase Garrett se parece más a un hombre que a un niño.

—¿Eres una especie de doctor Doolittle o algo parecido?

—Simplemente me gustan los animales. ¿A ti no?

—Sí que me gustan, pero no tengo un zoo en mi habitación.

Mira por encima de mi hombro, en dirección a mi dormitorio y asiente.

—Seguro que no. ¡Qué habitación más limpia! ¿Siempre la tienes así?

Me pongo a la defensiva. Y después me pongo a la defensiva por haberme puesto a la defensiva.

—Normalmente sí. Aunque a veces...

—¿Te dejas llevar por tu lado salvaje y no cuelgas el albornoz? —sugiere él.

—Es posible.

Está sentado tan cerca de mí que puedo sentir su aliento en la mejilla. Otra vez vuelven las mariposas en el estómago.

—He oído que eres una superheroína.

—Sí. Unas pocas horas con tu familia han bastado para que tenga poderes sobrenaturales.

—Los necesitarás con ellos. —Se recuesta hacia atrás, coloca a *Herbie* sobre su estómago y se apoya sobre los codos—. Y también sabes tirarte de cabeza hacia atrás.

—Sí. Fui al equipo de natación.

Asiente con la cabeza lentamente, sin dejar de mirarme. Siempre parece hacer todo de forma meditada y con un propósito. Supongo que estoy acostumbrada a estar con muchachos que se lanzan a la vida sin más. Como Charley, que solo pensaba en el sexo, o Michael, que estaba a merced de sus cambios de humor (ya fuera en su fase de euforia o en la de profunda desesperación).

—¿Te apetece nadar un rato? —pregunta Jase al cabo de pocos segundos.

—¿Ahora?

—Sí. En nuestra piscina. Hace mucho calor.

El ambiente es sofocante, está cargado y huele a tierra.

«Veamos... Nadar. De noche. Con un chico. Que es prácticamente un extraño. Y por si fuera poco un Garrett».

Es asombrosa la cantidad de normas de mi madre que puedo llegar a romper con una sola acción.

Más de diecisiete años de sermones y advertencias: «Piensa en la impresión que darás, Samantha. No hay que dejarse llevar solo por los sentimientos. Toma decisiones inteligentes. Ten en cuenta siempre las consecuencias»... tirados por la borda en menos de diecisiete segundos.

—Voy a por el bañador.

Cinco minutos más tarde, estoy en la zona del jardín que hay debajo de mi



ventana, esperando nerviosa a que Jase regrese de cambiarse. Echo miradas furtivas al camino de entrada, temiendo que en cualquier momento aparezcan un par de luces de faros, que sea Clay trayendo de vuelta a casa a mi madre y que me encuentre aquí parada, con el *tankini* negro, en el lugar en el que menos se supone que debo estar.

En vez de eso, oigo la voz tranquila de Jase.

—Hola —dice, entrando en la penumbra por mi camino de entrada.

—Ya no tienes a *Herbie*, ¿verdad?

—No. No le va mucho el agua. Vamos. —Rodeamos la valla de más de metro ochenta de mi madre, subimos por el camino de entrada de los Garrett hasta su jardín trasero y cuando llegamos a la alta alambrada verde que circunda la piscina me dice —: Muy bien, ¿se te da bien trepar?

—¿Por qué vamos a tener que trepar? Es tu piscina. ¿Por qué no usamos la puerta?

Jase se cruza de brazos, apoya la espalda sobre la alambrada y me sonrío, mostrando sus blancos dientes en la oscuridad.

—Así es más divertido. Si estás rompiendo las normas, por lo menos ten la sensación de que lo estás haciendo.

Le miro con recelo.

—¿No serás uno de esos a los que les gusta meter a las chicas en problemas solo para divertirse?

—Nunca lo haría. Vamos, sube. ¿Necesitas un empujón?

No me vendría mal, pero no voy a admitirlo. Apoyo los dedos de los pies en un agujero de la cadena, me impulso hacia arriba y salto hacia el otro lado. Jase cae a mi lado casi al instante siguiente. Se le da de maravilla esto de escalar. «Por supuesto», pienso, recordando el enrejado.

Enciende las luces de la piscina. Me fijo en que hay varios juguetes flotando, algo de lo que mi madre siempre se está quejando. «¿No saben que con todas esas cosas el filtro no funciona bien? A saber lo sucia que debe de estar el agua».

Pero no lo parece. Todo lo contrario, es transparente. En realidad la piscina parece un zafiro brillando en la noche. Me tiro de cabeza y nado hasta el otro extremo, donde saco la cabeza para tomar aire.

—Eres rápida —comenta Jase desde el centro de la piscina—. ¿Te apetece una carrera?

—¿Eres uno de esos a los que les gusta ganar a las mujeres para demostrar lo machotes que son?

—Da la impresión de que has conocido a unas cuantas personas inaguantables —observa él—. Soy solo yo, Samantha. ¿Una carrera?

—¡Vamos!

Hace un año que dejé el equipo de natación. Los entrenamientos empezaron a quitarme mucho tiempo de estudio y mi madre tomó cartas en el asunto. Aún así, aprovecho cada ocasión que tengo para nadar. Y sigo siendo rápida. Sin embargo,

Jase me gana. Dos veces. A la tercera termino ganando yo. Después nos quedamos chapoteando un rato.

Tras unos minutos Jase sale de la piscina, saca dos toallas de un enorme cubo de madera y las extiende en la hierba. Me tumbo sobre una y me quedo contemplando el cielo nocturno. Hace tanto calor que siento la humedad presionando sobre mi piel como si de dedos se tratara.

Jase se tumba a mi lado.

Si soy sincera, estoy esperando que sea él el que dé el siguiente paso. A estas alturas las manos de Charley Tyler habrían llegado a la parte superior de mi *tankini* con más rapidez que las de Patsy. Pero Jase se limita a doblar un brazo detrás de su cabeza y a mirar el cielo.

—¿Qué es eso? —pregunta señalando.

—¿Qué?

—Dijiste que te gustaba observar las estrellas. ¿Qué es eso?

Entrecierro los ojos para ver dónde está señalando exactamente su dedo.

—Draco.

—¿Y eso?

—La Corona Boreal.

—¿Y allí?

—Escorpio.

—Eres toda una astrofísica. ¿Y eso de ahí?

—Norma.

Suelta una carcajada.

—¿De verdad?

—Tú eres el que tenía una tarántula llamada *Agnes*. Sí, de verdad.

Se pone de lado para mirarme.

—¿Cómo sabes lo de *Agnes*?

—Me lo contó George.

—Claro. Mi hermano lo cuenta todo.

—Me encanta George —digo yo.

«De acuerdo, ahora tengo su cara casi pegada a la mía. Si alzo un poco la cabeza y la giro unos centímetros...». Pero no lo haré porque ni loca daré el primer paso. Nunca lo he hecho y no voy a empezar a hacerlo ahora. Así que me quedo mirando a Jase, preguntándome si será él quien decida acercarse más y...

De pronto veo el destello de los faros de un automóvil y me levanto de un salto.

—Tengo que irme. Tengo que llegar a casa ya mismo.

Hay una nota de pánico en mi voz. Mi madre siempre se pasa por mi habitación antes de irse a dormir. Corro hacia la alambrada, abro la puerta de golpe y me dirijo hacia la valla que separa ambas casas. En cuanto llego allí siento las manos de Jase sobre la cintura que me elevan a la altura suficiente como para que solo tenga que pasar una pierna por encima e impulsarme para saltar.

—Lo vas a conseguir. No te preocupes —dice en voz baja, con tomo calmo. Seguramente es el mismo tono que utiliza para tranquilizar a los animales.

Caigo al otro lado y corro hacia el enrejado.

—¡Samantha!

Me doy la vuelta, aunque solo puedo ver la parte superior de su cabeza por encima de la valla.

—¡Ten cuidado con el martillo! Todavía está en la hierba. Gracias por la carrera.

Asiento con la cabeza, me despido con un rápido movimiento de mano y vuelvo a correr.

## CAPÍTULO 10

—¡Samantha! Samantha. —Tracy entra a toda prisa en mi dormitorio—. ¿Dónde está tu top de cuello halter azul marino?

—En el cajón, Trace. ¿Por qué lo preguntas? —repongo con dulzura. Tracy ha empezado a hacer el equipaje para irse a Martha's Vineyard... media hora antes de que Flip venga a recogerla. Típico de ella. Como también es típico que considere que como hermana mayor tiene el derecho a confiscar cualquier prenda de mi armario siempre y cuando no la lleve yo puesta en ese momento.

—Porque me lo llevo prestado, ¿de acuerdo? Solo durante el verano. Te prometo que durante el otoño será todo tuyo. —Abre el cajón de mi cómoda, escarba entre la ropa y saca no solo el top azul marino sino unas cuantas camisetas blancas.

—Claro, porque precisamente el otoño es la estación en la que más me pongo los tops sin mangas. Deja esas otras en su sitio.

—¡Oh, venga! Necesito más camisetas blancas. Voy a jugar mucho al tenis.

—He oído que en Martha's Vineyard también hay tiendas.

Tracy pone los ojos en blanco, vuelve a dejar las camisetas en el cajón y se va directa a su habitación. El año pasado fue monitora de tenis en el B&T y de pronto me doy cuenta de que, al igual que en casa, me va a resultar muy raro trabajar allí sin verla. A todos los efectos mi hermana ya se ha marchado.

La sigo hasta su dormitorio.

—Voy a echarte de menos —digo mientras la observo descolgar vestidos de las perchas y meterlos sin ningún miramiento en una maleta de mamá sin preocuparse del prominente monograma GCR.

—Te mandaré alguna postal. —Abre una funda de almohada y corre al baño. Después mete las planchas del pelo, el rizador y el cepillo eléctrico de dientes que hay en la encimera—. Espero que no me eches mucho de menos, Samantha. Es el verano anterior a tu graduación. Olvídate de mamá. Desmelénate. Disfruta de la vida. —Agita sus píldoras anticonceptivas delante de mis narices para dar mayor énfasis a la frase.

«¡Puaj!». No necesito que mi hermana me recuerde de una forma tan visual que tiene una vida sexual.

Mete las píldoras en la funda y hace un nudo en uno de los extremos. Después se cuelga al hombro el improvisado saco y me mira. De pronto su expresión se torna vulnerable.

—Me temo que me estoy involucrando demasiado con Flip. No sé si es muy buena idea pasar todo el verano juntos.

—Me gusta Flip —comento yo.

—Sí, a mí también, pero solo quiero que me guste hasta finales de agosto. Él va a ir a la universidad de Florida y yo a Vermont.

—Hay aviones, trenes, automóviles... —sugiero.

—Odio toda esa mierda de las relaciones a distancia, Samantha. Además, luego no paras de preguntarte si estará con otra en el campus y no sabes si estás haciendo el imbécil o no.

—Ten un poco de fe, Trace. A Flip se le ve muy colado por ti.

—Lo sé —dice mi hermana, y suspira—. El otro día me trajo una revista y un helado a la playa. Me pareció un gesto tan dulce. Ahí fue cuando me di cuenta de que puede que me esté enamorando de él.

«Oh, oh».

—¿Por qué no te limitas a ver cómo se van desarrollando las cosas?

Tracy esboza una sonrisa triste.

—Creo recordar que cuando salías con Charley tenías una especie de hoja de ruta para ver cuándo le dejabas dar el siguiente paso.

—Es que si no hubiera hecho eso con él me hubiera intentado desvirgar en el automóvil de su padre antes de traerme a casa después de nuestra primera cita.

Trace se ríe.

—Era un auténtico salido, aunque tenía unos hoyuelos muy atractivos. ¿Llegaste a acostarte con él?

—No. Nunca. —¿Cómo ha podido olvidarse de eso? Me siento un poco dolida. Recuerdo cada detalle de la vida amorosa de mi hermana, incluido ese traumático verano de hace dos años en el que salió con tres hermanos, rompiéndoles el corazón a dos de ellos y consiguiendo que el tercero se lo rompiera a ella.

Oímos a Flip tocando el claxon en el camino de entrada; algo que mamá detesta pero que parece tolerar en él.

—¡Ayuda! Llego tarde. ¡Tengo que irme! ¡Te quiero! —Tracy baja las escaleras como si de un elefante en una cacharrería se tratara. Nunca he entendido cómo mi esbelta y menuda hermana puede hacer tanto ruido en las escaleras. A continuación se abalanza sobre mi madre, le da un abrazo, se asoma por la puerta y grita—: ¡Ya voy, Flip! ¡Te prometo que vale la pena esperar!

—¡Ya lo sé, nena! —responde él.

Tracy se acerca a mí, me da un sonoro beso en la mejilla y se echa hacia atrás.

—¿Estás segura de lo de las camisetas blancas?

—¡Sí, vete!

Y con un susurro de su falda y un portazo, mi hermana se marcha de casa.

\* \* \*

—¿Sabes que en el instituto de Stony Bay hacen un simulacro de SAT<sup>[2]</sup> en el mes de

agosto? —comenta Nan mientras vamos de camino al B&T. Antes hemos hecho una parada en Doane's y ahora ella está dando un sorbo a su batido de galleta y yo masticando el hielo de mi granizado de lima.

—Dame un respiro. Estamos en verano, Nan. —Alzo el rostro hacia el cielo y tomo una profunda bocanada de aire caliente. Hay marea baja y aspiro el aroma a agua de río calentada por el sol.

—Ya lo sé, pero solo dura una mañana. Tuve gastroenteritis la última vez que lo hicimos y saqué mil novecientos. Una nota que no es lo suficientemente buena. No para Columbia.

—¿No puedes hacerlo *online*? —Me gusta el instituto y adoro a Nan, pero no quiero pensar en pruebas de admisión y notas hasta por lo menos septiembre.

—No es lo mismo. Este simulacro está supervisado y todo. Se hace en las mismas condiciones que el examen de verdad. Podríamos hacerlo juntas. Será divertido.

Sonrío y alargo la mano para hacerme con su batido y probarlo.

—¿Eso es lo que entiendes por diversión? ¿Mejor no podríamos... no sé... nadar en aguas infectadas de tiburones?

—Por favor. Sabes lo asustada que estoy con esto. Me ayudaría mucho ver cómo reacciono con las mismas condiciones que tendremos en el SAT. Y siempre que sé que estás ahí me siento mejor. Hasta te pagaré la suscripción. Por favooooooooor, Samantha.

Murmuro que me lo pensaré. Llegamos al B&T, donde tenemos que rellenar unos papeles antes de empezar a trabajar. Pero también he ido allí para hacer otra cosa.

Cuando llamo a la puerta del despacho del señor Lennox estoy sudando un poco. Miro a un lado y a otro, sintiéndome culpable, mientras espero su respuesta.

—¡Adelante! —dice el señor Lennox.

Cuando asomo la cabeza parece sorprendido de verme.

—Vaya. Hola, señorita Reed. Sabe que no empieza hasta la semana que viene, ¿no?

Nada más entrar al despacho me asalta el mismo pensamiento de siempre. Alguien debería conseguirle al señor Lennox una mesa de escritorio más pequeña. El pobre no es muy alto y esa inmensa mole de roble parece estar a punto de engullirle.

—Sí, lo sé —respondo tomando asiento—. Solo he venido a cumplimentar el papeleo. El motivo de que esté aquí es que... me preguntaba... necesito... Me gustaría volver al equipo de natación el curso que viene, así que necesito entrenar un poco. Me preguntaba si podría venir una hora antes de que se abra la piscina y hacer algunos largos en ella. —El señor Lennox se recuesta en su silla y me mira impassible—. Sé que puedo nadar en el mar y en el río, pero necesito controlar mis tiempos y es más fácil si sé la distancia que recorro y la velocidad a la que voy.

Apoya los dedos debajo de la nariz.

—La piscina abre a las diez —comenta.

Intento no hundir los hombros. Nadar y competir con Jase la otra noche, aunque

de manera informal, hizo que me sintiera de maravilla. Me dio mucha pena dejar el equipo de natación, pero bajé de sobresaliente a notable en matemáticas y ciencias y mi madre insistió. Si me organizo bien y trabajo duro puede que este año...

—Pero también es verdad —continúa el señor Lennox—, que su madre es un miembro muy respetado de nuestro Consejo de Administración. —Aparta los dedos de su cara lo suficiente para mostrar un atisbo de sonrisa—. Y usted siempre ha sido una trabajadora excelente. Puede usar la piscina, siempre que cumpla el resto de normas. Ya sabe, ducharse primero, usar gorro... y no permitir, bajo ninguna circunstancia, que nadie sepa de nuestro pequeño acuerdo.

Me levanto de un salto.

—Gracias, señor Lennox. No lo haré. Perdón, quiero decir que sí, que haré todo lo que me ha dicho. Muchas gracias.

Cuando salgo del despacho me encuentro a Nan esperándome. Nada más ver mi sonrisa dice:

—¿Te das cuenta de que esta es seguramente la primera vez que el señor Lennox hace la vista gorda en toda su vida? No sé si felicitarle o seguir sintiendo pena por él.

—No te imaginas lo mucho que quería esto.

—Siempre te he visto más feliz cuando nadabas —admite Nan—. Y en mejor forma —agrega como quien no quiere la cosa—. Te va a venir fenomenal.

Me vuelvo para mirarla pero ya se ha alejado por el pasillo.

\* \* \*

Al día siguiente me toca el último turno en el Breakfast Ahoy (de nueve a una, en vez de seis a once). Así que, mientras mamá frunce el ceño leyendo sus mensajes en el teléfono móvil, decido hacerme un batido. Hace días que no coincidimos y me pregunto si este será un buen momento para contarle lo de Clay. Concluyo que sí justo cuando veo que deja el teléfono y abre la puerta del frigorífico, dando golpecitos en el suelo con la sandalia. Es un gesto que suele hacer mucho, como si estuviera esperando a que las fresas le gritaran un «¡cómenos!» o el zumo de naranja saliera por sí solo hasta la encimera y se sirviera a sí mismo en un vaso.

*Tap. Tap. Tap.*

También es una de sus técnicas favoritas: permanecer callada durante mucho tiempo de modo que se produzca un silencio tan sepulcral que el otro sea incapaz de soportarlo y empiece a hablar. Abro la boca, dispuesta a comenzar la conversación, pero para mi sorpresa es mi madre la que habla primero.

—He estado pensando mucho en ti, cariño.

Por la forma en que lo dice no puedo evitar replicar:

—¿Planificándome el verano? —En cuanto noto el sarcasmo que destilan mis palabras me siento culpable al instante.

Mamá saca un cartón de huevos, se queda mirándolo unos segundos y lo vuelve a meter en el frigorífico.

—Sí, eso también. Estas elecciones no van a ser fáciles. No es como la primera vez que me presenté, en que mi único rival era ese libertario descerebrado. Si no pongo toda la carne en el asador podría perder mi escaño. Por eso estoy tan agradecida a Clay. Necesito concentrarme y sé que sabéis cuidar de vosotras mismas. Tracy... —Más golpecitos en el suelo—. Clay cree que no debo preocuparme por ella. Que lo mejor que he podido hacer ha sido dejar que se fuera a Martha's Vineyard. Al fin y al cabo se irá a la universidad este mismo otoño. Pero tú... ¿Cómo te lo puedo explicar para que lo entiendas?

—Tengo diecisiete años, mamá. Lo entiendo todo. —A mi mente acude una imagen de Clay con esa mujer. ¿Cómo abordar ese asunto? Me agacho delante de ella para hacerme con las fresas.

Mi madre me da un pellizco en la mejilla.

—Cuando dices estas cosas es cuando me acuerdo de lo joven que eres. —Su expresión se suaviza—. Sé lo duro que te va a resultar acostumbrarte a que Tracy no esté en casa. A mí también. Todo está tan tranquilo sin ella. Entiendes que voy a tener que trabajar muchísimo este verano, ¿verdad, cariño?

Asiento. Es cierto lo que dice; de hecho la casa ya está muy silenciosa sin Tracy desafinando en la ducha o bajando ruidosamente con sus tacones por las escaleras.

Mi madre saca el agua filtrada de la nevera y la vierte en una tetera.

—Clay dice que puedo aspirar a cotas más altas. Que podría llegar a ser alguien importante. Que podría ser alguien más que la mujer con el fondo fiduciario que compró su escaño.

La primera vez que ganó se dijo eso mismo en un montón de artículos. Yo los leí, me estremecí y escondí los periódicos con la esperanza de que mi madre no los leyera. Por lo visto sí que lo hizo.

—Hace tanto tiempo que nadie me entiende, que nadie me ve como soy realmente —añade de repente. Sigue de pie, con la jarra de agua en la mano—. Tu padre lo hizo... o al menos eso creo. Pero después... después... una tiene demasiadas cosas que hacer y se hace mayor... y nadie vuelve a verte de ese modo. Tú y Tracy... Tu hermana se irá a la universidad el próximo curso y el año que viene tú harás lo mismo. Sí, sé que ahora os toca a vosotras, pero no puedo dejar de pensar, ¿cuándo dejé escapar mi oportunidad? Clay tardó muy poco en asumir que tenía dos hijas adolescentes. Él me ve, Samantha. No puedo explicar lo bien que me sienta eso. —Se vuelve hacia mí y me mira. Nunca la he visto tan... radiante.

¿Cómo puedo decirle ahora: «Bueno, mamá, creo que Clay no solo te ve a ti, sino a alguien más»?

Pienso en Jase Garrett y en cómo parece entender lo que me pasa sin necesidad de explicarle las cosas. ¿Siente mi madre lo mismo con Clay? «Por favor, que no sea un asqueroso mujeriego».



—Me alegro, mamá. —Pulso el botón de la licuadora y la cocina se llena con el sonido de las fresas y el hielo triturándose.

Mi madre me aparta un mechón de pelo de la frente, deja la jarra de agua en la encimera y se queda a mi lado hasta que apago el aparato. Después vuelve el silencio.

—Tú y Tracy —dice a mi espalda tras unos segundos— sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Desde el punto de vista personal. Pero la vida es algo más que las cosas personales. No quiero que seáis lo único que me pase. Quiero...

Se queda callada. Me doy la vuelta y me la encuentro mirando al vacío, sumida en sus propios pensamientos. De repente tengo miedo por ella. Con esa expresión de ensoñación parece una mujer distinta, no mi madre, la reina de la aspiradora que pone los ojos en blanco cada vez que habla de los Garrett. Solo he visto un par de veces a Clay. Tiene un encanto especial, supongo, pero mi padre también debía de tenerlo. Mi madre siempre dice con tono amargo: «Tu padre tenía encanto», como si ese encanto fuera una sustancia ilegal que usó con ella para que perdiera la cabeza.

Me aclaro la garganta.

—Bueno —comento en lo que espero sea un tono informal, no uno con el que trato de sonsacarle información—, ¿qué sabes de Clay Tucker?

Mi madre clava la vista en mí.

—¿Por qué me haces esa pregunta, Samantha? No creo que sea asunto tuyo.

Por eso a veces prefiero no decir nada. Hundo una cuchara en el batido y aplasto un trozo de fresa contra un lateral.

—Solo preguntaba. Parece...

¿Un desastre potencial? ¿Mucho más joven? Puede que esta no sea la manera más diplomática de abordar el asunto. Pero ¿acaso hay una forma diplomática de hacerlo?

Al final decido no terminar la frase; otra técnica que suele usar mi madre para conseguir que seamos nosotras quienes las finalicemos. Por increíble que parezca, también funciona a la inversa.

—Lo que sí sé es que ha llegado muy lejos para lo joven que es. Asesoró al Comité Nacional Republicano en la última campaña, ha visitado a George W. Bush en su rancho de Crawford...

«Por Dios». Tracy suele bromear con el tono de reverencia absoluta que usa mi madre siempre que habla del ex Presidente. «Mamá está enamorada del Comandante en Jeeeeeeefe». A mí, sin embargo, me horroriza tanto que soy incapaz de hacer ningún tipo de burla al respecto.

—Clay Tucker es una persona muy importante e influyente en el partido —continúa diciendo—. Todavía no creo que vaya a ayudarme en una campaña tan insignificante como la mía.

Meto las fresas en el frigorífico y remuevo el batido con la cuchara en busca de cualquier trozo de fruta que se haya escapado de la cuchilla de la licuadora.

—¿Cómo terminó en Stony Bay?

«¿Sabes si está casado o tiene algún ligue por la zona?».

—Compró a sus padres una casa en Seashell Island para que pasasen allí las vacaciones. —Mi madre abre el frigorífico y cambia las fresas del segundo estante, donde las he dejado yo, al tercero—. Ya sabes, esa isla pequeña que hay río abajo. Estaba extenuado por el trabajo y decidió tomarse un descanso. —Sonríe—. Entonces leyó un artículo sobre mi carrera política y decidió involucrarse.

«¿Con la campaña o contigo? Quizá sea una especie de agente secreto que está intentando desacreditarla ante la opinión pública. Aunque nunca lo conseguirá, mi madre no tiene ningún trapo sucio».

—¿Y eso se puede hacer? —Encuentro un trozo de fresa y lo machaco—. Me refiero a que estéis saliendo juntos y que también te asesore en la campaña. Creía que no estaba bien visto.

Mi madre siempre ha sido muy estricta a la hora de separar la política de lo personal. Hace unos años, a Tracy se le olvidó llevar dinero para alquilar los patines en una pista de hielo. El encargado, un partidario de mi madre, le dijo que no se preocupara. Al día siguiente, mamá obligó a Tracy a volver y pagar el precio completo del alquiler.

Alza ambas cejas.

—Somos adultos, Samantha. Solteros y sin ningún compromiso. No estamos rompiendo ninguna norma. —Alza la barbilla y se cruza de brazos—. No me gusta el tono que estás usando.

—Solo quería...

Pero ya va de camino al armario. Abre la puerta, saca la aspiradora y la pone en marcha. El aparato ruge como si de un 747 se tratara.

Me concentro en el batido, preguntándome si había otra forma mejor de tratar el asunto. Mamá casi me pidió los antecedentes de Charley y Michael cuando se enteró de que estaba saliendo con ellos, por no hablar de algunos de los novios menos deseables de Tracy. Pero cuando se trata de ella...

La aspiradora emite un sonido ahogado y deja de funcionar de repente. Mi madre le da una pequeña sacudida, la desenchufa, vuelve a enchufarla e intenta encenderla de nuevo. Nada.

—¡Samantha! —grita—. ¿Sabes qué ha podido pasar? —Lo que según mi dilatada experiencia significa: «¿Tienes tú la culpa de esto?».

—No, mamá. Sabes que nunca la toco.

Vuelve a sacudirla con más fuerza.

—Pues ayer por la noche funcionaba sin ningún problema —espeta con tono acusador.

—Yo no la he tocado, mamá.

De repente se pone a gritar.

—¿Entonces qué le pasa? ¡Tenía que romperse justo ahora! Clay va a venir a cenar con algunos posibles donantes para la campaña y solo me ha dado tiempo a limpiar la mitad del salón. —Da un golpe a la aspiradora.

El salón está tan immaculado como siempre, hasta el punto de que uno no sabe cuál es la mitad que ha aspirado.

—Todo está perfecto, mamá. No se van a dar cuenta.

Le da una patada a la aspiradora y me mira.

—Yo me daré cuenta.

«Está bien».

—Mamá. —Estoy acostumbrada a su temperamento, pero esto me parece desmesurado.

De repente, desenchufa la aspiradora con violencia, recoge el cable, la lleva por todo el salón hasta la puerta y la lanza por los aires. El aparato aterriza con un estruendo en el camino de entrada.

Me quedo mirando a mi madre.

—¿No tienes que irte a trabajar, Samantha?

## CAPÍTULO 11

Cuando llego al trabajo, tengo un turno especialmente molesto porque Charley Tyler y su grupo de amigos del instituto deciden pasarse por el Breakfast Ahoy. Charley y yo rompimos de forma amistosa, pero eso no impide que me lleve una buena cuota de miradas lascivas, su irónico saludo de «Oye, ¿qué es lo que veo a través del catalejo?» y unas cuantas bromas sobre el uniforme con un «¿Quieres subirte a mi mástil?» incluido. Como era de esperar, se sientan en una de mis mesas (la ocho) y me tienen yendo y viniendo a por agua, mantequilla y salsa de tomate todo el rato solo por el hecho de que pueden hacerlo.

Al final se van. Gracias a Dios dejan una buena propina. Charley se despide con un guiño y desplegando el encanto de sus hoyuelos.

—La oferta del mástil sigue en pie, Sammy-Sam.

—Piérdete, Charley.

Mientras limpio el desastre de mesa que han dejado, alguien tira de la cinturilla de mi falda.

—Hola.

Se trata de Tim. Viene sin afeitarse, con el pelo revuelto y la misma ropa que la última vez que le vi; un pijama de franela impropio para el calor del verano y que hace mucho que no ve una lavadora.

—Necesito un poco de dinero, niña rica.

Me siento dolida. Tim es consciente, o al menos lo era, de lo mucho que odio que me llamen así; un mote que me pusieron los miembros de los equipos de natación rivales.

—No voy a darte dinero, Tim.

—¿Porque me lo gastaría en alcohol? —Formula la pregunta con voz chillona y sarcástica, imitando a mi madre cuando vamos a New Haven y pasamos delante de los indigentes—. Sabes que no necesariamente. También podría gastármelo en hierba. O, si eres generosa y tengo suerte, en cocaína. Vamos. Solo dame cincuenta.

Se apoya en el mostrador, se cruza de brazos y me mira alzando la barbilla.

Clavo la vista en él. ¿Estamos ante una especie de competición para ver quién aparta antes la mirada? De repente y sin que me lo espere, se abalanza sobre el bolsillo de mi falda, donde suelo guardar las propinas.

—Esto es solo calderilla para ti. No entiendo por qué narices trabajas, Samantha. Dame un poco de dinero.

Me aparto de él con tanta fuerza que temo desgarrar la tela de la falda.

—¡Tim! ¡Déjame! ¡No voy a darte nada!

Vuelve a mirarme y niega con la cabeza.

—Solías ser una chica estupenda. ¿Cuándo te convertiste en una zorra?

—¿Cuándo te volviste tú un imbécil? —Paso delante de él con mi bandeja de platos sucios. Las lágrimas se me agolpan en los ojos. «Ni se te ocurra llorar», pienso. Pero Tim me conocía mejor que nadie.

—¿Algún problema? —pregunta Ernesto, el cocinero, sin dejar de mirar las seis freidoras industriales que tiene funcionando al mismo tiempo. Breakfast Ahoy no es precisamente un restaurante de comida saludable.

—Solo un capullo. —Arrojo el contenido de la bandeja en la pila de vajilla sucia con un sonoro estrépito.

—Nada nuevo. Esta ciudad está llena de hijos de papá que se creen que...

«Vaya por Dios». Sin darme cuenta he activado el interruptor de diatriba favorita de Ernesto. Dejo de escucharle, esbozo una sonrisa forzada y regreso para encararme a Tim, pero solo alcanzo a ver un destello de su sucio pijama de cuadros y el golpe de la puerta al cerrarse. Hay un montón de monedas sobre la mesa al lado de la puerta y otras tantas en el suelo. El resto de mi propina se ha esfumado.

Recuerdo aquel día, cuando estábamos en séptimo, antes de que expulsaran a Tim de Hodges, en el que me olvidé del dinero para el almuerzo y estaba buscando a Tracy o a Nan. Al final me encontré con Tim, sentado en el césped con lo peor de lo peor del colegio privado; Tim, que por lo que sabía entonces, estaba tan limpio como yo o Nan. En el centro del grupo estaba Drake Marcos, un alumno de último curso al que le gustaba mucho colocarse y que siempre iba con una panda de estudiantes de su misma calaña (seguro que tenían historias muy interesantes que contar en sus solicitudes para la universidad).

—Vaya, pero si es la hermana de Tracy Reed. Se te ve un poco tensa, hermana de Tracy Reed. Tómatelo con calma. Necesitas relajaaaaarte un poco —dijo Drake. El resto del grupo rio como si de una broma desternillante se tratara. Yo miré a Tim, que tenía la vista clavada en sus pies—. ¿Por qué no te unes al lado salvaje, hermana de Tracy Reed? —preguntó Drake agitando una bolsa de ni siquiera supe qué.

Balbuceé algún comentario sobre que tenía que irme a clase, con lo que conseguí que Drake y sus fieles acólitos se partieran de risa durante unos segundos y me dispuse a marcharme. Sin embargo, antes me volví hacia Tim, que seguía mirando sus mocasines, y le susurré:

—Venga, vámonos.

Ahí fue cuando alzó la vista y me miró.

—Que te den, Samantha.

## CAPÍTULO 12

Tardo un rato en recuperarme de la visita de Tim, pero en el Breakfast Ahoy todo va muy deprisa y eso ayuda.

Hoy, sin embargo, las cosas parecen ir de mal en peor.

Durante la mañana tengo a una clienta indignada porque no permitimos que su perrito se siente en la mesa con ella y un hombre con dos niños insufribles que no dejan de lanzarme sobres de mermelada y azúcar y se dedican a echar salsa de tomate y mostaza dentro del dispensador de servilletas. De camino a casa reviso mis mensajes de texto. Encuentro uno de mi madre, que todavía parece enfadada, en el que me dice que limpie la casa. «Que quede inmaculada», enfatiza. También añade: «Esfúmate antes de que Clay llegue con los donantes».

Mamá nunca me ha pedido que me «esfume». ¿Es porque le he preguntado por Clay? Mientras accedo al camino de entrada, meditando sobre el asunto, veo la aspiradora tirada en medio.

—¡Samantha! —Me llama Jase desde el otro lado de la valla—. ¿Va todo bien? Me da la sensación de que las cosas no han ido muy bien en alta mar.

—Por favor, no estoy para bromas sobre barcos y marineros. Créeme si te digo que ya me las sé todas.

Se acerca hacia mí sonriendo y negando con la cabeza. Hoy lleva una camiseta blanca que le hace parecer más moreno de lo que es.

—Me imagino. En serio, ¿va todo bien? Te veo un poco... desaliñada... y eso no es muy normal en ti.

Le cuento lo de limpiar la casa y el «esfúmate» y termino dándole una patada a la aspiradora y diciéndole que está rota.

—Bueno, puedo arreglarla. Voy a por mis herramientas. —Sale corriendo antes de que pueda replicar nada.

Entro en casa, me quito el uniforme y me pongo un vestido de verano de color azul claro. Cuando Jase llama a la puerta estoy sirviendo limonada.

—¡En la cocina! —grito.

Viene llevando la aspiradora en ambos brazos, como si de una víctima de un accidente se tratara, y con su caja de herramientas colgando de un pulgar.

—¿Hay alguna parte de tu casa que no esté limpia?

—Mi madre es un poco especial con el asunto de la limpieza.

Jase asiente, enarca una ceja pero no dice nada al respecto. Después deja la aspiradora en el suelo, abre la caja y ladea la cabeza buscando la herramienta adecuada. Me fijo en los músculos de sus brazos. De pronto siento tal necesidad de acariciárselos que me asusto. En su lugar, rocío la encimera con desinfectante y la

limpio intensamente con papel de cocina.

«¡Desaparece mancha inmunda!».

Jase arregla la aspiradora en menos de cinco minutos. El culpable parece ser un gemelo de Clay. Cuando lo pienso, intento no imaginarme a mi madre rasgándole la camisa loca de lujuria. A continuación Jase se ofrece a ayudarme a limpiar el immaculado suelo.

—Esto está tan perfecto que me cuesta mucho ver si estoy haciendo algún progreso —comenta aspirando debajo de un sillón mientras yo alineo simétricamente los cojines—. Tal vez deberíamos traer a George y a Patsy para que jueguen con plastilina y dejen unas cuantas marcas de dedos. Y también podríamos hacer una tarta de chocolate y que se le comieran. Así tendríamos algo que limpiar.

Cuando terminamos de limpiar, Jase pregunta:

—¿Tienes toque de queda?

—A las once de la noche —respondo confusa. Apenas acaba de empezar la tarde.

—Entonces vete a por un jersey y un bañador.

—¿Para qué?

—Se supone que tienes que esfumarte, ¿no? Ven a perderte en la multitud de mi casa y ya pensaremos algo para después.

\* \* \*

Como siempre, el contraste entre el jardín de los Garrett y el nuestro es extremo. Me siento como Dorothy pasando del blanco y negro al technicolor en *El mago de Oz*. Alice está jugando al disco volador con un muchacho. Se oyen chillidos y gritos desde la piscina. Harry está golpeando una bola de béisbol pegada a un soporte con una raqueta de tenis en vez de con un bate. Alice le tira el disco a Jase, que lo atrapa con facilidad y se lo lanza a la pareja de su hermana (que no es Cleve, el que no sabía los términos, sino un tipo enorme que tiene toda la pinta de jugar al fútbol americano). Oigo a la señora Garrett espetar a todo pulmón desde la zona de la piscina:

—¡George! ¿Qué te dije acerca de hacer pis dentro?

De pronto se abre la puerta con mosquitera y aparece Andy, llevando cinco bañadores diferentes en los brazos.

—¡Alice! Tienes que ayudarme.

La hermana mayor pone los ojos en blanco.

—Simplemente elige uno, Andy. Cualquiera te quedará bien. Solo es una cita.

Andy, una preciosa joven de catorce años con aparato dental, niega con la cabeza. Está a punto de ponerse a llorar.

—Una cita con Kyle. ¡Con Kyle, Alice! Jamás me han pedido una cita y ahora tengo una. ¡Y no vas a ayudarme!

—¿Qué te pasa, And's? —Jase se acerca a ella.

—¿Te acuerdas de Kyle Comstock, del campamento de vela? Llevo tres veranos tan embobada con él que casi vuelco el bote cada vez que le miro. Me ha pedido que vayamos a la playa y después a tomar algo al Clam Shack. Alice no quiere echarme una mano y mamá solo me ha dicho que me ponga protector solar.

Alice sacude la cabeza con impaciencia.

—Venga, Brad, vamos a darnos un chapuzón. —Se aleja con el jugador de fútbol hacia la piscina.

Jase me presenta a Andy que me lanza una mirada desesperada con sus ojos color avellana.

—¿Puedes ayudarme? Nadie debería tener una primera cita en bañador. No es justo.

—Tienes razón —digo yo—. Enséñame qué es lo que tienes.

Andy extiende en el suelo los trajes de baño.

—Tengo tres bañadores y dos biquinis. Mi madre dice que los biquinis están descartados por completo. ¿Qué te parece, Jase?

—Sí, sí. Nada de biquinis en una primera cita —conviene—. Estoy seguro de que es una regla universal. O debería serlo, por lo menos para mis hermanas.

—¿Qué tipo de chico es? —pregunto, examinando los bañadores.

—¿Kyle? Oh, bueno, ya sabes, es... ¿Perfecto? —Agita las manos.

—Tienes que ser más específica, And's —contempla Jase secamente.

—Divertido. Deportista. Popular. Es muy mono pero no se lo tiene creído. La clase de persona que hace reír a todo el mundo sin apenas esforzarse.

—Ponte ese. —Señalo un bañador olímpico rojo.

—Gracias. ¿Y para después de la playa? ¿Me pongo un vestido? ¿Me maquillo? ¿Qué le digo? ¿Por qué habré aceptado? ¡Si incluso odio las almejas, que es el plato estrella del Clam Shack!

—Pide un perrito caliente —aconseja Jase—. Es más barato y Kyle te lo agradecerá.

—Nada de maquillaje. No lo necesitas —añado yo—. Sobre todo después de bañarte en la playa. Échate un poco de acondicionador en el pelo para que no tenga un aspecto reseco después del mar. Un vestido está bien. Y pregúntale un montón de cosas sobre sus gustos.

—Acabas de salvarme la vida. Estaré en deuda contigo toda la eternidad —dice Andy con vehemencia. A continuación se mete corriendo dentro de su casa.

—Estoy impresionado —observa Jase en voz baja—. ¿Cómo supiste qué bañador escoger?

—Dijo que era deportista —respondo yo. Oír su voz tan cerca de mi oído hace que se me erice el vello de la nuca—. Además, el rojo irá muy bien con su pelo oscuro y su piel bronceada. En realidad estoy un poco celosa. Mi madre dice que a las rubias no nos favorece nada el rojo y que no podemos ponernos nada que de ese



color.

—Y yo que pensaba que Sailor Moon podía con todo. —Jase abre la puerta que da a la cocina y me hace un gesto para que pase.

—Sí, por desgracia mis poderes son limitados.

—¿Puedes asegurarme que Kyle Comstock es un buen chico? Eso sí que sería un súper poder útil.

—Y que lo digas —señalo yo—. Podría haberlo utilizado con el novio de mi madre. Pero no.

Sin decir nada más, Jase se dirige hacia las escaleras. Ha debido de ejercer de nuevo su don de encantador de serpientes porque me veo siguiéndole a su dormitorio. A mitad del pasillo nos encontramos con un consternado Duff. Tiene el pelo castaño de la familia, aunque lo lleva un poco más largo, y los ojos verdes y redondos. Es más robusto que Jase y mucho más bajo.

—*Voldemort* se ha escapado —anuncia.

—Diablos. —Jase parece molesto; algo extraño teniendo en cuenta que es una noticia sobre *Harry Potter* bastante antigua—. ¿Lo sacaste del terrario? —Llega a la puerta de su habitación en dos zancadas.

—Solo un minuto. Para ver si iba a mudar pronto de piel.

—Duff, deberías haber tenido más cuidado. —Jase se pone de rodillas y mira debajo de la cama y la cómoda.

—¿Y *Voldemort* es...? —pregunto a Duff.

—La serpiente del maíz de Jase. Yo le puse el nombre.

Hago acopio de todo mi autocontrol para no subirme al escritorio. Jase ahora está mirando dentro del armario.

—Le gustan los zapatos —me explica por encima del hombro.

«*Voldemort*, la serpiente del maíz que siente pasión por los zapatos. ¡Qué maravilla!».

—¿Llamo a mamá? —Duff está a punto de salir por la puerta.

—No. Ya lo tengo. —Jase sale del armario con la serpiente naranja, blanca y negra enrollada en el brazo. Retrocedo todo lo que puedo.

—Es muy tímido, Samantha. No te preocupes. Es completamente inofensivo, ¿verdad, Duff?

—Cierto. —Duff me mira con semblante serio—. Las serpientes del maíz son muy subestimadas como mascotas. En realidad son muy dóciles e inteligentes. Solo tienen mala reputación. Como las ratas y los lobos.

—Te creo —murmuro mientras veo cómo Jase desenrolla la serpiente y la mete en el terrario, donde vuelve a enroscarse como si fuera un brazalete mortal.

—Si te interesa puedo imprimirte algo de información de Internet —se ofrece Duff—. De lo único que hay que tener cuidado con las serpientes del maíz es que a veces defecan cuando están estresadas.

—Duff, por favor. Márchate —dice Jase.

Duff sale de la habitación abatido. Inmediatamente después entra Joel, llevando una camiseta negra, *jeans* ajustados del mismo color y cara de pocos amigos.

—Creía que la habías arreglado. Tengo que recoger a Giselle en diez minutos.

—Y la he arreglado —repite Jase.

—No, hermano, sigue sin funcionar. Échale un vistazo.

Jase me mira disculpándose.

—La moto. Ven conmigo mientras la reviso.

Una vez más, Jase solo tarda unos minutos en encontrar la herramienta adecuada, enroscar y desenroscar algo y hacer que la moto vuelva a la vida. Joel se monta en ella a toda prisa, masculla algo que podría ser un «gracias» —es imposible oírlo por encima del motor— y sale como alma que lleva el diablo.

—¿Cómo has llegado a ser tan bueno en todo? —pregunto a Jase mientras se limpia la grasa de las manos con un trapo que saca de la caja de herramientas.

—En todo —repite pensativo.

—A la hora de arreglar cosas. —Señalo la moto y luego hago un gesto hacia mi casa para referirme a la aspiradora.

—Mi padre tiene una ferretería. Eso ayuda mucho.

—También es el padre de Joel, pero eres tú el que arregla la moto. Y el que cuida de todas esas mascotas.

Los ojos verdes de Jase se encuentran los míos. Después baja las pestañas.

—Supongo que me gustan las cosas que requieren tiempo y atención. Merecen más la pena.

No sé por qué, pero esas palabras hacen que me sonroje intensamente.

Justo en ese momento entra Harry.

—¿A que vas a enseñarme a tirarme de cabeza hacia atrás, Sailor Moon? —dice sin más preámbulos—. Ahora mismo, ¿verdad?

—Harry, Samantha no tiene que...

—No me importa —digo rápidamente, feliz de tener algo más que hacer que derretirme en medio del camino de entrada—. Voy a ponerme el bañador.

Harry es un estudiante entusiasta, aunque sus zambullidas frontales se limitan a juntar las manos sobre la cabeza y tirarse de panza a la piscina. No obstante no deja de insistir en que le enseñe una y otra vez cómo tirarse hacia atrás. Mientras tanto, la señora Garrett se dedica a chapotear en la zona menos profunda con George y Patsy. Jase nada unos largos y después sale del agua para observarnos. Alice y Brad han debido de marcharse a otra parte.

—¿Sabías que las ballenas asesinas no suelen matar humanos? —grita George desde las escaleras de la piscina.

—Sí, eso he oído.

—No les gusta nuestro sabor. ¿Y sabías que los tiburones que más humanos matan son el tiburón blanco, el tigre, el martillo y el toro?

—Sí, George —respondo. Coloco mi mano sobre la pequeña espalda de Harry

para conseguir que adopte la posición correcta.

—Pero no hay ninguno nadando en nuestra piscina —remarca Jase.

—Jase, ¿no crees que deberíamos ir a cenar al Clam Shack para echarle un ojo a Andy? —pregunta la señora Garrett.

—Mamá, se va a sentir completamente humillada. —Jase se recuesta en el borde de la piscina, apoyando los codos sobre el cemento.

—Lo sé, pero solo tiene catorce años... ¡y ya tiene una cita! Alice empezó a los quince.

Jase cierra los ojos.

—Mamá, dijiste que no tendría que volver a hacer de canguro esta semana. Y Samantha tampoco está trabajando ahora.

La señora Garrett frunce el ceño.

—Lo sé. Pero Andy es... muy inocente para la edad que tiene. No sé nada de ese muchacho Comstock.

Jase suspira y me mira.

—Podemos pasarnos por el Clam Shack y ver cómo les va —sugiero—. Sin que se note mucho. ¿Qué te parece?

La señora Garrett me sonrío.

—¿Una cita para encubrir una misión de espionaje? —pregunta Jase dubitativo—. Podría funcionar. ¿Tienes algún uniforme para esto, Samantha?

Le tiro un poco de agua para salpicarle, aunque en mi fuero interno estoy encantada de que haya usado la palabra «cita». En el fondo me hace igual de ilusión que a Andy.

—Ninguno de Lara Croft si eso es lo que buscas.

—Qué lástima —dice él, salpicándome también.

## CAPÍTULO 13

Poco después llega el padre de Kyle Comstock, un hombre alto y atractivo con cara de resignación, en un BMW negro y lo aparca en el camino de entrada. Kyle sale del vehículo y entra en el jardín trasero en busca de Andy. Es un muchacho bastante guapo, con el pelo rizado de un tono entre castaño y rubio y una sonrisa contagiosa no desmerecida por el aparato dental.

Andy, con el bañador rojo y un vestido de felpa azul marino encima, se mete en el BMW tras lanzarnos a Jase y a mí una rápida mirada de «¿no os parece mono?».

Cuando llegamos al Clam Shack una hora después está tan atestado como siempre. Se trata de un pequeño y descuidado edificio (más o menos del mismo tamaño que el vestidor de mi madre) que hay en la playa de Stony Bay y que tiene interminables colas de gente esperando durante todo el verano. Es el único lugar que hay para comer en la playa y Stony Bay es la playa mejor cuidada y más grande de la zona. Cuando por fin logramos entrar, vemos a Andy y a Kyle sentados en una mesa de la esquina. Él está hablando con aire muy serio y ella jugueteando con sus patatas fritas y con las mejillas tan rojas como su bañador. Jase cierra los ojos y suspira.

—Duele cuando se trata de tu hermana, ¿verdad? —pregunto.

—Con Alice es más fácil. Mi hermana mayor es como una de esas arañas que se comen la cabeza del macho después de terminar con él. Pero Andy es distinta; sabes que tarde o temprano alguien le romperá el corazón. —Mira a nuestro alrededor en busca de algún asiento disponible y tras unos segundos pregunta—: Samantha, ¿conoces a ese tipo?

Miro en la dirección que señala y me encuentro con Michael sentado sin compañía frente al mostrador y mirándonos con aire taciturno.

«Dos ex novios en un solo día. ¡Qué suerte la mía!».

—Es... mmm... bueno... estuvimos saliendo juntos una breve temporada.

—Me lo imaginaba. —Jase parece divertido—. Parece como si estuviera a punto de acercarse a nosotros y retarme a un duelo.

—No lo hará, pero me juego el cuello a que esta noche escribirá un poema en tu contra.

Como no vemos ningún sitio libre decidimos salir fuera con la hamburguesa de Jase y mi crema de almejas y tomárnoslas en el espigón. A pesar de que el sol todavía está alto la brisa proveniente del mar es fresca, así que me pongo un fino suéter abierto.

—¿Qué pasó con el muchacho *emo*? ¿Terminasteis mal?

—Más o menos. No es que estuviera enamorado perdidamente de mí, ni mucho menos. Pero con Michael todo es un drama. Ese es un problema. —Mastico un

picatoste y me quedo mirando el agua y las olas negro azuladas—. No me veía como a mí misma, sino como a la protagonista de sus poemas. Primero era un objeto inalcanzable; después, la chica dorada que se suponía le alejaría de la tristeza para siempre... o la sirena que le estaba seduciendo para acostarse con él en contra de su voluntad.

Jase se atraganta con una patata frita.

—¿En serio?

Ahora soy yo la que se sonroja.

—En realidad no. Es muy católico, de modo que cuando intentaba dar un paso al respecto se sentía culpable durante días.

—Qué tipo más divertido. Deberíamos liarle con mi ex, Lindy.

—¿Lindy la ladrona? —Intento quitarle una patata y él me pasa todo el recipiente.

—La misma. No tiene ningún cargo de conciencia. Puede que sean el contrapunto perfecto el uno para el otro.

—¿Llegaron a arrestarte?

—No, me llevaron hasta la comisaría en un furgón policial. Te aseguro que tuve bastante con eso. Una vez allí me amonestaron. A Lindy, sin embargo, como se dieron cuenta de que no era la primera vez que la pillaban con las manos en la masa, le pusieron una buena multa, que quiso que pagáramos a medias, y servicios en beneficio de la comunidad.

—¿Y pagaste? —Me meto en la boca otra de sus patatas fritas mientras lucho con todas mis fuerzas por no mirarle. Bajo la dorada luz del atardecer, esos ojos verdes, la piel bronceada y su sonrisa ladeada son demasiado para mí.

—Casi, porque me sentí como un estúpido. Mi padre me convenció de lo contrario ya que yo no tenía ni idea de las intenciones de Lindy. Podía meterse una docena de cosas en el bolso sin pestañear si quiera. Prácticamente desvalijó todo el contenido del mostrador de cosméticos antes de que llegaran los de seguridad. — Sacude la cabeza.

—Cuando lo dejamos, Michael estuvo escribiendo varios poemas sobre rupturas todos los días durante tres meses. Después me los mandó todos con franqueo insuficiente. Así que me tocó pagar.

—¡Ves! Deberíamos hacer que se liaran. Se merecen el uno al otro. —Se pone de pie, arruga el envoltorio de la hamburguesa y se lo mete en el bolsillo—. ¿Te apetece dar un paseo hasta el faro?

Tengo frío, pero quiero ir de todos modos. El espigón que lleva al faro es un tanto extraño ya que, hasta mitad de camino, las rocas son perfectamente planas; después, sin embargo, se vuelven irregulares y dentadas, de modo que el paseo incluye una cierta dosis de escalada e ir pegados el uno al otro. Cuando llegamos al faro, la luz del atardecer ha pasado de ser dorada a tener matices rosáceos con la puesta de sol. Jase se cruza de brazos, se apoya en la barandilla negra de hierro y se queda contemplando el océano, salpicado de los diminutos triángulos blancos que

conforman los veleros que regresan a sus hogares. Es un paisaje tan pintoresco que tengo la sensación de que de un momento a otro va a empezar a tocar alguna orquesta de fondo.

Tracy es una experta en estas lides. Si ahora mismo se encontrara en mi misma situación, seguro que fingiría un tropiezo para acercarse más a él y luego le miraría, aleteando sus pestañas. O quizá le diría que estaba helada con la excusa de pegarse a él. Sí, mi hermana sabe cómo conseguir que un muchacho la bese cómo y cuándo quiera.

Pero yo carezco de este tipo de habilidades así que me quedo parada al lado de Jase, apoyada también sobre la barandilla, mirando los veleros y sintiendo el calor que irradia su brazo rozando el mío.

Tras unos minutos, se vuelve para mirarme. Lo hace de esa forma tan pausada y reflexiva típica de él, examinando mi cara al detalle. «¿Se está deteniendo en mis ojos, en mis labios?». No estoy segura, aunque me encantaría que fuera así. Sin embargo se limita a decir:

—Vamos a casa. Podemos pillar el Escarabajo e ir a algún sitio. Alice me debe una.

A medida que descendemos por las rocas, no puedo dejar de preguntarme qué es lo que acaba de pasar. Hubiera jurado que me estaba mirando como si quisiera besarme. «Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? Tal vez no le gusto. Puede que solo quiera que seamos amigos». No sé si seré capaz de ser amiga de alguien a quien estoy deseando arrancarle la ropa.

«¡Oh, Dios mío! ¿De verdad he pensado eso?». Lanzo una mirada furtiva a Jase y a sus *jeans*. «Sí. Sí que lo he pensado».

Al pasar por el Clam Shack, volvemos a echar un vistazo a Andy y a Kyle. Ahora es ella la que habla y él la tiene tomada de la mano y la mira fijamente. Está claro que la cosa promete.

\* \* \*

Cuando llegamos a casa de los Garrett, nos damos cuenta de que no está la furgoneta. Entramos al salón y nos encontramos con Alice y Brad tumbados en el sofá modular marrón. Brad le está masajeando los pies a la hermana de Jase. George se ha quedado profundamente dormido, desnudo y bocabajo en el suelo. Patsy está deambulando de un lado para otro con un pijama púrpura de felpa, gimoteando de forma lastimera: «Tetita».

—Alice, Patsy debería estar en la cama. —Jase alza a su hermana pequeña en brazos; el diminuto trasero parece minúsculo en su ancha mano. Alice parece sorprendida de encontrarse todavía allí a la niña, como si esperara que Patsy se hubiera acostado ella sola hace tiempo. Jase va a la cocina a por un biberón; Alice se

sienta y me mira con ojos entrecerrados, intentando ubicarme. Ahora lleva el pelo de un tono rojo oscuro, peinado con algún tipo de gel fijador brillante con las puntas hacia arriba en todas las direcciones.

Tras mirarme un buen rato se decide a hablar.

—Eres la hermana de Tracy Reed, ¿verdad? Conozco a Tracy. —El tono que usa implica que en este caso en particular conocer a Tracy no es sinónimo de quererla.

—Sí, soy la vecina de al lado.

—¿Estás saliendo con Jase?

—Solo somos amigos.

—No se te ocurra hacerle daño. Mi hermano es el mejor chico del mundo.

Jase regresa en ese momento, oyendo la última frase. Intercambiamos una mirada y pone los ojos en blanco. Después, alza al inconsciente George y echa un vistazo por todo el salón.

—¿Dónde está *Happy*?

Alice, que acaba de acurrucarse en el regazo de Brad, se encoge de hombros.

—Alice, si George se despierta y no tiene a *Happy* va a armar un escándalo.

—¿*Happy* es un dinosaurio de plástico? Porque está en la bañera.

—No, es un perro de peluche. —Jase hurga debajo del sofá durante un minuto y al final encuentra a *Happy* que, a juzgar por su aspecto, ha llevado una larga y agitada vida—. Solo será un segundo. —Cuando pasa a mi lado, apoya la mano en mi espalda durante un segundo.

—Lo digo en serio —espeta Alice en cuanto desaparece su hermano—. Como le hagas daño tendrás que vértelas conmigo.

Lo ha dicho como si fuera perfectamente capaz de contratar a un asesino a sueldo si doy un paso en falso con Jase. «¡Madre mía!».

\* \* \*

Jase abre la puerta del viejo Volkswagen Escarabajo blanco de Alice y recoge unos cincuenta discos compactos del asiento del copiloto. Después abre la guantera e intenta meterlos todos en orden, pero en ese momento se cae un sujetador de encaje rojo.

—¡Jesús! —masculla. Vuelve a meterlo dentro y lo entierra bajo un montón de discos.

—Supongo que no es tuyo —comento yo.

—Necesito tener mi propio vehículo ya mismo —dice él—. ¿Quieres ir al lago?

Cuando nos disponemos a salir, llegan el señor y la señora Garrett, aparcan en el camino de entrada y se besan como adolescentes; ella con los brazos alrededor del cuello de él y él enredando los dedos en su cabello. Jase hace un gesto de negación con la cabeza, un poco avergonzado por el espectáculo, pero yo no puedo dejar de

mirarles.

—¿Qué se siente? —pregunto.

Está dando marcha atrás, con el brazo apoyado en el respaldo de mi asiento.

—¿Con qué? ¿Con eso?

—Sí. Con tener unos padres felices. Que están juntos. Con tener dos padres.

—¿Tú nunca los has tenido?

—No. No conozco a mi padre. Ni siquiera sé si sigue vivo.

Jase me mira frunciendo el ceño.

—¿No se ha hecho cargo de vosotras?

—No. Mi madre tenía un fondo fiduciario. Creo que intentó llegar a algún tipo de acuerdo, pero abandonarla estando embarazada jugó en su contra.

—No me extraña —masculla él—. Lo siento, Samantha. Solo conozco lo que es tener unos padres que se quieren y que están juntos. Son los cimientos de mi familia. No me imagino cómo sería mi vida sin ellos.

Me encojo de hombros. Me pregunto por qué me estoy abriendo de este modo a Jase. Nunca me ha costado mantener en privado los asuntos familiares. Puede que lo que me haga hablar sea la tranquila atención con la que me escucha.

Tardamos quince minutos en llegar al lago, que está en el extremo más alejado de la ciudad. Lo cierto es que no suelo venir mucho por aquí. Sé que es un punto de encuentro entre los estudiantes del instituto público (algo me han contado sobre una costumbre en la que los alumnos de último curso se tiran al agua con toda la ropa el último día de clase), así que espero encontrarme un lago lleno de vehículos aparcados con cristales empañados, pero cuando paramos no veo a nadie. Jase saca una toalla del maletero, toma mi mano y me guía a través de los árboles hasta la orilla. Como aquí no corre la brisa marina, hace mucho más calor que en la playa.

—¿Una carrera hasta la balsa? —pregunta, señalando una silueta apenas visible en la creciente oscuridad.

Me quito el suéter abierto y el vestido. Todavía tengo el bañador puesto de modo que empiezo a correr hacia el agua y me zambullo en ella. Está fría y es mucho más suave que la del mar. Cuando siento las plantas acuáticas bajo los pies me detengo un instante, intentando no pensar en las truchas y tortugas mordedoras que deben de poblar el lago, pero me doy cuenta de que Jase ya se ha puesto a nadar y hago lo mismo para adelantarme.

Termina ganando y cuando llego a la balsa está esperando arriba para ayudarme a subir.

Miro a mi alrededor, al agua en calma, a la orilla a lo lejos, y me estremezco cuando su mano se cierra sobre la mía.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunto.

—¿Qué?

—Apenas te conozco. Podrías ser un asesino en serie, atrayéndome a un lago desierto para tenderme una trampa.



Jase se ríe y se tumba de espaldas, con los brazos detrás de la cabeza.

—No lo soy y lo sabes.

—¿Cómo voy a saberlo? —Le sonrío y me tumbo a su lado. Nuestras caderas están tan cerca que casi pueden tocarse—. Toda esa fachada de familia feliz y chico perfecto podría ser una tapadera.

—Es una cuestión de instinto. Sabes en quién puedes confiar, igual que lo saben los animales. Los humanos no lo tenemos tan desarrollado como ellos, pero sigue estando ahí. Si no, ¿por qué tenemos ese extraño cosquilleo cuando presentimos que algo no va como debería, o esa sensación de calma cuando las cosas van bien? —Su tono de voz es bajo y áspero en la penumbra.

—¿Jase?

—¿Mmm? —Se incorpora un poco y se apoya sobre un codo. Apenas puedo verle el rostro con la luz crepuscular.

—Tienes que besarme —me encuentro diciendo.

—Sí. —Se acerca a mí—. Por supuesto.

Sus labios son cálidos y suaves. Me rozan la frente y después descienden por mi mejilla hasta la comisura de mi boca. Mueve la mano hasta mi nuca, debajo del cabello mojado, y me sostiene así, mientras la mía asciende hasta su espalda. Bajo las frías gotas de agua que todavía cubren su cuerpo, tiene la piel cálida, y a pesar de estar recostado, sus músculos se tensan pues continúa apoyado sobre el codo. Me acurruco contra él.

No soy una novata en el arte de besar... o eso pensaba. Sin embargo, jamás he experimentado nada parecido a esto. Me da la sensación de que no tengo suficiente de él. Cuando Jase profundiza el beso, siento como si eso fuera lo correcto y no ese pequeño instante de vacilación que he tenido con todos los demás.

Después de un buen rato, nadamos de nuevo hacia la orilla, extendemos la toalla y volvemos a besarnos. Cuando trazo un sendero de pequeños besos sobre su cara, Jase sonrío. Me aferro con fuerza a sus hombros; él entierra su rostro en mi cuello y me mordisquea suavemente la clavícula. Es como si todo el mundo hubiera dejado de existir y solo quedáramos nosotros dos, tumbados a orillas del lago en una noche de verano.

—Creo que deberíamos volver a casa —susurra Jase, acariciándome la cintura.

—No. Todavía no. Todavía no —replico yo. Mis labios vuelven a encontrar los suyos que los reciben de muy buena gana.

## CAPÍTULO 14

Siempre he sido puntual. Jamás he entendido a la gente que usa la expresión de: «Perdí la noción de tiempo». Jamás he perdido o pasado por alto nada; ni el teléfono móvil, ni los deberes, ni mis horarios de trabajo... ni por supuesto el tiempo. Pero esta noche lo hago. Cuando subimos al Escarabajo son las once menos cinco. Intento que no se me note que estoy a punto de dejarme llevar por el pánico cuando le recuerdo a Jase mi toque de queda. Él pisa el acelerador un poco más, sin pasarse del límite de velocidad, y pone una mano sobre mi rodilla para tranquilizarme.

—Te acompaño —se ofrece en cuanto llegamos a la rotonda que da a nuestras casas—. Diré que ha sido por mi culpa.

—No.

Los faros del Escarabajo iluminan un Lexus aparcado en nuestro camino de entrada. ¿Será de Clay? ¿De algún donante? Abro la puerta del vehículo con manos sudorosas mientras mi cabeza no para de buscar una excusa aceptable para mi madre. Como los donantes no le hayan dado el dinero —y aunque lo hayan hecho— estoy metida en un buen lío. No me queda más remedio que entrar por la puerta principal, porque seguro que mi madre ya ha subido a mi habitación a ver qué tal estoy.

—Buenas noches, Jase —me despido apresuradamente y salgo corriendo sin mirar atrás.

Cuando llego a la puerta empiezo a abrirla, pero esta se abre desde dentro con tal fuerza que casi pierdo el equilibrio. Alzo la vista y veo a mi madre, esperándome allí de pie y con el rostro tenso de furia.

—¡Samantha Christina Reed! ¿Sabes qué hora es?

—Después del toque de queda, lo sé. Pero...

Agita la copa de vino que lleva en la mano como si fuera una especie de varita mágica con la que poder silenciarme.

—No estoy dispuesta a pasar por esto también contigo, ¿entendido? Ya cubrí el cupo de madre de adolescente problemática con tu hermana. Es lo último que necesito en este momento, ¿ha quedado claro?

—Mamá, solo me he retrasado diez minutos.

—Eso no importa. —Eleva la voz—. ¡Lo que importa es que no tienes que retrasarte ni un minuto! Espero algo más de ti. Este verano sobre todo. Sabes que estoy bajo una gran presión y ahora no es momento para que empieces con tus dramas de adolescente.

No puedo evitar preguntarme si hay algún padre que planifique los «dramas de adolescente» de sus hijos. «Parece que esta semana la tengo bastante tranquila, Sarah, así que voy a hacer un hueco para tu trastorno de anorexia».

—Esto no es un ningún drama —le digo. Al menos para mí no lo es. Mi madre sí que es un drama. Tim es un drama. En ocasiones hasta Nan es un drama. Jase y los Garrett... son todo lo contrario a un drama. Ellos son como una de esas charcas que aparecen en verano, llenas de formas de vida exóticas pero sin ningún peligro real.

—No me repliques, Samantha —dice de repente mi madre—. Estás castigada.

—¡Mamá!

—¿Qué está pasando, Grace? —pregunta una voz con suave acento sureño. Segundos después Clay sale del salón, con las mangas remangadas y la corbata aflojada sobre el cuello.

—Ya me encargo yo —responde mi madre secamente.

Casi espero que vuelva por donde ha venido, como si acabara de recibir una bofetada en la cara (lo que me dan ganas de hacer cuando mi madre se pone en ese plan), pero veo cómo adopta una postura mucho más relajada. Se recuesta sobre la jamba de la puerta, se limpia algo que tiene en el hombro y se limita a decir:

—Parece que necesitas un poco de ayuda.

Mi madre está tan nerviosa que prácticamente vibra. Siempre ha sido una persona de solucionar las cosas en privado, nunca nos ha gritado ni a mí ni a Tracy en público; en esas situaciones soltaba su típico y áspero susurro de «ya hablaremos más tarde». Pero ahora se trata de Clay y su mano se dispara hacia arriba para atusarse el pelo de esa forma que solo usa cuando está delante de él.

—Samantha no ha cumplido con su toque de queda y no me ha dado ninguna explicación aceptable.

Bueno, tampoco es que me haya dado oportunidad de hacerlo. Aunque, para ser sinceros, no sabría qué decir en mi defensa.

Clay echa un vistazo a su Rolex.

—¿A qué hora es el toque de queda, Gracie?

—A las once —contesta mi madre con tono vacilante.

Clay suelta una sonora y grave carcajada.

—¿A las once? ¿En verano? ¿Y con diecisiete años? Cariño, a esa edad todos nos saltábamos el toque de queda. —Se acerca a mi madre y le da un ligero apretón en el cuello—. Yo lo hice. Y estoy seguro de que tú también. —Mueve la mano hasta su barbilla y hace que vuelva la cabeza para que le mire a los ojos—. Sé un poco flexible, querida.

Mi madre le mira fijamente. Contengo la respiración y echo un vistazo a mi insólito salvador. Clay me guiña un ojo y da un golpecito con los nudillos a la barbilla de mamá. En sus ojos no hay ningún rastro de remordimiento o —y me sorprende lo mucho que me alivia— complicidad sobre lo que sabe que vi.

—Puede que haya exagerado un poco —dice a Clay, no a mí.

Pero yo también me estoy preguntando lo mismo. ¿No habré exagerado con lo de la morena? Puede que haya una explicación perfectamente lógica.

—Todo el mundo lo hace a veces, Gracie. ¿Qué te parece si te sirvo un poco más

de vino? —Clay le quita la copa de los dedos y se dirige a la cocina como si estuviera en su casa.

Mi madre y yo nos quedamos solas.

—Tienes el pelo mojado —comenta tras unos segundos—. Será mejor que te pongas un poco de acondicionador si no quieres que se te enrede cuando se seque.

Asiento y voy hacia las escaleras. Antes de subir oigo sus pasos detrás de mí, pero hago caso omiso y sigo hasta mi dormitorio. Una vez allí me tumbo bocabajo sobre la cama a pesar de que todavía tengo húmedo el bañador y el vestido. Siento cómo se hunde el colchón a mi lado cuando mi madre se sienta.

—Samantha... ¿por qué me provocas de este modo?

—No lo hago... No se trata de...

Empieza a frotarme la espalda del mismo modo que solía hacer cuando era pequeña y tenía pesadillas.

—Cariño, no tienes ni idea de lo duro que es ser padre, sobre todo madre soltera como yo. He estado trabajando en la cuerda floja y sin red desde que nacisteis. Nunca sé si estoy tomando o no la decisión correcta. Mira a Tracy y su incidente con el robo de la tienda. Y tú y ese Michael, que perfectamente podía haberte metido en las drogas.

—Mamá, ya te dije que no era ningún drogadicto. Solo un poco raro.

—Da igual. Este tipo de cosas no pueden suceder durante la campaña. Necesito concentrarme en el reto que tengo por delante. No puedo permitir que me distraigas con estas tonterías para llamar la atención.

«¿Tonterías para llamar la atención? Ni que hubiera llegado desnuda a altas horas de la noche, oliendo a alcohol y a marihuana».

Continúa frotándose la espalda durante unos minutos. Después frunce el ceño y pregunta:

—¿Por qué tienes el pelo mojado?

La mentira sale de mi boca con suma facilidad a pesar de que es la primera vez que miento a mi madre.

—Me he duchado en casa de Nan. Estuvimos probándonos algunos productos cosméticos nuevos y un tratamiento para el pelo.

—Ah. —Baja la voz—. Voy a estar pendiente de ti, Samantha. Siempre has sido mi niña buena y obediente. Solo... sigue así, ¿de acuerdo?

Sí, siempre lo he sido. Y hasta aquí he llegado. Aún así, susurro un «de acuerdo» y me quedo muy quieta mientras me sigue frotando la espalda. Después de un rato se levanta, me da las buenas noches y sale de mi dormitorio.

Diez minutos más tarde oigo un golpe en la ventana. Me quedo inmóvil en busca de cualquier indicio que demuestre que mi madre también lo haya oído, pero en la planta baja todo permanece en silencio. Abro la ventana y me encuentro a Jase agachado en el balcón.

—Quería asegurarme de que estabas bien. —Estudia de cerca mi cara—. ¿Lo

estás?

—Dame un minuto —le digo. Casi le pillo los dedos al cerrar la ventana. Voy corriendo hasta la puerta, salgo de mi habitación y grito en dirección a las escaleras —. Voy a darme una ducha, mamá.

—¡Usa acondicionador! —responde también gritando. Su voz suena mucho más relajada. Me meto en el baño, abro el grifo al máximo y regreso a la ventana.

Jase me mira perplejo.

—¿Va todo bien?

—Mi madre es un poco sobreprotectora. —Saco una pierna por la ventana, después la otra y me siento al lado de Jase, que se ha recostado cómodamente sobre el gablete. La brisa nocturna susurra en nuestros oídos y las estrellas brillan con especial intensidad.

—Ha sido culpa mía. Yo era el que conducía. Deja que hable con tu madre. Le diré que...

Me imagino a Jase enfrentándose a mi madre. Que la primera vez que he desobedecido el toque de queda haya sido en compañía de «uno de esos Garrett» solo confirmaría a sus ojos todo lo que siempre ha pensado de ellos. Lo sé a ciencia cierta.

—No servirá de nada.

Extiende el brazo y toma mi mano fría en la suya, cálida. Debe de sentir que la tengo helada, porque inmediatamente después añade su otra mano.

—¿Seguro que estás bien?

Lo estaría si dejara de imaginarme a mi madre regresando al dormitorio para asegurarse de que estoy usando suficiente acondicionador y encontrándome aquí fuera con Jase. Trago saliva.

—Sí, lo estoy. ¿Te veo mañana?

Se inclina hacia delante y, sin soltar mi mano, acaricia con los labios el puente de mi nariz y desciende lentamente hasta mi boca. Abro los labios y empiezo a relajarme entre sus brazos, pero entonces creo oír un golpe.

—Tengo que irme. Yo... Buenas noches... —murmuro.

Me estrecha la mano con fuerza. A continuación, esboza una sonrisa tan deslumbrante que se me encoge el corazón.

—Sí. Nos vemos mañana.

A pesar de los besos compartidos, no consigo calmarme. «¿Por primera vez en la vida he llegado diez minutos tarde y ya soy un problema para la campaña? Tal vez, si mi madre y los Mason nos meten juntos a mí y a Tim en la academia militar puede que les hagan un descuento».

Cierro el grifo de la ducha y doy un sonoro golpe a la empañada puerta de cristal. En el dormitorio, la tomo con la almohada dando varios puñetazos hasta que le doy la forma que quiero. Estoy tan tensa que no sé cómo voy a conseguir conciliar el sueño. Si en este momento Charley Tyler se me insinuara le daría vía libre sin dudarlo, aún sabiendo que para él no significaría nada. Si Michael fuera un drogadicto y me

ofreciera un chute para olvidarme de todo, también lo aceptaría, a pesar de que soy de las que se lo piensan dos veces antes de tomarse una aspirina. Si Jase volviera a llamar a mi ventana y me propusiera hacer una escapada en moto a California ahora mismo, iría con los ojos cerrados.

¿De qué me sirve comportarme como lo he hecho hasta ahora si mi madre apenas lo aprecia?

## CAPÍTULO 15

La siguiente vez que hago de canguro para la señora Garrett me lleva al supermercado para que pueda entretener a los más pequeños y quitarles toda la comida basura que van pillando por los distintos pasillos mientras ella se encarga de examinar el montón de cupones descuento que lleva y lidiar con los comentarios de la gente.

—Usted sí que sabe cómo mantenerse ocupada. —Oye en más de una ocasión.

—Con cosas buenas —responde ella con calma al tiempo que le quita a George una caja de cereales con chocolate.

—Seguro que es católica. —Otro de los numerosos comentarios que nos llegan de tanto en tanto.

—No, solo fértil. —Aparta a Harry del último muñeco Transformer.

—Esa niña necesita un sombrero para protegerse del sol —le amonesta una anciana de aspecto severo en la sección de congelados.

—Gracias, pero ya tenemos unos cuantos en casa. Y muy bonitos por cierto. —La señora Garrett se hace con una bolsa formato ahorro de gofres congelados y la mete en el carrito.

Le paso a Patsy un biberón de zumo, lo que lleva a una mujer con sandalias planas y vestida como una jipi de los sesenta a decir:

—Esa niña es demasiado mayor para biberones. Ya debería estar usando un vaso de aprendizaje.

«¿Quién es toda esta gente y por qué creen que sus opiniones son verdades absolutas?».

—¿Nunca le apetece matarlos, o por lo menos decirles cuatro cosas bien dichas? —pregunto en voz baja. Empujo el carrito lejos de la entrometida del vaso con Harry y George aferrándose a cada uno de los laterales como si fueran dos manos.

—Claro que sí. —La señora Garrett se encoge de hombros—. Pero ¿qué ejemplo estaría dando a mis hijos?

\* \* \*

He perdido la cuenta de cuántos largos llevo hechos, pero sé que son menos de los que estaba acostumbrada a hacer, de modo que cuando subo por la escalera y me escurro el agua del pelo, estoy sin aliento aunque llena de energía. Siempre me ha encantado la natación, creo que es algo que me ha apasionado desde que tengo uso razón, desde que encontré el coraje suficiente para seguir a Tim desde mi segura

posición en la orilla y enfrentarme al duro oleaje. «Voy a volver a formar parte del equipo», me juro a mí misma. Me seco la cara con la toalla y echo un vistazo al reloj. Quedan quince minutos para que la piscina abra, lo que viene acompañado de una marea de gente entrando por las puertas. Mi teléfono móvil empieza a vibrar en la silla. Es un mensaje de Nan desde la tienda de artículos de regalo del B&T.

Tómate un respiro, ¡sirenita!, y ven a verme.

Stony Bay es una ciudad orgullosa de sí misma. La tienda de regalos del B&T está llena de artilugios que representan los distintos monumentos de la zona. Cuando entro, Nan ya ha abierto al público y está hablando con un tono sumamente alegre a un cliente que lleva unos pantalones cortos a cuadros de color rosa.

—Como ve, puede llevarse esta alfombrilla para ratón con la imagen de nuestra calle principal, o estos manteles individuales con la vista aérea de la desembocadura del río, o la pequeña lámpara que imita nuestro faro... ¿y qué me dice de estos posavasos con el muelle? Es una forma de tener toda la ciudad en su salón comedor sin necesidad de salir fuera.

El hombre parece desconcertado (no sé si por el sarcasmo que subyace bajo el tono suave de Nan o por la idea de tener que gastarse tanto dinero).

—Solo quiero esto —dice, mostrando unas servilletas en las que pone: «Un *martini*, dos *martinis*, tres *martinis*, ¡AL SUELO!»—. ¿Me los puede apuntar en mi cuenta del club?

En cuanto el hombre desaparece por la puerta Nan me mira.

—Mi primer día de trabajo y ya me estoy arrepintiendo. Si al final me veo abducida por el espíritu del santuario de Stony Bay y te digo que quiero unirme al club de jardinería prométeme que harás todo lo posible porque vuelva a entrar en razón.

—Tranquila que no te dejaré sola, hermana. ¿Has visto a Tim? Se supone que tenía que llegar diez minutos antes para que pudiera darle el uniforme y enseñarle cómo funciona todo.

Nan mira su reloj.

—Técnicamente hablando, todavía no ha llegado tarde. Aún faltan un par de minutos. ¿Cómo he terminado en el puesto de trabajo más aburrido de la ciudad y con los turnos más largos? Solo acepté el puesto por la señora Gritzmocker, que es la encargada de hacer las compras y está casada con el señor Gritzmocker, el profesor de biología que quiero que me recomiende para la universidad.

—Este es el precio que tienes que pagar por tu ambición sin límites. Aún estás a tiempo de arrepentirte y ponerte a trabajar por el bien común... como por ejemplo en el Breakfast Ahoy.

Nan esboza una enorme sonrisa. Sus pecas ya se están oscureciendo bajo el sol



del verano.

—Sí, bueno. En realidad estoy guardando mi disfraz de marinera cachonda para Halloween. —Mira a través de la ventana que tengo detrás—. Además, teniendo en cuenta que mi hermano consiguió que lo echaran de un puesto de perritos calientes, vamos a tener que estar las dos pendientes de él si queremos que conserve su trabajo aquí.

—¿Cómo lo hizo? —pregunto. Abro un brillo de labios de muestra que hay en el mostrador, me aplico un poco en el dedo y lo huelo. «¡Puaj! Piña colada. Odio el COCO».

—Le preguntaba a los clientes como querían que les sirviera «su salchicha» con una clara connotación sexual —comenta Nan distraídamente—. Mírale, ya ha llegado. Está ahí, en el puesto de comida. Anda, ve con él y asegúrate de que no haga de esto otro de sus desastres.

En vista de cómo terminó nuestro último encuentro, me aproximo a él con cautela. Tim está apoyado en mi silla de socorrista. Me fijo en que lleva gafas de sol, a pesar de que el día está nublado. Mala señal. Me acerco aún más. Antes era una persona de trato fácil, todo lo contrario que Nan. Ahora es una bomba de relojería que podría estallarte en las manos en cualquier momento.

—Bueno... —empiezo a decir, vacilante—... ¿cómo vas?

—Bien —responde con tono cortante. O no me ha perdonado que me negara a ser su cajero automático o le duele la cabeza. Seguramente ambas cosas.

—¿De verdad? Porque este trabajo hay que tomárselo muy en serio.

—Sí, claro, el destino del mundo depende de lo que pase en la piscina recreativa del B&T. Lo pillo. Soy tu hombre —dice sin mirarme a la cara. Después se echa un chorro de protector solar en la mano y lo extiende por su pálido torso.

—Hablo en serio, Tim. No puedes liarla aquí. Hay niños pequeños y...

Pone una mano en mi brazo para detenerme.

—Sí, sí. Ahórrate el discurso, Rapunzel. Lo entiendo. —Se quita las gafas de sol y finge que se las clava en el corazón esbozando una sonrisa falsa—. Tengo una resaca de campeonato, pero estoy limpio. Dejaré las juergas para después del trabajo. Ahora déjame en paz y haz tu trabajo.

—Tú eres parte de mi trabajo. Se supone que tengo que enseñarte dónde guardamos los uniformes. Espera un momento.

Coloco el cartel de «Socorrista fuera de servicio» en la silla de forma que sea visible, voy hacia la piscina de recreo y también cuelgo el otro cartel idéntico al mío. En el exterior, varias mamás con sus hijos cargadas con flotadores me miran molestas.

—Son solo cinco minutos —grito y añado con tono autoritario—. Tenemos que solucionar un problema relativo a la seguridad.

Tim me sigue sudoroso y nervioso a través del laberinto que nos lleva a la habitación donde se guardan los uniformes. Al pasar por la zona de aseos, con sus

pesadas puertas de roble, pernos de hierro y carteles que dicen «marineros» y «gaviotas» escritas también en código náutico, comenta:

—Voy a vomitar.

—Sí, es una ridiculez, pero...

Me agarra de la manga.

—Voy a vomitar de verdad. Espera. —Desaparece a toda prisa en el baño de caballeros.

Esto no pinta nada bien. Me alejo unos metros de la puerta para no tener que oírle. Cinco minutos después, sale.

—¿Qué? —pregunta de forma agresiva.

—Nada.

—Muy bien —masculla.

Llegamos al lugar donde se guardan los uniformes.

—Toma, el traje con los complementos. —Le paso la toalla, la gorra, la parte superior y el silbato que viene con el puesto, junto con las bermudas azul marino con el blasón dorado del club.

—¿Me tomas el pelo? ¿No puedo llevar mi propio bañador?

—No, tienes que mostrar el logo con la B y la T —informo, intentando poner mi cara más seria.

—No me jodas, Samantha. No puedo llevar eso puesto. ¿Cómo se supone que voy ligar con esa pinta?

—Estás aquí para salvar vidas, no para tontear con chicas.

—Cállate de una vez, Samantha.

Parece que nuestras conversaciones están destinadas a terminar en un callejón sin salida.

Agarro la gorra con la llamativa insignia y se la pongo en la cabeza.

Se la quita antes de terminar de decir:

—Por si no fuera ya lo suficientemente malo, encima tengo que ir con gorra. ¿Tú también llevas una de estas?

—No... no sé por qué pero solo lo llevan los socorristas varones. A nosotras nos dan una rebeca corta con el escudo del club.

—Pues a mí no me van a obligar a ponerme la gorra. Prefiero ponerme vuestro uniforme.

\* \* \*

No puedo preocuparme por Tim. Sería inútil. Además, este es un trabajo que no permite distracciones. Al final de la piscina olímpica, un grupo de mujeres mayores está dando una clase de aeróbic acuático. A pesar de la cuerda que hemos puesto para delimitar la zona, varios niños hacen caso omiso y se ponen a jugar, salpicando a las

pobres señoras y haciéndoles perder su precario equilibrio. Por otro lado, siempre hay algún niño pequeño que no lleva pañal bañador, y eso que hay infinidad de carteles que lo señalan como obligatorio, así que de vez en cuando me toca hablar con alguna madre que la mayoría de las veces termina poniéndose a la defensiva. «Peyton aprendió a hacer sus necesidades sola a los once meses. ¡No necesita ningún pañal!».

A las dos de la tarde la piscina está prácticamente vacía de modo que puedo relajarme un poco. Las madres se han ido con sus pequeños a dormir la siesta y solo quedan unos pocos bañistas tomando el sol. Tengo mucho calor y me siento sudorosa y pegajosa por llevar tanto tiempo sentada en la silla de plástico. Me bajo de ella, me quito el silbato y pongo el cartel de fuera de servicio con la intención de tomarme un refresco en el bar.

—Voy a tomarme un descanso. ¿Quieres que te traiga algo de beber? —le grito a Tim.

—Solo si tiene ochenta grados de alcohol —responde también gritando al otro lado de los arbustos y rocas de granito que separan la piscina olímpica de la de recreo.

Oigo el timbre de la puerta trasera. ¡Qué raro! Todos los miembros del club tienen que acceder por la entrada principal. La puerta de atrás es solo para las entregas y Nan no me ha dicho nada de que estemos esperando ningún cargamento para la tienda de regalos.

Aprieto el botón del portero automático para abrir la puerta y me encuentro al señor Garrett con una pila de tablonces al hombro. Está tan fuera de lugar que tardo más de lo debido en reaccionar. Parece salido de una película equivocada, tan lleno de energía y tan bronceado en contraste con la blanca puerta de hierro. En cuando me ve esboza una enorme sonrisa.

—¡Samantha! Jase me dijo que trabajabas aquí pero no sabíamos cuál era tu horario. ¡Le va a hacer mucha ilusión verte!

Mi rebeca con el escudo y el bañador con el logo son patéticos, pero el señor Garrett parece no notarlo y continúa:

—Esta es la primera parte del pedido. ¿Te ha dicho alguien dónde podemos dejarlo?

¿Tablonces de madera? Debe de notarse en mi cara que no tengo ni la más remota idea porque enseguida agrega:

—No te preocupes. Llamaré al encargado antes de descargar el resto de materiales.

Ignoraba que la ferretería de los Garrett trabajara con madera. En realidad no sé nada del negocio de los Garrett y de pronto me siento un poco avergonzada, como si debiera saberlo.

Mientras hace la llamada, miro por encima de su hombro hacia la acera, donde encuentro la silueta inconfundible de Jase, inclinado sobre la parte posterior de una camioneta verde descolorida. Se me acelera el pulso. ¿Cómo es posible que mi

mundo y el de los Garrett hayan estado tan separados hasta ahora y este verano no dejen de entrelazarse?

—Está bien. —El señor Garrett cierra el teléfono móvil—. Quieren que lo deje entre las dos piscinas. Creo que van a construir una de esas barras *tiki*.

«Claro». Una barra de bar tropical es lo que mejor puede quedar con el estilo Tudor que destila todo el B&T. «Anda, bonita, ponme una piña colada servida en un melón». Miro en dirección a los arbustos en busca de Tim pero solo veo el humo de un cigarrillo.

—¡Sam! —Jase entra cargando otros tantos tablonos. Viene sudoroso por el calor del sol. Lleva unos *jeans* y un par de guantes de trabajo. Deja caer la madera al lado de la piscina con un sonoro estruendo y se acerca a mí para darme un beso cálido e intenso. Siento el áspero tacto de sus guantes en mis brazos y su boca sabe a chicle de canela. De pronto me aparto de él, asustada. Soy muy consciente de que la ventana del señor Lennox da a la piscina, de que tengo a Tim a escasos metros de nosotros. Y a Nan. Por no hablar de la señora Henderson que está tomando el sol y que forma parte del mismo club de jardinería que mi madre.

Jase retrocede un paso para mirarme y alza ligeramente las cejas.

—¿Ahora vas vestida de almirante? —No es lo que esperaba que dijera, la verdad. Toca las charreteras doradas que van cosidas a los hombros de mi rebeca—. Del Breakfast Ahoy a esto. A eso se le llama un ascenso en toda regla. —Sonríe—. ¿Tengo que hacerte el saludo militar?

—No, por favor.

Cuando se inclina para darme otro beso me pongo tensa. Por el rabillo del ojo puedo ver a la señora Henderson que ahora está sentada con el teléfono móvil pegado a la oreja. Seguro que no tiene el número de mi madre en la opción de marcación rápida, ¿verdad?

Jase me mira con sorpresa y también un poco dolido. Estudia mi cara detenidamente.

—¡Lo siento! Mientras lleve puesto el uniforme tengo que mantener las apariencias. —Agito la mano hacia él. «¿Mantener las apariencias?»—. Lo que quiero decir es que tengo que mantener los dos ojos pegados a la piscina. Que no puedo distraerme. A la dirección no le gusta que confraternicemos en el trabajo. —Hago un gesto en dirección a la ventana del señor Lennox.

Jase mira el cartel de «Socorrista fuera de servicio» un tanto perplejo, vuelve a retroceder y asiente. Me estremezco por dentro.

—De acuerdo —dice lentamente—. ¿Y esto está permitido? —Me da un casto beso en la frente.

Justo en ese instante le llama el señor Garrett:

—Oye, Jase, necesito cuatro manos para llevar esto y yo solo tengo un par.

Me sonrojo. Jase, sin embargo, sonrío y se va a ayudar a su padre. «Tal vez el señor Garrett esté acostumbrado a que Jase bese a las chicas delante de él. A lo mejor

es algo que ambos encuentran de lo más normal. ¿Entonces por qué me resulta tan extraño y difícil?».

Veo al señor Lennox aproximarse muy nervioso. Me preparo para lo que está por venir.

—Nadie nos ha informado de a qué hora vendrían —dice—. Solo nos dijeron que entre el mediodía y las cinco.

Suelto todo el aire que tenía contenido en los pulmones. Me siento una completa imbécil.

—¿Es un mal momento? —pregunta el señor Garrett, dejando en el suelo los últimos tabloncillos.

—Me hubiera gustado que me hubieran avisado antes —protesta el señor Lennox—. ¿Han firmado en la caseta de entrada? Todos los proveedores deben firmar la hora exacta de entrega y salida.

—Solo hemos aparcado en la acera. Ya hemos entregado material en ocasiones anteriores y no creí que fuera un problema.

—Son las normas del club —recalca el señor Lennox con tono apremiante.

—Firmaré al salir —dice el señor Garrett—. ¿Quiere que le deje el resto del pedido en una pila aquí? ¿Cuándo empiezan las obras?

Por lo visto ese es otro punto delicado para ya el de por sí nervioso señor Lennox.

—Todavía no me lo han confirmado.

—No se preocupe —comenta el señor Garrett—. Hemos traído una lona para taparlo todo para el caso de que el asunto se retrase y llueva.

Durante los siguientes minutos Jase y el señor Garrett se dedican a hacer viajes a la camioneta y a traer materiales individualmente o en equipo. El señor Lennox deambula por las inmediaciones con aspecto de necesitar reanimación cardiopulmonar en cualquier momento.

—Pues esto es todo —dice finalmente el señor Garrett—. Solo necesito que me firme aquí. —Le pasa una carpeta al señor Lennox y retrocede un par de pasos, abriendo y cerrando la mano izquierda con gesto de dolor.

Miro a Jase. Se ha quitado los guantes y se está limpiando el sudor de la frente. Aunque está nublado, debemos de estar a unos veintisiete grados y el ambiente es tan húmedo como de costumbre.

—¿Os traigo algo de beber? —pregunto.

—No hace falta. Tenemos un termo en la camioneta. Eso sí, ¿puedo ir al baño? —Jase me mira ladeando la cabeza—. ¿O necesito firmar en la caseta de entrada antes de ir?

No respondo, sino que me limito a conducirlo a los aseos y me quedo esperando llena de incertidumbre. El señor Garrett se agacha sobre el bordillo de la piscina y se moja la cara y el pelo castaño y ondulado tan parecido al de su hijo. Aunque el señor Lennox ya se ha desvanecido murmurando algo entre dientes, siento que les debo una disculpa.

—Siento lo de... —Hago un gesto hacia el club.

El señor Garrett se ríe.

—Samantha, no te sientas responsable por sus adoradas reglas. No es la primera vez que trato con esta gente. No es nada nuevo.

Jase regresa del baño con una sonrisa en la boca.

—Tienen como una especie de grifos en las puertas de los aseos. —Señala con el pulgar por encima del hombro.

—Tómame un descanso —le dice el señor Garrett, dándole una palmada en el hombro—. Tengo que rellenar unos formularios en la camioneta.

—Gracias, papá —murmura Jase antes de volverse hacia mí.

—Así que... ¿te veo esta noche? —pregunto yo.

—Por supuesto. ¿Cuándo sales de trabajar? Espera... me olvidaba. Será tarde. Los jueves por la tarde voy a entrenar con mi padre a la playa.

—¿En la playa? ¿Para jugar al fútbol americano? ¿Y cómo es eso?

—Me hace seguir sus tablas de ejercicios de cuando era joven. Estuvo a punto de entrar en la segunda división universitaria antes de romperse la rodilla. Dice que tengo que fortalecerme, lo que significa que tengo que correr con el agua hasta los muslos. Es agotador.

—Jason, ¿has terminado? —grita el señor Garrett.

—Ya voy. —Tira los guantes al suelo y desliza sus manos desnudas sobre mis brazos. Después me empuja hacia la sombra de unos arbustos. Me encantaría apoyarme en él, pero todavía estoy tensa. Detrás de él veo a Tim dirigiéndose al bar, con unas cuantas monedas en la mano. Entonces se percató de nuestra presencia, nos mira detenidamente, hace una mueca y levanta el dedo índice diciendo: «No, no, no».

—Respetaré tu uniforme y no confraternizaré contigo —dice Jase. Me da un beso en la mejilla—. Pero esta noche nos veremos las caras.

—Y sin uniforme —añado yo. Cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir me tapo la boca con la mano.

Jase sonrío de oreja a oreja y susurra.

—Me parece perfecto.

## CAPÍTULO 16

Jase da un da un golpecito apenas perceptible al cristal de la ventana con la mano, pero yo estoy tan pendiente de cualquier sonido que lo oigo enseguida, abro la ventana y salgo a la calle en menos de veinte segundos.

En cuanto me ve hace un gesto hacia la manta que ha extendido sobre el techo.

—¡Veo que has venido preparado! —comento, tumbándome a su lado.

Jase se acerca a mí y desliza un brazo debajo de mi cuello.

—Soy un tipo previsor. Además, necesitaba un incentivo para terminar la última parte del entrenamiento, así que me dediqué a pensar en lo que haría cuando viniera a verte.

—¿Yo fui tu incentivo?

—Sí.

Siento su brazo cálido en mi espalda. Estiro los dedos de los pies en la parte inferior de la manta, rozando las tejas aún calientes. Son casi las nueve y los últimos rayos de sol empiezan a perder la batalla contra la oscuridad. Por delante se presenta otra noche estrellada.

—¿Sabías que las estrellas son diferentes según en qué sitio del mundo estés? Si estuviéramos en Australia veríamos un cielo completamente distinto a este.

—¿No solo del revés? —Jase me acerca más a él y yo apoyo la cabeza en su pecho. Tomo una profunda bocanada de aire, aspirando el aroma que desprende su cálida piel y el olor a camiseta limpia—. ¿O invertido? ¿Completamente distinto?

—En casi todo —respondo—. En Australia ahora es invierno, así que allí se puede ver el Triángulo de Verano... y el cinturón de Orión. Y esa estrella rojo anaranjada, Aldebarán, que forma parte de la constelación de Tauro. Ya sabes, el toro.

—Y dime. —Desliza el dedo lentamente por el cuello de mi camisa en un movimiento hipnótico—, ¿cómo te convertiste en una experta astrofísica?

—Pues fue un poco por casualidad. —Cierro los ojos e inhalo el olor a hierba cortada y el aroma que desprenden los rosales de mi madre y la piel recién salida de la ducha de Jase.

—Adelante —comenta. Su dedo traza un sendero desde mi garganta, siguiendo por la línea de la mandíbula y regresa de nuevo a mi cuello. Tengo la sensación de que me ha hechizado con ese simple movimiento, porque antes de darme cuenta le estoy contando una historia que jamás he contado a nadie.

—¿Recuerdas que te dije que mi padre nos dejó antes de que naciera? —Asiente con la cabeza y frunce el ceño, pero no dice nada—. En realidad no sé cómo pasó, porque ella nunca nos ha contado nada. No sé si fue ella la que lo echó, o él simplemente se marchó, o tuvieron una pelea enorme... Sin embargo mi padre sí que

dejó algunas de sus cosas en una caja que se suponía que mi madre tenía que enviarle, pero como ella estaba a punto de dar a luz y Trace tenía poco más de un año, no lo hizo. Se limitó a guardarla en el fondo del armario del vestíbulo y se olvidó de ella.

Siempre me ha parecido un poco raro dado que mi madre es una obsesiva de la limpieza.

—Tracy y yo encontramos la caja cuando teníamos cinco y seis años —continuó—. Al principio creímos que era un regalo de Navidad o algo parecido, así que la abrimos totalmente emocionadas. Pero nos sentimos decepcionadas en cuanto vimos lo que contenía: viejas camisetas con nombres de grupos musicales, cintas de casete, fotos de esas grandes reuniones de personas que no conocíamos, artículos deportivos. Una zapatilla de deporte. Tonterías. Desde luego no lo que esperábamos encontrar una vez nos dimos cuenta de lo que realmente era.

—¿Qué esperabais? —pregunta Jase con voz tranquila.

—No sé. Un tesoro. Viejos diarios o algo similar. Su colección privada de Barbies...

—Esto... ¿Tu padre coleccionaba Barbies?

Me río.

—No que yo sepa. Pero éramos unas niñas pequeñas. Hubiéramos preferido eso a los zapatos malolientes y las desgastadas camisetas de R.E.M o Blind Melon.

—Sí, claro. —Ahora Jase ha bajado el dedo hacia mis pantalones cortos trazando un sendero parecido al anterior a lo largo de mi cintura. Respiro hondo para recuperar el aliento.

—El caso es que en el fondo de la caja había un telescopio. Uno que se veía que era de primera calidad pero que todavía seguía envuelto, como si se lo hubiera comprado pero nunca lo hubiera abierto. O quizá se lo regalaron y no le gustó. Decidí sacarlo y lo escondí en mi armario.

—¿Y lo usaste? ¿En el tejado? —Jase cambia de postura y se apoya sobre un codo para mirarme.

—En el tejado no. Solo desde la ventana. Al principio no entendía las instrucciones, pero en cuanto pasaron unos años y fui lo suficientemente mayor empecé a usarlo. Busqué cualquier signo de vida extraterrestre, la Osa Mayor... ese tipo de cosas. —Me encojo de hombros.

—¿Nunca te preguntaste dónde podía estar tu padre?

—Puede que sí. Lo más seguro. Pero después me centré en todos esos planetas y estrellas.

Jase asiente, como si esa respuesta tuviera algún sentido para él.

Me doy cuenta de que estoy temblando un poco.

—Ahora te toca a ti.

—¿Qué? —Está haciendo pequeños círculos con el dedo sobre mi ombligo. «¡Dios, mío!».

—Cuéntame algo. —Giro la cabeza y entierro los labios en el desgastado algodón



de su camiseta—. Algo que no sepa.

Y así, sin nada que nos distraiga, sin hermanos y hermanas pululando a nuestro alrededor, sin amigos entrando y saliendo, sin ningún trabajo de por medio en el que debamos comportarnos, solo Jase y yo, me entero de cosas sobre los Garrett que nunca hubiera descubierto con solo observarles.

Por ejemplo, descubro que Alice está estudiando enfermería. Cuando me lo dice y suelto una carcajada, enarca una ceja.

—¿Qué? ¿No te imaginas a mi hermana como una persona capaz de cuidar a los demás con paciencia infinita? Me dejas a cuadros.

Duff es alérgico a las fresas. Andy nació con dos meses de antelación. Todos los Garrett tocan algún instrumento. Jase, la guitarra. Alice, el flautín. Duff, el violonchelo. Andy, el violín.

—¿Y Joel? —pregunto.

—La batería, qué si no. Empezó con el clarinete, pero enseguida se dio cuenta de que no era lo suyo.

La brisa trae un suave olor a árboles. Siento el lento latido del corazón de Jase bajo mi mejilla. Cierro los ojos y me relajo.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Me duele un poco todo el cuerpo —admite—. Pero mi padre sabe lo que se hace. Además, Joel hizo lo mismo y le fue muy bien. Consiguió una beca completa en la universidad estatal para jugar al fútbol.

—¿Y tú a qué universidad quieres ir? ¿Lo sabes ya?

Jase, que ha vuelto a apoyarse sobre el codo, se frota un lado de la nariz con el pulgar. Su expresión, normalmente abierta y alegre, se nubla durante un instante.

—No lo sé. Ni siquiera sé si voy a poder ir.

—¿Qué?

Se pasa una mano por el pelo.

—Mis padres... mi padre... siempre ha tenido bajo control el asunto de las deudas. Pero el año pasado Lowe abrió una nueva tienda; ya sabes la gran cadena de bricolaje. Mi padre creyó que era un buen momento para pedir un préstamo y comprar más mercancía. Material específico, cosas que no se suelen encontrar en Lowe. Sin embargo la gente ha dejado de construir y apenas llegamos a fin de mes. Tenemos que apretarnos el cinturón. Alice tiene una beca parcial y algo de dinero que le dejó una tía abuela. Este verano también ha encontrado trabajo, ayudando a una enfermera privada. Yo... en cambio... eso del fútbol puede funcionar, pero no soy mi hermano.

Me vuelvo para mirarle.

—Tiene que haber algo, Jase. Algún otro tipo de becas. Préstamos estudiantiles. Seguro que hay algo, ya lo verás.

Me viene a la cabeza la señora Garrett, controlando cuánto zumo beben los pequeños: «Duff, nunca te terminas el vaso entero. Ponte solo un poco y luego, si

tienes más sed, te echas más».

Y luego pienso en mi madre, que se dedica a preparar exquisitos platos que ve en el canal de cocina y que como no pasa el tiempo suficiente en casa no puede comérselos. Y Tracy, y ahora yo sola, somos incapaces de terminarlos.

—Encontraremos una solución, Jase. Te lo prometo.

Se encoge de hombros, me mira y parece reponerse un poco.

—¿Así que ahora voy a ser rescatado por Sailor Moon?

Le hago un saludo militar.

—Estoy a tu servicio.

—¿Ah, sí? —Se inclina sobre mí hasta que su nariz y la mía se tocan—. ¿Podrías indicarme en qué va a consistir exactamente ese servicio?

—Solo si tú... —susurro.

—Trato hecho —murmura él. Entonces cierra su boca sobre la mía en un beso cálido y seguro mientras sus brazos me estrechan contra su cuerpo.

Más tarde, se inclina una última vez para besarme y desciende por el enrejado. A continuación se queda esperando en el suelo a que yo recoja la manta y se la tire.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —digo en voz baja.

De repente, oigo la voz de mi madre a mis espaldas.

—¿Cariño?

«¡Dios mío!». Salto por la ventana tan rápido que me doy en la cabeza con el marco.

—¡Ay!

—¿Con quién estabas hablando? —Mi madre, que va muy elegante con una camiseta de tirantes negra y un pantalón blanco entallado, se cruza de brazos y frunce el ceño—. Me ha parecido oír voces.

Trato de que el rubor no inunde mi cara, pero no lo consigo. Estoy roja como un tomate y tengo los labios hinchados. No podría parecer más culpable ni aunque lo intentara.

—Solo estaba saludando a la señora Schmidt al otro lado de la calle. Ha salido a retirar el correo.

Por increíble que parezca, mi madre se lo cree. Debe de estar un poco distraída.

—Te he dicho cientos de veces que no dejes abierta esa ventana. ¡Deja que se escape el aire acondicionado y entran bichos! —Cierra la ventana de un golpe, echa el pestillo y mira a través del cristal al exterior. Rezo para que no vea la silueta incriminatoria de Jase caminando hacia su casa con (¡cielos!) una manta. No es que vaya a sumar dos más dos solo con eso, pero está demasiado cerca y mi madre no es tonta.

El corazón me late tan deprisa que tengo la sensación que se me va a salir del pecho.

—¿Por qué nunca quitan todos los trastos que tienen en el jardín? —murmura

para sí, refiriéndose claramente a los Garrett. Cierra la persiana.

—¿Querías algo, mami? —Hago una mueca. No la he llamado «mami» desde hace por lo menos seis años.

Pero la palabra parece suavizarla porque se acerca a mí y me retira el pelo de la cara, casi como Jase hizo, aunque ella termina recogíendome en una coleta. Después se aparta un poco para examinar el resultado y esboza una sonrisa que le llega hasta los ojos.

—Sí. Necesito que me eches una mano, Samantha. Mañana tengo programados varios eventos y no sé qué ponerme. Podemos tomar un té.

Minutos más tarde, mis niveles de adrenalina han vuelto a la normalidad. Bebo un sorbo de manzanilla y observo a mi madre extender sobre la cama unos pantalones de lino y algunos suéteres veraniegos. Cualquiera pensaría que esto es algo que se le daría mejor a Tracy; al fin y al cabo ella es la que siempre está hablando de moda y prepara qué ropa ponerse la noche anterior. Sin embargo, siempre he sido yo la encargada de ayudar a mamá en estas lides.

—Esto es lo que tengo —explica mi madre—. Primero un almuerzo en el club de jardinería, después una fiesta de cumpleaños de un hombre que celebra sus cien años y desde allí directamente a un paseo en barco por el puerto.

Me recuesto sobre la almohada de raso y reduzco las posibilidades a un socorrido vestido negro, un traje blanco de lino y una falda azul de flores con un chal azul claro.

—El vestido negro —digo finalmente—. Va con todo.

—Mmm... —Arruga la frente, alza el vestido con la percha y se lo pone por encima. Después examina su imagen en el espejo de pie—. Mi madre siempre decía que no me pusiera nada negro. Demasiado serio y todo un cliché. —Antes de que le pregunte por qué se lo compró, se le ilumina la cara y añade—: Pero tengo uno igual de color azul marino.

Comento que el azul marino será perfecto y es verdad. Mi madre se pierde en su vestidor y regresa con una selección de zapatos. Me acomodo mejor entre las almohadas. Aunque apenas es más alta que yo, su cama es una de esas tamaño extra grande que parecen hechas para los jugadores de Los Ángeles Lakers. A veces, cuando estoy aquí, me siento como si todavía fuera una niña pequeña.

Tras elegir el calzado adecuado —hemos descartado los altos y dolorosos Manolos y los prácticos aunque nada agradados Naturalizers— mi madre se sienta en la cama y alcanza su té. Tras un sorbo, alza los hombros para luego dejarlos caer con un suspiro.

—Esto es de lo más relajante. —Me sonrío—. Parece que ha pasado un siglo desde la última vez que lo hicimos.

En realidad sí que ha pasado mucho tiempo. Nuestro ritual del té, escoger ropa, mamá en casa por la noche... me cuesta acordarme de la última vez que hicimos todo eso juntas.

—Tracy me ha mandado un correo electrónico con una foto de ella y Flip en el faro de East Chop en la que salen guapísimos.

—Sí, a mí también me la ha mandado —señalo.

—Me parecen una pareja muy dulce. —Mi madre bebe otro sorbo de té.

«Dulce» no es la primera palabra que me viene a la mente para describir a mi hermana y su novio, aunque también es cierto que les he pillado en algunas situaciones comprometidas que mi madre, gracias a Dios, no ha presenciado. «¿Y si hubiera entrado en mi habitación cinco, o un par de minutos antes? La ventana abierta le hubiera dado una pista de donde me encontraba. ¿Cómo hubiera reaccionado? ¿Qué hubiera hecho Jase?».

—¿Echas de menos tener novio, cariño? —La pregunta me pilla totalmente desprevenida. Se pone de pie, recoge las prendas que hay sobre la cama y vuelve a colocarlas en el armario. Yo permanezco en silencio—. Sé que a tu edad es algo importante. —Se ríe con amargura—. Puede que también a la mía. Me había olvidado de lo que se siente... —Se sume en sus pensamientos durante unos segundos. Después parece volver en sí y retoma el tema de conversación—. ¿Qué me dices de Thorpe, Samantha? El hermano pequeño de Flip. Es un muchacho muy simpático.

¿Ahora se va a poner a hacer de casamentera? Esta nueva faceta de mi madre me resulta de lo más estrambótico.

—Esto... mamá... Thorpe juega para el otro equipo.

—Bueno, no creo que sus lealtades deportivas importen mucho a la hora de salir con alguien —comenta—. Siempre ha sido un muchacho encantador.

—Es homosexual, mamá. Hace tiempo que salió del armario.

Parpadea un par de veces, tratando de asimilarlo.

—Oh. Vaya. Muy bien.

En ese momento empieza a sonarle el teléfono móvil, rompiendo el silencio que se había instalado en el ambiente.

—Hola, querido. —Mamá apoya el teléfono entre el hombro y la oreja y se atusa el pelo a pesar de que Clay no puede verla—. ¿Cuándo? De acuerdo, voy a encenderla ahora mismo. ¡Te llamo luego!

Va a por el mando a distancia, que está perfectamente colocado en una cesta de mimbre que hay en su mesilla de noche.

—El Canal Siete va a retransmitir el discurso que di en la escuela de leyes de Tapping Reeve. A ver qué te parece, Samantha.

Me pregunto si los hijos de las estrellas de cine tienen la extraña sensación de desconexión que estoy experimentando ahora mismo. La persona que aparece en pantalla se parece a la mujer que hace limonada en nuestra cocina, pero las palabras que pronuncia parecen salidas de la boca de un extraño. Hasta ahora, mi madre nunca ha tenido problemas con los inmigrantes. O con el matrimonio entre parejas del mismo sexo. Siempre ha sido conservadora pero de una forma moderada. Mientras la escucho, veo la cara de entusiasmo con la que se ha sentado a mi lado y no sé qué

decir. ¿Esto es obra de Clay? Sea como fuere no puedo evitar estremecerme por dentro.

## CAPÍTULO 17

Cuando Clay no está con mi madre en cualquiera de los actos de campaña (una campaña que la mantiene más ocupada que nunca), está en nuestra casa. Me está costando acostumbrarme. Desde el principio me di cuenta que Clay sería diferente. Suele ponerse cómodo en cuanto puede, se afloja la corbata, lanza la americana encima del sofá, se quita los zapatos y los deja en el primer sitio que le viene en gana y no se lo piensa dos veces antes de abrir el refrigerador, sacar las sobras y comérselas directamente del envase hermético. En general hace el tipo de cosas que mi madre nunca nos ha permitido a Tracy y a mí. Por lo visto él tiene vía libre en ese aspecto. Algunas mañanas, cuando entro en la cocina, me lo encuentro preparando el desayuno para mi madre; desayunos llenos de misteriosos ingredientes que nunca come, como sémola o patatas fritas. Luego, mientras mi madre echa un vistazo a su agenda de ese día, él se dedica a llenarle el plato y la taza de café y darle un beso en la cabeza.

La mañana siguiente a nuestra sesión de escoger ropa, Clay está en la cocina con un delantal (¡sí, con un delantal!) cuando bajo por las escaleras.

—Tu madre ha salido a por los periódicos, Samantha. ¿Te apetecen unas galletas con salsa de carne?

«¡No, qué asco!». Maneja la sartén con la misma facilidad y seguridad en sí mismo con la que parece hacerlo todo. Me resulta extraño tener a un hombre en nuestra casa que se sienta tan cómodo en ella.

De pronto me doy cuenta de que es la primera vez que estoy a solas con él desde que le vi en la calle con la otra mujer y de que esta es la oportunidad que estaba esperando para preguntarle por ella. Lo malo es que no tengo ni idea de cómo empezar.

—Mira. Prueba esto —dice él, colocando un plato frente a mí. Parece como si alguien hubiera vomitado encima de las galletas, pero huele muy bien—. Vamos —insiste—. No me digas que eres una de esas muchachas a las que les da miedo poner un poco más de carne en sus huesos.

Me mira con ojos sonrientes. Me fijo en la forma cómo le cae el pelo sobre la frente, dándole un aspecto infantil. Este hombre hace a mi madre feliz. Además, se puso de mi parte con el asunto del toque de queda. Me enderezo incómoda.

—Por cierto, gracias. Por lo de la otra noche —digo al fin. Hurgo con el tenedor la grumosa salsa.

Clay se ríe.

—Yo también fui joven, cariño.

«Todavía lo eres», pienso. Esto hace que me pregunte si está más cerca de mi

edad que la de mi madre.

—Vamos, Samantha. No eres ninguna cobarde. Prueba un poco.

«Muy bien, no seré una cobarde». Le miro directamente a los ojos.

—¿Quién era esa mujer con la que te vi el otro día?

La verdad es que la respuesta que me espero es algo del estilo «no es asunto tuyo» o «no tengo ni idea de lo que me estás hablando», pero contesta sin vacilar:

—¿En la calle? ¿Te has estado preocupando por esa tontería?

Me encojo de hombros.

—Me he estado preguntando si debía decírselo o no a mi madre.

Clay apoya las manos en la encimera y clava la vista en mí.

—¿El qué? ¿Que me viste almorzando con una vieja amiga?

La atmósfera ha cambiado ligeramente. Sigue sonriendo, pero no estoy segura de cómo tomármelo.

—¿Parecáis demasiado amigos?

Clay estudia mi rostro. Continúa apoyado en la encimera. Hago frente a su mirada. Tras unos segundos, parece relajarse por completo.

—Es solo una amiga, Samantha. Sí, fue mi novia hace un tiempo, pero eso es agua pasada. Ahora estoy con tu madre.

Hago pequeños surcos en la salsa con el tenedor.

—¿Entonces mi madre sabe de su existencia?

—No nos hemos sentado a hablar mucho de nuestro pasado. Hay muchas cosas por aquí y por allá. Pero tu madre no tiene ninguna razón por la que preocuparse por Marcie. No mucho más de lo que yo tengo que hacerlo por tu padre. ¿Quieres un poco de zumo de naranja? —Me sirve un vaso antes de que pueda responder—. Somos adultos, preciosa. Tenemos un pasado. Todos lo tenemos, incluso tú. Pero no puede compararse a nuestro presente, ¿de acuerdo?

Sí... bueno... me imagino. Si lo pienso detenidamente tampoco sé lo que pude ver en Michael o Charley.

—Y aunque todos también tengamos un presente —agrega— no vamos contando cada pequeño detalle de eso a todo el mundo, ni siquiera a las personas que más queremos.

Ahora soy yo la que estudio su rostro. ¿Será posible que...? No, es una locura. Clay está menos en casa que mi madre, y ya es decir. Es imposible que sepa lo de Jase. Espera, entonces eso significa que...

—Como te he dicho, Marcie es el pasado, no mi presente, Samantha. Y creo que ya me conoces lo suficiente como para saber que soy un hombre al que le importa mucho más el futuro que el pasado.

\* \* \*

Estoy dando buena cuenta de las sorprendentemente buenas galletas con salsa de Clay cuando mi madre entra, sofocada por el calor, con un buen montón de periódicos. Clay acude en su ayuda y se los quita de las manos, después le da un prologado beso y saca un taburete para que se siente.

—Estoy intentando transformar a tu hija en toda una sureña, Gracie. Espero que no tengas nada que objetar.

—Por supuesto que no, cariño —responde mi madre, que mueve el taburete y se sienta a mi lado—. Esto tiene una pinta deliciosa. ¡Estoy muerta de hambre!

Clay le sirve dos galletas con sus dos correspondientes cucharones de salsa y mamá empieza a comérselas como si le fuera la vida en ello. Mi madre, que normalmente desayuna una rodaja de melón y una rebanada de pan tostado de centeno.

Así son las cosas. Ahora Clay está en nuestras vidas, en nuestra casa... y en todos los aspectos de nuestra existencia.

\* \* \*

Llevo unos días en que tengo la sensación de que no veo a mi madre desde hace un montón de tiempo. Todas las mañanas sale corriendo por la puerta con el conjunto de ropa que se pondrá para la tarde-noche en una percha que luego cuelga en el asiento trasero del automóvil. Últimamente, las conversaciones más largas que tengo con ella son por medio de mensajes de texto en los que me dice que está en alguna comida al aire libre, o cortando una cinta en la inauguración de turno, o en un barco en un evento para recaudar fondos, o en una reunión... Incluso ha dejado de pasar la aspiradora y me deja notas para que lo haga yo. Las veces que coincide en casa para cenar, Clay también está. Normalmente, a mitad de comida, él hace a un lado su plato y saca un cuaderno para tomar notas. En ocasiones pincha distraídamente con el tenedor para tomar un trozo de carne, o de tomate, o de lo que quiera que estemos cenando en ese momento, del primer plato que tiene a mano (ya sea el suyo, el mío o el de mi madre).

Cuando se quiere describir el entusiasmo excesivo de alguien se suele emplear la expresión de «vive por y para...». Jamás había visto un ejemplo andante de eso. Clay Tucker vive por y para la política. Al lado de él, mi madre y su ocupada agenda parecen simples aficionadas. No obstante la está cambiando, la está transformando en alguien como él. Puede que sea algo bueno... Pero la verdad es que echo mucho de menos a mi madre.



## CAPÍTULO 18

—¡Señorita Reed! ¿Señorita Reed? ¿Puede venir un momento, por favor? —La voz del señor Lennox rasga el aire, temblando de rabia—. ¡Ahora mismo!

Toco el silbato, coloco el cartel de fuera de servicio en la silla, me aseguro de que no quede ningún niño pequeño sin supervisión paterna dentro del agua y me dirijo a la piscina de recreo, donde el señor Lennox está de pie al lado de Tim. Me fijo en ambos. De nuevo, el señor Lennox parece estar a punto de sufrir una apoplejía. Tim, con expresión divertida y con cara de resaca, le mira con los ojos entrecerrados por la luz del sol.

«Oh, no».

—Esto —dice el señor Lennox señalándome— es un socorrista.

—Ahhh —comenta Tim—. Ahora lo entiendo.

—No, usted no lo entiende, jovencito. ¿Y usted se hace llamar socorrista? ¿De verdad se hace llamar socorrista?

Conozco esa expresión de Tim. Está intentando decidir si hacerse o no el listillo. Al final dice:

—Mis amigos pueden llamarme Tim.

—¡No me refiero a eso! —El señor Lennox se vuelve hacia mí—. ¿Sabe cuántas faltas ha acumulado este joven?

Solo lleva trabajando en el B&T desde hace una semana, así que me aventuro a hacer una estimación por lo bajo.

—Mmm... ¿Cinco?

—¡Ocho! ¡Ocho! —Como el señor Lennox siga así va a terminar sufriendo un caso de combustión espontánea—. Ocho faltas. Usted lleva trabajando aquí dos veranos. ¿Cuántas faltas tiene?

Tim se cruza de brazos y me mira. «Confraternizar en el trabajo» supone cuatro faltas, pero no ha dicho nada de verme con Jase; ni a mí, ni por lo visto tampoco a Nan.

—No estoy segura.

Sí que lo sé. Ninguna.

—¡Ninguna! —exclama el señor Lennox—. En el breve espacio de tiempo que lleva trabajando con nosotros, este jovencito ha... —Alza la mano y empieza a enumerar con los dedos—... tomado comida del bar sin pagar, dos veces. No se ha puesto la gorra, tres veces. Ha permitido que otra persona se sentara en su silla de socorrista...

—Era un niño pequeño —le interrumpe Tim—. Quería saber lo que se veía. ¿Qué tenía? ¿Cuatro años?

—La silla no es ningún juguete. También ha abandonado su puesto sin colgar el cartel de fuera de servicio, otras dos veces.

—Estaba aquí mismo, en la piscina —se queja Tim—. Solo me dediqué a hablar con algunas muchachas. Me hubiera enterado si alguien se hubiera ahogado. No estaban tan buenas como para no notarlo. —Esto último me lo dice a mí, como si me debiera una explicación por ese inusual sentido de la responsabilidad.

—¡Pero si ni siquiera se dio cuenta cuando me puse detrás de usted y carraspeé! ¡Carraspeé tres veces!

—¿No notar lo del carraspeo es una falta distinta a lo de no colgar el cartel? ¿O también me va a poner tres infracciones por los tres carraspeos? Porque de ser así...

La cara del señor Lennox se contrae en una mueca y se endereza todo lo que un hombre tan bajito puede enderezarse.

—¡Usted! —apunta con el dedo al pecho de Tim— no tiene el espíritu del B&T. —Da un golpecito en el pecho de mi amigo con cada palabra que dice.

Los labios de Tim tiemblan. Está a punto de echarse a reír. Otro mal movimiento por su parte.

—¡Despedido! —estalla el señor Lennox.

Oigo un suspiro detrás de mí y me doy la vuelta. Se trata de Nan.

—Una semana —susurra—. Todo un nuevo récord para ti, Timmy.

El señor Lennox gira sobre sus talones y espeta:

—Por favor, entregue el uniforme y accesorios que son propiedad del club en la oficina.

—¡Qué fastidio! —comenta Tim mientras mete la mano en el bolsillo de la sudadera que hay colgada en su silla de socorrista y saca un paquete de Marlboro—. Me hacía ilusión quedarme con la gorra.

—¿Ya está? —La voz de Nan sube tanto de tono como de volumen—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡Es el cuarto trabajo del que te despiden desde que te expulsaron del instituto! ¡Tu tercer instituto en tres años! ¡El cuarto trabajo en tres meses! ¿Cómo pueden despedirle a uno tantas veces?

—Bueno, en mi defensa diré que el puesto como taquillero de cine era aburrido a más no poder. —Se enciende un cigarrillo.

—¡Y eso qué más da! ¡Solo tenías que vender entradas! —grita Nan. Tim no ha alzado la voz en ningún momento, a diferencia del señor Lennox. Y Nan, que odia montar una escena, no se da cuenta de que es precisamente eso lo que está haciendo ahora mismo. Un grupo de niños nos mira con los ojos como platos. La señora Henderson vuelve a tener el teléfono móvil en la mano—. Y la cagaste dejando entrar gratis a cualquiera que conocieras.

—Cobraban un riñón por las palomitas y la bebida, no creo que perdieran mucho dinero.

Nan se lleva una mano al pelo, que lo tiene húmedo no sé si por el calor o por la frustración que debe de estar sintiendo.

—Luego estuviste en un centro para la tercera edad y diste marihuana a los residentes. ¿Drogas a los ancianos, Timmy? ¿Qué clase de persona hace algo así? — La señora Henderson se acerca en nuestra dirección con el pretexto de dirigirse hacia el bar.

—Mira, Nano, si tuviera todo el día el culo pegado a una silla de ruedas y en un lugar como ese, lo único que desearía es que alguien se apiadara de mí y me diera un poco de hierba de la buena. Esos pobres desgraciados necesitaban un poco de distracción de la cruda realidad. Lo que hice fue como un servicio público. Tuvieron esa sesión de baile. Luego ese juegucito a lo *American Idol*. Estaban teniendo un día de mierda. Parecía el «Día Internacional de Torturar al Anciano». Necesitaban...

—Eres un puto perdedor —farfulla Nan, que nunca dice palabrotas—. Es imposible que seamos familia.

Entonces sucede algo que me deja con la boca abierta. El comentario parece dar en el blanco porque un atisbo de dolor cruza por la cara de Tim. Después cierra los ojos y los vuelve a abrir para enfrentarse a Nan.

—Lo siento, hermanita. Pero compartimos el mismo útero. Podría estar cabreado porque te tocaran los mejores genes, pero viendo lo miserable que parece tu vida, no lo haré. Te los puedes quedar todos.

—Está bien, parad ya —intervengo yo, igual que solía hacer cuando eran pequeños y se peleaban rodando por la hierba, dándose puñetazos, pellizcos y tirones de pelo. Cuando los veía así, siempre tenía miedo de que alguno saliera herido. Sin embargo, ahora parece que pueden hacerse mucho más daño usando palabras como armas arrojadizas.

—Samantha —dice Nan—. Volvamos al trabajo. Necesitamos mantener los empleos que «todavía» tenemos.

—Claro —grita Tim después de que su hermana se bata en retirada—. ¡Porque así podrás conservar estos maravillosos uniformes! ¿Cada uno tiene sus prioridades, verdad, Nano? —Recoge su gorra del suelo, la deja sobre la silla de socorrista y apaga el cigarrillo sobre ella.

## CAPÍTULO 19

—Tengo una sorpresa. —Dos días más tarde Jase me abre la puerta de la furgoneta. No he visto ni a Nan ni a Tim desde el incidente en el B&T, lo que en el fondo agradezco, ya que así me ahorro un poco de drama.

Entro en la furgoneta, piso una pila de revistas, un vaso de papel vacío de Dunkin' Donuts, varias botellas de plástico de zumos y Gatorade y unos cuantos envoltorios de bocadillos. Alice y el Escarabajo deben de seguir todavía en el trabajo.

—¿Una sorpresa para mí? —pregunto intrigada.

—Bueno, en realidad es para mí, pero también un poco para ti. Es algo que quiero que veas.

Eso último hace que me sienta un poco incómoda.

—¿Es una parte del cuerpo?

Jase pone los ojos en blanco.

—Dios, no. Creía que era un tipo encantador y no alguien que usa ese tipo de recursos.

Me río.

—Está bien. Solo era para asegurarme. A ver, enséñame lo que quiera que sea.

Conduce hasta Maplewood, un municipio venido a menos que se encuentra dos localidades más allá de Stony Bay. Jase deja la furgoneta en un aparcamiento con un inmenso letrero rojo, blanco y azul que dice: «Venta de vehículos usados de Bob “el Francés”».

—¿Bob «el Francés»?

—Bob cree que poner lo de «francés» hace que parezca que tiene más clase.

—Entiendo. Vamos, que si te llamo Jase «el Francés» eso significa que eres más elegante que con Jase a secas.

—*Oui, oui*. Ven. Quiero que me digas qué te parece mi chica.

«¿Su chica?».

En cuanto salimos del automóvil toma mi mano y me lleva a la parte de atrás, donde hay acumulados montones de vehículos extremadamente viejos en diversos estados de deterioro y con letras pintadas en blanco en el parabrisas. Me fijo en algunas de las cosas que leo: «\$3999 ¡¡Toda una ganga!!» o «Ya no se hacen motores de este tipo» o «Ruge como un tigre».

Segundos después nos detenemos delante de un automóvil blanco grisáceo con un chasis enorme pero con una cabina muy pequeña. En el parabrisas pone: «Esta preciosidad puede ser tuya por unos pocos peniques».

—«Unos pocos peniques» en realidad son mil quinientos dólares —señala Jase—. Pero ¿a que es una maravilla?

No soy una experta en el mundo del motor, pero como veo que sus ojos brillan de emoción, asiento entusiasmada.

—Sí. Es impresionante.

Se ríe.

—No ahora, lo sé. Pero es un Mustang del 73. Imagínatela pintada en vez de con la capa de imprimación que lleva, con una nueva tapicería, un volante de cuero y...

—¿Unos dados colgando del espejo retrovisor? —pregunto con recelo—. ¿Pintado de rojo intenso y con tapicería de estampado de leopardo?

Jase niega con la cabeza.

—¿Quién te crees que soy, Samantha? Por supuesto que no. Me refiero a un color verde como el de los automóviles de carreras británicos. Nada de dados. Y antes de que me lo preguntes, tampoco ninguna bailarina hawaiana.

—En ese caso, me encanta.

Esboza una enorme sonrisa.

—Estupendo. Porque sé que puedo hacer que vuelva a funcionar. Además es descapotable y... Solo quería asegurarme de que... que te gustaba porque... Solo quería saber si te gustaba. —Da una palmada al capó del Mustang y ladea ligeramente la cabeza—. Llevo cuatro años ahorrando para poder comprarme un vehículo propio. Sí, sé que debería usar el dinero para la universidad —dice, como si esperara que fuera a soltarle un discurso sobre la responsabilidad—. Pero Alice lleva una temporada en la que acapara todo el rato el Escarabajo. Por lo visto Brad es un conductor pésimo. Y tú y yo no podemos tener todas nuestras citas en un tejado. Además, es una auténtica ganga.

Lo que más me ha llamado la atención de todo lo que ha dicho ha sido un pequeño detalle.

—¿Llevas ahorrando cuatro años para comprarte un automóvil? ¿Desde que tenías trece?

—¿Qué? ¿Crees que soy un bicho raro?

Su sonrisa es tan contagiosa que se la devuelvo antes de contestarle siquiera.

—No lo sé. Creía que los muchachos de trece años lo primero que quieren tener es una videoconsola.

—Joel me enseñó a conducir a esa edad. Recuerdo la primera vez; en un aparcamiento de la playa en otoño. Quedé fascinado. Por eso empecé a aprender un poco de mecánica... ya que era demasiado pequeño para conducir un automóvil, por lo menos podía arreglarlo. Crees que estoy loco, ¿verdad? A veces yo también lo pienso.

—Loco en el buen sentido de la palabra —aseguro.

—Eso me sirve. Y ahora, vamos, *ma chérie*. Paguémosle a Bob «el Francés».

Bob se compromete a llevar el Mustang a la casa de los Garrett el viernes. Cuando subimos de nuevo a la furgoneta pregunto:

—¿Dónde tienes pensado repararla? —Vaya, se me ha pegado eso de dirigirme al

Mustang como «ella».

—En el camino de entrada a casa. Joel está yendo a trabajar en moto este verano, así que hay hueco de sobra. En el garaje es imposible, por lo menos hasta que mi madre se deshaga de todos esos cachivaches que lleva queriendo vender desde hace cinco años.

Ya me imagino a mi madre, con las manos en las caderas, mirando a través de la ventana el destartado Mustang y resoplando cada dos por tres. «¡Una chatarra oxidada! ¿Qué será lo siguiente? ¿Flamencos de plástico?». Doy un apretón a la rodilla de Jase. Al instante su mano envuelve la mía y me mira con esa sonrisa suya tan embriagadora. Siento una extraña punzada en mi interior, como si estuviera entregando una parte de mí que nunca he dado a nadie. De pronto me acuerdo de mi hermana y de lo preocupada que estaba porque creía que se estaba enamorando de Flip. Solo han pasado unas pocas semanas y parece que voy por el mismo camino.

\* \* \*

Jase tiene los días tan ocupados como mi madre. La ferretería, los entrenamientos, alguna que otra hora para arreglar cosas en la tienda de bicicletas, entregas de madera... Una tarde, después de terminar mi jornada como socorrista, me quedo en el porche, dudando sobre si llamarle o no. Entonces oigo un silbido y lo veo caminando en dirección a mi casa.

Llevo la estúpida rebeca con charreteras y el bañador con el logo. Tenía tantas ganas de salir del B&T que no me molesté en cambiarme.

—¡Almirante Samantha, volvemos a encontrarnos!

—No digas nada. Dichoso tú que puedes vestir como te dé la gana. —Hago un gesto con la mano hacia sus pantalones cortos desteñidos y la camisa verde oscuro.

—Pero tú eres más guapa que yo. ¿Cuándo llega tu madre a casa?

—Tarde. Tiene no sé qué reunión para recaudar fondos en el Bay Harbor Grille — respondo con una mueca.

—¿Quieres venir a casa? ¿O no te dejan confraternizar después del trabajo?

Le digo que espere un par de minutos mientras me cambio de ropa.

Cuando llegamos al hogar de los Garrett me encuentro con la vorágine de actividad de costumbre. La señora Garrett está dándole el pecho a Patsy en la mesa de la cocina, a la vez que pregunta a Harry los nombres de varios nudos para el campamento de vela. Duff está delante del ordenador. George, sin camiseta, come galletas con pepitas de chocolate que moja previamente en leche mientras ve ensimismado un documental en el National Geographic infantil. Alice y Andy están al lado del fregadero manteniendo una acalorada conversación.

—¿Cómo le animo a hacerlo? Me está matando. Como no lo haga me muero. — Andy cierra los ojos de forma dramática.

—¿Qué te está matando? —pregunta la señora Garrett—. Creo que me he perdido.

—Kyle Comstock no me ha besado todavía. Y ya no aguanto más.

—Ya debería haberlo hecho —observa Alice—. Puede que sea gay.

—¡Alice! —protesta Jase—. ¡Solo tiene catorce años! ¡Jesús!

—¿Qué es «gay»? —pregunta George con la boca llena de galletas.

—Gay es como esos pingüinos sobre los que leímos en el zoo del Central Park —explica Duff sin dejar de teclear en el ordenador—. ¿Te acuerdas que a veces los machos se emparejan con otros machos?

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Pero qué es «emparejar»? Me he olvidado de eso —responde George, todavía masticando.

—Intenta con esto —sugiere Alice. Después camina lentamente hacia Jase, se toca el pelo de forma sugerente, desliza los dedos sobre el pecho de Jase y juguetea con los botones de su camisa, inclinándose ligeramente hacia él—. Siempre funciona.

—No con tu hermano. —Jase retrocede y vuelve a abrocharse los botones.

—Supongo que podría intentarlo. —Andy no parece muy convencida—. ¿Pero y si me mete la lengua en la boca nada más empezar? No creo que esté preparada para eso.

—¡Qué asco! —exclama Harry—. ¡Puaj!

Me sonrojo y miro a Jase. Él también se ha ruborizado, aunque esboza una pequeña sonrisa.

La señora Garrett suspira.

—Creo que deberías tomarte las cosas con calma, Andy.

—¿Qué se siente? —pregunta Andy, dirigiéndose a mí—. ¿Está bien o no? Es difícil de imaginar aunque lo intente. Todo el tiempo.

—Samantha y yo nos vamos arriba a... mmm... dar de comer a los animales. —Jase me agarra de la mano.

—¿Ahora se le llama así? —ironiza Alice con cara de inocente.

—Alice... —Empieza a reprenderla la señora Garrett. Pero no oigo nada más porque hemos subido a toda prisa las escaleras y nos metemos en el relativamente tranquilo dormitorio de Jase.

—Lo siento —murmura él con la punta de las orejas todavía roja.

—No pasa nada. —Me quito el coletero, me suelto el pelo, aleteo las pestañas y me acerco a él, acariciándole el pecho como hizo su hermana hace un rato, mientras le desabrocho los botones.

—Oh, Dios mío —susurra Jase—. Ahora sí que... Estoy... No te imaginas cómo... —Engancha un dedo en la cinturilla de mis pantalones cortos y me atrae hacia él. Sus labios descienden sobre los míos. Ya estoy acostumbrada a ellos, pero cada vez me resultan más excitantes. Llevamos unas semanas en las que pasamos horas besándonos; solo besándonos, o acariciando nuestras caras, espaldas y cinturas. A Jase le gusta tomarse su tiempo.

No como Charley, que era incapaz de besarme sin tratar de ir más allá, o Michael, que en cuanto metía las manos debajo de mi blusa y me desabrochaba el sujetador, gemía lastimeramente diciendo: «¿Por qué me haces esto?». Ahora soy yo la que mete las manos debajo de la camisa de Jase, la que le acaricio el pecho mientras apoyo la cabeza sobre su hombro y tomo una profunda bocanada de aire. Todos nuestros besos han sido lentos y controlados, aunque es cierto que siempre nos hemos besado en el lago o en el tejado, donde podían descubrirnos en cualquier momento. Hoy, sin embargo, estamos en su dormitorio; algo demasiado tentador. Deslizo las manos hasta el dobladillo de su camisa y tiro de ella hacia arriba. Una parte de mí no termina de creerse que me haya atrevido a hacer algo así.

Jase da un paso atrás y me mira intensamente con sus ojos verdes. A continuación alza los brazos para que pueda quitarle la camisa.

Lo hago.

Le he visto con el torso desnudo antes, como también le he visto en bañador. Pero cada vez que le he acariciado el pecho estábamos a oscuras. Ahora, los rayos vespertinos inundan de luz la habitación; una habitación que huele a tierra y a bosque con todas esas plantas y en la que solo se oyen nuestras respiraciones entrecortadas.

—Samantha.

—Mmm... —Le acaricio el estómago, sintiendo sus firmes abdominales.

Jase extiende la mano, cierro los ojos y no puedo evitar preguntarme lo avergonzada que me sentiría si me detiene. En vez de eso, sus dedos se cierran en torno a mi blusa, deslizándola hacia arriba mientras su otra mano me engancha de la cintura. Entonces me acaricia la mejilla, formulándome una pregunta tácita. Asiento con la cabeza y tira de mi camisa para quitármela.

Después me acerca más a él y volvemos a besarnos, pero sentir gran parte de su piel contra la mía hace que el contacto sea mucho más íntimo. Percibo los latidos de su corazón y su respiración. Hundo los dedos en sus espesos rizos y me pego todo lo que puedo a él.

De pronto la puerta se abre y entra George.

—Mami dijo que os trajera esto.

Nos separamos al instante y nos encontramos con el pequeño ofreciéndonos un plato de galletas con pepitas de chocolate, varias de las cuales están mordidas. George nos mira con expresión de culpabilidad.

—Tenía que asegurarme de que seguían estando buenas. —Y entonces parece percatarse de algo importante—. Oye, ¡no lleváis camiseta!

—Pues... George... —Jase se pasa las manos por el pelo.

—¡Yo tampoco! —George señala con un dedo su propio pecho desnudo—. ¡Vamos iguales!

—Venga, superhéroe —Jase le guía hasta la puerta, dándole tres galletas—. Hora de ir abajo. —Da a su hermano un pequeño empujón entre sus delgados omoplatos y cierra la puerta detrás de él.



—¿Qué probabilidades hay de que no le mencione a tu madre lo de las camisetas?  
—pregunto.

—Muy pocas. —Jase se apoya contra la puerta y cierra los ojos.

—Claro. George lo cuenta todo. —Me pongo rápidamente la blusa, metiendo los brazos en las mangas.

—Vamos a... —Parece que se ha quedado sin palabras.

—¿Dar de comer a los animales? —sugiero yo.

—Sí. Eso. Mira, aquí. —Saca algunos cajones que tiene debajo de la cama—. Lo tengo todo clasificado.

Preparamos la comida, cambiamos los recipientes de agua y colocamos más paja en las jaulas. Tras cinco minutos de actividad le digo:

—Vuelve a ponértela. —Le lanzo la camisa.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Solo hazlo.

—¿Te distrae mi torso desnudo, Samantha?

—Sí.

Se echa a reír.

—Bien. Entonces estamos igual. —Se queda en silencio unos segundos—. No he querido decir eso. Parece que solo me preocupo por tu físico y no es así. Eres tan diferente a como creía que eras.

—¿A como creías que era cuándo?

—Cuando te veía. Sentada en tu tejado. Te he estado observando durante años.

—¿Que me has estado observando durante años? —Me ruborizo de la cabeza a los pies—. Nunca me habías dicho nada.

—Sí, durante años. Y por supuesto que no te dije nada. Sabía que nos mirabas, aunque no sabía por qué ni porque nunca te presentaste. Creía que tal vez eras tímida... o una esnob... No sé. No te conocía, Sam. Aunque tampoco podía evitar observarte.

—¿Porque soy encantadora e irresistible? —pregunto con una mueca.

—Solía mirarte, a través de la ventana de la cocina cuando cenábamos o mientras nadaba en la piscina de noche, preguntándome qué estarías pensando. Siempre parecías una persona impenetrable, distante y perfecta... pero ahora... —Vuelve a pasarse la mano por el pelo—. Eres menos... más... Me gustas más ahora.

—¿A qué te refieres?

—Me gusta verte aquí, tan real, lidiando con todo el caos que hay en mi casa, con George, Andy y Harry, conmigo... con esa tranquilidad que siempre demuestras. Me gusta cómo eres de verdad.

Contempla mi rostro durante un buen rato. Después se vuelve y coloca con cuidado el recipiente de agua en la jaula del hurón.

Aunque sus palabras me complacen sobremanera, también me dejan un tanto inquieta. ¿Soy realmente una persona tranquila? ¿Alguien que se toma las cosas con

calma? Parece que eso es lo que Jase ve.

Un golpe en la puerta me saca de mis ensoñaciones. En esta ocasión se trata de Harry que viene pidiendo ayuda con los nudos marineros. A continuación entra Alice; al día siguiente tiene un examen de reanimación cardiopulmonar y necesita una víctima voluntaria.

—De ninguna manera —dice Jase—. Usa a Brad.

Creo que es bueno que tengamos todas estas interrupciones, porque ahora mismo no siento ni un ápice de calma; todo lo contrario, estoy nerviosa por lo que acaba de pasar en esta habitación, por el roce de nuestras pieles desnudas. Siento que lo que está sucediendo entre nosotros no está en mi agenda, que escapa a mi control. Que no elijo apartarme, dar marcha atrás o hacerme a un lado, sino que elijo un deseo menos fácil de manejar. Antes, siempre había sentido curiosidad, nunca me vi... obligada. ¿Cuánta experiencia tiene Jase? Besa de maravilla, aunque también se le da bien todo lo que hace, así que eso no quiere decir nada. La única novia que le conozco es Lindy, la que se dedicaba a robar en las tiendas, y está claro que era el tipo de persona que no vacilaba a la hora de tomar lo que quería de la vida.

Cuando la señora Garrett sube a preguntarme si quiero quedarme a cenar, le digo que no. Por primera vez en mi vida, mi casa tranquila y vacía, con las sobras de la comida dispuestas en envases herméticos en el frigorífico, se convierte en el refugio que necesito para escapar del apasionado silencio que se respira en la habitación de Jase.

## CAPÍTULO 20

—**A**llá vamos, Grace. Barbacoa en el centro para la tercera edad, Festival del Arenque con las Hijas de San Damián y Festival del Arenque con la congregación de San Miguel Arcángel. Tienes que ir a todos ellos.

Clay sostiene un rotulador y el periódico local. Mi madre está con la tercera taza de café que se toma esta mañana.

—¿Festivales del arenque? —pregunta con un hilo de voz—. Nunca he acudido a ninguno.

—Tampoco has tenido nunca un oponente de verdad, Grace. Sí, a todos. Mira, aquí. Inauguran una cafetería en un viejo vagón de carga en Bay Crest. También tienes que ir.

Mamá bebe un largo sorbo de café. Tiene el pelo más desordenado de lo habitual; cuando apoya la cabeza en el respaldo del sofá me fijo en la maraña rubio platino que normalmente llevaría recogida en un pulcro moño.

Clay rodea con el rotulador varios artículos más y mira a mi madre.

—Sé que estás agotada. Pero tienes lo que se necesita, Gracie, y es fundamental que centres todos tus esfuerzos en ganar estas elecciones.

Mi madre se endereza, como si Clay hubiera tirado de unas cadenas invisibles. Después se sienta a su lado y examina el periódico mientras se coloca el pelo detrás de las orejas.

Me preocupa cómo se comporta cuando está con Clay. ¿Era igual con mi padre? Entre Flip y Tracy hay un equilibrio, ahora me doy cuenta. Pero mamá a veces parece estar bajo el influjo de algún hechizo. Pienso en los momentos compartidos en el dormitorio de Jase. Si mi madre se siente de esa forma con Clay puedo llegar a entenderlo. Sin embargo... el estremecimiento que siento cuando estoy con Jase no es nada comparado con la ansiedad que me produce ver a las dos cabezas rubias que tengo delante de mí, la una pegada al lado de la otra.

—¿Necesitas algo, cariño? —pregunta Clay al verme asomada.

Abro la boca, aunque vuelvo a cerrarla al instante. Puede que Tracy tenga razón y no esté acostumbrada a que mi madre esté con un hombre. Tal vez, después de todo, tengo una especie de instinto protector hacia mi padre ausente. O quizá solo se trata de las hormonas. Miro el reloj. Todavía falta una hora y media para que empiece mi jornada en el B&T. Me imagino el agua fría de la piscina, los rayos de sol bañando la superficie, la calma que se respira cuando te sumerges en ella, solo rota por mis controladas brazadas. Agarro mis cosas y me voy.

—¡Sailor Moon! ¡Estás saliendo en la tele! —Harry viene hacia mí en cuanto entro por la puerta de la cocina—. ¡Eres tú! Justo en medio del programa de animales que estamos viendo. ¡Corre, ven!

En el salón de los Garrett, George, Duff y Andy están sentados frente a la televisión, observando ensimismados uno de los anuncios de campaña de mi madre. Justo en este momento veo una imagen de su cara en frente del Capitolio. «Como mujeres, como padres, todos sabemos que la familia es lo primero», dice mientras en la pantalla empiezan a parecer fotos de Tracy y mías vestidas con nuestras cestas de los huevos de Pascua, en la playa, sentadas en el regazo de Santa Claus en el B&T; en todas ellas se ve a mi madre de fondo. No recuerdo que me tomaran ninguna con foto con Santa en la que no estuviera llorando, pero en esa parezco relativamente tranquila. El Santa Claus del B&T siempre olía a cerveza y se le caía la barba. «Mi familia siempre ha sido lo más importante en mi vida».

—Tu mamá es muy guapa pero no parece una mamá —dice George.

—Eso ha sido muy grosero de tu parte —comenta Andy. Vuelve a aparecer otra tanda de fotos (Tracy recogiendo un trofeo de gimnasia, yo ganando un premio en la feria de ciencias por un modelo en 3D de una célula)—. Oh, mira, también llevabas aparato, Samantha. No lo sabía.

—Solo quería decir que se la ve una señora muy elegante —explica George mientras mi madre sonrío y dice: «Cuando salí elegida senadora, siguió siendo lo más importante, pero mi familia se hizo mucho más grande».

Aparecen fotos de mi madre en medio de un grupo de estudiantes el día de su graduación, al lado de una mujer mayor en silla de ruedas que ondea una bandera, recibiendo flores de un niño pequeño.

—¿Toda esa gente es familia tuya? —pregunta Harry con cara de no estar muy convencido—. Nunca los he visto en la casa de al lado.

Ahora la pantalla muestra a mi madre cenando con un grupo de personas de diferentes etnias, todas sonrío y asienten con la cabeza, hablando con ella de sus valores, sus vidas... alrededor de un banquete de comida típica de Connecticut. Veo un plato de almejas con guarnición, el guiso de jamón con verduras propio de Nueva Inglaterra, *pizza* de New Haven... cosas que nunca hemos tenido en casa.

«Mis electores son mi familia. Este mes de noviembre, si me dejan, me sentiré honrada de sentarme en sus mesas y formar parte de sus vidas. Soy Grace Reed y apruebo este mensaje», termina mi madre con firmeza.

—¿Estás bien, Sailor Moon? —George tira de mi brazo—. Pareces triste. No quería decir nada malo de tu mami. —Aparto la vista de la pantalla y me lo encuentro a mi lado, respirando con esa intensidad con la que lo hacen los niños pequeños. En la mano lleva a *Happy*, el maltrecho perro de peluche—. Si estás triste, *Happy* es mágico, seguro que puede ayudarte.

Agarro al perro y abrazo a George. Más respiraciones pesadas. *Happy* queda aprisionado entre su pequeño cuerpo y el mío; huele a mantequilla de cacahuete, plastilina y tierra.

—Vamos, muchachos. Hace un día espléndido y estáis aquí dentro, viendo la tele. La tele solo se ve cuando llueve. —Saco a los pequeños Garrett al jardín, pero antes vuelvo a mirar una última vez la pantalla. A pesar de todos los carteles, folletos e imágenes en el periódico, me sigue pareciendo surrealista ver a mi madre en la televisión. Y todavía me resulta mucho más extraño verme a mí misma y lo mucho que parezco encajar en su mundo perfecto.

## CAPÍTULO 21

Desde el despido de Tim del B&T, los Mason, que siguen con la búsqueda de una academia militar, intentan mantenerle ocupado todo el tiempo que pueden. Esta noche, por ejemplo, le han dado dinero para que nos lleve a Nan y a mí al cine.

—Por favor —me ruega Nan al teléfono—. Solo va a ser una película. Apenas dos horas. Además, a él no le importa que escojamos una peli romántica, ni siquiera sé si se dará cuenta.

Pero en el momento en que me meto en el asiento trasero del Jetta de Tim sé que esto no va funcionar. Debería salir ahora mismo de aquí, pero no lo hago. No puedo dejar a Nan en la estacada.

—Tim. ¡Por aquí no se va al cine! —Nan se inclina hacia delante en el asiento del copiloto.

—Muy bien, hermanita. Que le den al cine. Por aquí se va a New Hampshire y a las botellas de Bacardi libres de impuestos.

La aguja del velocímetro supera los ciento veinte kilómetros por hora. Tim aparta los ojos de la carretera cada dos por tres, ya sea para poner una canción en el iPod, o sacar el encendedor o buscar en el bolsillo de su camisa un Marlboro tras otro. Hasta ahora hemos ido relativamente bien, pero de pronto el automóvil zigzaguea y Tim agarra el volante con firmeza. Miro el perfil de Nan que, sin darse la vuelta, echa hacia atrás la mano y agarra la mía.

Tras veinte minutos de exceso de velocidad y sustos como el de antes, Tim se mete en un McDonald's y pisa los frenos con tanta fuerza que Nan y yo nos desplazamos de adelante hacia atrás. A pesar de eso, doy gracias a Dios porque no nos haya pasado nada. Tengo los nudillos blancos del tiempo que llevo agarrada al tirador de la puerta. Tim regresa al Jetta con una cara peor que antes. Tiene las pupilas tan dilatadas que apenas se ve el gris de sus iris y lleva el pelo todo alborotado.

—Tenemos que salir de esta como sea —susurro a Nan—. Deberías conducir tú.

—Solo tengo el carné de principiante, no el definitivo —dice mi amiga—. Podría meterme en un buen lío.

Me resulta difícil imaginar un lío peor que este. Y yo, por supuesto, no puedo conducir porque mi madre no ha querido que me apunte a dar clases, alegando que soy demasiado joven y que la mayoría de los conductores que hay en la carretera son unos ineptos. Nunca he insistido en el tema porque Tracy siempre me lleva cuando lo necesito, pero ahora me hubiera encantado haber falsificado el nombre de mi madre en el formulario de autorización. Quizá podría intentarlo. A veces se oyen noticias en las que niños de seis años llevan a sus abuelos al hospital. ¿Por qué no yo? Me fijo en

la parte delantera del Jetta. En cuanto me doy cuenta de que no es automático pierdo toda esperanza.

—Tenemos que pensar en algo ya, Nanny.

—Lo sé —susurra. Se inclina hacia delante y pone la mano en el hombro de su hermano, mientras este intenta, sin éxito, meter la llave en el arranque—. Tim, no tiene sentido que hagamos esto. Todo lo que pretendes ahorrarte en bebida te lo vas a gastar en gasolina hasta New Hampshire.

—Estamos viviendo una puta aventura, hermanita. —Tim por fin consigue arrancar el Jetta y pisa el acelerador a fondo. Salimos del aparcamiento del McDonald's con las ruedas chirriando—. ¿Es que no te apetece saltarte un poco las normas?

Vamos cada vez más rápido. El potente zumbido del motor vibra a través de los asientos. Tim adelanta a otros vehículos por la derecha. Acabamos de pasar Middletown y estamos cerca de Hartford. Echo un vistazo al reloj de pulsera. Las nueve menos diez. Mi toque de queda es a las once. No creo que estemos ni remotamente cerca de New Hampshire para esa hora. Si es que no terminamos antes empotrados contra algún árbol. Me duelen los dedos de agarrarme con tanta fuerza al tirador y tengo la frente sudorosa.

—Tim, tienes que parar. ¡Para y deja que nos bajemos! —grito—. No queremos ir contigo.

—Tranquilízate, Samantha.

—¡Vas a conseguir que nos maten! —exclama Nan.

—Me juego el cuello a que ambas morís vírgenes. Me pregunto para qué coño os estáis reservando tanto.

—Timmy. ¿Puedes dejar de decir esa palabra?

Como era de esperar eso no hace más que incentivarle aún más.

—¿Qué palabra? ¡Ohhhh! «Esa» palabra. —Empieza a repetirla una y otra vez. Primero en voz baja, luego en voz alta y después de todas las formas posibles. Durante los siguientes minutos lo único que sale de su boca es la palabra que empieza con «c», hasta la tararea con la melodía de *El puente sobre el río Kwai*. Entonces me percató de que el velocímetro supera los ciento sesenta kilómetros por hora y me quedo petrificada. En toda mi vida he estado tan asustada como ahora.

—¡Mierda, la poli! —Tim se hace a un lado y conduce el Jetta hacia un área de descanso. Rezo para que el vehículo policial nos siga, pero pasa de largo con la sirena a todo volumen. La cara de Nan está blanca como la cal. El automóvil se detiene de repente; Tim sale disparado del asiento del conductor mascullando: «¡Joder!, me estoy meando» y se aleja en dirección a un gigantesco contenedor azul.

Sin pensármelo dos veces, saco la llave del arranque, salgo del automóvil y lanzo las llaves hacia los arbustos que hay en un lateral del aparcamiento.

—¿Qué haces? —chilla Nan, siguiéndome con los brazos extendidos a los lados.

—Asegurándome que salgamos vivas de esta.

Mi amiga hace un gesto de negación con la cabeza.

—Samantha, ¿en qué estabas pensando? Tim tenía... las llaves del candado de su bici en ese llavero.

Estoy doblada, con las manos apoyadas en las rodillas y respirando larga y pausadamente. Me vuelvo para mirarla. Cuando ve la expresión de mi rostro se pone a reír.

—De acuerdo. Acabo de decir una estupidez —reconoce ella—. Pero ¿cómo vamos a salir de aquí?

Justo en este momento, Tim regresa, se mete en el asiento del conductor y apoya la frente sobre el volante.

—No me siento bien. —Inhala una profunda bocanada de aire y coloca los brazos alrededor de la cabeza, tocando inconscientemente el claxon—. Ambas sois buena gente. En serio. No sé qué narices me pasa.

Está claro que ni Nan ni yo tenemos la respuesta. Cerramos la puerta del automóvil y nos apoyamos en él. Los vehículos pasan volando a nuestra izquierda. Tantas personas y todos ellos ajenos a la situación que estamos viviendo. Nos habría dado igual perdernos en el desierto.

—¿Y ahora qué? —pregunta Nan.

Mi madre me ha dado mil charlas sobre lo que tengo que hacer en el caso de ir con un conductor que no esté en plenas facultades. Así que la llamo. Llamo a casa. La llamo al móvil. Al teléfono de Clay. Al de Tracy (tampoco es que vaya a poder hacer mucho por mí desde Martha's Vineyard). Nadie contesta. Intento recordar dónde me dijo mi madre que iba a estar esta noche, pero me he quedado en blanco. Últimamente todo es un borrón de «debate sobre economía», «reunión en el Ayuntamiento» y «evento informativo para el personal de apoyo».

Al final decido llamar a Jase, que me responde al tercer tono.

—¡Samantha! ¿Qué tal...?

Le interrumpo para contarle lo que ha pasado.

Nan, que está echándole un vistazo a Tim, grita:

—¡Se ha desmayado! O eso creo. Está sudando mucho. ¡Oh, Dios mío, Samantha!

—¿Dónde estáis exactamente? —pregunta Jase—. ¡Alice, necesito que me eches una mano! —exclama—. ¿Ves algún cartel en la carretera? ¿Cuál es la salida más cercana?

Miro a mi alrededor pero no veo nada. Le pregunto a Nan si se acuerda de cuál fue la última localidad que pasamos, pero niega con la cabeza y contesta:

—Iba con los ojos cerrados.

—Está bien, cuelga —termina diciendo Jase—. Meteos dentro, bloquead las puertas y encended las luces de emergencia. Os encontraremos sea como sea.

Y lo hacen. Cuarenta y cinco minutos después, oigo un golpe en la ventanilla, alzo la vista y veo a Jase con Alice detrás. Abro la puerta. Tengo los músculos



agarrotados y las piernas temblorosas. Jase me abraza. Siento su cuerpo sólido y cálido a mi alrededor y la tranquilidad que parece desprender en un momento como este. Me aferro a él. Nan, que acaba de salir del automóvil, alza la cabeza, nos ve y se queda inmóvil. Tiene la boca tan abierta que parece que se le va a desencajar la mandíbula de un momento a otro.

Un minuto después, Jase me suelta y ayuda a Alice, a la que se ve sorprendentemente silenciosa y paciente, a meter a Tim, que está inconsciente, en el asiento trasero del Escarabajo. Mi amigo suelta un fuerte ronquido, lo que nos confirma que está fuera de combate.

—¿Qué ha tomado? —pregunta Alice.

—No... No lo sé —balbucea Nan.

La hermana de Jase se inclina sobre Tim, le toma el pulso con los dedos en la muñeca, le huele el aliento y sacude la cabeza.

—Creo que está bien. Solo ha perdido el conocimiento. Llevaré a estos dos a su casa si ella... —Hace un gesto hacia Nan—... me dice cómo ir. Después vete allí y me recoges, ¿de acuerdo, J? —Se mete en el asiento del conductor y lo mueve para acomodarlo a su tamaño más menudo.

Nan, que ya está dentro del Escarabajo con Alice, frunce el ceño y mueve los labios, diciéndome en silencio: «¿Qué está pasando aquí?». Después hace un gesto con la mano, imitando un teléfono en la oreja, para que la llame después.

Asiento y suelto un suspiro tembloroso. Espero a que Jase me pregunte en qué demonios estaba pensando, yendo a ninguna parte con alguien en esas condiciones, pero en vez de eso dice:

—Has hecho lo correcto.

Intento con todas mis fuerzas ser esa muchacha que Jase cree que soy; esa adolescente serena y tranquila que no deja que nada la perturbe, pero me siento incapaz de serlo y me pongo a llorar. Me derrumbo soltando esos vergonzosos sollozos que apenas te dejan respirar.

Por supuesto, él sabe cómo manejar la situación. Nos quedamos allí hasta que consigo recomponerme. A continuación mete la mano en el bolsillo de la cazadora y me pasa una chocolatina.

—Alice dice que es buen remedio para este tipo de conmociones. Y, oye, al fin y al cabo está estudiando para ser enfermera.

—He tirado las llaves en esos arbustos.

—Bien hecho. —Se va hacia el lateral del aparcamiento y se agacha tanteando con las manos el suelo.

Le sigo y hago lo mismo.

—Debes de tener buen brazo —comenta, después de diez minutos de búsqueda infructuosa.

—Jugué en el equipo femenino de *softball* de Hodges hasta octavo —explico—. ¿Y ahora qué hacemos?

En lugar de responder se dirige hacia el Jetta, abre la puerta del conductor y me hace un gesto para que suba. Obedezco y observo fascinada cómo arranca un trozo de plástico de la columna de dirección. Después tira de la cubierta de dos cables rojos y los enrolla. Saca otro cable, esta vez marrón, y hace contacto con él con los rojos. Las chispas vuelan.

—¿Acabas de hacerle un puente? —Hasta ahora solo lo había visto hacer en las películas.

—Pero solo para ir a casa.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo?

Jase me mira mientras el motor cobra vida.

—Me encanta todo lo relacionado con los automóviles. He aprendido todo lo que hay que saber sobre ellos.

Tras diez minutos de conducir en silencio por la carretera, Jase murmura pensativo.

—Timothy Mason. Debería haberme dado cuenta.

—¿Le conoces? —Estoy sorprendida. Primero Flip y ahora Tim. No sé por qué, pero al no conocer a los Garrett me los imaginaba en un mundo distinto al mío.

—Íbamos juntos a los *Boy Scouts*. —Alza los dos dedos haciendo el saludo tradicional de los exploradores.

Suelto una carcajada llena de incredulidad. *Boy Scout* no es lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en Tim.

—Incluso en esa época era un desastre en ciernes. Si es que no había empezado ya a hacer de las suyas —Jase se muerde el labio inferior.

—¿Se drogaba en los campamentos? —pregunto.

—No, pero siempre estaba intentando hacer fuego con lupas, robaba las insignias a los otros niños... cosas de esas. Era un buen tipo, en serio, pero parecía que estaba deseando meterse en problemas. ¿Entonces su hermana es tu mejor amiga? ¿Cómo es ella?

—Todo lo contrario. Siempre está intentando ser perfecta en todo. —Por primera vez, me fijo en reloj del salpicadero. Las diez y cuarenta y seis. Mi parte racional, esa que parece haberme abandonado hace un rato, me dice que es imposible que mi madre me regañe por llegar tarde en unas circunstancias como estas. Aún así, me pongo tensa. Seguro que mamá encuentra cualquier excusa para terminar echándome la culpa. O peor aún, a Jase.

—Siento haberte metido en esto.

—No pasa nada, Samantha. Me alegro de que estés bien. Lo demás no importa. —Me mira durante un instante—. Ni siquiera un toque de queda. —Su voz es tranquila y dulce. Siento cómo las lágrimas vuelven a agolparse en mis ojos. ¿Qué me está pasando?

Jase consigue entretenerme el resto del viaje. Hace una exhaustiva y totalmente incomprensible (al menos para mí) lista de cosas que necesita para que el Mustang

funcione de nuevo (Así que tengo unos trescientos caballos con mis cilindros de aluminio y tubo de escape y el embrague se desliza a unos doscientos sesenta caballos en tercera, quiero comprarme el kit de embrague de Centerforce, pero cuesta quinientos dólares. Sin embargo, cada vez que meto tercera y oigo el sonido del motor me vuelvo loco) y tenga el aspecto que «se supone que debe tener». Después me cuenta que ha estado trabajando esa misma tarde en su pequeña joya en el camino de entrada mientras Kyle Comstock y Andy estaban sentados juntos en las escaleras del porche.

—Intentaba no escuchar ni mirarles, ¡pero eran un absoluto desastre! Él estaba todo el rato intentando dar el paso en plan disimulado, ya sabes, juntar la rodilla o bostezar para estirar el brazo y ponerlo alrededor de mi hermana. En el último momento se echaba siempre para atrás. Andy se lamía los labios y movía la melena de tal forma que pensé que se le iba a salir la cabeza de los hombros. Y todo el tiempo estuvieron hablando sobre la clase que tuvieron el curso pasado en el laboratorio de biología, cuando les obligaron a diseccionar a un feto de cerdo.

—No es un tema de lo más estimulante, la verdad.

—No. La biología por sí sola promete, pero meter la disección de un cerdo no es el camino más adecuado.

—Bueno. —Niego con la cabeza—. Con catorce años no es fácil encontrar el camino adecuado.

—Ni con diecisiete. —Jase pone el intermitente para avisar de que vamos a salir de la interestatal.

—Ni con diecisiete —conuerdo yo.

Y por enésima vez me pregunto cuánta experiencia tiene.

\* \* \*

Cuando llegamos a casa de los Mason, Nan y Alice hace tiempo que han llegado. Ambas están fuera del Escarabajo, debatiendo. La mayoría de las luces de la vivienda están apagadas, excepto un tenue resplandor naranja que proviene de las ventanas del salón y dos luces parpadeantes en el porche.

—Por favor, ¿no podemos meterle sin que nadie le vea? —implora Nan, agarrando el brazo de Alice con sus delgados dedos.

—La pregunta que hay que hacerse es si «deberíamos» meterle sin que le vean. Este es el tipo de cosas que tus padres tendrían que saber. —Dice Alice cargada de paciencia, como si ya hubiera pasado por situaciones como esta en varias ocasiones.

—Alice tiene razón —interviene Jase—. Si no se enteran... Tal vez si no me hubieran pillado con Lindy en esa tienda hubiera descubierto que me gustaba robar. Esto va más allá... Si nadie sabe lo lejos que está llegando Tim, puede que termine en una situación parecida a esta pero con peores resultados. O tú. O Samantha.

Alice asiente. Mira a Nan, pero se dirige a su hermano.

—Jase, ¿te acuerdas de River Fillipi? Sus padres le dejaban hacer lo que le daba la gana, hacían la vista gorda a todo. Terminó llevándose a tres vehículos por delante antes de chocar con la mediana de la 1-95.

—Pero vosotros no lo entendéis. Tim ya está metido en un buen lío. Mis padres quieren llevarle a una academia militar. Y eso es lo que menos le va a ayudar. Lo que menos. Sé que es un imbécil y un perdedor, pero es mi hermano y... —Se queda callada, incapaz de continuar. Le tiembla la voz, al igual que el resto del cuerpo. Me acerco a ella y la agarro de la mano. Pienso en todas esas cenas incómodas que he tenido en su casa, con el señor Mason sentado con la mirada perdida, mientras su mujer no para de parlotear sobre cómo hace las alcachofas. Siento como si estuviera subida en un columpio que se balancea entre lo que sé que es correcto y verdadero y todos los momentos del pasado que han conducido a este punto. Jase y Alice tienen razón, pero Tim parece haber tocado fondo. Además, no dejo de recordarlo diciendo: «No sé qué narices me pasa» con cara de desesperación.

—¿Puedes abrir la puerta del sótano? —pregunto a Nan—. Podemos llevar a Tim allí y que duerma en la sala de juegos. Seguro que por la mañana estará en mejores condiciones para enfrentar lo que sea.

Nan toma una profunda inspiración.

—Sí.

Ambas miramos a Alice y Jase.

Alice se encoje de hombros y frunce el ceño.

—Haced lo que os dé la gana, pero no me parece bien.

—A ver, ellas conocen mejor la situación que nosotros —señala Jase—. Está bien, Nan. Ve a abrir la puerta. Nosotros nos encargamos de meterle.

Como era de esperar, Tim se despierta desorientado mientras le estamos llevando y vomita sobre Alice. Hago una mueca de asco al instante. Ese olor resucitaría hasta a un muerto. Por extraño que parezca, Alice no se enfada, solo se limita a poner los ojos en blanco y sin ningún tipo de pudor se quita la camiseta manchada. Llevamos a Tim, que a pesar de su delgadez es alto y en las condiciones en las que está, difícil de transportar hasta el sofá. Jase echa mano de un cubo que encuentra al lado de la lavadora y lo deja al lado de Tim, junto al vaso de agua y la aspirina que le ha preparado Nan. Tim se queda tumbado de espaldas, con el rostro ceniciento. De pronto abre los enrojecidos ojos y se queda mirando a Alice y a su sujetador negro.

—Caramba —susurra y vuelve a quedarse inconsciente.

\* \* \*

La última vez que llegué a casa diez minutos tarde me llevé una bronca tremenda. Esta noche, sin embargo, cuando sí que me he visto envuelta en un incidente que

podría haberme costado la vida; uno en el que podría haber actuado con mejor juicio («¿Por qué no se me ocurrió llamar al 911 y avisar de que estaba en un vehículo con un conductor borracho?»), cuando el Escarabajo aparca en nuestro camino de entrada todo está a oscuras. Mi madre no ha llegado todavía.

—Esta noche te has librado de más de una, Samantha. —Jase sale corriendo a abrirme la puerta.

Voy hacia la puerta del conductor y le digo a Alice:

—Gracias. Lo habéis hecho muy bien. Siento lo de tu camiseta.

Alice me mira fijamente.

—No hay de qué. Si lo único que ese imbécil saca de todo esto es una resaca horrible y pagar la factura de una tintorería, tiene más suerte de la que debería. Jase no se merece quedar traumatizado por una muchacha que cometió un error estúpido y terminó muerta en una cuneta.

—Cierto. —La miro a los ojos—. Tienes razón.

Se vuelve hacia su hermano.

—Me voy a casa, J. Así podrás despedirte de tu damisela en apuros.

El golpe da en el clavo y me ruborizo intensamente. Cuando llegamos a la puerta principal me apoyo sobre ella.

—Gracias —repito.

—Hubieras hecho lo mismo por mí. —Jase pone su pulgar debajo de mi barbilla y alza mi rostro hacia él—. No pasa nada.

—Sí, bueno. Solo que yo no sé conducir, tú no te hubieras metido en un lío como este y...

—Shhh.

Me acalla mordiendo suavemente mi labio inferior. Después encuentra mi boca en un beso que empieza siendo tierno pero que termina intensificándose de tal modo que no puedo pensar en nada más que en el tacto de la piel de su espalda bajo mis manos. Mis dedos se enredan en su sedoso cabello y me pierdo en las caricias de sus labios y lengua. En este momento estoy inmensamente feliz de seguir viva y poder experimentar todas estas sensaciones.

## CAPÍTULO 22

Al día siguiente, cuando llego al B&T una hora antes de que empiece mi jornada laboral, voy directamente a la piscina. Inhalo el olor a cloro y me centro en los movimientos regulares de las brazadas. He vuelto a pillar el ritmo. «Nadar sin descanso, brazos, piernas, respirar cada tres brazadas, espirar, brazos, piernas, respirar...». Y así una y otra vez. Todo lo demás no importa. Cuarenta y cinco minutos más tarde, me sacudo el agua del pelo y de las orejas y voy a la tienda de regalos en busca de Nan.

Mi amiga no ha contestado a ninguno de mis mensajes, así que me temo lo peor. Seguro que sus padres nos oyeron, bajaron al sótano y ahora Tim debe de estar camino de alguna estricta academia militar en el Medio Oeste donde le van a obligar a picar piedra y en donde terminará recibiendo una bala en la cabeza por parte de algún superior al que saque de sus casillas.

Sin embargo, cuando entro en la tienda me encuentro a Nan colocando tranquilamente un lote de delantales. Puede que, al igual que sucede con mi madre, mi mejor amiga sea una de esas personas que necesita ordenar todo lo que le rodea para poder calmarse.

—¿Qué tal Tim?

Nan se da la vuelta, apoya los codos sobre el mostrador y me mira.

—Está bien. Pero hablemos de lo que realmente importa. Que por lo visto para ti no era lo suficientemente importante porque no me lo contaste. ¿Por qué?

—¿De qué estás hablando...?

Nan palidece debajo de sus pecas. ¿Está enfadada conmigo? Entonces lo entiendo. Bajo la cabeza y siento cómo el rubor asciende por mi cuello.

—¿No se te pasó por la cabeza mencionarme que tienes novio? ¿Un novio que está como un tren? Samantha, soy tu mejor amiga. Tú lo sabes todo sobre mí y Daniel. Y cuando digo todo es todo.

Se me hace un nudo en el estómago. Tiene razón, no le he contado nada sobre Jase. Nada de nada. ¿Por qué no? Cierro los ojos y durante un instante recuerdo sus brazos alrededor de mí. Cuando estoy con él me siento tan bien. ¿Por qué no se lo he dicho a Nan? Veo cómo dobla apresuradamente un delantal que pone «La vida es una playa en la que poder nadar» y lo coloca encima de los demás de forma descuidada.

—Eres mi mejor amiga. Y está claro que no has conocido a este chico ayer. ¿Qué está pasando?

—Tampoco hace tanto que le conozco. Un mes. Tal vez menos. —La cara me arde de calor—. Yo... No creí... No quería... Mi madre siempre se está quejando de los Garrett, así que quise mantenerlo en secreto.

—Tu madre se queja de todo el mundo. Eso no te impidió que me contaras lo de Michael y Charley. ¿Por qué iba a ser diferente ahora? Espera... ¿Los Garrett? ¿Te refieres a la familia que vive en la casa de al lado y que se multiplica como si fueran conejos? —Cuando asiento añade—: ¡Caramba! ¿Cómo es que al final has conocido a uno de ellos?

Le cuento toda la historia sobre Jase, el verano, que se sube a mi ventana, que estuve a punto de que me castigaran, que a veces nos quedamos mirando las estrellas...

—¿Que se sube a tu ventana? —Se lleva la mano a la boca—. ¡A tu madre podría darle un síncope! Lo sabes, ¿verdad? Como se entere de lo que está pasando se va a poner hecha una furia. —Ahora parece menos enfadada y más asombrada.

—Sí.

Las campanillas que hay en la puerta anuncian la entrada de un cliente. Se trata de una mujer con una túnica de playa fucsia, un enorme sombrero de paja y expresión decidida en el rostro.

—He venido a comprar —explica con ese tono demasiado alto que algunas personas utilizan cuando se dirigen a un vendedor— unas camisetas preciosas que vi el otro día que estuve aquí.

Nan se endereza y pone su cara más profesional.

—Tenemos un montón de camisetas preciosas en la tienda.

—Estas llevaban una frase —dice la mujer de forma retadora.

—Hay muchas que llevan frases —replica Nan, echando hacia atrás los hombros.

—Era algo así como «Stony Bay... mucho más que un pueblo costero», pero el «más» en vez de estar escrito en letras...

—Era el símbolo hecho con unas cuerdas —interrumpe Nan—. Están en aquel rincón de ahí, cerca de la ventana. —Señala con el pulgar la dirección correcta y se vuelve a mí. La mujer se queda parada durante un segundo y después se dirige hacia la pila de camisetas.

—¿Cómo de seria es esta relación de la que no sé nada, Samantha? Parece... no sé... mayor que nosotras. Como si supiera lo que está haciendo. ¿Habéis...?

—¡No! No. Te lo habría dicho. —«¿Lo hubiera hecho?».

—¿Hacen algún descuento si me llevo varias en vez de una? Quiero comprárselas a toda la tripulación del yate —grita la mujer desde la esquina.

—No —responde Nan secamente. A continuación se acerca más a mí y me susurra—: Últimamente, Daniel y yo estamos hablando del tema. Mucho.

Tengo que admitir que me sorprende. Daniel es tan controlado que suelo olvidarme de que solo es un año mayor que nosotras. Es lógico que él y Nan hablen de mantener relaciones sexuales después de todo este tiempo saliendo juntos. A mi mente acude una imagen de Daniel, vestido de uniforme y dirigiendo el equipo de debate de Hodges, mientras explica las reglas con ese tono tan mesurado que siempre usa: «Primero los contras; después, los pros. Dedicad la misma cantidad de tiempo a

ambos».

—Tim cree que soy imbécil. —Nan presiona con el dedo índice una vela con forma de faro de Stony Bay—. Dice que Daniel es un gilipollas y que tiene toda la pinta de ser un desastre en la cama.

«¡Tim!».

—¿Qué ha pasado con Tim? ¿Le pillaron tus padres?

Nan niega con la cabeza.

—No. Tuvo suerte. O mejor dicho, ha evitado otra catástrofe gracias al novio que no sabía que tenías y a la estúpida de su hermana. Mis padres no oyeron nada. He bajado al sótano antes de venir a trabajar y he limpiado el cubo de vómito. Le he dicho a mi madre que se quedó despierto hasta tarde y que estaba cansado.

—Nans, puede que Alice tenga razón y que no sea bueno que sigamos como si nada de esto hubiera pasado. Lo de anoche...

Asiente, inhala rápidamente y se muerde la uña del pulgar.

—Lo sé. Lo sé. Va de mal en peor. Pero ¿una academia militar? No creo que eso le ayude en nada.

La mujer se acerca hasta la caja registradora, cargada de camisetas. Nan se dirige a ella con una sonrisa deslumbrante y que resulta de lo más profesional.

—Ahora mismo le cobro. ¿Quiere que lo añada a su cuenta del club o lo abonará por separado?

Me quedo por allí un rato más hasta que llega la hora de entrar a trabajar. Nan no ha dicho nada más, pero justo cuando estoy a punto de irme, mientras está cambiando el rollo de papel de la caja registradora alza la mirada y me dice:

—Samantha, tienes lo que toda chica quiere tener.

—Tú también tienes a Daniel.

—Sí, pero tú lo tienes todo. ¿Cómo lo haces? —Hay una nota de amargura en su voz. Pienso en Nan, que siempre se obsesiona con hacer todos los trabajos extra de cada asignatura para subir nota. Que nunca deja pasar la oportunidad de recordarme que ella tiene unas décimas más que yo en su expediente. Que cuando algunos pantalones me sientan bien señala lo grandes que le quedarían a ella. Nunca he querido competir con ella, solo ser su amiga, la única persona con la que no tiene que demostrar que es mejor. Pero en ocasiones como esta no puedo evitar preguntarme si con Nan es posible tal cosa.

—No hago nada especial, Nanny. —Las campanas de la puerta vuelven a sonar. Otro cliente.

—Tal vez no —replica con cansancio—. Puede que ni siquiera necesites esforzarte. Pero todo te sale de maravilla, ¿verdad? —Se da la vuelta antes de que pueda responderle. Aunque de haberlo hecho, tampoco hubiera sabido qué decir.



## CAPÍTULO 23

Acabo de servirme un vaso de limonada, y mientras me quito el estúpido traje de baño con el escudo del B&T en la cocina, suena el timbre. Lo cambiamos al principio del verano. Ahora tenemos uno de esos que puede tocar las primeras notas de unas veinte melodías distintas, desde el himno oficial de la liga de béisbol hasta canciones conocidas de Disney. Estas dos últimas semanas mi madre lo ha programado para que toque el inicio de *It's a Grand Old Flag*, una de las canciones más patrióticas de nuestro país. No, no os estoy tomando el pelo.

Elijo una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos del cuarto de la plancha, me los pongo lo más rápido que puedo y echo un vistazo a través de la vidriera de la puerta principal. Son Nan y Tim. Qué raro. Mi amiga reserva las noches de los jueves y de los viernes para pasarlas con Daniel. Y mi casa no es precisamente el lugar favorito de Tim. Si soy sincera, no lo es ni siquiera para mí.

—¿Le gustaría acercarse un poco más a la figura de nuestro Señor? —pregunta Tim en cuanto abro la puerta—. Porque he sido salvado y le traigo una Buena Nueva... por solo mil dólares y tres horas de su tiempo. Estoy de broma. ¿Nos dejas entrar, Samantha?

En cuanto entran a la cocina, Nan se va directa al frigorífico a por un poco de la limonada de mi madre. Después de tantos años, no hace falta que le diga dónde están los hielos con cáscara de limón y menta. Sirve un vaso a Tim y se lo da. Este lo toma y frunce el ceño al ver los hielos con trocitos de color verde y amarillo.

—¿No tenéis tequila? Sigo de broma. Jajaja.

Se nota que no está cómodo. Hacía tiempo que no veía en Tim algo que no fuera indiferencia, apatía o desdén.

—Tim quiere pedirte perdón por lo de anoche —dice Nan, mordiendo un cubito de hielo.

—En realidad, es Nan la que quiere que te pida perdón —aclarar Tim, mirándome directamente—. Yo quiero pedirte mil veces perdón. Lo que hice fue una soberana estupidez. Si alguien le hubiera hecho eso mismo a mi hermana, o a ti, hubiera pensado que es un completo y absoluto gilipollas, lo que me lleva a la ineludible conclusión de que eso es precisamente lo que soy. —Sacude la cabeza y toma un sorbo de limonada—. Espero que hayáis notado las palabras tan rimbombantes que he usado. Lástima que me expulsaran del internado, con lo que prometía.

¿Cuándo fue la última vez que Tim se disculpó por algo? Se sienta con la cabeza hacia abajo, metida entre sus brazos doblados. Inspira y expira sonoramente, como si acabara de correr en una maratón o como si esto que está haciendo le requiriera más oxígeno del que pensaba. Incluso está sudando. Está tan perdido que duele verlo.

Miro a Nan, pero ella se limita a beber la limonada con rostro serio.

—Gracias, Tim. Lo importante es que nadie salió herido, pero me asustaste muchísimo. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, teniendo en cuenta que sigo siendo el mismo imbécil de ayer, aunque en mejor estado, no estoy mal. ¿Y tú? ¿Qué está pasando entre tú y el bueno de Jase Garrett? ¿Está consiguiendo que llegues más lejos que con mi amigo Charley? Porque a Charley le dejaste bastante frustrado. Y lo más importante de todo, ¿qué pasa con la hermana cañón de Jase?

—La hermana cañón como tú la llamas tiene un novio que juega al fútbol americano y que debe de pesar como unos ciento diez kilos —respondo, eludiendo la pregunta sobre Jase.

—Pues claro que sí —replica Tim con una sonrisa—. Y seguro que el novio también da clases en la Escuela Dominical.

—No, pero creo que es mormón. —Sonrío también—. Aunque no te desanimes. Llevan juntos un mes y según Jase eso es lo máximo que suele durar su hermana con sus novios.

—No perderé la esperanza entonces. —Se termina el vaso—. ¿Tienes algo de comer tipo zanahorias, apio o manzanas? En casa, todo lo que tenemos en el frigorífico está relleno con alguna chorrada.

—Es verdad —confirma Nan—. Esta tarde le he dado un mordisco a una ciruela normal y corriente y tenía un relleno con queso azul que no sé lo que era. Es por esa cosa que mamá compró en la Teletienda.

—Rellene sus alimentos favoritos con la crema que más le guste —dice Tim con voz de locutor.

El timbre vuelve a sonar. En esta ocasión se trata de Jase. Lleva puesta una camiseta gris de esas que parece que están desteñidas y unos *jeans*; debe de venir del trabajo.

—¡Hola! —saluda Nan efusivamente—. En caso de que no te enteraras anoche, soy Nan, la mejor amiga de Samantha. Me encantaría decir que lo sé todo sobre ti, pero no me ha contado nada. Aunque mi hermano dice que te conoce. —Extiende una mano hacia Jase. Tras un segundo, él se la aprieta y me mira un tanto desconcertado.

—Hola, Nan. Mason. —Su voz se vuelve áspera cuando saluda a Tim. Me fijo en mi amigo y veo que aprieta la mandíbula. Entonces Jase se pone a mi lado y desliza un brazo alrededor de mi cintura.

Como mi casa es tan impersonal y todo está tan limpio y ordenado, de modo que no hay ningún lugar en el que puedas sentarte y relajarte, salimos al jardín trasero. Jase se tumba de espaldas en el césped en pendiente y yo me coloco en diagonal a él, con la cabeza apoyada en su estómago, haciendo caso omiso de las miradas que nos lanza Nan.

Durante un rato no hablamos mucho. Luego Jase y Tim se ponen a hablar de algunos compañeros de fútbol que conocieron en el colegio. Me quedo observando a

ambos, preguntándome qué pensaría mi madre de ellos. Por un lado tenemos a Jase, con su piel aceitunada y anchos hombros, con ese aire que le hace parecer mayor de diecisiete años, casi un hombre. Por otro está Tim, de tez pálida, con profundas ojeras y unas pecas oscuras que contrastan con el tono de su piel. Tiene esas piernas flacuchas suyas cruzadas. Es apuesto, aunque con unos rasgos muy marcados. Los *jeans* de Jase están manchados de grasa de motor y su camiseta está dada de sí y deshinchada por la zona del cuello. Tim, por el contrario, lleva unos pantalones caqui immaculados y una camisa a rayas azules de marca con las mangas dobladas. Si le preguntaras a alguien como mi madre quién de los dos le parece más peligroso respondería sin dudar que Jase; el que arregla cosas, el que salva animales, el que me rescató anoche. No Tim, el que ahora mismo está aplastando una araña.

Tim se limpia la mano en la hierba y dice:

—Necesito sacarme el Certificado de Equivalencia de Educación Secundaria o mis padres me mandarán a la legión extranjera. Aunque también puedo pasar el resto de mi vida (que entonces será muy corta) en el sótano de mi casa.

—Mi padre se lo sacó —comenta Jase, mientras juguetea con mi pelo—. Habla con él a ver si puede ayudarte.

—Por casualidad, ¿no se lo sacaría también tu hermana Alice?

Jase aprieta los labios.

—No.

—Vaya por Dios. También necesito un trabajo, así no tendré que pasarme todo el día en casa con mi madre, viendo cómo se estruja la cabeza en busca de nuevos rellenos.

—Mi madre está buscando gente para la campaña. Ahora que está obnubilada con Clay Tucker, cualquier ayuda es buena.

—¿Quién narices es Clay Tucker?

Nan baja la voz a pesar de que todo lo que dice es:

—El hombre que sale con su madre. Es mucho más joven que ella.

—¿Tu madre está saliendo con alguien? —Tim parece sorprendido—. Creía que desde que tu padre os abandonó solo tenía citas con el vibrador y la alcachofa de la ducha.

—¡Timmy! —Nan está completamente roja.

—En la ferretería de mi padre siempre hay algo que hacer. —Jase se estira y bosteza, sin inmutarse por el anterior comentario—. Reponer material, hacer pedidos... No es un trabajo de lo más emocionante, pero...

—Sí, claro. —Tim mira hacia el suelo mientras se quita un padastro del pulgar—. Eso es precisamente lo que tu padre necesita: un reponedor de almacén alcohólico al que le gustan las drogas.

Jase se apoya sobre un codo y le mira directamente a los ojos.

—Bueno, siempre y cuando ese reponedor no siga bebiendo, ni tomando nada raro, ni llevando a mi novia a ninguna parte mientras está borracho... no hay

problema. Nunca más. ¿Ha quedado claro? —Su voz es neutra. Se queda estudiando a Tim unos segundos y vuelve a tumbarse.

Tim palidece un poco más (algo que parecía imposible) y después se ruboriza intensamente.

—Sí... Bueno... Yo... —Me mira, luego a Nan y termina centrando su atención en el padrastro.

Tras un par de minutos es Nan la que rompe el silencio.

—Puede que reponer no sea lo más emocionante del mundo, pero podría venirte bien. ¿Qué dices Timmy?

Tim sigue pendiente de su pulgar. Después de un rato, alza la vista.

—A menos que Alice también se dedique a reponer, preferiblemente sobre una escalera y con pantalones súper cortos, creo que me decanto por Grace y el maravilloso mundo de la política. Allí se puede manipular, mentir y embaucar a la gente sin que nadie te diga nada.

—Por lo que he leído, la madre de Samantha prefiere pensar que está trabajando por el bien común. —Jase estira los brazos sobre su cabeza y vuelve a bostezar. Me incorporo y me siento, sorprendida de oírle recitar el eslogan de la última campaña electoral de mi madre; ese del que Clay Tucker se burló. Jase y yo nunca hablamos de política, pero es evidente que está informado.

—Muy bien. Apúntame a la campaña de tu madre. Trabajaré por el bien común. Con el historial que tengo, antes de que pase una semana y media seguramente me haya cargado tres ramas del gobierno —señala Tim—. ¿A Alice le interesa la política?

\* \* \*

Mi madre llega a casa pronto; por suerte después de que Nan y Tim se vayan a su casa y Jase regrese a sus entrenamientos. Tiene una reunión con los votantes en East Stonehill esta noche y quiere que la acompañe.

—Clay dice que ya que le estoy dando tanta importancia a la familia, la gente necesita ver un poco más a la mía.

Durante la reunión me paso las siguientes horas de pie, a su lado, repitiendo unas ocho mil veces: «Sí, estoy muy orgullosa de mi madre. Por favor, vote por ella», mientras ella estrecha una mano tras otra.

La primera vez que la eligieron, todas estas cosas nos parecían divertidas y fascinantes, con toda esa gente que no conocíamos y a la que se la veía deseosa de saber quiénes éramos, feliz de hablar con nosotras. Ahora solo me parece surrealista. Escucho con atención el discurso de mi madre, intentando analizar todo lo que ha cambiado desde entonces. Ahora se la ve más segura, con gestos más cuidados (manos cortando el aire, brazos extendidos, palma en el corazón...), pero hay algo

más. Antes, mamá hablaba de temas locales y lo hacía de forma tranquila, ahora se refiere al gasto público estatal, al gobierno de la nación, a los impuestos injustos que gravan las rentas más altas, que son las que crean puestos de trabajo...

—No estás sonriendo —me dice Clay Tucker, que acaba de ponerse a mi lado—. Así que me he imaginado que tenías hambre. Estos aperitivos son increíbles. Come un poco. —Me pasa un plato con un cóctel de gambas y almejas rellenas.

—¿Cuánto más va a durar esto? —pregunto antes de tomar una gamba.

—Hasta el último apretón de manos, Samantha. Todo el tiempo que sea necesario. —Hace un gesto hacia mi madre con un palillo de dientes—. Mira a tu madre. Nadie diría que lleva más de dos horas haciendo esto, que seguro que tiene los pies destrozados y que hace tiempo que necesita ir al baño. Grace es toda una profesional.

Tiene razón, mi madre luce un aspecto fresco y tranquilo. Ahora mismo se está inclinado sobre un anciano y le escucha como si fuera lo más importante que tiene que hacer en su vida. Nunca he visto su habilidad para fingir como una virtud, pero seguramente lo sea.

—¿Vas a comerte eso? —pregunta Clay. Y antes de que me dé tiempo a responder, se hace con una almeja.

## CAPÍTULO 24

Más tarde, esa misma noche, estoy tumbada sobre la cama, mirando el techo, después de haberme duchado y puesto un camisón blanco que tengo desde que tenía ocho años. En esa época era largo, de corte romántico, ahora me llega a los muslos.

Mi madre por fin sucumbió a la fatiga y se fue a dormir. Por primera vez me pregunto si Clay ha pasado alguna noche aquí. Lo cierto es que no lo sé, ya que la habitación de mamá está en el otro extremo de la casa y tiene unas escaleras que dan al jardín. «Uf, mejor no lo pienses».

Oigo un golpe en la ventana, miro hacia allí y me encuentro una mano pegada al cristal. Jase. Verle me produce la misma sensación que cuando el viento impacta sobre tu cara y te quedas unos segundos sin respirar para instantes después poder tomar una profunda bocanada de aire. Me acerco, pongo la mano en el mismo lugar que él la tiene y abro la ventana.

—Hola. ¿Puedo entrar?

Salta con un movimiento fluido, agachándose para no darse con el travesaño, como si hubiera hecho esto un millón de veces. Después mira alrededor de la habitación y me sonrío.

—Lo tienes todo tan ordenado, Sam. No me queda más remedio que hacer esto.

Se quita una zapatilla de deporte y la tira sobre el escritorio, luego hace lo mismo con la otra y la lanza con mucho cuidado y en silencio hacia la puerta. Un calcetín va a parar a lo alto de la cómoda y el otro a una estantería.

—No te detengas. —Tiro hacia arriba de su camiseta y se la quito, arrojándola por los aires. La prenda aterriza en el respaldo de mi silla de estudio.

Intento seguir pero él me detiene poniendo una mano sobre mi brazo.

—Sam.

—Mmm —respondo, ensimismada con la fina línea de vello que rodea su ombligo y continúa hacia abajo.

—¿Debería preocuparme?

Le miro a los ojos. Estoy completamente perdida.

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de que por lo visto eres la única adolescente del planeta que no le cuenta a su mejor amiga las cosas. Tengo hermanas, Sam. Creía que era una regla universal; la mejor amiga lo sabe todo. La tuya ni siquiera sabía que existía.

—¿Nan? —pregunto a toda prisa. Entonces me doy cuenta de que no sé qué más decir—. Con ella todo es un poco complicado. Está pasando una mala época... y pensé que... —Me encojo de hombros.

—¿Lo hiciste por consideración a ella? —pregunta, separándose de mí y

sentándose en la cama—. ¿No por vergüenza?

Siento cómo el oxígeno abandona mis pulmones e intento respirar de nuevo.

—¿Por vergüenza de qué? ¿De ti? No. ¡Por supuesto que no! Nunca. Solo... —  
Me muerdo el labio.

Sus ojos estudian mi cara.

—No quiero ponerte en ningún aprieto. Solo intento averiguar qué es lo que pasa. Tú eres... ya sabes... la hija de la senadora del estado. Y yo... bueno... solo soy «uno de esos Garrett», como el padre de Lindy solía decir.

Pronuncia la frase como si lo dijera entre comillas y no puedo soportarlo. Me siento a su lado en la cama y pongo una mano sobre su mejilla.

—Soy solo yo —digo—. Y me alegro de que estés aquí.

Jase vuelve a estudiar mi cara. A continuación toma mi mano y tira de mí hacia abajo, haciendo que nos tumbemos enredados el uno sobre el otro. Tengo la cabeza apoyada en su brazo y él descansa la suya sobre mi hombro. Sus dedos se mueven lentamente sobre mi pelo. La paradoja con Jase es que al mismo tiempo que hace eso soy plenamente consciente del calor de su pecho contra mi espalda y la firmeza de los músculos de las piernas que me rodean. Me siento tan segura y cómoda entre sus brazos que antes de darme cuenta me quedo dormida.

\* \* \*

Me despierto cuando Jase me sacude un poco el hombro.

—Tengo que irme —susurra—. Ya ha amanecido.

—No puede ser —me pego a él—. No he tenido suficiente.

—Sí que lo es. —Me da un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Son las cinco y veintisiete.

Le agarro de la muñeca y miro su reloj digital.

—Imposible.

—En serio —comenta él—. Escucha a las palomas.

Ladeo la cabeza y oigo una serie de sonidos que más bien parecen búhos que otra cosa. Jase sale de la cama, recoge su camiseta, calcetines y zapatillas y se los pone. Después se inclina sobre mí, me da un beso en la frente y desliza sus labios hacia abajo lentamente, hasta llegar a la comisura de mi boca.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí, Samantha, yo... —Deja de hablar. Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él hacia mí. Se resiste durante unos segundos, pero termina capitulando y se tumba a mi lado. Sus manos se enredan en mi pelo ahora suelto (se me ha debido de deshacer la trenza por la noche) y nuestros besos se vuelven cada vez más intensos, incluso un poco primitivos. Deslizo un brazo debajo de él y lo muevo para que se coloque encima de mí. Le miro a los ojos, esos profundos ojos verdes que se dilatan

durante una fracción de segundo por mi gesto. Entonces se apoya sobre los codos y sus competentes y cuidadosas manos empiezan a desabrocharme los botones del camisón.

Por extraño que parezca, no siento nada de vergüenza. Todo lo contrario, estoy impaciente. Cuando sus labios descienden sobre mí, suelto un suspiro de placer que parece propagarse por cada centímetro de mi cuerpo.

—Jase...

—Mmm. —Posa los labios sobre un pecho y roza con las yemas de los dedos el otro con tal suavidad que se me ponen los vellos de punta.

—Jase, sí... quiero... por favor.

Me mira a la cara, tiene los ojos somnolientos y brillantes por el momento que estamos compartiendo.

—Lo sé. Lo sé. Yo también lo quiero. Pero no así. No con prisas. No sin nada...

—Traga saliva—. No así. ¡Jesús, Samantha! Mírate.

Y la manera como me mira hace que me sienta absolutamente preciosa.

—No puedo apartar los ojos de ti —susurra con voz ronca—. Pero tengo que irme. —Toma una profunda bocanada de aire, vuelve a abrochar los botones de mi camisón y deposita un beso en mi garganta.

—Jase, ¿eres...? ¿Lo has hecho alguna vez?

Siento cómo niega con la cabeza. Después cambia de posición para poder mirarme a la cara.

—No. Nunca. Casi lo hice. Con Lindy. Pero no llegamos hasta el final. No... Nunca sentí con ella ni una milésima parte de lo que siento con solo mirarte. Así que no, no lo he hecho nunca.

Acaricio su áspera mejilla sin afeitar.

—Yo tampoco.

Esboza una sonrisa y mueve la cabeza para darme un beso en la mano.

—Entonces necesitamos tiempo. Para que así podamos... —Vuelve a tragar saliva y cierra los ojos—. A veces, cuando te miro, soy incapaz de pensar. Necesitamos tiempo para descubrirlo juntos.

—Está bien. —De pronto me entra un ataque de timidez—. Yo...

—Me encanta cómo te sonrojas de la cabeza a los pies —murmura él—. Todo tu cuerpo. Desde la punta de las orejas, hasta las rodillas. Seguro que también les pasa lo mismo a tus dedos de los pies.

—Esa no es la mejor forma de evitarlo. —Me pongo todavía más colorada.

—Ya lo sé. —Se separa muy despacio de mí y sale de la cama—. Pero no quiero que lo evites. Me encanta. Ahora tengo que irme. ¿Cuándo llegas a casa hoy?

Me esfuerzo por pensar en algo que no sea tirar de él y volver a ponerlo encima de mí.

—Pues... tengo turno doble en el Breakfast Ahoy. Así que hasta las tres nada.

—De acuerdo. Es una lástima que hoy la ferretería abra hasta tarde. Estaré de



vuelta sobre las siete. Voy a echarme de menos todo el día.

Veo cómo abre la ventana y sale por ella. Cierro los ojos y me toco el punto de la garganta donde acaba de besarme.

Soy virgen. Por lo visto Jase también lo es. He ido a todas las clases sobre educación sexual que han dado en el instituto. He visto películas clasificadas. He escuchado a Tracy contarme hasta la saciedad todas las veces que ella y Flip pueden hacerlo al día. He leído libros con escenas eróticas. Sin embargo, hay tantas cosas que no sé. ¿Hay que dejarse llevar por el instinto? ¿Es agradable desde el primer momento o se le va tomando el gusto con el tiempo, como dicen que sucede con el vino o el tabaco? ¿Duele muchísimo la primera vez o solo un poco? ¿Tengo que comprar yo los preservativos o se supone que se encarga él? Porque la píldora tarda en hacer efecto, ¿verdad? Me refiero a que tienes que tomártela por lo menos un mes antes de tener relaciones sexuales. Además, tendría que ir al médico para que me la recetara y mi médico es un hombre de ochenta años con uno de esos bigotes que se curvan hacia arriba en las puntas, con pelos en la nariz y que para más inri también fue el pediatra de mi madre.

Me gustaría poder preguntar todo esto a mi madre, aunque me da más miedo imaginar la cara que pondría si lo hago que no saber las respuestas. La señora Garrett me inspira mucha confianza, sin embargo es la madre de Jase y sería muy extraño. Muy, muy extraño. A pesar de que quiero dar el paso estoy empezando a aterrarme. Pero entonces pienso en la persona en la que más confío en este mundo. Jase. Y me doy cuenta de que tiene razón.

Será algo que descubriremos juntos.

## CAPÍTULO 25

Cuando llego a casa del Breakfast Ahoy, con los pies destrozados y oliendo a tocino frito y sirope de arce, el único rastro que ha dejado mi madre es una nota en la que me pide que pase la aspiradora por el salón. Una tarea de la que hago caso omiso ya que todavía se vislumbran en la alfombra las líneas de la última vez que la pasó. El teléfono suena, pero no es mi madre, sino Andy.

—¿Samantha? ¿Puedes venir un rato a casa? Mi madre se ha puesto enferma y papá todavía no ha llegado a casa. Yo... bueno... tengo una cita con Kyle y... estaría genial que te quedaras a cuidar de los pequeños hasta que Jase vuelva. ¿Puedes, por favor? A Duff no se le dan bien los pañales y a Patsy le ha salido una erupción. Ya sabes, una de esas que necesita una crema especial. La tiene por todo el trasero y se le ha extendido hasta los muslos.

Evidentemente, no sé nada sobre la dermatitis del pañal, pero le digo que estaré allí enseguida.

El ambiente en casa de los Garrett está más agitado que de costumbre.

—Mamá está arriba en la cama, durmiendo. No se encontraba nada bien — explica Andy mientras intenta ponerse un poco de delineador en los ojos y calzarse al mismo tiempo. Le retoco el maquillaje y le hago una trenza de raíz.

—¿Han comido todos?

—Solo Patsy. Los chicos están hambrientos. Y eso que les he dado todos los cereales que nos quedaban. Alice ha salido con Brad, o como se llame... no me acuerdo. Da igual. —Asoma la cabeza por la puerta de entrada—. Ya ha llegado el señor Comstock. —Sale a toda velocidad de la casa y me deja con Harry, Duff y George, que me están esperando prácticamente con los tenedores en la mano, y Patsy que sonrío de oreja a oreja y dice:

—Popó.

Empiezo a reír.

—¿Esto es lo que viene después de «tetita»?

Duff abre el frigorífico y suelta un suspiro de desánimo.

—Me imagino que sí. Mamá va a tener que tirar mucho de la imaginación cuando le cuente a la gente las primeras palabras que dijo Patsy. Aquí no hay nada, Samantha, ¿qué nos vas a preparar?

Al final, la cena de los Garrett consiste en mini *pizzas*, macarrones con queso precocinados y la limonada y ensalada de pasta con brócoli, tomates y nueces de mi madre (recibida con menos entusiasmo que los anteriores platos), que mando a Duff traer de mi casa, explicándole dónde encontrar los cubitos de hielo especiales.

Mientras baño a Patsy y a George, hay una pequeña conmoción en el pasillo.

*Voldemort*, la serpiente del maíz, ha vuelto a escaparse. Oigo a Duff correr de un lado para otro en su busca y a Harry gritar extasiado. Al final encontramos al animal en una habitación, tratando de enrollarse en una de las sucias zapatillas Transformer de George. Cuando extendiendo la mano con calma y atrapo a *Voldemort* para pasársela a Duff me siento tremendamente orgullosa de mí misma. No me he inmutado ni siquiera cuando la serpiente, haciendo honor a su naturaleza, se ha dejado llevar por el estrés del momento y ha defecado en mi mano.

—¡Pooooopó! —grita Patsy encantada en cuanto me ve lavarme la mano.

Media hora después, Patsy está dormida en su cuna, con los cinco chupetes que insiste en llevar consigo en la mano (nunca se los mete en la boca); George está tumbado en el sofá, medio somnoliento, viendo un documental sobre las *Diez metamorfosis de animales más extraordinarias* que emiten en Animal Planet; Duff sentado en el ordenador y Harry construyendo lo que parece ser el Pentágono con bloques de juguete. Entonces llegan Alice, que ahora lleva el pelo de color castaño oscuro con un mechón rubio en la parte de delante, y Jase, que por el aspecto sudado y despeinado que trae debe de haber estado entregando los pedidos de madera de la ferretería. En cuanto me ve alza la barbilla, esboza una enorme sonrisa y se acerca a mí, pero Alice le frena en seco.

—Date una ducha antes de empezar a besuquearla. He venido contigo en la camioneta y estás hecho un asco.

Jase desaparece escaleras arriba y yo pongo a Alice al día.

—¿Que mi madre está durmiendo? —pregunta sorprendida—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Andy dijo que no se encontraba muy bien.

—Maldita sea, espero que no sea la gripe. Tengo tres exámenes dentro de poco y no tengo tiempo para hacer de madre suplente. —Alice empieza a recoger los platos de la mesa y tira las sobras a la basura.

—Samantha ha terminado su jornada laboral por hoy. —Jase entra en la cocina, recoge un rascador de espaldas amarillo de la encimera, junto con un par de calcetines sucios, una caja vacía de galletas con pepitas de chocolate, cinco automóviles de juguete, el delineador de Andy y un plátano a medio comer, y da un golpecito en cada hombro de Alice con el rascador—. Yo te nombro madre oficial de esta casa hasta que llegue papá. Samantha y yo nos vamos arriba. —Me agarra de la mano y me lleva con él.

Pero toda la prisa que parece tener es más para sacarme del caos de la planta baja que para llevarme a la cama, porque en cuanto entramos en su dormitorio, me rodea la cintura con los brazos y se inclina para darme un beso lento y pausado. Después se separa de mí unos centímetros y me mira fijamente.

—¿Qué? —pregunto, acercándome a él en busca de más.

—Samantha, he estado preguntándome si quieres que...

—Sí —respondo de inmediato.

Se ríe.

—Espera, déjame terminar. He estado pensando un montón sobre lo que hablamos esta mañana. ¿Cómo quieres que...? ¿Quieres que lo planeemos o prefieres que...?

—¿Te refieres a si ponemos hora y lugar? Creo que me pondría muy nerviosa. Como si fuera una especie de cuenta atrás. No quiero que lo planeemos. Al menos no de esa forma.

Me mira aliviado.

—Estoy contigo. Estaba pensando en que deberíamos asegurarnos de que... bueno... de que estamos preparados. Y luego podemos ver cómo van sucediendo las cosas hasta que estemos...

—¿Listos? —pregunto.

—¿Cómodos? —sugiere él—. ¿Preparados? —repite.

Le doy un pequeño empujón en el hombro.

—Estás hecho todo un *Boy Scout*.

—Bueno, no tienen ninguna insignia para esto. —Vuelve a reírse—. Aunque sería una de las más buscadas. Por no mencionar su tremenda utilidad. Hoy he estado en la farmacia y he visto un montón de tipos de... preservativos.

—Lo sé. —Sonrío—. Yo también he estado.

—La próxima vez deberíamos ir juntos. —Alza mi mano, le da la vuelta y deposita un húmedo beso sobre mi muñeca.

¡Madre mía! Si solo un roce de sus labios consigue que se me acelere el pulso de este modo, no quiero ni imaginarme lo que vendrá después.

\* \* \*

Esa misma noche, un poco más tarde, terminamos yendo a la farmacia, porque la señora Garrett se despierta, sale de su habitación, envuelta en un albornoz color zafiro, y pide a Jase que le compre un poco de Gatorade. Así que aquí estamos, en el pasillo de los profilácticos con un carrito cargado de bebidas energéticas y las manos llenas de...

—Troyanos, Ramsés, Magnum... ¡Jesús! Estos nombres son peores que los que les ponen a los vehículos deportivos —observa Jase, deslizando el dedo por el expositor.

—Sí, suenan bastante... contundentes. —Doy la vuelta a la caja que estoy sosteniendo y leo las instrucciones.

Jase me mira y sonrío.

—No te preocupes, Sam. Solo somos... nosotros.

—No tengo ni idea de lo que significa la mitad de las cosas de las que habla. ¿Qué es un «anillo vibrador»?

—Parece la pieza de la lavadora que siempre se rompe. ¿Y «ultrasensible»? Porque esa es la palabra que yo usaría para describir a George.

Me echo a reír.

—No sé si será mejor o peor que «sensación extrema». Mira, hay «placer compartido» y «placer para ella», pero no veo por ninguna parte «placer para él».

—Estoy completamente seguro de que se sobreentiende que a él le va a gustar sí o sí —comenta él—. Ni se te ocurra pillar esos de colores. No pienso ponérmelos.

—Pero el azul siempre ha sido mi color favorito —digo, moviendo las pestañas con un mohín.

—Déjalos en su sitio. Y tampoco los que brillan en la oscuridad. Dios. ¿Para qué quieren que a uno le brille eso?

—¿Para los que tienen problemas de visión? —pregunto, colocando las cajas en el estante.

Vamos hacia la fila que hay en la caja. Cuando nos llega el turno y pagamos, el cajero nos desea que pasemos una buena noche.

—¿Crees que se ha dado cuenta? —inquiero yo.

—Te estás poniendo roja otra vez —murmura distraídamente—. ¿Si se ha dado cuenta quién?

—El cajero. ¿Crees que sabe por qué los hemos comprado?

Las comisuras de su boca se tuercen hacia arriba en una sonrisa.

—Por supuesto que no. Seguro que no se ha imaginado ni por un momento que los hemos comprado para usarlos nosotros. Me apuesto lo que sea a que piensa que... que... los hemos comprado para regalárselos a unos amigos que acaban de estrenar casa.

«De acuerdo. Ha sido una pregunta estúpida».

—O como recuerdos de boda. —Me río.

—O... —Mira el ticket de compra—... para usarlos como globos de agua.

—¿Y como material para la clase de sexualidad? —Meto una mano en el bolsillo trasero de los *jeans* de Jase.

—O como pequeños chubasqueros para... —Se queda callado. Por lo visto se le han acabado las ideas.

—¿Muñecas Barbie? —sugiero.

—Mejor para guerreros G.I. Joe —corrige él.

Me imita y mete la mano en mi bolsillo trasero, dándome un ligero golpe con la cadera mientras nos dirigimos al automóvil.

\* \* \*

Esa noche, cuando me estoy cepillando los dientes, escuchando el sonido de las gotas de la lluvia de verano cayendo sobre las ventanas, me maravillo de cómo las cosas

pueden cambiar de un día para otro. Hace un mes, era alguien que iba a una farmacia y compraba veinticinco artículos que no me hacían falta (laca de uñas, crema de manos, cosméticos...) para que el cajero no se fijara en la caja de tampones, que era lo que realmente necesitaba y que me daba vergüenza comprar. Hoy, sin embargo, he comprado preservativos, y ninguna otra cosa más, con el muchacho con el que estoy planeando usarlos.

Jase se los ha llevado a casa, ya que mi madre todavía abre periódicamente mis cajones para colocarme la ropa por colores y estoy convencida de que si me pilla con ellos no se va a creer la excusa de que los voy a usar como «globos de agua». Cuando le he preguntado si no le da miedo que la señora Garrett los encuentre cuando le coloque la ropa me ha mirado perplejo.

—Yo me lavo la ropa y también soy yo quien la mete en los cajones, Sam.

Nunca he tenido apodo. Mi madre siempre insistió en que me llamaran por mi nombre completo, Samantha. Charley a veces me llamaba «Sammy-Sam», pero solo porque sabía que me molestaba. No obstante, me gusta Sam. Me gusta ser la Sam de Jase. Suena como el nombre de alguien relajado, tranquilo, competente. Quiero ser esa persona.

Escupo la pasta de dientes y me miro en el espejo. Uno de estos días (un día no muy lejano) Jase y yo usaremos esos preservativos. ¿Me veré diferente entonces? ¿Cómo me sentiré? Y sobre todo, ¿cómo sabremos cuándo habrá llegado el momento de dar el paso?

## CAPÍTULO 26

Dos días más tarde, vuelvo a ir en el Jetta con Tim, indicándole cómo llegar a la sede de la campaña electoral de mi madre para que haga una entrevista de trabajo. Hoy parece una persona completamente distinta a la que nos quiso llevar a New Hampshire en la ruta del Bacardi. Lleva un immaculado traje color caqui con una corbata a rayas rojas y amarillas. No deja de tamborilear los dedos sobre el volante, mientras se enciende un cigarrillo tras otro.

—¿Te encuentras bien? —pregunto antes de decirle que tiene que girar a la izquierda en la próxima intersección.

—Estoy hecho una mierda. —Tim tira por la ventana la colilla del último cigarrillo que se acaba de fumar y vuelve a pulsar el encendedor del vehículo—. Llevo días sin beber ni una gota de alcohol y sin meterme nada. Creo que es la temporada más larga que llevo limpio desde que tenía, ¿cuántos?, ¿once años? Estoy fatal.

—¿Estás seguro de que quieres un trabajo como este? Las campañas electorales me ponen muy nerviosa, y eso que yo no estoy bajo los efectos del síndrome de abstinencia.

Tim suelta un resoplido.

—¿Síndrome de abstinencia? ¿Quién coño sigue llamándolo así? Hablas como mi abuelo.

Pongo los ojos en blanco.

—Siento no conocer la jerga de hoy en día para ese tipo de situaciones. Pero me has entendido perfectamente.

—No puedo quedarme todo el día en casa con mi madre. Va a conseguir que me suba por las paredes. Además, si no demuestro que puedo hacer algo de provecho con mi vida me llevarán directo a la Academia Tomahawk.

—¿En serio? ¿Se llama así?

—Algo parecido. Academia Guillotina... ¿Academia Castración? Da igual, pero no parece un lugar en el que una persona como yo sobreviviría. No creo que mientras me alimento de raíces o bayas, o aprendo a construir una brújula con telarañas o hago lo que sea que hace uno cuando te dejan abandonado en pleno desierto, vaya a tener una inspiración divina que me indique qué quiero hacer con mi vida. Esas cosas no van conmigo.

—Creo que deberías trabajar con el padre de Jase. —Señalo a la derecha cuando llegamos a otra intersección—. Es una persona mucho más calmada que mi madre. Además, con él tendrás las noches libres.

—El padre de Jase tiene una ferretería, Samantha. Y yo ni siquiera sé diferenciar

un destornillador de una llave inglesa. No soy un experto manitas, como tu amorcito.

—No creo que tengas que ponerte a arreglar nada, solo vender material. Es este edificio de aquí.

Tim frena en seco en el camino de entrada a la sede de la campaña electoral. Un lugar donde el césped está lleno de enormes carteles rojos, blancos y azules en los que se lee: «GRACE REED: NUESTRAS CIUDADES, NUESTRAS FAMILIAS, NUESTRO FUTURO». En alguno de ellos aparece mi madre con un impermeable amarillo, estrechando la mano a varios pescadores o a otros héroes de la clase obrera. En otros, está la madre que conozco, esa que lleva el pelo recogido en un moño, vestida de punta en blanco y hablando con «personalidades importantes».

Tim sale del vehículo y camina por la acera, poniéndose recta la corbata. Le tiemblan los dedos.

—¿Seguro que estás bien?

—Deja ya de preguntármelo. La respuesta va a seguir siendo la misma. En este momento soy como un ocho coma nueve en la escala de Richter.

—Pues no hagas esta entrevista.

—Tengo que hacer algo o me volveré loco —masculla. Después me mira y suaviza la expresión—. Tranquila, preciosa. Cuando no voy demasiado bebido o colocado, soy el rey de las apariencias.

Estoy sentada en el vestíbulo, hojeando una revista y preguntándome cuánto durará la entrevista, cuando recibo una llamada de Jase.

—Hola, nena.

—Hola. Todavía estoy con la entrevista de Tim.

—Mi padre me ha dicho que os paséis por aquí cuando terminéis, si es que a Tim le interesa trabajar con nosotros. Además, aquí hay un empleado que está loco por ti.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es ese empleado? ¿Ya consigue correr con botas militares dos kilómetros por la playa en cuatro minutos?

—No. Aún le queda un poco. Creo que la última vez que lo intentó, la chica que le cronometró le distrajo un poco.

—Entonces debería trabajar un poco más su concentración.

—Qué va. Le encanta que su concentración esté donde tiene que estar, pero gracias. Te veo cuando os paséis por aquí.

Todavía estoy mirando al teléfono con una sonrisa de oreja a oreja cuando Tim regresa.

—Dais ganas de vomitar —dice sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo sabes que estaba hablando con Jase?

—Por favor, Samantha, he oído tu risa tonta desde la otra habitación.

Cambio de tema.

—¿Cómo te ha ido con el director de campaña de mi madre?

—¿Quién demonios es ese tipo? Con él, la expresión «arrogante de mierda» cobra todo su sentido. Aunque... estoy contratado.



Mi madre sale del despacho que hay en la parte de atrás, coloca una mano en el hombro de Tim y le da un pequeño apretón.

—Nuestro Timothy es toda una promesa, Samantha. ¡Estoy tan orgullosa de él! Deberías pasar más tiempo con este muchacho. Sabe muy bien lo que quiere en la vida.

Hago un seco gesto de asentimiento mientras Tim sonrío.

En cuanto salimos de la sede, pregunto:

—¿Qué has hecho exactamente para ganarte esos elogios?

Tim vuelve a resoplar.

—Caray, Samantha. Me habrían expulsado de Ellery hace años si no hubiera aprendido a congraciarme con los poderes fácticos. El invierno pasado, hice un trabajo sobre Reagan. En esa entrevista. —Hace un gesto hacia el edificio desde donde se coordina la campaña de mi madre—, me he limitado a soltar unas cuantas frases de nuestro antiguo presidente. Don arrogante y tu madre casi han tenido un orgasmo al escucharlas...

Levanto la mano.

—No hace falta que sigas, ya me lo imagino.

—¿Qué os pasa siempre a ti y a Nan? Sois dos auténticas estiradas. —Los siguientes minutos se limita a conducir a bastante velocidad. Al cabo de un rato añade —: Lo siento. Estoy un poco nervioso. No te imaginas lo que daría por poder colocarme un poco.

Con la ridícula esperanza de distraerle, le comento lo de la oferta del señor Garrett.

—Estoy tan desesperado que no pierdo nada por intentarlo —dice finalmente—. Pero de ningún modo aceptaré el puesto si tengo que llevar un delantal.

—Nada de delantales. Y verás a Alice más a menudo porque se pasa mucho por allí.

—Trato hecho. —Tim vuelve a estar de buen humor.

\* \* \*

Cuando llegamos a la ferretería, Jase y el señor Garrett están detrás del mostrador. Jase nos está dando la espalda y su padre está apoyado con los codos sobre la encimera de una forma que me recuerda mucho a su hijo cuando hace lo mismo sobre la mesa de la cocina. El señor Garrett es un poco más robusto que Jase, más como Joel. ¿Se parecerá Jase a él cuando tenga cuarenta años? ¿Seguiré viéndole en esa época?

El señor Garrett alza la vista hacia nosotros y sonrío.

—Pero si es Tim Mason, de los *Boy Scout*. Fui líder de tu tropa, ¿te acuerdas?

Tim le mira alarmado.

—¡No me jod...! Mmm... ¿Se acuerda de... mí... y aún así está dispuesto a hacerme una entrevista de trabajo?

—Claro. Vamos a la oficina que hay detrás. Puedes ponerte cómodo y quitarte la americana y la corbata.

Tim le sigue por el pasillo. En este momento parece de todo menos cómodo. Sabe que plagiar ahora a Ronald Regan no le va a servir de mucho.

\* \* \*

—¿Tu padre siempre ha sido así de duro? —pregunta Tim, mientras nos lleva en el Jetta a casa.

Me pongo a la defensiva al instante, pero a Jase parece no afectarle el comentario.

—Sabía que pensarías eso de él.

Observo el perfil de Jase en el asiento del copiloto, con el cabello despeinado por el viento. Yo voy detrás. Tim ha vuelto a fumar un cigarrillo tras otro. Agito la mano delante de mi cara para dispersar el humo y abro un poco la ventanilla.

—Menuda condición que ha puesto solo para un empleo. —Tim baja el parasol del asiento del conductor y un paquete de Marlboro cae en su regazo—. No sé si merece la pena.

—No es que quiera entrometerme en tus asuntos —Jase se encoge de hombros—, pero peor que ahora no vas a estar, eso seguro.

—No es cuestión de peor o mejor, idiota. Es que no me deja opción.

—Como si tuvieras muchas —comenta Jase—. Yo lo intentaría.

Siento como si estuvieran hablando en clave. No tengo ni idea de lo que está pasando. Vuelvo a inclinarme para observar a Jase y le noto esquivo, no como el muchacho que me besa con dulzura para desearme las buenas noches.

—Pues ya hemos llegado —dice Tim, aparcando en el camino de entrada de los Garrett—. Hogar, dulce hogar. Buenas noches, tortolitos.

Tras despedirnos de Tim, nos quedamos en el jardín de los Garrett. Echo un vistazo en dirección a mi casa y, como esperaba, veo todas las luces apagadas. Mi madre no ha llegado todavía. Miro el reloj de pulsera de Jase. Las siete y diez. Debe de estar en otra reunión/inauguración/debate... o lo que sea.

—¿Qué ha pasado con Tim? —pregunto, tiro de su muñeca para trazar un sendero con el dedo por sus venas azules.

—Mi padre ha puesto como condición para el trabajo noventa días de abstinencia y noventa reuniones —explica él—. Según él, es el tiempo que necesita una persona para empezar a desintoxicarse del alcohol. Sabía que haría algo así. —Me acaricia suavemente el cuello con los labios.

—¿Noventa reuniones con quién?

—Noventa reuniones en Alcohólicos Anónimos. Tim Mason no es el único que se

ha metido en problemas. Cuando era joven, a mi padre le encantaba salir de fiesta y emborracharse. Nunca le he visto beber una gota de alcohol, pero lo sé por las historias que él mismo cuenta. Supe que en cuanto viera a Tim, sabría qué le pasaba.

Subo la mano y toco la boca de Jase, trazando la curva de su labio inferior.

—¿Y si Tim no lo consigue? ¿Y si termina metiendo la pata?

—Todos nos merecemos una oportunidad, ¿no? —Desliza las manos por la parte trasera de mi camiseta y cierra los ojos.

—Jase —susurro. O mejor dicho, suspiro.

—A ver si conseguís una habitación —sugiere una voz. Alzamos la mirada y vemos a Alice acercándose a nosotros, con Brad pisándole los talones.

Jase se separa de mí y se pasa las manos por la cabeza. El gesto le deja el pelo revuelto y le da un aspecto más atractivo si cabe.

Alice niega con la cabeza y se mete en casa.

## CAPÍTULO 27

Nuestra casa vibra con una extraña energía el 4 de julio.

Ese día, para que lo entendáis, es la fiesta de Stony Bay. Al principio de la Guerra de la Independencia, los ingleses quemaron unos cuantos barcos en nuestro puerto antes de continuar hacia batallas más importantes, por eso Stony Bay siempre ha sentido de manera especial el día de la Independencia. El desfile comienza en el cementerio que hay detrás del ayuntamiento, continúa por la colina de la antigua iglesia baptista, donde los veteranos colocan una ofrenda floral en la tumba al soldado desconocido, baja la colina hasta la avenida principal con sus hileras de árboles, pasa por las casas pintadas de blanco y amarillo y los graneros rojos, limpios y ordenados como una caja de acuarelas, y termina en el puerto. Todas las bandas locales tocan música patriótica. Y desde que salió elegida, mi madre se encarga de dar el discurso de apertura y clausura. El estudiante con mejores calificaciones de la escuela secundaria local lee el preámbulo de la Constitución y otro estudiante modelo da un discurso sobre la vida, la libertad y la búsqueda de la justicia.

Este año, esa estudiante es Nan.

—¡No me lo puedo creer! —repite una y otra vez—. ¿Y tú? El año pasado le tocó a Daniel y ahora a mí. ¡Ni siquiera creía que mi artículo sobre las Cuatro Libertades fuera el mejor! Pensaba que el que escribí sobre Huckleberry Finn y Holden Caulfield estaba más logrado.

—Pero no es el más adecuado para el 4 de julio —puntualizo yo. Si soy sincera, también estoy bastante sorprendida. Nan detesta la escritura creativa. Siempre se le ha dado mejor memorizar que teorizar. Y eso no es lo único raro hoy.

Mi madre, Clay, Nan y yo estamos en nuestro salón. Mamá está escuchando el discurso de Nan mientras Clay está centrado en las actividades de este día festivo, intentando, según sus propias palabras, que mi madre «le ponga un poco más de chispa» este año.

Está tumbado sobre el estómago, frente a la chimenea, con recortes de prensa y varios folios esparcidos frente a él y un rotulador fluorescente en la mano.

—Este discurso parece un calco de los anteriores, Gracie. Lo voy a llamar «La Maldición del Bien Común». —Alza la mirada y nos guiña un ojo a las tres—. Este año necesitamos fuegos artificiales.

—Ya los tenemos —señala mamá—. Todos los años Confecciones Donati nos regala unos pocos y solicitamos las licencias pertinentes con meses de antelación.

Clay ladea la cabeza.

—Grace. Cariño. Fuegos artificiales en sentido figurado. —Golpea los recortes de prensa con el dorso de la mano—. Estos discursos están bien si pretendes terminar en

los medios de comunicación locales. Pero puedes hacerlo mucho mejor. Y querida, si quieres ganar estas elecciones, no solo puedes, «debes» hacerlo mejor.

Las mejillas de mi madre se tiñen de rosa, señal inconfundible de incomodidad en una rubia. Se acerca hacia él, apoya la mano en su hombro y se inclina para ver las notas que ha tomado y frases que ha subrayado.

—Dime cómo. —Hace clic en su bolígrafo para sacar la punta y da la vuelta a una hoja del cuaderno para empezar a escribir en una página en blanco. Parece que se ha olvidado de que Nan y yo estamos allí con ellos.

—¡Caramba! —dice Nan cuando vamos en bici de camino a su casa—. Me he quedado impactada. Ese Clay sí que sabe cómo manejar a tu madre, ¿verdad?

—Supongo. Últimamente, siempre es así. No entiendo cómo... Bueno, está claro que él le gusta mucho, pero...

—¿Crees que es por... —baja la voz—... el sexo?

—¡Por Dios, Nan! No tengo ni idea. Y no quiero imaginarme a ninguno de los dos en esa situación.

—Pues o es por eso o le han hecho una lobotomía —murmura Nan—. ¿Qué crees que debería ponerme? ¿Algo de color rojo, blanco y azul? —Se baja de la acera a la carretera para poder ir paralela a mí—. Di que no, por favor. Tal vez solo azul. O blanco. ¿Aunque no pareceré demasiado virginal solo de blanco? —Hace una mueca—. No, mejor no. ¿Le pido a Daniel que me grabe ensayando el discurso y lo inserto en mi solicitud de la universidad? ¿O te parece una tontería?

Sigue haciendo preguntas para las que no tengo respuestas porque estoy completamente distraída. «¿Qué le está pasando a mi madre? ¿Desde cuándo escucha a alguien que no sea ella misma?».

\* \* \*

Tracy viene a casa para celebrar el 4 de julio con nosotras. Y parece que ha venido por voluntad propia porque dice que Martha's Vineyard «está hasta arriba de turistas este fin de semana». No tiene sentido preguntarle cómo con apenas un mes después de servir mesas en un restaurante ya se considera una vecina en lugar de una «turista». Así es mi hermana.

Flip también ha venido. Le ha regalado a Trace una pulsera de oro con una pequeña raqueta de tenis colgando que mi hermana no pierde oportunidad de enseñar haciendo extraños movimientos de muñeca.

—Me la dio con una nota que decía «Vivo para servirte» —susurra la misma noche que llega a casa—. ¿Qué te parece?

A mí me suena a las típicas frases que aparecen en las camisetas que Nan vende en el B&T, pero los ojos de mi hermana brillan llenos de emoción.

—¿Qué fue de eso que decías de que las relaciones a distancia no funcionaban?

«Sí, ya lo sé, soy una aguafiestas».

—¡Ya me agobiaré en septiembre! —ríe Tracy—. ¡Jesús, Samantha! Todavía faltan un par de meses. —Me da una palmadita en el hombro—. Lo entenderías si estuvieras enamorada.

Una parte de mí está como loca por decirle: «Bueno, Tracy, en realidad...».

Pero estoy tan acostumbrada a no decir nada, a ser una mera espectadora mientras mi madre y mi hermana cuentan sus historias, que me callo y me limito a escuchar lo que me cuenta sobre lo bien que se lo está pasando en Martha's Vineyard, las fiestas a las que va, lo que hace y habla con Flip...

\* \* \*

Cuando las bandas escolares se reúnen a las ocho de la mañana el 4 de julio, estamos casi a treinta grados y el cielo tiene ese tono azul deslumbrante que anuncia que el día se va a poner más caluroso aún. A pesar de lo cual, mi madre tiene un aspecto fresco y radiante con un traje de lino blanco coronado con un enorme sombrero de paja azul con un lazo rojo. A Tracy le han obligado a ponerse un vestido azul marino adornado con una faja blanca y yo llevo un vestido de seda blanco que a mi madre le encanta pero con el que parezco una niña de diez años.

Allí de pie, al lado de mi madre y Tracy mientras el desfile se prepara para salir, puedo ver a Duff con su tuba y la cara roja antes de empezar. También veo a Andy, con los ojos entrecerrados y tensando las cuerdas de su violín. Cuando se lo coloca en el hombro, alza la vista, me ve y esboza una enorme sonrisa que muestra todo el aparato dental.

Aunque hoy no han abierto la ferretería, el señor Garrett y Jase están vendiendo banderas, pancartas y banderines para las ruedas de las bicicletas con Harry a su lado intentando ganarse unas monedas vendiendo limonada de una forma un tanto agresiva. «¡Eh, señor! Tiene cara de tener sed» o «¡Mire, señora, aquí! ¡Veinticinco céntimos el vaso!». La señora Garrett debe de estar perdida entre la multitud con George y Patsy. Creo que nunca me había dado cuenta de la cantidad de gente que participa en este desfile; prácticamente todo Stony Bay.

La primera canción que toca la banda es *America the Beautiful*... o eso creo porque son bastante malos. A continuación, el señor McAuliffe, el director de la banda de la escuela secundaria, comienza a marchar lentamente seguido del resto del desfile.

Cuando entran en escena los tambores, mi madre se coloca detrás del podio. Tracy y yo estamos sentadas en las gradas, justo a su espalda, con Marissa Levy (la mejor estudiante de este año) y Nan. Desde esta posición por fin consigo localizar a la señora Garrett. Está colocada en uno de los laterales, con un enorme algodón de azúcar en la mano que va dando poco a poco a George mientras Patsy se lo intenta

quitar. Los Mason están en el centro de la primera fila. El señor Mason, rodea con el brazo a su esposa y a su lado está Tim con... ¿un esmoquin? Sé que su madre le había pedido que se arreglara para la ocasión y como a Tim le gusta llevarlo todo a un extremo, ha debido de ponérselo solo para fastidiar. Con el calor que hace debe de estar asándose.

Mi madre empieza su discurso, hablando de los doscientos treinta años de orgullo de Stony Bay, doscientos treinta años de excelencia y blablablá. No sé en qué se diferencia de los discursos de años anteriores, pero veo a Clay al lado del cámara del canal 9 de noticias asintiendo y sonriendo e inclinándose sobre el fotógrafo como si intentara asegurarse de que está tomando las fotos adecuadas.

Tras el discurso de mi madre, Nan sube rápidamente al podio. Como en tantas otras cosas en su intercambio de ADN, los genes relativos a la altura tampoco se distribuyeron de forma equitativa. Nanny me saca cinco centímetros, no llega al metro sesenta y cinco, mientras que Tim hace años que superó el metro ochenta. Mi amiga tiene que subir algunos escalones para mirar por encima del atril. Una vez colocada, saca los folios que contienen su discurso, los desdobra y traga saliva. Está pálida, por lo que se le notan aún más las pecas.

Tras unos segundos de absoluto silencio empiezo a preocuparme. Entonces sus ojos se cruzan con los míos y empieza a hablar:

—En nuestros días y en este país, estamos acostumbrados a celebrar lo que tenemos. O lo que queremos tener. No lo que nos falta. Y en un día como hoy, en el que conmemoramos aquello que nuestros fundadores soñaron para nosotros, me gustaría hablar de las cuatro libertades a las que hizo referencia el famoso discurso de nuestro presidente Franklin D. Roosevelt. Roosevelt propuso como meta cuatro libertades fundamentales que todas las personas deberían disfrutar en cualquier lugar del mundo: libertad de expresión, libertad de culto, libertad de vivir sin carencias y libertad de vivir sin miedo. Pues bien, mientras que podemos celebrar que ya gozamos plenamente de la libertad de expresión y la de culto, las otras dos todavía son un objetivo pendiente...

El micrófono chirría de vez en cuando. Mi madre tiene la cabeza un poco ladeada y mira atentamente a Nan, como si no hubiera escuchado el discurso de mi amiga media docena de veces. Tracy y Flip están con las manos entrelazadas y jugueteando disimuladamente con los pies, aunque sus rostros permanecen serios. Miro hacia la multitud y me fijo en los Mason. La señora Mason tiene las manos juntas debajo de la barbilla; su marido, que no le quita ojo a Nan, apoya el hombro sobre su mujer y Tim... Tim está con la cabeza inclinada hacia abajo y los puños sobre los ojos.

Cuando Nan termina recibe un aplauso ensordecedor, lo que hace que su rostro se ponga tan rojo como su pelo. Después hace una rápida reverencia y regresa al asiento al lado de mi madre.

—¿Se podría haber expresado mejor? —Mi madre vuelve a hablar—. El 4 de julio es un día para celebrar lo que nuestros antepasados eligieron, y a lo que tuvieron

que renunciar; lo que soñaron para nosotros y lo que nosotros hemos hecho realidad gracias al poder de sus sueños.

Mi madre continúa, pero yo solo me fijo en Nan siendo abrazada por sus padres, que finalmente se centran en sus logros, no en los desastres de Tim. A mi amiga se la ve radiante de felicidad bajo los brazos de sus progenitores. Busco con la mirada a Tim, esperando verle en ese círculo familiar, pero se ha ido.

Mi madre continúa con su discurso, hablando de la libertad, las elecciones que deben hacerse y lo fuertes que debemos permanecer. Clay, que ahora se ha colocado en las últimas filas, sonrío y levanta los pulgares hacia arriba.

Tras el lento descenso desde la colina hasta el puerto, se hace la ofrenda floral a los soldados caídos y Winnie Teixeira, de la escuela de primaria, hace un solo de trompeta, tocando la marcha fúnebre propia de las Fuerzas Armadas. Entonces todo el mundo recita el juramento a la bandera y la parte solemne del 4 de julio termina, dando paso a los algodones de azúcar, las limonadas frías y los helados ofrecidos por Doane's.

Busco a Nan, pero está entre la multitud con sus padres. Tracy y Flip se alejan a toda prisa de mi madre (Tracy se marcha gritando algo por encima de su hombro y despidiéndose con la mano). Mi madre está rodeada de gente, apretando manos, firmando autógrafos y... ¡por favor!... besando niños. ¡Pero si nunca le han gustado los niños! Aunque ahora mismo cualquiera lo diría viéndola parlotear tan contenta ante una serie de diminutos futuros votantes calvitos y sin dientes. Me quedo aquí parada, preguntándome si se supone que tengo que estar a su lado todo el día o puedo marcharme a quitarme este vestido infantil que no hace más que picarme e ir a un lugar más fresco.

De pronto siento unas manos sobre mi cintura y los labios de Jase descienden sobre mi cuello.

—¿Qué pasa, Sam? ¿Hoy no llevas uniforme? Me preguntaba si vendrías disfrazada de estatua de la Libertad o de Martha Washington.

Me vuelvo entre sus brazos.

—Siento haberte decepcionado.

Más besos. «Me he convertido en una de esas chicas que deja que la besen en público». Abro los ojos, me separo unos centímetros de él y miro a la zona donde se encuentra mi madre.

—¿También estás buscando a Tim?

—¿A Tim? No...

—Pasó delante del puesto de venta que hemos montado —dice Jase—. Se le veía bastante deprimido. Deberíamos ver por dónde anda.

Nos quedamos un rato en la zona más alta de la avenida principal, yo apoyada en un muro de ladrillo blanco y Jase usando su altura para buscar a Tim, pero no logramos dar con él. Entonces lo veo, con su esmoquin negro entre todas esas vestimentas veraniegas de colores hablando con Troy Rhodes, nuestro «ocupado»



traficante local.

—Allí está —señalo a Jase.

—Estupendo. —Jase se muerde el labio—. Y en muy buena compañía por lo que veo.

Me pregunto si Troy también vende droga en el instituto.

Jase y yo nos abrimos paso entre la multitud, pero para cuando conseguimos alcanzar a Troy, Tim se ha ido. Jase me aprieta la mano.

—Le encontraremos —me dice.

Está con sus padres. Nos acercamos a ellos justo a tiempo de oír decir al señor Erlicher, que dirige la asociación de voluntarios de la biblioteca de Stony Bay:

—Y aquí tenemos a nuestra pequeña estrella. —Da un beso a Nan. A continuación se vuelve hacia Tim, que se ha dejado caer en el asiento que hay al lado de su hermana y comenta—: Tu madre me ha dicho que estás teniendo problemas en encontrar tu camino, jovencito.

—Ese soy yo —replica Tim sin alzar la vista—. El bala perdida de la familia.

El señor Erlicher le da un codazo en el hombro.

—A mí también me pasó, pero mírame ahora. —Se ríe.

El hombre tiene buenas intenciones, pero como el mayor logro por el que se le conoce es que es imposible escapar de él en cuanto empieza a hablar, Tim no parece obtener consuelo alguno de sus palabras. Sus ojos buscan entre la multitud, nos ve y sigue buscando como si creyera que no vamos a serle de mucha ayuda.

—Eh, Tim —dice Jase—. Aquí hace mucho calor. Vámonos a dar una vuelta por ahí.

Daniel acaba de acercarse a Nan, que sigue recibiendo felicitaciones por su discurso. Está tan radiante que el sol a su lado no brilla lo suficiente.

—Vamos, Tim —repite Jase—. Tengo el Escarabajo aparcado en la tienda. Vente a la playa.

Tim nos mira y luego vuelve a clavar la vista en la multitud. Al final se encoge de hombros y nos sigue, con las manos metidas en los bolsillos del esmoquin. Cuando llegamos al automóvil, insiste en ir detrás, a pesar de que con las piernas tan largas que tiene la idea resulta un poco absurda.

—Voy bien —espeta, haciendo caso omiso de mis repetidas ofertas para que vaya en el asiento del copiloto—. Siéntate junto a tu amorcito. Separar a una pareja como vosotros es todo un crimen y ya tengo bastante a mis espaldas. Me sentaré aquí y ensayaré algunas posturas acrobáticas del Kama Sutra. En solitario, para mi desgracia.

\* \* \*

Hace tanto calor que uno espera que todo el mundo se haya ido a la playa, pero

cuando Jase, Tim y yo llegamos nos la encontramos vacía.

—¡Menos mal! —exclama Jase—. Voy a bañarme en pantalones cortos. —Se deshace de la camiseta y la tira por la ventana del Escarabajo antes de agacharse a quitarse las zapatillas.

Estoy a punto de decir que me voy a casa a por un bañador cuando veo a Tim tirarse sobre la arena, con esmoquin incluido. En ese momento me doy cuenta de que no voy a ir a ningún lado. ¿Le compró algo a Troy? Y si lo hizo, ¿cuándo ha tenido tiempo de fumárselo, esnifarlo o lo que sea que se haga con eso?

Jase se endereza.

—¿Echamos una carrera? —pregunta a Tim.

Tim se quita el antebrazo de los ojos.

—Sí, claro. Una carrera. Porque tú eres un atleta en pleno rendimiento y yo un capullo en baja forma. Sí, echemos una carrera. En la playa. Y conmigo vestido de esmoquin. —Levanta el dedo—. No, espera. Mejor no. No me gusta jugar con tanta ventaja. No quiero dejarte mal delante de Samantha.

Jase da una patada a la arena.

—No seas imbécil. Te lo he dicho porque pensaba que podía ayudarte. Suelo correr cuando no quiero pensar en algo.

—¿Sí? —La voz de Tim se vuelve más sarcástica todavía—. ¿Y eso te funciona? ¿Cuándo corres te olvidas de pensar en el cuerpo desnudo de Samantha y en todo lo que...?

—Si quieres que te dé una paliza solo tienes que decirlo —le interrumpe Jase—. No hace falta que seas más gilipollas de lo habitual, ni que metas a Samantha de por medio.

Tim vuelve a taparse los ojos con el antebrazo. Clavo la vista en las brillantes olas azules. Me encantaría ir a por un bañador, ¿pero y si mi madre está en casa y me obliga a ir con ella a alguno de sus eventos políticos?

—Alice siempre lleva bañadores en el maletero —comenta Jase justo cuando me suena el teléfono.

—¡Samantha Reed! ¿Dónde estás?

—Mmm... Hola, mamá. Pues...

Gracias a Dios la pregunta era retórica y mi madre continúa hablando.

—Te estuve buscando al final del desfile pero no te vi. No te encontré por ninguna parte. Me esperaba esto de Tracy, no de ti...

—Bueno, es que...

—Clay y yo estamos en el tren. Tengo que dar un discurso en Riverhampton y luego volveremos en barco para ver los fuegos artificiales. Me gustaría que vinieras. ¿Dónde estás?

Tim se está quitando el fajín y la pajarita y Jase está apoyado en el Escarabajo, estirando los tobillos. Entrecierro los ojos.

—Con Nan —digo, esperando que mi amiga no esté con mi madre.

Gracias a Dios su voz se suaviza.

—Hoy ha estado maravillosa, ¿verdad? Ha hecho la mejor introducción posible a mi discurso. ¿Qué? —Habla con alguien al fondo—. El tren va a salir ya, cariño. Estaré en casa sobre las diez. Habla con Tracy. ¡Ya voy, Clay! Sé buena. Nos vemos.

—¿Todo bien? —pregunta Jase.

—Sí, solo era mi madre —respondo, frunciendo el ceño—. ¿Dónde has dicho que hay bañadores?

Abre el maletero del Escarabajo.

—No sé dónde... Sí, aquí... Bueno, Alice es un poco... —Parece incómodo. Cuando voy a preguntarle qué le pasa vuelve a sonar el teléfono.

—¡Samantha! ¡Samantha! —grita Nan—. ¿Me oyes?

—Sí.

Continúa gritando como si así la entendiera mejor.

—Estoy con mi teléfono pero tengo que hablar rápido porque Tim ha vuelto a gastarme todos los minutos. Daniel me está llevando al barco de sus padres. ¿Me oyes? ¡Se corta!

Le vuelvo a decir que sí. Esta vez gritando, a ver si así me entiende mejor.

—DI A MIS PADRES QUE ESTOY CONTIGO —chilla—. ¿DE ACUERDO?

—¡SÍ! PERO DILE A MI MADRE LO MISMO.

—¿QUÉ?

—¿QUÉ? —La recepción es pésima.

—VAMOS A QUEDARNOS EN EL BARCO ESTA NOCHE. DI QUE VOY A DORMIR EN TU CASA. —Está gritando de tal manera que parece que estoy con el manos libres. Tim se incorpora, preocupado.

—Quiero hablar con ella —dice con firmeza.

—TIM QUIERE HABLAR CONTIGO.

El susodicho me quita el teléfono de la mano.

—YA TE CONTARÉ —brama Nan—. SOLO HAZ LO QUE TE DIGO.

—¡POR SUPUESTO! —chilla Tim al teléfono—. TODO LO QUE HAGA FALTA POR MI EMINENTE HERMANITA.

Me devuelve el teléfono.

—¿Está Tim bien? —pregunta Nan en voz baja.

—No lo... —Empiezo a decir, pero justo en ese momento oigo ese sonido tan característico que anuncia que me estoy quedando sin batería y el teléfono se apaga.

—No estás metida en ningún lío, ¿verdad, Samantha? —pregunta Jase.

—No te creas que no he notado que a mí no me preguntas —ironiza Tim. Después se quita los pantalones y nos enseña unos calzoncillos con pequeños emblemas. Se da cuenta de que le estoy mirando.

—El instituto Ellery vende ropa interior. Estos me los compró mi madre en Navidad. No te los confiscan aunque te expulsen.

Jase sigue mirándome con curiosidad. Me dirijo al maletero del Escarabajo.

—Cámbiate y te esperamos en la orilla —dice Jase—. ¡Vamos, Tim!

Busco bañadores entre el revoltijo de palos de *lacrosse*, balones de fútbol, botellas de Gatorade y envoltorios de comida para llevar. Ahora entiendo por qué Jase parecía tan incómodo. Lo único que encuentro son dos diminutas piezas negras hechas de un material similar al cuero. Aparte de eso, no hay ninguna otra prenda, excepto unos pocos pantalones cortos del equipo de fútbol de Stony Bay de Jase y lo que parece un bañador de una sola pieza de Patsy y que seguramente también sea de Alice.

Así que al final me pongo el biquini negro ajustado, me hago con una toalla e intento caminar lo más tranquila posible hacia la orilla.

No lo consigo.

En cuanto Jase me ve se pone completamente rojo. Vuelve a mirarme y se zambulle a toda prisa en el agua.

—¡Madre mía! ¡Eres toda una Catgirl! —exclama Tim.

—Es de Alice —explico yo—. Vamos a nadar.

\* \* \*

Tim, Jase y yo pasamos el resto del día holgazaneando. Nos tumbamos en la playa, tomamos unos perritos calientes en el Clam Shack y volvemos a tumbarnos otro rato. Al final nos vamos a la casa de los Garrett y terminamos en la piscina.

George se acurruca a mi lado.

—Me gusta tu bañador, Samantha, pero te pareces a un vampiro. ¿Alguna vez has visto un murciélago vampiro? ¿Sabías que en realidad no se enredan en el pelo? Es solo un mito. De hecho, son muy simpáticos. Solo beben de las vacas y esas cosas. Sangre, no leche.

—No, nunca he visto ninguno —respondo—. Y no tengo muchas ganas de verlo, por muy simpáticos que sean.

La puerta que da al jardín trasero se abre y Andy aparece con una sonrisa de oreja a oreja. Después se desploma contra la verja y cierra los ojos de forma teatral.

Vaya.

—Por fin sucedió.

—¿Kyle Comstock? —pregunto yo.

—¡Sí! Por fin me besó. Y fue... —Hace una pausa—. En realidad dolió un poco. También lleva aparato. Pero aún así fue maravilloso. Además, lo hizo delante de todo el mundo. Después del desfile. Lo voy a recordar toda la vida. Será en lo último que piense cuando cierre los ojos para siempre. Luego volvió a besarme después de tomarnos un helado y cuando...

—No hace falta que sigas —la interrumpe Jase—. Me alegro por ti, Andy.

—¿Y ahora qué? —pregunta un poco ansiosa—. ¿Creéis que la próxima vez usará

la lengua?

—¿Es que hoy no lo ha hecho? —Tim pone cara de sorpresa—. ¡Por Dios!

—Bueno, no. ¿Tenía que hacerlo? ¿Lo hemos hecho mal?

—Ands, no hay reglas para este tipo de cosas. —Jase se tumba de espaldas en la toalla extendida a mi lado, junto a George.

—Pues debería haberlas —replica Andy—. Porque, ¿cómo se supone que va a saber uno lo que tiene que hacer? No se ha parecido en nada a cuando beso el poste de mi cama. O el espejo del cuarto de baño.

Jase y Tim sueltan una carcajada.

—Sí, ahí no hay lengua —masculla Jase.

—O solo la tuya. Y en solitario nunca es agradable. —Tim vuelve a reírse.

—¿Por qué besas el poste de tu cama, Andy? ¡Qué asco! —George arruga la nariz. Andy lanza una mirada asesina a los tres chicos y se mete en la casa.

Tim busca en su esmoquin, extrae un paquete de tabaco de uno de los bolsillos interiores y saca un cigarrillo. George se queda mirándole con los ojos como platos.

—¿Eso es un cigarrillo? ¿Son de verdad?

Tim se queda un poco desconcertado.

—Sí. ¿Te importa?

—Si fumas eso te morirás. Se te pondrán los pulmones negros y se marchitarán. Y entonces morirás. —George está al borde de las lágrimas—. No te mueras. No quiero verte morir. Vi morir al hámster de Jase y se quedó tieso con los ojos abiertos, pero no brillaban como siempre.

El rostro de Tim se pone ceniciento. Mira a Jase en busca de consejo pero este se limita a devolverle la mirada.

—Maldita sea. —Tim guarda el cigarrillo, se pone de pie y se zambulle en la parte más profunda de la piscina.

George se vuelve hacia mí.

—¿Eso qué ha querido decir? ¿Sí o no?

La señora Garrett asoma la cabeza por la puerta trasera.

—Jase, se ha vuelto a estropear el triturador de basuras. ¿Puedes venir a echarme una mano?

\* \* \*

Los Garrett tienen fuegos artificiales. Según me ha contado la madre de Jase, es gracias a su hermano Hank, que vive en el sur y se los manda todos los años de forma ilegal. De modo que, en cuanto se hace de noche, nos reunimos todos en el jardín.

—¡Jack! —grita la señora Garrett—. ¡Por favor, no se te ocurra quemarte la mano! ¿Por qué me hace falta decírtelo? ¡Lo hago todos los años!

—Si me quemo —replica el señor Garrett mientras coloca unos cuantos fuegos

alrededor de un círculo de piedras—, demandaré a tu hermano. Nunca nos manda las instrucciones. ¡Enciende, Jase!

Jase prende una cerilla larga y se la pasa a su padre. La señora Garrett abraza a George y a Patsy.

—¡Tampoco las leerías! —grita.

La mecha despide unas chispas azules y los fuegos artificiales salen disparados hacia el cielo nocturno.

Cuando el último cohete se ha desvanecido me pongo de costado y recorro con el dedo índice el contorno del rostro de Jase.

—Nunca has tocado para mí —le digo.

—¿Mmm? —pregunta con voz somnolienta.

—He visto a Andy y a Duff tocar sus instrumentos. Me dijiste que tocabas la guitarra, pero todavía no lo he comprobado con mis propios ojos. ¿Cuándo vas a tocarme una balada?

—Mmm... ¿nunca?

—¿Por qué no? —Trazo el arco de su oscura ceja.

—Porque lo haría fatal, además de que me daría vergüenza. E intento no hacer las cosas fatal, ni tampoco las que me dan vergüenza.

Se recuesta sobre su espalda y señala el cielo.

—Muy bien, ¿cuál es esa estrella? ¿Y esa otra?

—El Triángulo estival. Y esa es Vega, y Debeb y Altair. Por allí está Lira, Sagitario... —Sigo con el dedo el sendero de estrellas.

—Me encanta que hagas eso —murmura Jase—. Anda, mira, ¿eso no es una estrella fugaz? Puedes pedir un deseo, ¿verdad?

—Eso es un avión, Jase. ¿Ves la luz roja detrás?

—¡Jesús! Eso por hablar de cosas vergonzantes.

Me río y me inclino para darle un beso en el cuello.

—Si quieres, puedes pedir un deseo al avión.

—Con un avión no es tan emocionante —replica, acercándose hacia sí—. Además, ¿qué más podría desear?

## CAPÍTULO 28

—**H**ola, cariño —me dice una voz fría como el hielo en cuanto entro en casa—. ¿No tienes nada que contarme?

Cierro la puerta de entrada y me quedo petrificada.

«¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo es que no he visto el automóvil de mi madre en la entrada? Pensaba que con el viaje en tren y los fuegos artificiales tardaría más en llegar. ¿Cómo me he quedado fuera hasta tan tarde?».

—Nunca pensé que haría esto contigo. —La voz ahora es divertida. Alzo la vista y me encuentro a Tracy sentada en el sofá y negando con la cabeza.

Me había olvidado de lo bien que imita la voz de nuestra madre, lo que, combinado con sus extraordinarias dotes para la falsificación, le han librado de muchas excursiones a las que no quería ir, exámenes para los que no había estudiado y las clases de salud que tanto la aburrían.

Me echo a reír y tomo una profunda bocanada de aire.

—¡Jesús, Tracy! Casi me da un ataque al corazón.

Sonríe.

—Mamá llamó cuando se cumplía tu toque de queda para asegurarse que habías llegado sana y salva a casa. Le dije que te habías ido a dormir hacía tiempo y que seguro que estabas soñando con los angelitos. Menos mal que no te está viendo ahora. —Se pone de pie y se coloca detrás de mí, girando mi cabeza para que me mire en el espejo que tenemos en la entrada—. ¿Quién es el chico?

—No hay ningún... —empiezo.

—Samantha, por favor. Vienes completamente despeinada, tienes los labios hinchados y vas a necesitar esa estúpida pañoleta que os dan en el Breakfast Ahoy para tapar el chupetón que tienes ahí. Repito, ¿quién es el chico?

Tiene razón. Estoy con las mejillas sonrosadas, con la ropa arrugada y con una expresión que he visto en Tracy muchas veces, pero que todavía tengo que acostumbrarme a ver en mí misma.

—No le conoces —digo mientras intento arreglarme un poco el pelo—. Por favor, no se lo digas a mamá.

—¡Doña Perfecta tiene un amante secreto! —Tracy ríe entusiasmada.

—No tengo... Todavía no hemos...

—Bueno —continúa Tracy como si tal cosa—, a juzgar por tu expresión es cuestión de tiempo. No te preocupes que no diré nada. Ahora, desembucha. Si no le conozco seguro que hay una buena razón. Por favor, dime que es alguien con el que a mamá no le va a dar un ataque al corazón.

—No va a estar muy contenta, la verdad —admito.

—¿Por qué? ¿Es un drogadicto? ¿Un borracho?

—Un Garrett —confieso—. De la casa de al lado.

—¡Madre de Dios, Samantha! Estás tensando la cuerda al máximo, ¿eh? ¿Quién iba a decir que de las dos tú terminarías siendo la gran rebelde? ¿Es el que conduce una moto y va con una cazadora de cuero? Porque como sea ese lo llevas claro. Mamá no te dejará salir de casa hasta por lo menos los treinta y cinco.

Suelto un resoplido.

—No, ese no. Su hermano pequeño, Jase, que es la mejor persona que he conocido en la vida... amable, inteligente... bueno... y... —Me acaricio los labios con los dedos.

—Estás perdida —refunfuña Tracy—. Con solo escucharte veo que él es el que tiene la sartén por el mango. No puedes dejar que las cosas sigan así, por muy increíble que creas que sea. Si vas a acostarte con él, tienes que dar la impresión de que le estás haciendo un favor. De lo contrario, solo conseguirás que te use y te tire como si de un pañuelo de papel se tratara.

«Mi hermana, esa gran romántica».

\* \* \*

A la mañana siguiente escribo a Nan.

Yo: ¿Y bien?

Nan: ????

Yo: ¿Sigues en el barco? ¿Qué pasó?

Nan: No, Daniel tenía que devolverlo antes de que nuestros padres se enteraran de que hemos estado toda la noche juntos. Ahora mismo estoy en casa.

Yo: ¿Y?

Nan: ¿Dónde estás tú?

Estoy en la playa, antes de ir a trabajar al B&T, mirando cómo el señor Garrett entrena a Jase. En este momento Jase está corriendo con el agua hasta las rodillas. De vez en cuando sale a hacer una tanda de flexiones y vuelve a meterse en el mar. Si hace unas semanas me hubieran dicho que algo así me resultaría tan fascinante me hubiera reído a carcajadas. Mis pulgares permanecen inmóviles un poco más, no me apetece mucho decirle a Nan dónde estoy; al final, sin embargo, termino tecleando:

Yo: En la playa de SB.

Nan: Dame diez minutos.



Nan aparece un cuarto de hora después, justo cuando Jase sale a la arena para hacer otra ronda de flexiones.

—Oh, ahora lo entiendo —dice con una sonrisa en los labios—. Creía que estabas nadando o tomando el sol. Pero estás aquí por tu novio, ¿eh, Samantha?

No hago ni caso del comentario.

—¿Qué pasó con Daniel?

Nan se recuesta y se tapa los ojos con la muñeca, casi el mismo gesto que hizo ayer Tim. Después de todos estos años, todavía me maravillan las similitudes que hay entre ellos. Segundos después se da la vuelta, tumbándose sobre el estómago y me mira con expresión seria en sus ojos grises.

—¿En el barco? Bueno, fuimos río arriba hasta Rocky Park, donde atracamos e hicimos un picnic. Después fuimos al estrecho. Daniel nadó un rato pero a mí me aterrorizaba que pudiera haber algún tiburón blanco por las inmediaciones. Él me dijo que estas aguas eran demasiado frías para ellos y que...

—¡Nan! Sabes que no me refiero a eso.

—¿Ah, no? —pregunta inocentemente, aunque al final se da por vencida—. ¿Quieres saber si Daniel y yo «llevamos nuestra relación al siguiente nivel»?

—Mmm... no. Porque, ¿quién lo llama así? —Le tiro una pequeña concha marina.

—Daniel lo llama así. —Nan se sienta y se queda mirando al agua, protegiéndose los ojos del sol con la mano—. No lo hicimos.

—¿Porque... decidisteis que no estabais preparados? ¿O porque no era lo que Daniel tenía en mente?

Jase vuelve al agua y se masajea el muslo como si estuviera teniendo un calambre.

—¿Por qué hace esto? —pregunta mi amiga—. Parece una tortura. Estoy esperando a que su padre saque una manguera de un momento a otro y le eche un chorro a presión de agua fría o le haga cantar una de esas canciones militares en plan: «Desde la mañana hasta el anochecer, me paso el día corriendo hasta más no poder... ¡Pelotón! ¡Un, dos, un, dos!».

—Está entrenando para la temporada de fútbol. —Vuelvo a tirarle otra concha marina—. Estás evadiendo la pregunta.

—Era lo que Daniel tenía en mente. Y también yo. Pero en el último minuto... no pude. —Se sienta, dobla las rodillas y las pega contra el pecho, apoyando la barbilla en ellas—. Se explayó demasiado. Primero me dio vino, lo que no estuvo mal... hasta que se le ocurrió explicarme que era para que «perdiera mis inhibiciones». Luego se puso hablar largo y tendido del paso tan grande que estábamos a punto de dar, que era algo irrevocable y que «cambiaría nuestra relación de forma permanente». Hubo un momento en que pensé que sacaría un formulario de consentimiento para que lo firmara.

—Qué sexy.

—¡Lo sé! Sé que la vida no es como en *Amores con un extraño*. —Esa es la película favorita de Nan, en la que actúan su adorado Steve McQueen y Natalie Wood—. No me espero campanas ni fuegos artificiales. No con Daniel... por lo menos. —Esconde la cabeza—. Quizá con nadie.

Miro a Jase y él, como si se hubiera dado cuenta, se vuelve y esboza una deslumbrante sonrisa.

—¿Por qué no, Nanny? —pregunto con suavidad.

—He estado pensando mucho sobre esto. —Se muerde la uña del pulgar, un vicio que tiene desde que íbamos al jardín de infancia. Yo le aparto la mano de la boca, un hábito que también tengo desde el jardín de infancia—. Entre nosotros nunca habrá una pasión desenfrenada. Llevamos saliendo desde hace dos años... Nos compenetramos bien, sí. No estaríamos incómodos haciéndolo.

El señor Garrett elige ese momento para alzar ambos pulgares en dirección a Jase.

—¡Lo estás haciendo muy bien, hijo!

—Creo que Joel era más rápido —replica Jase sin aliento.

—Y yo más lento —grita el señor Garrett—. Aún así había universidades interesadas en mí. Lo estás haciendo muy bien. —Le da una palmada en el hombro a su hijo.

—¿No deberías aspirar a algo más que a un simple «no estar incómoda», Nanny?

Nan aparta la mano de la mía y empieza a morderse la uña del dedo meñique.

—¿En el mundo real? El único consejo que mi madre me ha dado sobre sexo es: «Llegué virgen al matrimonio. No hagas lo mismo que yo».

Vuelvo a quitarle la mano de la boca y ella me da un palmetazo en plan de broma. Jase está de nuevo sobre la arena, haciendo flexiones. Me fijo en que le tiemblan los brazos.

—Mi madre me contó el proceso cuando tuve mi primera menstruación y luego me dijo que nunca me acostara con nadie.

—Un método que le ha ido de fábula con tu hermana. —Nan se ríe. A continuación frunce el ceño y sigue mi mirada—. Daniel tiene por delante un futuro prometedor. —Traza una línea con el dedo en la arena—. Fue el primero de su promoción, tuvo claro desde un principio que quería ir al MIT. En ese aspecto somos iguales. Lo único que tengo que hacer es salir de aquí. —Hace un gesto de barrido con la mano sobre el horizonte, como si con ese movimiento pudiera borrarlo—. En otoño voy a solicitar la admisión en Columbia. Voy a alejarme de Tim, de mis padres... de todo.

—Nan... —En realidad no sé qué decirle.

—¿Dónde llegará ese Garrett? —pregunta ella—. Ahora es un tipo magnífico, sí. ¿Y dentro de cinco años... de diez? Seguro que termina como su padre, llevando una ferretería en este agujero de Connecticut y con un montón de hijos a los que alimentar. Puede que Daniel y yo no terminemos juntos, pero al menos no me arrastrará con él.

La cara me arde.

—Nan, no tienes ni la menor idea de cómo es Jase... —empiezo, pero justo en ese momento él se acerca a nosotras, se dobla sobre sí mismo y apoya las manos en los muslos, jadeando.

—Hola, Sam, Nan. Lo siento, estoy sin aliento. Necesito descansar, papá.

—Una carrera más —dice el señor Garrett—. Vamos, haz un último esfuerzo. ¡Ánimo, tú puedes!

Jase hace un gesto de negación con la cabeza y nos mira encogiéndose de hombros, pero termina volviendo al agua.

## CAPÍTULO 29

Para sorpresa de todos (incluido él mismo) Tim lo hace de maravilla en la campaña de mi madre. Efectúa llamadas telefónicas para pedir a la gente que se registre para votar con veinte acentos distintos; convence a gente normal y corriente, seguidora de mi madre, para que escriban a los medios de comunicación local contando cómo les ha cambiado la vida desde que la senadora Grace Reed está en el cargo, y a las dos semanas de empezar, incluso redacta pequeños discursos para mi madre. Ella y Clay no paran de hablar de él.

—Ese muchacho promete —comenta Clay en una ocasión, mientras nos dirigimos a otro encuentro con electores donde me colocan junto a mi madre para que haga de buena hija—. Es muy inteligente y astuto. Y además piensa rápido.

—Sí, bueno. Todo se reduce a saber manipular las cosas y a la gente —señala Tim cuando le repito eso mismo. Estamos en el camino de entrada de los Garrett, viendo cómo Jase repara el Mustang. Estoy sentada en el capó, encima de una manta que Jase insistió un poco avergonzado que pusiera ya que no quería que se rayara la pintura nueva. Ahora mismo está peleándose con una especie de cable—. ¿Quién iba a decirme que tantos años mintiendo y tergiversando las cosas iban a servirme de algo?

—¿Y te sientes bien haciendo algo así? —pregunta Jase—. Oye, Sam, ¿puedes pasarme la llave inglesa? ¡A saber lo que el dueño anterior le hizo a esta preciosidad! ¿Carreras ilegales dejándose las ruedas en el asfalto? El embrague está completamente quemado... y la caja de cambios, aunque funciona, hace un ruido extraño cada vez que cambias de marcha. Además todas las juntas están sueltas.

—¿Puedes hablar en cristiano, colega? —pide Tim mientras le paso la llave a Jase. Está debajo del automóvil, trabajando sin descanso. De pronto siento la urgente necesidad de besar el fino reguero de sudor que le cae por la garganta. Estoy fuera de control.

—Lo que quiero decir es que el anterior propietario no cuidó muy bien del Mustang —contesta Jase—. En cuanto a lo tuyo, Tim, y lo siento Sam, se ve que no crees en nada de lo que representa Grace Reed. Pero si ni siquiera eres republicano. ¿No te sientes mal ayudándola?

—Claro que sí —responde Tim de inmediato—. Pero ¿cuándo no me he sentido mal? Eso no es nada nuevo en mi vida.

Jase sale de debajo del Mustang y se pone de pie lentamente.

—Lo siento pero no lo entiendo.

Tim se encoge de hombros.

Jase se pasa la mano por el pelo de la forma que suele hacerlo cuando está

confundido o no sabe qué decir.

—De modo que Nan se ha ido a Nueva York con su novio este fin de semana — masculla Tim, cambiando de tema.

¡Vaya! No sabía nada.

—Por lo que sé —continúa él—, es un estúpido engreído que terminará haciéndole daño. Pero ¿le he dicho algo para que no se vaya con él? No. He cometido un millón de errores. Ya va siendo hora de que le toque a Nan.

Jase saca otra herramienta de su caja y vuelve a meterse debajo del vehículo.

—¿Te sentirás mejor cuando no la veas feliz?

—Puede. —Tim alcanza el refresco que lleva bebiendo desde hace media hora—. Al menos no seré el único.

\* \* \*

—Samantha, no estés tan encorvada. ¡Ponte recta y sonríe! —murmura mi madre. Estoy de pie, a su lado, en un acto de recaudación de las Hijas de la Revolución Americana estrechando una mano tras otra. Llevamos cerca de una hora y media y habré pronunciado como quince millones de veces la frase de: «Por favor, vote por mi madre. Se preocupa muchísimo por el estado de Connecticut». Y es cierto, se preocupa. Lo que hace que cada vez me sienta peor es por las cosas por las que se preocupa.

No soy alguien a quien le apasione la política. Me mantengo informada por lo que sale en los periódicos y lo que hablo en el instituto con mis compañeros, pero no acudo a manifestaciones o mítines. Aún así, la diferencia entre mis ideas y las de mi madre cada vez es más palpable. He oído a Clay hablando con ella, diciéndole que la mayor debilidad de Ben Christopher es que es demasiado progresista y que ahí debe centrar toda su estrategia, que cuanto más se aleje de él, mejor le irá. La última vez que se presentó yo tenía once años y su contrincante era un imbécil que no creía en la educación pública.

Ahora... Me pregunto a cuántos hijos de políticos les habrá pasado lo mismo que me está pasando en este instante, que mientras estrecho todas esas manos diciendo: «Apoyo a mi madre», en el fondo estoy pensado: «Pero no lo que representa».

—Sonríe —ordena mi madre entre dientes.

A continuación se inclina sobre una anciana de pelo blanco y bastante bajita que está furiosa por la nueva obra que están haciendo en la calle principal.

—Las cosas tienen que hacerse siguiendo un criterio lógico, ¡y esto no tiene ni pies ni cabeza! ¡Estoy indignada, senadora Reed, indignada!

Mamá murmura en tono calmo que se asegurará de que se siga la normativa y que estará pendiente del asunto.

—¿Cuánto queda? —pregunto en un susurro.

—Hasta que terminemos con todo el mundo, jovencita. Cuando estás trabajando por el bien de los ciudadanos no tienes un horario preestablecido.

A lo lejos, me fijo en uno de los carteles de campaña de mi madre expuesto sobre un trípode «GRACE REED, LUCHA POR NUESTROS ANTEPASADOS, POR NUESTRAS FAMILIAS Y POR NUESTRO FUTURO», e intento no fijarme en el reflejo de la piscina turquesa que puede verse tras los ventanales. ¡Cómo me gustaría zambullirme en ella! Tengo calor y estoy muy incómoda con el vestido azul marino de corte imperio que mi madre se ha empeñado en que lleve. «Estas mujeres son extremadamente conservadoras, Samantha», me dijo. «Tienes que enseñar lo menos posible».

Me entran unas ganas locas de arrancármelo. Si todo el mundo gritara y se desmayara seguro que podríamos irnos a casa. ¿Por qué no le dije a mi madre que no quería venir? ¿Qué soy? ¿Una marioneta? ¿Una mascota? Clay lleva las riendas de mi madre y ella las mías.

\* \* \*

—No tienes que mostrarte tan antipática todo el rato —dice mi madre molesta mientras conduce de camino a casa—. Muchas hijas estarían encantadas de hacer algo así. Las gemelas Bush siempre acompañaban a W.

No tengo nada que decir. Tiro de un hilo que hay suelto en el borde de mi vestido, pero mi madre me aparta la mano. Cierra con fuerza los dedos en torno a mi muñeca y luego se relaja y me da un ligero apretón en la mano.

—Todos esos suspiros y la forma en que arrastrabas los pies... —resopla—. Ha sido vergonzoso.

Me vuelvo para mirarla.

—Tal vez no deberías llevarme contigo la próxima vez, mamá.

Me taladra con la mirada y niega con la cabeza. Vuelve a estar enfadada.

—No sé lo que Clay va a decir sobre tu pobre actuación.

Clay se ha marchado un poco antes para ir a la oficina y sacar más parafernalia para el próximo evento, un pícnic en Linden Park donde, gracias a Dios, no se requiere mi presencia.

—No creo que Clay se haya fijado en mí. Solo tiene ojos para ti —comento.

El rubor tiñe sus mejillas.

—Tienes razón —dice con suavidad—. Es un hombre muy... entregado.

Mi madre se pasa varios minutos hablando de lo «entregado» que es Clay. Espero que solo se esté refiriendo al punto de vista profesional, aunque en el fondo sé que no es así. Ese hombre se pasa todo el día olvidándose las llaves o prendas de ropa en nuestra casa, ya tiene una silla favorita en el salón y ha sintonizado la radio de la cocina con los canales que más le gustan. Mi madre le ha comprado su bebida preferida, un refresco de cereza que se fabrica en el sur que se llama Cheerwine. Creo

que se lo envían directamente desde allí.

Cuando por fin llegamos a casa y salimos del automóvil en silencio, oigo el ruido de un motor y veo la moto de Joel entrando por nuestra calle. Pero no es Joel quien la conduce, sino Jase.

Rezo en silencio para que vaya directamente a su camino de entrada, pero nos ve y se para frente a nosotras. Después se quita el casco, se limpia la frente con el dorso de la mano y esboza la más cálida de sus sonrisas.

—Hola, Samantha.

Mi madre me mira fijamente.

—¿Conoces a este muchacho? —pregunta en voz baja.

—Sí —respondo sin dudarlo—. Se llama Jase.

Tan educado como siempre, extiende la mano. Ahora rezo para que no le diga su apellido.

—Soy Jase Garrett, el vecino de al lado. ¿Qué tal?

Mi madre le da un apretón superficial y clava la vista en mí con una expresión indescifrable en el rostro.

Jase nos mira a ambas. Después vuelve a ponerse el casco y dice:

—Voy a dar una vuelta. ¿Te apetece venir, Sam?

Me pregunto en qué tipo de lío me meteré si acepto. ¿Castigada hasta los treinta? ¿Quién sabe? De todos modos, ¿a quién le importa? De pronto me doy cuenta de que me da igual. He estado encerrada entre cuatro paredes durante horas fingiendo, sin conseguirlo, ser la hija que mi madre quiere. Ahora el cielo es de un deslumbrante azul y el horizonte se extiende interminable ante nosotros. Siento un zumbido, como si fuera el viento, pero no, es la sangre que se agolpa en mis oídos, como cuando Tim y yo nos enfrentábamos a las olas en la playa. Paso la pierna sobre el asiento de la moto y me pongo el otro casco.

Salimos disparados. Entierro la cabeza en el hombro de Jase, dispuesta a no mirar hacia atrás y ver a mi madre, aunque todavía espero que en cualquier momento aparezcan vehículos de policía y helicópteros llenos de SWAT para detenernos. Sin embargo, antes de darme cuenta, me dejo llevar por la sensación de libertad. El viento me alborota el pelo y me agarro con más fuerza a la cintura de Jase. Durante un tiempo conduce por la carretera que bordea la playa y luego se mete en el centro de la ciudad, que ofrece un paisaje muy diferente al de la costa, con sus pulcras casas blancas y rojas y los arcos equidistantes. Después volvemos a la carretera de la playa y termina aparcando en el parque McGuire, cerca del recinto infantil al que no he ido desde hace años y en el que solía detenerme a jugar un rato todos los días al salir del jardín de infancia.

—Entonces, Samantha —Jase se quita el casco, lo cuelga del manillar y me ayuda a bajar del asiento—, supongo que no soy de la clase social adecuada. —Baja el apoyo de la moto con un lateral de la zapatilla.

—Lo siento —replico pensativa.

No me mira a la cara, sino que se dedica a dar patadas a la grava que hay en el suelo.

—Es la primera vez que hablo con tu madre. Pensé que era así porque era una mujer estricta con su hija, pero me he dado cuenta de que el problema lo tiene conmigo. O con mi familia.

—No. No es así... —Hablo entrecortadamente. Ni siquiera soy capaz de encontrar el aire que necesito para respirar—. Es ella... Ella es... Lo siento... Es... como esas personas que hacen los comentarios que tanto detestas en el supermercado. Pero yo no soy así.

Jase alza la barbilla y me mira fijamente durante un buen rato. Yo le devuelvo la mirada, deseando con todas mis fuerzas que me crea.

Su cara es una hermosa máscara indescifrable; una expresión que no le he visto antes. De pronto me pongo furiosa.

—Deja de hacer eso. Deja de juzgarme por lo que ha hecho mi madre. Yo no soy así. Y si decides que soy de una forma determinada por su forma de comportarse, entonces no eres mejor que ella.

Jase se queda callado durante unos segundos, empujando la grava con el pie.

—No sé —dice finalmente—. No puedo dejar de notar que tú... bueno, estás en mi vida, en mi casa, con mi familia. Formas parte de mi mundo. Pero ¿formo yo parte del tuyo? Te noté bastante incómoda cuando coincidimos en el B&T. No le contaste nada de lo nuestro a tu mejor amiga. Nunca... —Se pasa ambas manos por el pelo y niega con la cabeza—... he cenado en tu casa. O... no sé... no conozco a tu hermana.

—Se ha ido fuera estas vacaciones —señalo con un hilo de voz.

—Sabes a lo que me refiero. Estas en todos los sitios conmigo. En mi habitación, en la tienda, cuando entreno... siempre. ¿Dónde voy yo contigo?

Siento un nudo en la garganta.

—También estas en todos mis sitios.

—¿Sí? —Deja de patear el suelo y se acerca a mí. Percibo el calor que irradia su cuerpo... y el dolor que hay en sus ojos—. ¿Tú crees? Porque parece que a lo máximo que puedo aspirar es a colarme en tu tejado o en tu habitación. ¿Estás segura de que no estás pasando el rato conmigo para... no sé... ver cómo se vive en los bajos fondos?

—¿Los bajos fondos? Pero si eres mi vecino.

Jase me mira como si quisiera sonreír pero no le sale de dentro.

—Tienes que admitir, Sam, que tu madre no me ha mirado como si fuéramos vecinos. No parecía a punto de traer un guiso de bienvenida sino más bien de pedir una orden de alejamiento.

Aliviada al ver que se lo está tomando con ironía, me quito el casco.

—Es mi madre, Jase. Nadie le va a parecer lo suficientemente bueno para mí. Para ella mi primer novio, Charlie, era un depravado sexual que solo quería aprovecharse de mí. De Michael decía que era un drogadicto sociópata que terminaría



metiéndome en el mundo de las drogas para después asesinar a nuestro presidente.

—Seguro que pensaste que, comparándome con ellos, me vería mejor. Pero me imagino que no ha sido así. —Hace una mueca.

—Ha sido por la moto.

—¿Sí? La próxima vez recuérdame que me ponga la cazadora de cuero de Joel.

Hace un gesto hacia los arbustos que hay al final de la calle sin salida, detrás de los columpios oxidados. McGuire es un parque que fue diseñado sin dejar nada al azar, pero en cuanto dejas atrás la zona recreativa, hay una ladera cubierta de hierba que termina en un grupo de zarzas de frambuesas silvestres que te mete en un laberinto de rocas que conducen al río. Una vez allí, puedes ir saltando de piedra en piedra hasta llegar a una enorme de granito que está en medio del agua.

—¿Conoces el escondite secreto? —pregunto.

—Pensé que solo era mío —sonríe. No ha sido una de sus deslumbrantes sonrisas, pero por lo menos ha sonreído. Yo también sonrío y pienso en mi madre. «Sonríe, Samantha». Aquí no hace falta que nadie me lo diga, me sale de forma natural. Atravesamos las zarzas, saltamos de piedra en piedra y terminamos en la roca plana que parece una balsa en medio del río. Allí, Jase se sienta y se abraza las rodillas; yo me siento a su lado. En cuanto recuerdo lo fresca que es siempre la brisa en esta zona me estremezco. Sin decir una palabra, Jase se quita la sudadera con capucha que lleva y me la pasa. La luz de la tarde nos inunda y los olores del río, cálido y salobre, nos envuelven, dándome confianza y seguridad.

—¿Jase?

—¿Sí? —Pilla un palo que hay tirado en la roca y lo lanza al agua.

—Debería habértelo dicho antes. Lo siento. ¿Va todo bien entre nosotros?

Durante un momento no dice nada sino que se limita a ver cómo las ondas en el agua se hacen más y más grandes.

—Sí, Sam. Todo va bien.

Me recuesto sobre la roca y contemplo el cielo azul. Jase se tumba a mi lado y señala con el dedo.

—Mira, un gavián colirrojo.

Observamos al gavián volar en círculos durante unos minutos. Después Jase se acerca más a mí, toma mi mano y la aprieta. Me dejo llevar por los sonidos del río y los pequeños engranajes de mi cuerpo, que durante todo el día de hoy han girado a una velocidad vertiginosa, empiezan a ralentizarse con el perezoso vuelo del gavián y el lento latido de mi corazón.

## CAPÍTULO 30

Es bueno que disfrutemos de ese momento, porque en el mismo instante en que pongo un pie en mi casa siento la exhalación de la furia que emana mi madre como si de la niebla del río se tratara. Oigo el sonido de la aspiradora antes de abrir la puerta y cuando la abro, veo cómo la pasa por el suelo del salón con la mandíbula apretada.

La puerta se cierra a mis espaldas y mi madre desenchufa el electrodoméstico y se vuelve hacia mí, expectante.

No voy a pedirle perdón. Hacerlo implicaría darle la razón y reconocer que he hecho algo malo, cuando no es verdad. Además, si lo hago transformaría lo que le acabo de decir a Jase en una mentira. Y no pienso mentirle más, ni contarle ninguna verdad a medias. De modo que me limito a ir al frigorífico y sacar un poco de limonada.

—¿Eso es todo? —dice mi madre.

—¿Quieres un poco? —ofrezco.

—¿Así que vas a fingir que no ha pasado nada? ¿Que no acabo de ver a mi hija menor de edad subirse a una moto con un extraño?

—No es un extraño. Es Jase, el vecino de al lado.

—Sé perfectamente de dónde viene, Samantha. Me he pasado los últimos diez años soportando ese jardín descuidado y a esa ruidosa y enorme familia. ¿Cuánto hace que le conoces? ¿Sueles montarte en su moto a menudo para ir a Dios sabe dónde?

Trago saliva, me tomo un sorbo de limonada y después me aclaro la garganta.

—No, hoy ha sido la primera vez. No es su moto, es la de su hermano. Jase es el que nos arregló la aspiradora cuando la tiraste por... Cuando se rompió.

—¿Y me va a pasar una factura por sus servicios?

Abro la boca estupefacta.

—¿Estás de broma? Lo hizo como un favor. Porque es una buena persona y yo se lo pedí. Jase no quiere tu dinero.

Mi madre ladea la cabeza y estudia mi rostro.

—¿Estás saliendo con ese muchacho?

Las palabras que salen por mi boca son más valientes que mi persona, pero no lo suficiente.

—Somos amigos, mamá. Tengo diecisiete años y soy lo bastante mayor como para escoger a la gente de la que quiero rodearme. —Esta es la típica discusión que Tracy solía tener con mi madre. Cuando las oía discutir, lo único que quería era que mi hermana se callara. Ahora entiendo por qué no podía hacerlo.

—No me lo puedo creer. —Mi madre se acerca al mueble que hay debajo del

fregadero, saca un bote de desinfectante y rocía con él la impecable encimera—. ¿Que sois amigos? ¿Y eso qué significa exactamente?

«Bueno, hemos comprado preservativos juntos, mamá, y pensamos usarlos muy pronto...». Durante un segundo me han entrado tantas ganas de decirle eso que tengo miedo de haberlo expresado en voz alta.

—Significa que le gusto. Y que él me gusta a mí. Nos gusta pasar el tiempo juntos.

—¿Haciendo qué? —Levanta la jarra de limonada y limpia el círculo de condensación que ha dejado debajo.

—Nunca le preguntas a Tracy lo que hace con Flip.

Siempre he pensado que era porque en el fondo no quiere conocer la respuesta, pero ahora me responde, con el mismo tono con el que daría uno de sus discursos:

—Porque Flip es un muchacho de buena familia. Son gente seria y responsable.

—Igual que Jase.

Mi madre suelta un suspiro y se acerca a la ventana desde donde se ve el jardín de los Garrett.

—Mira.

Duff y Harry están inmersos en una pelea. Duff amenaza con pegar a su hermano pequeño con un sable de luz de juguete, pero Harry no se amedrenta, se hace con un cubo de plástico y se lo tira a la cabeza. George está sentado en los escalones del porche, sin pantalones y tomándose un helado. La señora Garrett está dando de mamar a Patsy a la vez que lee un libro en voz alta.

Jase está inclinado sobre el capó abierto del Mustang, trabajando en el motor.

—¿Y? —pregunto—. Son una familia numerosa. ¿Por qué te supone un problema? ¿Qué puede importarte que sean más o menos?

Mi madre niega con la cabeza lentamente, observándoles con la misma expresión que pone siempre.

—Tu padre venía de una familia como esa. ¿Lo sabías?

Sí, es verdad. Recuerdo todas esas fotos llenas de gente que Tracy y yo encontramos en la caja hace tiempo. ¿Eran esas personas familia de mi padre? Me debato entre el deseo de aferrarme a ese pedazo de información con ambas manos o concentrarme en lo que está pasando ahora mismo.

—Igual que esa —repite mi madre—. Numerosa, bulliciosa y totalmente irresponsable. Y mira cómo salió tu padre.

Estoy a punto de señalar que en realidad no sé cómo salió porque no le conocí. Pero teniendo en cuenta que nos abandonó, me lo puedo imaginar.

—Pero esa era la familia de papá, no la de Jase.

—Lo mismo da. Están cortadas por el mismo patrón. De lo que estamos hablando es de un sentido de la responsabilidad.

¿Ah, sí? Porque a mí no me da la sensación de que estemos hablando de eso.

—¿A dónde quieres llegar, mamá?

Su rostro se congela de tal modo que solo mueve las pestañas. Es la misma expresión que estoy acostumbrada a ver cuando se enfrenta a un debate especialmente duro. Puedo percibir la lucha que se está desarrollando en su interior por contener su temperamento y encontrar las palabras políticamente correctas.

—Samantha. Siempre se te ha dado bien tomar las decisiones adecuadas. Tu hermana se lanza al vacío con los ojos cerrados, pero tú no, tú te lo piensas antes. Y lo has hecho desde que eras pequeña. Has tomado decisiones inteligentes y has escogido los amigos correctos. Cuando tú tenías a Nan tu hermana tenía a esa horrible Emma con el aro en la nariz y a Darby. ¿Te acuerdas de Darby? ¿Con ese novio y el pelo que llevaba? Sé que esa es la razón por la que Tracy se metió en tantos líos en el instituto. Las personas equivocadas pueden hacer que tomes decisiones equivocadas.

—¿Papá...? —empiezo, pero me interrumpe antes de que pueda continuar.

—No quiero que veas a ese Garrett.

No pienso dejar que haga esto, que me aparte de Jase como si fuera un obstáculo en su camino, o en el mío, como hace cuando tira la ropa que me compro y no le gusta o como me obligó a hacer con el equipo de natación.

—Mamá, no puedes decirme eso. No hemos hecho nada malo. Solo he dado un paseo con él en moto. Somos amigos. Y tengo diecisiete años.

Se toca el puente de la nariz.

—No me siento cómoda hablando de esto, Samantha.

—¿Y qué pasa si yo no me siento cómoda con Clay Tucker? Porque la verdad es que no lo estoy. ¿Vas a dejar de verle? ¿A decirle que no te siga... —Hago unas comillas en el aire con los dedos—... «ayudando» con la campaña?

—Son situaciones completamente diferentes —replica mi madre tensa—. Clay y yo somos dos personas adultas que sabemos hacer frente a las consecuencias de nuestros actos. Tú eres una niña que te estás involucrando con alguien a quien no conozco y en quien no tengo ninguna razón para confiar.

—Yo confío en él. —Estoy empezando a alzar la voz—. ¿No te vale con eso? ¿No era yo la hija responsable que siempre tomaba las decisiones correctas y todo ese rollo?

Mi madre echa jabón en la licuadora que previamente yo había dejado en el fregadero, abre el grifo y comienza a frotarla enérgicamente.

—No me gusta tu tono, Samantha. Cuando hablas así es que no te reconozco.

Este último comentario me enfurece. Instantes después, también me siento exhausta. Esta nueva faceta mía me asusta un poco. Nunca he hablado así a mi madre y no es el frío del aire acondicionado el que me ha puesto los vellos de punta. Sin embargo, en cuanto la veo lanzar otra mirada de desprecio hacia el jardín de los Garrett, tengo claro lo que quiero.

Voy hacia la puerta lateral y me agacho para ponerme las chanclas.

Mi madre se para detrás de mí.

—¿Te vas? ¡Todavía no hemos terminado! ¡No puedes marcharte así como así!

—Vuelvo en un momento —grito sobre el hombro. Salgo por el porche y camino hacia la valla y al camino de entrada de los Garrett. Allí, poso la mano sobre la cálida espalda de Jase, que sigue inclinado sobre el capó del Mustang.

Vuelve la cabeza, me sonrío y se limpia la frente con la muñeca.

—¡Sam!

—Estás muy *sexy*.

Mira a su madre, que sigue leyendo a George y dando de mamar a Patsy. Duff y Harry se han ido con la pelea a otra parte.

—Vaya, gracias —dice un tanto desconcertado.

—Ven conmigo. A mi casa.

—¿Ahora? Mmm... debería darme una ducha antes, o ponerme una camiseta.

Le agarro la mano, resbaladiza por el sudor y la grasa del motor.

—Estás perfecto así. Ven.

Jase me mira durante un instante y después me sigue.

—¿Voy a necesitar la caja de herramientas? —pregunta mientras tiro de él por los escalones de entrada.

—No, no hay que arreglar nada. No te he traído aquí por eso.

Desde aquí fuera se oye el sonido de la aspiradora. Mi madre ha debido de volver a ponerla en marcha. Abro la puerta y hago un gesto a Jase para que entre. Él alza ambas cejas y obedece.

—¡Mamá! —grito.

Mi madre se yergue para pasar la aspiradora a uno de los cojines del sofá. En cuanto se percató de nuestra presencia se queda mirándonos. Me acerco a ella y desconecto el aparato.

—Este es Jase Garrett, mamá. Uno de tus electores. Ahora mismo está sediento y le gustaría beber un poco de tu limonada.

## CAPÍTULO 31

—Pues ya has conocido a mi madre —le digo a Jase esa misma noche, cuando estamos recostados sobre el tejado.

—Y que lo digas. Ha sido impresionante. Y también bastante embarazoso.

—Pero la limonada hizo que mereciera la pena, ¿verdad?

—La limonada estaba bien —comenta él—, pero lo mejor de todo fue la hija.

Me incorporo, me acerco a la ventana de mi habitación y la abro. Después meto ambas piernas y me vuelvo hacia Jase.

—Vamos.

Esboza una deslumbrante sonrisa que contrasta con la penumbra reinante y alza ambas cejas, pero me sigue sin dudarlo mientras yo cierro con cuidado la puerta de mi habitación.

\* \* \*

—Estate quieto —le digo—. Quiero aprenderlo todo sobre ti.

Minutos después, Jase está tumbado de espaldas sobre la cama, vistiendo solamente un par de pantalones cortos. Yo estoy arrodillada a su lado.

—Creo que ya lo sabes todo sobre mí. —Extiende una mano y me quita la goma elástica que llevo en el pelo, de forma que este cae sobre su pecho.

—No. Todavía quedan muchas cosas. ¿Tienes pecas? ¿Marcas de nacimiento? ¿Alguna cicatriz? Voy a encontrarlas todas. —Le rozo con los labios el ombligo—. Mira, acabo de darme cuenta de que tienes el ombligo metido para dentro. Guardaré esa información en mis archivos personales.

Jase deja escapar un suspiro.

—No sé si voy a poder quedarme quieto. ¡Jesús, Samantha!

—Y fíjate, justo aquí debajo... —Paso la lengua por la línea que hay debajo de su ombligo—... tienes una cicatriz. ¿Te acuerdas cómo te la hiciste?

—Samantha, ni siquiera me acuerdo de mi nombre cuando me haces eso. Pero no te detengas. Me encanta la sensación de tu pelo sobre mi piel.

Muevo la cabeza, haciendo que mi cabello le roce aún más. No sé de dónde ha salido esta seguridad en mí misma, pero ¿a quién le importa? Ver el efecto que tiene sobre él supera cualquier vacilación o vergüenza.

—No creo que pueda tener una imagen al completo con esto puesto. —Tiro de la cinturilla de sus pantalones.

Cierra los ojos y toma una profunda bocanada de aire. Me deslizo poco a poco

hacia abajo, pasando los pantalones por sus caderas.

—Boxer. Lisos. Sin ningún dibujo animado ni nada por el estilo. Me lo imaginaba.

—Samantha, déjame verte. Por favor.

—¿Qué es lo que quieres ver? —Estoy concentrada en terminar de quitarle los pantalones. Y también estoy usando esto un poco como excusa porque toda la valentía que he demostrado hasta ahora ha mermado en cuanto le he visto en calzoncillos y me he percatado de que no es precisamente inmune a mí.

De acuerdo, sé lo que es tener delante de mí a un chico excitado. Ese era el estado perpetuo de Charley; en cuanto a Michael, su angustia existencial no fue obstáculo para que intentara llevar mi mano a su entrepierna cada vez que podía. Pero este es Jase y ver lo que le hago, lo que puedo hacer con él, hace que se me seque la boca y que otras partes de mi cuerpo ardan de una forma a la que no estoy acostumbrada.

Jase estira la mano y me echa el pelo a un lado para poder desabrochar la cremallera del vestido. Tiene todavía los ojos cerrados, pero cuando esta empieza a bajar los abre y puedo ver ese maravilloso tono verde de su mirada. Me acaricia los hombros y me baja el vestido, tomando mis manos para sacármelo de los brazos. Me estremezco de la cabeza a los pies y no precisamente de frío.

Me hubiera gustado llevar ropa interior sensual; en vez de eso llevo un sujetador beis de lo más normal, uno de esos que tienen un pequeño arco en el centro. Sin embargo, al igual que me siento atraída por sus sencillos bóxer, él parece hipnotizado por mi práctico sostén. Sus pulgares recorren la parte frontal, siguiendo el contorno de mis pechos y haciendo círculos sobre ellos. Ahora soy yo la que intenta inhalar profundamente pero se me corta la respiración cuando noto sus manos en mi espalda, intentando desabrochar el cierre.

Miro hacia abajo.

—Ah. Tienes una marca de nacimiento. —Le toco el muslo—. Justo aquí. Parece una huella digital.

Jase me quita el sujetador y susurra.

—Tienes la piel tan suave. Ven, acércate.

Me tumbo encima de él, piel contra piel. Jase es alto, yo no. Pero cuando estamos así, encajamos a la perfección y todo mi cuerpo se relaja contra la fuerza del suyo.

Cuando la gente habla de sexo lo hace parecer todo o muy técnico, o absolutamente fuera de control. Pero nadie habla de esta sensación de plenitud, de saber que tu cuerpo ha sido creado para este otro.

No obstante, no vamos más allá de estar tumbados juntos. Siento el corazón de Jase palpar bajo mi piel y percibo cómo se encoje debajo de mí, seguramente avergonzado porque su necesidad es más palpable que la mía. Así que le acaricio la mejilla y le digo por primera vez (sí, yo, la muchacha que nunca le ha abierto su corazón a nadie):

—Tranquilo. Te quiero.

Jase me mira directamente a los ojos.

—Sí —susurra—. Estoy tranquilo. Yo también te quiero, mi Sam.

\* \* \*

Durante los días siguientes a nuestra discusión sobre Jase mamá opta por seguir tres caminos: a) el del silencio, acompañado de suspiros, frías miradas y murmullos hostiles; b) interrogarme sobre los planes que tengo para cada hora del día; y c) establecer unas normas muy rígidas: «No pienses ni por un instante que ese muchacho va a entrar en esta casa mientras yo estoy fuera, jovencita. Sé lo que pasa cuando dos adolescentes se quedan solos y ni loca voy a permitir que suceda bajo mi techo».

Lucho con todas mis fuerzas para no replicarle que, en ese caso, ya nos las apañaremos para encontrar un asiento trasero cómodo o un motel barato. Jase y yo estamos cada día más unidos. Soy adicta al olor de su piel. Me interesan todos los detalles de su día a día, la forma cómo analiza a los clientes y proveedores, que resume de manera concisa pero con empatía. Me cautiva la manera que tiene de mirarme mientras hablo, con esa sonrisa incierta, como si estuviera escuchando mi voz y al mismo tiempo absorbiendo todo mi ser. Estoy encantada con todo lo que conozco de él y con cada parte nueva que voy descubriendo día a día.

¿Se siente mi madre también así? ¿Cómo si cada trozo de Clay hubiera sido diseñado específicamente para hacerla feliz? La idea me disgusta un poco. Pero si es así, ¿qué tipo de persona soy que no me gusta tenerlo cerca para nada?

\* \* \*

—Vas a tener que encargarte por mí, preciosa —dice Tim nada más entrar en la cocina. Yo estoy sacando unas *focaccia* del horno y espolvoreando queso rallado en ellas—. Necesitan más vino. Creo que no ha sido una buena idea ponerme como *sommelier*. Gracie ha dicho dos botellas de *pinot grigio* —señala con tono divertido. Sin embargo está sudando y seguramente no por el calor que hace.

—¿Por qué te lo han pedido a ti? Creía que estabas aquí como asistente, no como camarero. —Mi madre ha traído a doce posibles donantes a cenar. Ha encargado el menú a un servicio de *catering*, pero no quiere que nuestros comensales se enteren, así que soy yo la que les está sirviendo la comida precocinada, calentándola antes.

—A veces la línea entre una cosa y otra es muy fina. No tienes ni idea de cuántas jarras de café y bandejas de rosquillas les he llevado desde que entré a trabajar en la campaña de tu madre. ¿Sabes cómo abrirlas? —Hace un gesto hacia las dos botellas que he sacado de la bandeja inferior del frigorífico.



—No, pero me lo imagino.

—Odio el vino —comenta pensativo—. ¿Puedes creer que nunca me gustó su olor? Sin embargo, ahora mismo me metería esas dos de un solo trago. —Cierra los ojos.

Quito la lámina de metal que tienen en la tapa e inserto el sacacorchos en una de ellas; un sacacorchos nuevo que se parece más a un molinillo de pimienta que a otra cosa.

—Lo siento, Tim. Si no quieres volver allí, ya las llevo yo.

—Qué va. Se están jactando demasiado. Por no hablar del fanatismo que se respira en el ambiente. Ese tal Lamont es un imbécil de primera.

Estoy de acuerdo con él. Steve Lamont es un abogado especializado en derecho tributario y un experto a la hora de ser políticamente incorrecto. A mi madre nunca le gustó ya que es un tipo bastante machista y siempre está gastando bromas al respecto, como decir que todos los años se viste de luto cuando se conmemora el aniversario en el que las mujeres pudieron votar por primera vez.

—No entiendo por qué está aquí —digo yo—. Clay es del sur, pero no es tan fanático como él... o eso creo.

—Porque es jodidamente rico, nena. O como diría Clay, «tiene tanto dinero que se compra un barco nuevo cada vez que al viejo le sale una humedad». Eso es lo que importa. Soportarían mil cenas peores que esta con tal de que les diera un poco.

Me estremezco de tal modo que rompo la mitad del corcho de la botella.

—Maldita sea —espeto. Tim intenta hacerse con la botella, pero me alejo de él—. No pasa nada, voy a intentar sacar la parte que se ha roto.

—¿Timothy? ¿Por qué tardas tanto? Mi madre entra por la puerta de la cocina y nos mira.

Le enseño la botella.

—¡Vaya por Dios! —se queja—. Como caiga algún trozo de corcho dentro va a echar a perder el vino. —Me la quita de las manos, la examina frunciendo el ceño y decide tirarla a la basura. Después se dirige al frigorífico y saca otra. Me acerco para abrirla, pero se hace con el sacacorchos y se encarga ella misma con suma destreza. A continuación hace lo mismo con la segunda botella.

En cuanto termina le pasa una a Tim.

—Ve a la mesa y rellena las copas de todos.

Mi amigo suelta un suspiro.

—De acuerdo, Gracie.

Mama toma una copa de vino del estante, la llena y le da un buen sorbo.

—Tim, recuerda que no puedes llamarme así en público.

—Sí, senadora. —Tim sostiene la botella como si fuera dinamita a punto de explotar.

Mi madre bebe otro sorbo de vino.

—Está delicioso —dice con aire ausente—. Creo que la cena está yendo muy

bien, ¿verdad? —Dirige la pregunta directamente a Tim, que responde con un gesto de asentimiento.

—Casi puede oírse el sonido de las carteras al abrirse —comenta él. Si su tono de voz ha sido un poco sarcástico, mi madre no se ha dado cuenta.

—Bueno, no lo sabremos hasta que no tenga los cheques en mi poder. —Se termina la copa de un trago y me mira—. ¿Me queda todavía carmín en los labios?

—Solo un poco. —La mayoría se ha quedado en el borde de la copa.

Suelta un bufido de impaciencia.

—Voy arriba a ponerme más. Tim, ve al salón y rellena los vasos. Samantha las *focaccias* se van a quedar frías. Sírvelas con un poco de aceite de oliva.

Gira sobre sus talones y se va hacia las escaleras. Nada más salir, le quito a Tim la botella de vino y le doy la de aceite.

—Gracias, preciosa. Esto no es tan tentador.

Miro la copa con los restos de lápiz labial.

—Se la ha bebido de una sola sentada.

Él se encoge de hombros.

—A tu madre no le gusta tener que pedir nada a la gente. No es su estilo. Me imagino que un poco de alcohol para que le infunda valor no le viene mal.

## CAPÍTULO 32

—No te vas a creer lo que acaba de pasarme —me dice Jase en cuanto contesto al teléfono aprovechando una pausa en el B&T. Me alejo del campo de visión de la ventana no vaya a ser que el señor Lennox haga caso omiso del cartel de fuera de servicio y me ponga la primera falta como empleada en el club.

—Cuenta.

Baja la voz.

—¿Te acuerdas que puse una cerradura en la puerta de mi dormitorio? Pues bien, por lo visto mi padre se dio cuenta. Así que hoy, mientras estaba colocando el material de jardinería, se ha acercado a mí y me ha preguntado que por qué la he puesto.

—Oh, oh. —Llamo la atención a un niño que está intentando colarse a hurtadillas en el *jacuzzi* (tenemos una estricta política de prohibir la entrada a los menores de dieciséis años) y niego con la cabeza mirándole con severidad. El muchacho se escabulle a toda prisa. Seguro que es por el uniforme.

—Así que le he dicho que la he puesto porque necesito un poco de privacidad y porque a veces estás conmigo dentro y no queremos que nos interrumpas diez millones de veces.

—Buena respuesta.

—Sí. Creía que eso daría por zanjado el asunto pero entonces me ha pedido que le acompañara a la trastienda porque quería tener una charla conmigo.

—Oh, oh, otra vez.

Jase se ríe.

—Le sigo, nos sentamos y me pregunta si estoy siendo responsable... contigo.

Vuelvo a ampararme en la sombra de los arbustos, lejos de la posible mirada del señor Lennox.

—Oh, Dios mío.

—Le he dicho que sí, que lo tenemos todo bajo control. Todavía no me puedo creer que haya sacado el asunto a colación. Jesús, ¡que son mis padres! En mi casa no es difícil imaginarse cómo se hacen los niños. Al final le he dicho que nos estamos tomando las cosas con calma y que...

—¿Le has dicho eso?

«¡Dios, Jase! ¿Cómo voy a mirar al señor Garrett a los ojos a partir de ahora? Ayuda».

—Es mi padre, Samantha. Sí. Claro que quería que esa conversación se terminara lo antes posible, pero aún así...

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, le recordé que en el instituto nos tienen bien informados sobre el tema, por no hablar de casa, y que no somos dos locos irresponsables.

Cierro los ojos y trato de imaginarme teniendo esa misma conversación con mi madre. Inconcebible. Y no, no lo he dicho con doble sentido.

—Entonces empezó a... —Jase baja aún más la voz—... decirme que... mmm... que debo ser considerado contigo y que es importante que nos demos... placer mutuo.

—¡Oh, Dios mío! Si hubiera sido tú, me habría muerto. ¿Qué le dijiste? —pregunto. De verdad que quiero saber su respuesta, aunque ahora mismo estoy completamente distraída por lo que acaba de decir. «¿Placer mutuo? ¿Qué sé yo de eso? ¿Y si la roba tiendas de Lindy tenía unos cuantos trucos bajo la manga de los que yo no tengo ni idea? Tampoco se lo puedo preguntar a mi madre. Ya me estoy imaginando los titulares: “Senadora del estado sufre un ataque al corazón mientras mantiene una conversación con su hija”».

—Pues lo único que me salió fueron muchos «sí, papá» y él siguió y siguió mientras lo único que podía pensar era en que Tim estaba a punto de llegar y podía oír a mi padre diciendo: «A tu madre y a mí nos gusta blablablá...».

No puedo parar de reír.

—No me puedo creer que metiera a tu madre en esto.

—¡Lo sé! —Jase también se está riendo—. Ya sabes la relación tan estrecha que tengo con mis padres, pero esto... ¡Jesús!

\* \* \*

—¿Qué opinas? —pregunta Jase, levantando dos latas de pintura del suelo y dejándolas encima del mostrador. Quitaba una tapa, después otra, y mete sendos palos de madera para agitar la pintura—. Para el Mustang. Aquí tenemos el verde que llevan los automóviles de carreras británicos. —Hace un trazo con el palo sobre un papel de periódico—. Y aquí otro verde, pero con un acabado un poco más metálico. —Otro trazo—. ¿Cuál te gusta más?

Son prácticamente iguales, aún así estudio ambos tonos con cuidado.

—¿Cuál era la pintura original del Mustang? —pregunto.

—El verde no metálico. Lo que está bien, pero...

Me suena el teléfono móvil.

—Hola, preciosa, necesito tu ayuda. —Se trata de Tim—. Estoy en la oficina de campaña y me he dejado el portátil en la ferretería. He escrito un discurso para tu madre esta noche y necesito que se lo envíes a su correo. Está en el almacén, sobre el escritorio del señor Garrett.

Encuentro el portátil al instante.

—Ya lo tengo. ¿Y ahora qué?

—Busca el documento, no me acuerdo qué nombre le puse, aunque tampoco hay muchos archivos. «Trabajo» o algo así.

—¿Cuál es tu contraseña? —Mis dedos se ciernen sobre el teclado.

—Alice —dice Tim—. Pero si se lo dices a alguien lo negaré.

—Alice por *Alicia en el país de las maravillas*, ¿verdad?

—Claro, claro. Tengo que dejarte, al agarrado de Malcolm está a punto de darle algo. Llámame si no lo encuentras.

Introduzco la contraseña y miro los documentos que tiene. No veo nada con el nombre de «Trabajo». Busco en las distintas carpetas y al final doy con una que se titula «Chorradas». Conociendo a Tim seguro que se trata de esta. Pincho en ella y se abre una ventana con varios documentos. *Ponedle a esa chica una A: Estudio sobre Hester Prynne de la Letra escarlata. Comparación entre Huckleberry Finn y Holden Caulfield. El peligro en Dickens. Las Cuatro Libertades.*

Pincho en *Las Cuatro Libertades* y... ahí está. El discurso ganador de Nan del 4 de julio. Con fecha del otoño pasado.

Pero mi amiga lo escribió para la asignatura de política estadounidense. Esta primavera.

Daniel también cursó esa asignatura el año pasado. Lo recuerdo hablando de John Adams durante el almuerzo en el instituto. Así que Nan debió de haber tomado el programa del curso de él. Siempre le gusta prepararse con mucha antelación. Pero escribir el discurso antes de empezar a dar la asignatura me parece un poco extremo, incluso para ella.

¿Y por qué está en el ordenador de Tim? Ah sí, Nan suele tomar prestado el portátil de su hermano cuando el suyo está hecho un asco.

Muevo el cursor del ratón y pincho en *Comparación entre Huckleberry Finn y Holden Caulfield*, el ensayo de Nan que se publicará en la revista literaria. Y sí, aquí está el artículo ganador del premio Lazlo de Nan, palabra por palabra.

Sé que mi amiga ha guardado las espaldas de su hermano en más de una ocasión. Ambas lo hemos hecho. Pero esto va más allá de lo que me imaginaba.

Por más que lo tengo ante mis ojos no me lo puedo creer. Tim está usando el trabajo de Nan.

Continúo mirando la pantalla, sintiendo como si de pronto me hubieran drenado toda la sangre de la cabeza.

\* \* \*

—¡Samantha, te necesito! ¿Puedes despegarte de tu novio un rato? —pregunta Nan al otro lado del teléfono con voz temblorosa y demasiado aguda.

—Claro. ¿Dónde estás?

—Nos vemos en Doane's. Necesito un helado.

¿Nan como loca por meterse una dosis de azúcar? «Mala señal. ¿Habrá ido a Nueva York con Daniel? Estamos a sábado. Creía que Tim me había dicho que su hermana le contó a sus padres que se iba con su novio a una especie de simulacro para estudiantes en la ONU y que iban a quedarse en casa de un tío de él muy estricto».

Ni siquiera sé si Daniel tiene un tío que viva en Nueva York, aunque de tenerlo, no me cabe la menor duda de que sería estricto.

Los Mason viven mucho más cerca del centro de la ciudad que yo, así que cuando llego a Doane's no me sorprende encontrarme a Nan sentada en la barra. Lo que sí que me sorprende es que ya esté atacando como una posesa un *banana split*.

—Lo siento —se disculpa con la boca llena de crema batida—. No he podido esperar. He estado a punto de cruzar la barra y meter los dedos en los recipientes de helado yo misma. Necesito chocolate desesperadamente. Soy como Tim. Desde que ha dejado de beber se pone hasta las cejas de dulce.

—Pero tú no estás dejando ningún mal hábito. ¿O sí? ¿Qué ha pasado con Daniel? —Se vuelve hacia mí y me fijo en que tiene los ojos rojos, llenos de lágrimas que caen por sus pecosas y sonrojadas mejillas—. ¡Ay, Nan! —Intento abrazarla pero hace un gesto de negación con la cabeza.

—Pide lo que quieras y sentémonos en la mesa que hay fuera. No quiero que todo Doane's se entere.

Las únicas personas que hay en la heladería son una madre con su hijo pequeño que está gritando porque no le deja que se compre la chocolatina que se le ha antojado.

—¡Eres mala, mamá! ¡Te voy a matar con mi espada! —chilla el pequeño.

—Sí, salgamos antes de que seamos testigos de un homicidio —digo—. Ya pediré un helado más tarde. Vamos.

Salimos fuera. Nan coloca su plato delante de la mesa, toma la guinda y la empapa a conciencia en la de salsa de chocolate.

—Esto tiene que tener como un millón de calorías, ¿no crees?

—Nan. Cuéntame. ¿Qué ha pasado? Tim me dijo que ibais a estar todo el fin de semana.

—Siento no habértelo contado. Daniel no quería que nadie lo supiera. Solo se lo dije a Tim porque creí que me ayudaría a encontrar una tapadera mejor, pero me dijo que lo de la ONU y el tío estricto estaba bien. Aunque comentó que estaría todavía mejor si decíamos que nos alojábamos con una tía, en vez de un tío, y en un convento.

—Podías habérmelo dicho. Nunca se lo hubiera contado a nadie. —¿Sabe que Tim está usando sus trabajos? ¿Debería decírselo?

Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas pero se los limpia inmediatamente y vuelve a llenar la cuchara con un montón de helado.

—Lo sé. Lo siento. Creía... Tenía la sensación de que estabas demasiado ocupada

con el guaperas del pueblo como para preocuparte por mis cosas. Pensaba que me iría como una adolescente y volvería como la mujer sofisticada que llevó su relación al siguiente nivel en la Gran Manzana.

Hago una mueca. No, no es el mejor momento para traer a colación lo de Tim.

—¿Volvió Daniel a llamarlo así? ¿Quieres que le regalemos un diccionario? Tal vez podríamos convertir sus palabras en algo sexualmente atrayente, aunque solo sea un poco. Por ejemplo, «llevar la relación al siguiente nivel» sería, «vamos, nena, enciende la llama de mi fuego».

Se mete en la boca otra cucharada de helado y se la traga.

—¿Qué te parece «es hora de deshacernos de nuestras inhibiciones»? —dice.

—Oh, Nan, ¿de verdad dijo eso?

Asiente con la cabeza.

—Es imposible que tenga nuestra edad. A veces creo que estamos en una película de terror y Daniel ha sido poseído por el espíritu de un vendedor de seguros de mediana edad. —Se mete otra cucharada enorme de helado en la boca.

—¿Y qué pasó después de que os «deshicierais de vuestras inhibiciones»? —pregunto.

—Bueno, estábamos en casa de su tío, esa parte es cierta. Pero el hombre se había ido a pasar el fin de semana a Pound Ridge, así que... salimos a cenar y a dar un paseo por el parque; no mucho tiempo porque Daniel tenía miedo de que nos asaltaran. Después regresamos y él puso un poco de música.

—Por favor, no me digas que escogió el *Bolero* de Ravel.

—En realidad no conseguí sintonizar la cadena que quería, así que terminamos oyendo rap. En el fondo le hizo gracia. Me he dado cuenta de que es menos estirado cuando yo, bueno... cuando me comporto...

—¿Cuándo eres más lanzada?

—Exacto. Es su punto débil. Así que me puse el vestido verde que tiene los botones por delante y en un momento dado me lo abrí sin más preámbulos. Los botones salieron volando por todas partes. ¡Tendrías que haber visto su cara!

—¡Caramba! —No me imagino a mi amiga haciendo algo así. Pero si todavía se cambia con la puerta cerrada cuando me quedo a dormir en su casa.

—Entonces le dije: «Déjate de tanta palabrería, profesor» y le arranqué la camisa. —Ahora se le escapa una sonrisilla.

—Nan, eres una descarada. —Deja de sonreír, apoya la frente en la mesa, al lado del helado, y suelta un sollozo—. Lo siento, estaba de broma. ¿Qué pasó entonces? ¿Te hizo ir a comprarle una nueva?

—No. Estaba encantado. Me dijo que le gustaba esa nueva faceta mía y que no era de los que se sentía amenazado cuando una mujer demostraba seguridad en sí misma. —Moja un trozo de plátano en sirope pero deja la cuchara dentro y se limpia la nariz con el dobladillo de la camiseta—. Dijo que era preciosa y que no hay nada mejor en esta vida que cerebro y belleza juntos. Luego dejó de hablar y empezó a

besarme como un loco. Nos tumbamos en el suelo, frente a la chimenea y entonces...  
—Otro sollozo.

Le acaricio la nuca mientras pienso en todos los posibles escenarios. «Daniel confesó ser gay. Daniel tiene disfunción eréctil. Daniel resultó ser un vampiro y no puede acostarse con ella porque teme terminar matándola».

—Su tío entró. Apareció justo ahí, en plena biblioteca. En realidad no se había ido. Se suponía que era el fin de semana siguiente. Cuando llegamos a su casa y dejamos las maletas estaba fuera, trabajando, pero cuando volvimos estaba dándose un baño, oyó ruidos y entró con un palo en la mano, dispuesto a matar a quien quiera que se hubiera colado en su hogar.

«Oh, pobre Nanny».

—Se puso a gritar como un histérico a Daniel y me llamó puta y otras lindezas. Daniel no pudo encontrar sus pantalones y se quedó allí parado, desnudo, hasta que se le ocurrió la feliz idea de parapetarse detrás de mí.

«Maldito Daniel. ¿Qué le costaba portarse como un caballero y hacer lo contrario, ponerse delante de ella para cubrirla? Tim tenía razón. Es un imbécil».

—¡Qué cobarde!

«¡Uy! ¿Le sentará mal lo que acabo de decir?». Me preparo para su reacción, pero ella se limita a asentir y dice:

—Lo sé, ¿verdad? Steve McQueen nunca habría actuado así. Le habría dado un puñetazo como hace con el médico en *Amores con un extraño*.

—¿Y cómo terminó la cosa?

—Pues Daniel y su tío empezaron a discutir y él le rogó que no le dijera nada a sus padres. Su tío no dejó de gritarle en ningún momento y al final decidió no contar nada si «desistíamos de nuestra actitud y abandonábamos su vivienda de inmediato».

Ahora entiendo de dónde le viene a Daniel la pedantería.

—¿Entonces volviste a casa?

—No, era muy tarde. Usamos mi American Express para casos de emergencia y terminamos en un hotel. Daniel intentó que lo retomáramos donde lo dejamos pero ya no era lo mismo. Al final nos pusimos a ver una maratón de *Star Trek* y nos quedamos dormidos.

Extiendo los brazos y esta vez sí que me deja abrazarla. Apoya la cabeza sobre mi hombro y empieza a temblar.

—¿Por qué nunca me salen las cosas bien? Solo quería tener una aventura, sentirme irresistible, y ahora solo soy una perdida pero sin haber disfrutado del sexo. Soy una perdida de pega. —Sus lágrimas calientes me mojan el cuello.

—Creo que eres una mujer impresionante. Le arrancaste la camisa, llevaste la voz cantante... eres una auténtica perdida, Nan Mason.

—En realidad me costó lo suyo arrancársela. —Se limpia los ojos con el dorso de la mano—. Esos botones parecían cosidos con alambre.

—Dijo que eras preciosa y valiente. Y lo eres.



—No se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a Tim. Le dije que con Daniel me fue de maravilla. ¡Puaj!

«Creo que Tim entendería que a veces las cosas no salen como uno espera».

Le acaricio cariñosamente la espalda.

—No diré nada. De verdad de la buena.

Digo esto último intentando quitarle hierro al asunto, pero Nan se pone tiesa de repente.

—Y no se te ocurra decírselo a tu novio Garrett. No quiero que os riais de nosotros.

Me estremezco por dentro. Sabiendo lo protector que Jase es con sus hermanas y cómo intentó que Tim se mostrara más compasivo con Nan, sé que nunca se le ocurriría reírse de algo así. Que Nan piense lo contrario me duele, casi tanto como que me vea capaz de divertirme a su costa. Sin embargo, lo único que se me ocurre decir es:

—No se lo diré a nadie.

—Necesito otro helado. —Tiene la cara roja y los ojos hinchados de tanto llorar —. ¿Te apetece compartir ese postre enorme que tiene diez bolas de helado y que te sirven sobre un Frisbee?

## CAPÍTULO 33

—Deseadme suerte en el Chuck E. Chesse. —La señora Garrett suelta un suspiro cuando nos deja a Jase y a mí en la ferretería—. Es como entrar en el mismísimo infierno pero con *pizza* y un ratón gigante que habla.

Hoy a Jase y a Tim les toca trabajar juntos, pero Tim no ha venido a recogernos. La señora Garrett me ha dicho que hoy no me necesitaba de canguro, pues han invitado a George a una fiesta de cumpleaños en el Chuck E. Cheese, y se ha ofrecido para llevarnos. Como también tengo la tarde libre en el Breakfast Ahoy, he venido con Jase y aquí estoy, echando un vistazo a un manual de preparación del examen de acceso a la universidad que Nan me ha dejado.

Jase se ha puesto a desembalar una remesa de clavos. No hacemos ningún comentario sobre la ausencia de Tim, pero me doy cuenta de que los ojos de Jase, bajo sus espesas y oscuras pestañas, se desvían de vez en cuando hacia el reloj que hay sobre la puerta, igual que los míos. No quiero que Tim la fastidie, pero pasan diez minutos de su hora de entrada, luego veinte y al final media hora.

El señor Garrett sale de la trastienda para saludarnos. Palmea a Jase en el hombro, me da un beso en la mejilla y nos dice que en su oficina encontraremos un montón de café listo para cuando nos apetezca tomarlo. Se ha encerrado allí dentro, comenta, para hacer el balance trimestral. Jase se pone a silbar y continúa clasificando clavos de todo tipo al tiempo que garabatea cifras en un cuaderno. Desde la oficina del señor Garrett me llega un sonido repetitivo. Paso varias páginas del manual intentando identificarlo.

*Clic-clic-clic-clic-clic-clic.*

Miro a Jase con curiosidad.

—Está pulsando una y otra vez un bolígrafo —explica—. Mi padre dice que eso le ayuda con las sumas... o en nuestro caso con las restas. —Abre un paquete de clavos y los deja caer sobre un cajón de plástico.

—¿No han mejorado las finanzas? —Me acerco a él y le rodeo la espalda con los brazos, apoyando la mejilla sobre su hombro. Lleva una sudadera gris que huele a él.

—No. Pero tampoco han ido a peor. —Se vuelve hacia mí, me agarra de la nuca y me arrastra hacia él con una sonrisa en los labios.

—Pareces cansado. —Trazo con la yema del dedo la sombra negro azulada que tiene debajo del ojo.

—Sí, lo estoy. Me encanta que hagas eso, Sam.

—¿Estás trasnochando mucho? ¿Haciendo qué?

—Más bien estoy madrugando, aunque cuando uno se levanta a las cuatro de la mañana más que madrugar parece que no te ha dado tiempo a dormir.

Tiene los ojos cerrados. Deslizo la yema del dedo por su mejilla y luego la subo hasta el otro ojo.

—¿Te estás levantando a las cuatro de la mañana? ¿Por qué?

—No te rías.

¿Por qué esa frase siempre consigue arrancarme una sonrisa? Abre los ojos y se ríe.

Intento poner cara seria.

—No lo haré.

—Estoy repartiendo periódicos.

—¿Qué?

—Que estoy trabajando de repartidor para el *Stony Bay Sentinel*. Empiezo a las cuatro, seis días a la semana.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos semanas. No pensaba que fuera tan agotador, en las películas no ves a los repartidores metiéndose Red Bull ni cafeína en vena para aguantar todo el día.

—Porque tienen diez años. ¿Por qué no se encarga Duff? —Enreda su mano en mi pelo y me quita la goma, un gesto que se está convirtiendo en habitual.

—Duff no espera ir a la universidad el año que viene. Yo sí. Aunque tal y como van las cosas lo veo poco probable. Maldita sea, no debería haber comprado el Mustang. Pero es que... le tenía tantas ganas. Y ahora ya está casi arreglado. Siempre que invierta unos cuantos dólares más en él, claro. —Me muerdo el labio. Nunca en mi vida me he preocupado por el dinero—. No, Sam, no te pongas triste. Todo va a salir bien. No debería haber sacado el asunto a colación.

—He sido yo la que ha sacado el tema —le recuerdo—. Soy tu novia. Se supone que tienes que hablar de estas cosas conmigo. No estamos juntos solo para que pueda acariciar tu pedazo de cuerpo a mi antojo.

—Aunque con eso también estoy de acuerdo —dice él, enrosca los dedos en mi pelo y me acerca todavía más hacia sí.

—¡Oh, por favor! Parad ya de manosearos en público.

Nos volvemos hacia la puerta y vemos entrar a Tim con su traje gris para impresionar a Grace Reed y con aspecto de estar agotado y muy enfadado.

—Mason —le saluda Jase, sin dejarme ir—. ¿Estás bien? —Hace un gesto hacia el reloj con un movimiento del hombro.

—Eso depende de lo que entiendas por «estar bien». —Tim se quita la americana y la cuelga descuidadamente en una percha. Después se afloja la corbata como si de una boa constrictor oprimiéndole el cuello se tratara—. Algo de lo que yo no tengo ni puta idea, ¿verdad? —Se coloca al lado de Jase, que disimuladamente estudia sus pupilas y le huele el aliento. Desde aquí yo no huelo nada raro, espero que Jase tampoco. Tim solo está muy... cabreado.

—¿Qué te pasa? —Jase le pasa su tarjeta de registro de las horas de trabajo.

Tim se inclina y escribe la hora con un rotulador negro.

—¿Samantha? ¿Qué coño sabes de Clay Tucker?

—Vamos, Tim. Deja de decir palabrotas. —Pongo una mano sobre su hombro. Últimamente cuida mucho su vocabulario. Incluso puedes mantener una conversación con él sin que suelte ninguna.

—¿Por qué, Samantha? ¿Por qué cojones no puedo decir «joder»? —Esboza su encantadora sonrisa falsa—. Yo lo digo y vosotros lo hacéis. Para mí que salís ganando.

—Ya basta, Tim. Samantha no tiene la culpa de nada. ¿Qué pasa con Clay Tucker? —Jase apoya la cadera a un lado del mostrador y se cruza de brazos.

—No sé. No soy el más indicado para criticar a los putos manipuladores, al fin y al cabo yo mismo lo soy. Pero este tipo... llega hasta puntos insospechados. Y tu madre, Samantha... se pone a su mismo nivel. —Tim se frota la frente.

—¿A qué te refieres? —quiero saber.

Pero justo en ese momento el señor Garrett pregunta:

—¿Tienes que trabajar esta noche en la campaña? —Ha debido de entrar sin que le oyéramos.

Tim hace un gesto de negación. Se está poniendo rojo. Nunca ha llegado tarde antes, no a la tienda.

—Muy bien. Entonces te quedarás después de cerrar y terminarás el inventario del almacén que empezaste el otro día. —Tim asiente y traga saliva. El señor Garrett le pone una mano en el hombro—. Nunca más, Timothy, ¿entendido? —Dicho esto se marcha a su oficina. Le miro y me doy cuenta que hoy sus anchos hombros no van tan erguidos como de costumbre.

Jase saca un paquete de chicles del bolsillo de sus *jeans* y se lo ofrece a Tim.

—Sigue.

—Sí, lo de Clay... —Saca seis chicles, la mitad del paquete. Jase alza las cejas pero no dice nada—. Está en todas partes. Si se te ocurre levantar una piedra en esta campaña te lo encuentras debajo. Grace tiene todo un equipo de profesionales trabajando para ella y Clay está a cargo de todo. En cuanto dice algo todo el mundo corre a obedecerle. Hasta yo. ¡Nunca duerme! Incluso al tal Malcolm, ese tipo pequeño y pelota que dirige la campaña de tu madre, se le ve agotado, pero Clay parece el puto conejo del anuncio de las pilas Energizer. Y luego tiene a esa mujer... la morena que está tan buena que trabaja para Ben Christopher y que hace de espía para Clay. Todas las mañanas nos dice lo que tiene planeado hacer Christopher ese día. De esa forma Grace juega con ventaja y da mejor impresión.

De repente empiezo a darme cuenta de muchas cosas, pero no tengo tiempo de procesarlas porque Tim continúa hablando.

—También controla todas las sesiones de fotos. Ayer había un pobre hombre que perdió ambas piernas en Afganistán y Clay se aseguró de que Gracie se hiciera una foto saludándole y consiguió que saliera en media página del *Stony Bay Bugle*. —Se

mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar de un lado para otro—. Después fuimos a una guardería y Grace se hizo una foto rodeada de seis niños adorables, todos rubios. El muy capullo prácticamente empujó a una niña con una de esas grandes marcas de nacimiento en la cara para que no saliera en la imagen. Es muy bueno en lo que hace y es una gozada verle trabajar, pero también da mucho miedo. Y tu madre... no dice nada, Samantha. Parece como si fuera ella la que estuviera trabajando para él y no al revés. ¿Qué coño está pasando?

En realidad yo también he pensado lo mismo en varias ocasiones, pero que aquello lo diga Tim hace que me ponga a la defensiva. Además, ¿quién es él para hablar?

—Mira —digo—, puede que parezca que él es quien manda, pero te aseguro que mi madre nunca dejaría las riendas de esa forma. Le encanta su trabajo y está completamente decidida a ganar estas elecciones. Sabe que no será fácil, que le espera un camino muy duro... —Voy perdiendo fuerza. «Estoy hablando igual que ella».

—Sí, y va en cabeza en todas nuestras encuestas internas. Incluso teniendo en cuenta el margen de error. Seguida de cerca por su contrincante, pero en cabeza. Pero eso no es suficiente para Clay. Él quiere arrasar, no permitirá que en noviembre tengamos la más mínima sorpresa, así que tu madre no solo tiene que ganar, tiene que aplastar a Ben Christopher. Sin miramientos. No solo en estas elecciones, sino hundir toda su carrera.

Jase me está acariciando pensativo el costado con la mano izquierda, mientras sigue sacando paquetes de clavos de la caja con la derecha.

—¿Y lo está consiguiendo haciendo qué? —pregunta.

—Sacando a la luz todos los trapos sucios posibles, hasta los que no tienen importancia, pero haciendo que sí que importen.

Ambos miramos a Tim.

—Por ejemplo, Ben Christopher tiene dos arrestos por conducir bajo los efectos del alcohol. El primero fue hace treinta años, cuando estaba en el instituto. El segundo, hace veintiséis. El hombre hizo su servicio comunitario y pagó la multa. Me he fijado en él cuando está en algún mitin o debate electoral y es un tipo decente. De verdad. Ha hecho todo lo posible por compensar sus faltas. Pero Clay está haciendo lo increíble para que no pueda dejar su pasado precisamente donde debe estar, en el pasado. Sabe por ese perrito faldero espía que tiene que en la campaña de Christopher están cagados de miedo porque aquello pueda salir a la luz y va a hacer que Gracie se reúna con un capullo que va a soltarlo todo. Tres días antes de las elecciones.

—¿Y tú qué papel desempeñas en todo esto? —pregunta Jase.

Tim nos mira con ojos suplicantes.

—No lo sé. Clay Tucker cree que hago milagros. Por alguna extraña razón, todo lo que hago impresiona a ese gilipollas. Hoy me ha felicitado por lo bien que se me da ordenar documentos, ¡por el amor de Dios! Nadie ha estado tan contento conmigo

nunca. Ni siquiera cuando fingía. Y ahora no lo estoy haciendo. Pero se me da bien toda esta mierda de la política. Además, necesito recomendaciones. —Pone voz de pito—. «Lo de la ferretería está muy bien, Timothy, pero lo único que puede reparar todo el daño que te has hecho es la experiencia que adquieras en esta campaña y las recomendaciones que pueda dar de ti la senadora del estado».

—¿Tu madre? —pregunto.

—Claro. No hay una persona sobre la faz de la Tierra que pueda decir cosas tan buenas de mí como Clay Tucker. Pero gracias a mi suerte, tiene que arruinar la vida de un buen hombre por el camino.

A partir de este momento empiezan a entrar un número inusual de clientes. Una mujer con cara de pocos amigos acompañada de su hija adolescente que quiere ver muestras de pintura. Una anciana que busca un soplador de hojas que no requiera de mucha fuerza para manejarlo. Un hombre con barba, que se ve que no tiene ni idea de bricolaje, que pide a Tim «una de esas cosas que salen en la tele que sirven para arreglar cosas». Tras cinco minutos en los que mi amigo le ha ofrecido de todo (desde masilla hasta una espátula) Jase se da cuenta de que lo que realmente quiere es una caja de herramientas. El hombre se marcha de la tienda con cara de satisfacción.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto cuando volvemos a quedarnos los tres solos.

—Joder, joder, joder —responde Tim. Se lleva la mano al bolsillo de la camisa, donde guarda el paquete de tabaco, pero vuelve a bajarla vacía. No se puede fumar dentro de la ferretería. Cierra los ojos. Parece como si acabara de dispararse con una pistola de clavos en la sien. Después vuelve a abrirlos, aunque sigue con el mismo aspecto. Al final da un puñetazo sobre el mostrador, tirando un vaso de plástico con bolígrafos—. No puedo dejarlo. Ya la he fastidiado demasiado. Si me voy parecerá que he vuelto a las andadas... aunque no sea así. —Se inclina sobre la caja registradora y se tapa los ojos con la palma de las manos. ¿Está llorando?

—Puedes decirle lo que opinas de sus tácticas —apunta Jase—. Decirle que no estás de acuerdo con ellas.

—¡Cómo si le importara! Odio esto. Odio saber qué es lo que hay que hacer y no tener las pelotas suficientes para hacerlo. Qué asco. La vida me está dando lo que me merezco, ¿verdad? No os podéis imaginar las cosas que he hecho, las veces que he hecho trampa en los exámenes, las normas que me saltado, la gente a la que he jodido...

—¡Vamos, hombre! Termina ya con lo de «nadie tiene ni idea de los horrores que he visto». Eso está más que pasado de moda —masculla Jase.

Respiro hondo, dispuesta a decir algo (el qué, no tengo ni idea), pero Jase continúa:

—No has matado a ningún recién nacido para beberte su sangre, solo la has cagado en secundaria, no te des tanta importancia.

Tim enarca tanto las cejas que se convierten en una sola. Ninguno de los dos hemos visto nunca a Jase perder el control de esta forma.

—No es el dilema moral del siglo. —Jase se pasa los dedos por el pelo—. Ni tampoco estás inventando la bomba atómica. Solo se trata de hacer lo correcto o seguir haciendo el imbécil. Así que elige. Pero deja de lloriquear.

Tim hace un seco gesto de asentimiento, apenas una inclinación de barbilla, y después centra su atención en la caja registradora, como si los números y símbolos que hay en ella fueran la cosa más fascinante que ha visto en su vida. Últimamente es mucho más expresivo de lo habitual, pero ahora ha vuelto a adoptar esa máscara anodina que llegué a creer que era su auténtica cara.

—Debería ir al almacén —dice entre dientes y se aleja por el pasillo.

Jase abre el último paquete de clavos y los echa al cajón de plástico. El ruido que hacen al caer rompe el silencio que se ha instalado en la ferretería tras la marcha de Tim.

—No parecías tú —comento con voz queda todavía al lado de él.

Jase parece avergonzado.

—Me salió así. Todo esto hace que me sienta... Estoy cansado de... —Se lleva la mano a la nuca y luego se frota la cara y se tapa los ojos—. Me gusta Tim, es un buen tipo... —Baja la mano y me sonrío—. Pero me gustaría tener las mismas oportunidades que él. Y cuando actúa como si le hubieran maldecido o todo se pusiera en su contra... —Niega con la cabeza, como si así pudiera borrar lo que acaba de pensar. Después me mira y hace un gesto hacia el reloj—. Le dije a mi padre que me quedaría hasta tarde e intentaría ordenar un poco esto. —Acaricia un mechón de mi pelo y lo enreda entre sus dedos—. ¿Tienes algo que hacer después?

—Se suponía que tenía que ir con mi madre a uno de sus actos electorales en Fairport, pero le dije que tenía que estudiar para el examen de acceso a la universidad.

—¿Y se lo creyó? Estamos en verano, Sam.

—Nan me apuntó con ella a esa tontería del simulacro de examen. Y yo... se lo comenté a mi madre cuando estaba un poco distraída.

—Pero no lo hiciste a propósito, por supuesto.

—Por supuesto que no —replico.

—Entonces, si me paso a verte sobre las ocho, estarás estudiando, ¿verdad?

—Claro que sí. Aunque podría necesitar un... compañero de estudio... porque podría tener dificultades a la hora de enfrentarme con los problemas más difíciles.

—Enfrentarte, ¿eh?

—Sí, enfrentarme, luchar, pelear —respondo—. Ya sabes un mano a mano.

—Sí, lo he pillado. Aunque no sé si debería llevar protección para estudiar contigo.

—Eres un tipo duro. Seguro que estarás bien.

## CAPÍTULO 34

Estoy entrando por la puerta de casa cuando me suena el teléfono móvil.

—Así que, como tenemos que levantarnos tan temprano... La fábrica abre a las cinco, imagínate... creo que es lo más lógico... te veo cuando... —Mi teléfono tiene una cobertura perfecta, pero la voz metálica al otro de la línea parece ir y venir, como si estuviera intentando sintonizar un determinado canal de radio y no lograra dar con la frecuencia exacta. Claro que, teniendo en cuenta que dicha voz me está diciendo que no va a pasar la noche en casa porque tiene un evento a primera hora de la mañana en una fábrica en el extremo oeste del estado, este canal no puede ser el de Grace Reed. He debido de terminar en otro programa. O en un universo paralelo. Pero termina diciendo—: Estamos a mitad de camino y no tiene sentido dar la vuelta e irnos a casa. Clay ha encontrado una habitación de hotel magnífica. No te importa quedarte sola en casa, ¿verdad?

Me ha pillado tan desprevenida que asiento con la cabeza antes de darme cuenta de que no puede verme.

—Claro que no, mamá. Estaré perfectamente. Disfruta del hotel. —Estoy a punto de añadir que si quiere se puede quedar otra noche más antes de decidir que con eso se notaría demasiado que estoy deseando quedarme sola.

Mi madre va a pasar la noche fuera. Toda la noche. Con Clay —y sus intenciones poco claras— en una «magnífica» habitación de hotel. Pero no quiero pensar en eso. En lo único que quiero pensar, es más, lo primero que acude a mi mente nada más colgar, es eso de «toda la noche». Por eso marco el número de Jase al instante.

—Sam. —Puedo percibir la sonrisa en su tono de voz. Hace solo diez minutos que me he marchado de la tienda—. ¿Ya has tenido una crisis de estudio?

—Mi madre va a pasar la noche fuera. Toda la noche.

Se queda callado unos segundos; unos segundos en los que empiezo a ponerme un poco nerviosa. «¿Hace falta que sea más clara? ¿Cómo? “¿Quieres que hagamos una fiesta de pijamas?”. No tenemos seis años».

—¿Tu madre va a pasar toda la noche fuera de casa? —repite.

—Sí.

—Y seguramente necesitarás compañía, porque, ya sabes, puedes encontrarte con un montón de problemas difíciles con los que lidiar.

—Claro, claro.

—¿Puerta o ventana? —pregunta.

—Acabo de quitar el pestillo de la ventana.



Me deshago la trenza y me cepillo el pelo. Un día de estos tengo que cortármelo. Ya me llega hasta la parte baja de la espalda y tarda una eternidad en secarse. ¿Por qué estoy pensando en esto ahora mismo? Supongo que porque estoy un poco nerviosa. No quiero pensar demasiado en «eso», pero a menos que saltemos el uno sobre el otro en el calor del momento —lo que veo bastante difícil, logísticamente hablando— tiene que haber un mínimo de planificación, lo que conduce de manera inexorable a lo que estoy haciendo: pensar. Oigo un golpecito en el cristal y me acerco a la ventana. Antes de abrir pongo la mano en el mismo lugar en que la pone Jase.

Me fijo en que ha traído un saco de dormir; uno de esos grandes y voluminosos de color verde que venden por Internet en L.L. Bean. Lo miro con curiosidad.

Jase sigue mi mirada y se pone rojo.

—Les he dicho a mis padres que iba a ayudarte a estudiar, que puede que luego viéramos una película juntos y que si se hacía muy tarde me quedaría a dormir en el suelo de tu salón.

—¿Y qué te han dicho?

—Mi madre, que me lo pasara bien. Papá solamente se quedó mirándome.

—¿Pasaste mucha vergüenza?

—Mereció la pena.

Se acerca muy despacio, con los ojos fijos en mí y me enlaza el talle con las manos.

—Mmm... ¿Entonces vamos a estudiar? —Intento sonar lo más informal posible.

Jase desliza los pulgares detrás de mis orejas y acaricia el hueco que hay debajo. Está a escasos centímetros de mi cara y sigue mirándome fijamente.

—Por supuesto. Estoy estudiándote. —Explora todo mi cuerpo muy despacio y luego vuelve a mirarme a los ojos—. ¿Sabías que tienes diminutas motas doradas en medio de todo ese azul? —Se inclina y me besa un párpado, después el otro y se echa hacia atrás—. Tus pestañas no son rubias, sino más bien castañas. Y... —Se separa un poco más y esboza una sonrisa perezosa—... ya te estás sonrojando... aquí... —Sus labios me rozan la garganta—... y seguramente también aquí. —Noto la calidez del pulgar que me roza el pecho incluso por debajo de la tela de la camiseta que llevo puesta.

En las películas, la ropa desaparece como por arte de magia cuando la pareja está lista para hacer el amor. Hay un cambio de iluminación sobre los cuerpos desnudos y empiezan los primeros acordes de un fondo musical. En la vida real no es así. Jase se quita la camiseta y se desabrocha torpemente la hebilla del cinturón mientras yo salto a la pata coja quitándome los calcetines, preguntándome lo poco sensual que debo de parecer. En las películas ni siquiera llevan calcetines. Cuando Jase se deshace de los *jeans* todo el suelto que lleva en los bolsillos cae por el suelo.

—¡Lo siento! —dice y ambos nos quedamos completamente inmóviles, aunque

sabemos que nadie ha podido oír el estrépito.

En las películas, nadie se siente incómodo pensando en si debería haberse lavado los dientes antes. Cada movimiento está bellamente coreografiado y la banda sonora alcanza su punto más álgido.

En las películas, cuando ambos se han desnudado y él la envuelve a ella en sus brazos para besarla no chocan sus dientes y se echan a reír antes de volver a intentarlo.

Pero si hay algo que tengo claro es que en las películas no se siente ni la mitad de lo que estoy sintiendo aquí y ahora con Jase.

Cuando su mano baja y me roza la parte posterior del muslo tomo una profunda bocanada de aire. La sensación de su piel, toda su piel, contra la mía me pone los vellos de punta. Me acerca todavía más a él y nos sumergimos en un beso que es como caer en aguas profundas, muy profundas. Cuando por fin nos detenemos para tomar aire, tengo ambas piernas alrededor de sus caderas. Las comisuras de sus ojos se arrugan. Sus manos se cierran sobre mis nalgas y me lleva a la cama. Me tumbo de lado, mirándole. Jase se agacha junto al colchón y extiende una mano para ponerla sobre mi corazón. Hago lo mismo y percibo su latido desaforado.

—¿Estás nervioso? —susurro—. Porque no lo pareces.

—Me preocupa hacerte daño, al principio. No me parece justo.

—Tranquilo. No tengo miedo. Ven, acércate.

Jase se pone de pie muy despacio, va hacia sus *jeans* y saca del bolsillo uno de los preservativos que compramos juntos. Lo sostiene sobre la palma de su mano.

—No estoy nada nervioso. —Hace un gesto con la cabeza, señalándome sus dedos, que están temblando ligeramente.

—¿De qué marca es? —pregunto.

—No tengo ni idea. Me limité a meterme unos cuantos en los pantalones antes de venir. —Nos fijamos en el pequeño cuadrado de aluminio—. Ramsés.

—¿Por qué le ponen esos nombres? —pregunto mientras Jase empieza a abrir la envoltura—. ¿Acaso los egipcios inventaron algún método de control de la natalidad infalible? ¿Y qué me dices de los Troyanos? ¿No fueron los que perdieron? ¿No sería mejor haberlos llamado Macedonios, como los que ganaron? Sé que no suena tan exótico pero...

Jase pone dos dedos sobre mis labios.

—Tranquila, Samantha. Shhh. No tenemos por qué hacerlo... Podemos quedarnos...

—Pero yo quiero hacerlo —murmuro—. De verdad. —Respiro hondo y alcanzo el preservativo—. ¿Quieres que te ayude a... mmm... ponértelo?

Ahora es Jase el que se ruboriza.

—Sí, de acuerdo.

Cuando nos tumbamos en la cama, completamente desnudos por primera vez, le miro bajo la luz de la luna y siento que se me hace un nudo en la garganta.

—Eres increíble —digo.

—Acabas de quitarme las palabras de la boca —susurra él. Me ahueca la mejilla con la mano y me atrapa con la mirada. Alzo la mano para cubrir la suya y asiento. Entonces se cierne sobre mí y mi cuerpo se prepara para recibirle.

«Está bien». Sí, es cierto que duele, un poco. Pensé que quizá no me dolería por tratarse de Jase. Pero no es un dolor punzante ni desgarrador. Es como una sensación de ardor cuando algo te atraviesa que se hace un poco más intenso cuando me llena por completo.

Me muerdo con fuerza el labio. Abro los ojos y me encuentro a Jase, que también se está mordiendo el suyo y me mira con tanta ansiedad que mi corazón se derrite por él.

—¿Estás bien? ¿Te gusta?

Asiento y tiro de sus caderas hacia mí.

—Ahora será mejor —promete él. Entonces vuelve a besarme y empieza a moverse rítmicamente. Mi cuerpo sigue al suyo, reacio a dejarle ir y feliz al ver que regresa.

## CAPÍTULO 35

Como os podéis imaginar, al día siguiente, durante el turno de desayunos del Breakfast Ahoy, no doy pie con bola. Menos mal que no estoy en mi puesto de socorrista. Aunque no puedo recordar cómo le gustan los huevos a algunos clientes de toda la vida y me quedo mirando ensimismada a la cafetera y con una sonrisa tonta en los labios, por lo menos no hay ninguna vida en juego.

Cuando Jase trepó por mi ventana esta mañana, a eso de las cuatro, bajó hasta la mitad del enrejado y volvió a subir inmediatamente.

—Pásate por la tienda después del trabajo —me susurró antes de darme un último beso.

Así que ahí es dónde me dirijo desde el mismo instante en que he salido de la cafetería. Voy tan rápido que prácticamente estoy corriendo. Cuando llego a la avenida principal intento frenar un poco, pero me es imposible. Abro la puerta de la ferretería con ímpetu, olvidándome que los goznes están rotos, así que esta golpea la pared con un sonoro estruendo.

El señor Garrett me mira desde detrás de la caja registradora, donde está leyendo unos papeles que tiene en el regazo con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—¡Vaya! Hola, Samantha.

Ni siquiera me he quitado el uniforme, de modo que no se puede decir que tenga un aspecto de lo más profesional o que se me vea muy segura de sí misma. Todo lo contrario, estoy muerta de vergüenza. Cuando me acuerdo de la conversación que Jase tuvo con su padre por lo de la cerradura no puedo evitar pensar: «Lo sabe, lo sabe. Seguro que se me nota en la cara».

—Jase está en la trastienda —me informa amablemente el señor Garrett—, desembalando pedidos. —Vuelve a sus papeles.

Me veo en la obligación de explicarme.

—Pensé en pasarme por aquí antes de hacer de canguro. Ya sabe, en su casa. Solo quería saludar... Y eso es lo que voy a hacer. ¿Entonces en la trastienda? Voy a decirle... hola.

«Muy bien, Samantha, tú sí que sabes hablar».

Oigo el sonido del cartón al rasgarse antes de abrir la puerta que da al almacén y encontrarme a Jase rodeado de una enorme pila de cajas. Está de espaldas a mí. De pronto me siento tan cohibida con él como con su padre.

«Esto es absurdo».

Haciendo a un lado la vergüenza, me acerco a él y le pongo una mano en el hombro.

Se endereza y me da la bienvenida con una enorme sonrisa.

—¡Me alegro de verte!

—¿De verdad?

—Sí. Creí que era mi padre, que venía a decirme que había metido la pata otra vez. Hoy estoy siendo un desastre. Se me ha caído de todo. Latas de pintura, la exposición de jardinería... Cuando me di un golpe con la escalera decidió mandarme aquí. No sé dónde tengo la cabeza.

—Tal vez deberías haber dormido más —sugiero.

—Nada de eso —replica él. Entonces nos miramos durante un buen rato.

Por alguna razón, esperaba verle diferente, de la misma forma que también esperaba verme distinta esta mañana, cuando me he mirado en el espejo. Creía que tendría un aspecto más maduro, más pleno, que reflejara por fuera lo feliz que soy por dentro, pero lo único que me ha mostrado mi reflejo han sido unos labios hinchados por los besos compartidos. A Jase le pasa lo mismo.

—Fue la mejor sesión de estudio que he tenido en mi vida —le digo.

—Sí, yo también la recordaré hasta que me muera —señala él. Después aparta la mirada como si también estuviera avergonzado y se inclina sobre otra caja—. Incluso me he dado un golpe con el martillo en el pulgar cuando estaba pensando en lo de anoche.

—¿En este pulgar? —Me acerco su callosa mano y le beso el pulgar.

—No, el de la mano izquierda. —Esboza una sonrisa cuando me ve extender el brazo hacia su otra mano.

—También me rompí la clavícula una vez —dice, indicándome el lado exacto. Deposito un beso en la zona que me señala—. Y algunas costillas en una pelea que tuve el primer año de secundaria.

No le subo la camiseta hasta la zona en la que me está indicando con el dedo. No soy tan atrevida. Pero me inclino para darle un beso a través del tejido.

—¿Te sientes mejor?

Sus ojos brillan traviesos.

—En octavo, me metí en otra pelea con un muchacho que estaba molestando a Duff y me dejó un ojo morado. —Me pongo de puntillas y acerco los labios a su ojo derecho y después al izquierdo. Me agarra de la nuca con sus cálidas manos y me acerca a él, colocándome entre sus piernas abiertas—. Si mal no recuerdo también me partió el labio.

Antes de darnos cuenta nos estamos besando y todo lo que hay a nuestro alrededor desaparece. El señor Garrett podría entrar en cualquier momento, o llegar un camión con alguna entrega, o una flota de naves alienígenas podrían oscurecer el cielo. Da igual, no nos daríamos cuenta.

Permanecemos allí, apoyados contra la puerta, hasta que de verdad llega un camión enorme y Jase tiene que descargar más material. Son solo las once y media, no tengo que ir casa de los Garrett hasta las tres; como no quiero marcharme me dedico a hacer cosas inútiles como reordenar las fichas de muestras de pintura, oír el

*clic-clic-clic* del bolígrafo del señor Garrett... y revivir todo lo acontecido la noche anterior con el corazón lleno de dicha.

\* \* \*

Más tarde intento concentrarme y ayudar a Duff a construir un «zoo para especies del Ártico con material reciclable» para la exposición de su campamento de ciencias. La tarea no solo se complica por el hecho de que George y Harry se están comiendo los terrones de azúcar que estamos usando como material de construcción, sino porque Duff es extremadamente quisquilloso con el concepto de «reciclable».

—No estoy muy seguro de que el azúcar entre dentro de lo que se entiende por reciclable. En cuanto a los limpiadores de pipa, ¡eso sí que no! —sentencia, mirándome mientras pinto de color blanco varios cartones de huevos para transformarlos en icebergs que flotan en el papel de aluminio que hemos puesto imitando a las aguas heladas del Ártico.

La puerta de la cocina se abre de golpe y Andy entra como una exhalación, sin dar ningún tipo de explicación y hecha un mar de lágrimas. Sus sollozos se oyen cuando sube por las escaleras.

—No consigo que estos terrones permanezcan juntos. Se derriten cuando les pongo el pegamento —protesta Duff enfadado, girando el pincel en el recipiente con pegamento en el que se acaba de disolver otro terrón de azúcar.

—¿Y qué te parece si intentamos pegarlos con laca de uñas transparente? —sugiero.

—Eso también los derretirá —comenta Duff abatido.

—Podemos probarlo —ofrezco.

George, que todavía está masticando el último terrón que se ha llevado a la boca, dice que podemos usar malvaviscos en vez de azúcar.

—Me estoy cansando de tanto terrón.

Duff reacciona con una furia desproporcionada.

—George, no estoy haciendo esto para que tú te lo comas. Los malvaviscos no parecen bloques de hielo. Necesito bordar este proyecto. Si me sale bien ganaré una insignia y el mes que viene el campamento me costará la mitad.

—Pregúntale a papá —contempla Harry—. A lo mejor con barniz para barcos o algo parecido.

—¡Me quiero morir! —solloza Andy desde la planta de arriba.

—Creo que debería ir a hablar con ella —le digo a los muchachos—. Llama a tu padre o a Jase a ver qué te recomiendan.

Subo las escaleras en dirección a los sonoros lamentos y me llevo conmigo una caja de pañuelos de papel antes de entrar en la habitación de Andy y Alice.

La pobre está tumbada en su cama, bocabajo, con el bañador mojado y llorando

con tanta pena que hay una mancha de humedad en su almohada. Me siento a su lado y le paso un pañuelo.

—Ha terminado. ¡Todo ha terminado!

—¿Kyle? —pregunto con una mueca. Sé que se trata de eso.

—Él... ha... ¡Me ha dejado! —Andy levanta la cabeza, sus ojos color avellana están inundados de lágrimas—. ¡Con un pos-it! Lo metió en mi chaleco salvavidas mientras aparejaba la vela.

—Estás de broma. —Sé que no es la frase más adecuada, pero es que me parece muy fuerte.

Andy mete la mano debajo de la almohada y me da una nota naranja fosforito en la que pone:

Andrea. Me lo he pasado muy bien contigo, pero ahora quiero salir con Jade Whelan. Nos vemos, Kyle.

—Qué elegante.

—¡Lo sé! —Andy se echa a llorar de nuevo—. He estado enamorada de él tres años, desde que me enseñó cómo hacer un nudo corredizo el primer día del campamento de vela... ¡y ni siquiera ha sido capaz de decírmelo a la cara! ¿Que «nos vemos»? ¿Y con Jade Whelan? Cuando estábamos en cuarto se llevaba a los compañeros de clase detrás del piano, ¡para enseñarles el sujetador! ¡Y no lo necesitaba! La odio. Y a él le odio todavía más.

—No me extraña. Lo siento.

Le acaricio la espalda tal y como hice con Nan el otro día.

—El primer muchacho al que besé se llamaba Taylor Oliveira. Le dijo a todo el colegio que no sabía cómo usar la lengua.

Andy se ríe entre sollozos.

—¿Y era verdad?

—Sí. No tenía ni idea. Pero tampoco él. Usó la lengua como si fuera un cepillo de dientes. ¡Puaj! Quizá lo hizo porque su padre era dentista.

Andy vuelve a reírse. Después baja la vista hasta la nota y las lágrimas regresan.

—Le di mi primer beso. He estado esperando a alguien que fuera especial... y ha resultado ser un imbécil. Ahora no puedo deshacerlo. ¡He malgastado mi primer beso con un idiota! —Se acurruca sobre la cama y llora aún más fuerte.

—¡Andy, cállate ya! ¡Así no hay quien se concentre en el proyecto! —grita Duff desde abajo.

—¡Mi mundo se ha derrumbado! —replica también chillando—. ¡Me importa un pimiento tu proyecto!

Patsy escoge este momento para irrumpir en la habitación. Hace poco que ha aprendido a bajarse de la cuna y a quitarse el pañal (esté como esté). En este caso está completamente lleno. Se deshace de él y lo agita por encima de su cabeza con aire

triunfal.

—¡Pooooooooopó! —exclama mirándome entusiasmada.

—¡Qué asco! —gime Andy—. Creo que voy a vomitar.

—Ya me encargo yo. —Hace dos meses nunca había tenido el más mínimo contacto con un pañal. Ahora, sin embargo, podría impartir un máster sobre cómo lidiar con cualquier potencial desastre en el baño.

Patsy me mira con curiosidad mientras limpio la pared («¡Puaj!»), cambio sus sábanas («Otra vez ¡puaj!»), le doy un baño rápido y le pongo otro pañal y ropa limpia.

—¿Dónde popó? —pregunta con tristeza, estirando el cuello en un intento de mirar su trasero.

—¡Geooooooooorge! —grita una voz encolerizada desde la cocina. Bajo las escaleras y me encuentro con que George ha usado su martillo de juguete para romper algunos terrones de azúcar y comérselos mientras Duff estaba hablando por teléfono con su padre. Ahora George está corriendo con sus delgadas piernecitas por toda la casa, vestido tan solo con unos calzoncillos de Supermán, y con su hermano Duff pisándole los talones y blandiendo el teléfono como si de un arma se tratara.

Les sigo hasta el camino de entrada y justo en ese momento aparca el Escarabajo y Jase sale de él con un grácil movimiento.

—Hola. —Se acerca a mí y empezamos a besarnos sin importar que Harry está fingiendo tener arcadas y que Duff quiera matar a George a toda costa. Entonces Jase se separa de mí, me pone un brazo alrededor del cuello, se vuelve hacia sus hermanos y pregunta:

—Está bien, ¿qué está pasando?

En escasos minutos lo tiene todo controlado: Duff está pintando palos de helado para reemplazar las destrozadas paredes de azúcar; Andy está comiendo chocolate y viendo una película de princesas en la enorme cama de sus padres; hemos encargado una *pizza* que está de camino y Harry está construyendo una gigantesca jaula con almohadas para Patsy y George que juegan a ser cachorros de tigres.

—Y ahora —comenta Jase—, antes de que se vuelva a armar otra gorda, ven aquí. —Se apoya contra la encimera de la cocina, tira de mí para colocarme entre sus muslos y empieza a acariciarme la espalda.

\* \* \*

Todo es perfecto. Soy feliz, mis días están llenos de buenos momentos, mi vida va mejor que nunca. Y sí, me doy cuenta de que es posible. Uno está yendo por un camino, asombrándose de lo maravillosamente bien que va todo, de lo bien que te sientes, y unas pocas bifurcaciones más adelante te encuentras con que, sin darte cuenta, te has perdido en el lugar más horrible que jamás te hubieras imaginado.



## CAPÍTULO 36

Cuando salgo del B&T al día siguiente me sorprende ver al Jetta entrando en el aparcamiento y a Tim haciéndome señas desde el interior.

—¡Te necesito! —grita y aparca donde no debe bloqueando la salida de incendios.

—¿Para qué? —pregunto, aunque me meto en el vehículo y tiro hacia abajo de mi falda demasiado corta.

—He dejado a tu madre. Bueno, más bien a Clay. Llamé y renuncié. Ahora tengo que sacar mis cosas de la oficina y necesito un escudo de... ¿cuánto pesas?... unos cincuenta kilos.

—Cincuenta y uno —corrijo—. No creo que te vayas a encontrar con Clay. Él y mi madre están en un acto electoral en una fábrica.

Tim saca un Marlboro de un paquete que tiene guardado en el parasol del conductor y se lo coloca en la comisura de la boca.

—Ya lo sé. Conozco su agenda. —Se da unos golpecitos con el dedo en la sien—. Tal vez te necesito para que no dejes que me eche para atrás si me acobardo en el último momento. O para que me des el empujón que necesito para hacerlo. ¿Vas a ayudarme?

Asiento.

—Claro. Aunque si lo que buscas es un escudo Jase es mucho más grande que yo.

—Sí, sí. Pero como bien sabes, el tortolito hoy está muy ocupado.

No pienso admitir lo que acaba de decirme, así que me limito a soltarme la trenza.

—Eres tan femenina. —Hace un gesto de negación con la cabeza—. ¿Por qué a tocas las chicas guapas os gustan los tipos deportistas y buenas personas? Los perdedores somos los que más os necesitamos.

Estudio su expresión con cautela. Nunca he tenido la impresión de que Tim se sintiera atraído por mí. «Puede que sea por mi nuevo estado de no-virgen. Quizás ahora irradio algún tipo de aura sexual». Aunque teniendo en cuenta la rebeca de socorrista y la falda de elastano azul marino que llevo lo dudo.

—No te agobies. —Se enciende el cigarrillo—. No quiero ser el tipo patético que quiere a la chica que sabe que no puede tener. Solo estaba haciendo un comentario. —Hace un enorme y prohibido giro en forma de «U» para llegar antes a la oficina de campaña de mi madre—. ¿Te apetece fumarte uno? —Tira el paquete de Marlboro sobre mi regazo.

—No fumo. Ya lo sabes, Tim.

—¿Entonces qué haces con las manos? —Quita una del volante y la agita delante de mis narices con fuerza, como si tuviera un tic incontrolable—. ¿En qué las

mantienes ocupadas?

Me pongo colorada.

Tim sonrío con suficiencia.

—Ahhhh, claro. Se me olvidaba. Además de usarlas con tu novio y su...

Alzo la mano para detenerle y cambio de tema antes de que pueda terminar la frase.

—Todavía te cuesta, ¿verdad? Me refiero a lo de no beber ni meterte nada. ¿Cuánto tiempo llevas limpio? ¿Un mes?

—Treinta y tres días. No es que lleve la cuenta. Y sí, por supuesto que me cuesta. Mucho. Las cosas solo les salen bien a las personas como tú y don Perfecto. Yo, como todos los días, como un millón de veces al día, solo quiero volver con esa chica cañón que me vuelve loco, más conocida como botella de Bacardi, o raya de coca, o lo que sea, aunque sé que lo único que voy a conseguir con eso es joderme aún más la cabeza.

—Tim tienes que terminar de una vez con ese rollo de «todo es fácil para los demás menos para mí». No es cierto y de tanto repetirlo aburres.

Tim suelta un silbido.

—¿Asumiendo el papel de Jase?

Niego con la cabeza.

—No. Eso solo que... Veros a ti y a Nan... —Dejo la frase a medias. ¿Tiene sentido decirle que sé que usó el trabajo de su hermana? ¿Qué importa ahora? Le han expulsado y Nan ha ganado los premios que tenía que ganar.

—¿Ver a Nan qué? —pregunta él. Se ha dado cuenta de que me ha temblado la voz cuando he pronunciado el nombre de mi amiga. Tira la colilla del primer cigarrillo por la ventanilla y enciende otro.

Escapo por la tangente.

—Está muy estresada este verano, con todo eso de la universidad...

—Sí, bueno, los Mason somos expertos es las conductas obsesivas compulsivas —bufa Tim—. Yo normalmente tiro por el lado compulsivo y Nan por el obsesivo, pero a veces se cambia de acera. Adoro a mi hermana, pero no nos damos tregua. Yo siempre estoy ahí para darle una lección práctica de lo mucho que apesta cagarla y ella siempre está dispuesta a recordarme lo desgraciada que es siendo perfecta. Y hablando de desgraciados, ya hemos llegado.

Se mete en el aparcamiento de la sede de campaña de mi madre.

A pesar de que mi madre tiene una agenda de lo más ocupada me sorprende comprobar lo atestado que está el lugar. Veo a un montón de personas sentadas en fila, como si de una cadena de montaje se tratara, doblando folletos, metiéndolos en sobres y pegando sellos. La gente de verdad cree en ella; lo suficiente como para quedarse sentados entre las cuatro paredes de unas oficinas mal ventiladas para hacer aburridas tareas durante los días más espléndidos del corto verano de Connecticut.

Nada más entrar dos mujeres mayores, situadas en la mesa grande central, nos

miran y esbozan sendas sonrisas maternas hacia Tim.

—Nos llegó el rumor de que nos dejabas, pero sabíamos que no podía ser cierto —dice la más alta y delgada—. Timothy, querido, toma asiento.

Tim rodea con un brazo sus esqueléticos hombros.

—Lo siento, Dottie, pero el rumor es cierto. Necesito pasar más tiempo con mi familia —explica con voz de locutor de radio.

—Y esta es... —La otra mujer me mira con ojos entrecerrados—. ¡Ah! La hija de la senadora. —Clava la vista en Tim—. Y tu... ¿novia? Es una joven muy bonita.

—No, por desgracia, pertenece a otro, aunque me consumo por ella desde la distancia.

Tim empieza a meter papeles en su mochila y —no puedo evitar fijarme— material de oficina. Yo me dedico a dar una vuelta por la sede, leyendo algunos de los folletos de campaña de mi madre y colocándolos de nuevo en su lugar. Después de un rato, entro en su despacho.

A mamá le gustan las comodidades. Detrás del escritorio tiene una silla ergonómica de elegante cuero. La mesa no es de metal gris como las del resto de la sede, sino de un exquisito roble tallado. Encima de ella hay un florero con rosas rojas y una foto de ella con Tracy y conmigo con nuestros vestidos de satén y terciopelo de Navidad.

También una cesta de considerable tamaño con herramientas de jardinería envuelta con papel transparente y con un lazo verde de celofán. Tiene colgada una nota que dice: «Desde Viveros y Jardines Riggio queremos agradecer su apoyo».

En la pizarra de corcho hay clavadas dos entradas para un espectáculo de Broadway con otra nota que pone: «Permítanos invitarla a una de nuestras representaciones en agradecimiento a todo lo que ha hecho por nosotros», firmada por Bob y Marge Considine, que no tengo ni idea de quiénes son. Y una tarjeta de visita que reza: «Gracias por tomar en consideración nuestra oferta» de Construcciones Carlyle.

No conozco muy bien la normativa por la que se rigen las campañas electorales, pero todo esto no me parece éticamente correcto. Me quedo allí de pie, con una sensación de malestar en el estómago, hasta que Tim entra con la mochila al hombro y una caja de cartón en la mano.

—Vamos, preciosa. Salgamos de aquí antes de que me tope con tu madre o con Clay. He oído que vienen de camino, y como hace poco que estoy en el lado de los decentes, no quiero fastidiarla y pasarme al lado oscuro.

Una vez fuera, Tim mete la caja y el resto de sus cosas en la parte trasera del Jetta y vuelve a colocar el asiento del copiloto para que pueda sentarme.

—¿Cómo de malo es Clay? —pregunto en voz baja—. ¿Es tan sórdido como parece?

—Busqué información de él en Google —admite Tim—. Tiene un currículum impresionante para tener solo treinta y seis años.

¿Treinta y seis? Mi madre tiene cuarenta y seis. «De modo que sí que es más joven que ella. Aunque no por eso tiene que ser mala persona». Mamá suele escucharle como si estuviera en posesión de la verdad absoluta, pero eso tampoco significa que sea malo. Sin embargo, ¿qué pasa con lo de la agente doble que tiene trabajando para él? Estamos en una campaña electoral en Connecticut, no en plena Guerra Fría.

—¿Por qué crees que ha llegado tan lejos? —pregunto—. ¿De verdad tiene treinta y seis? Y si es la estrella más brillante en el firmamento republicano, ¿qué hace perdiendo el tiempo ayudando a una simple senadora? Tendría que centrarse en asuntos más importantes.

—No lo sé. Aunque le encanta todo esto. El otro día vio un anuncio de campaña de unas elecciones en Rhode Island y Clay llamó a la oficina electoral para comentarles los errores que veía en su mensaje. Puede que su idea de unas vacaciones sea ayudar a tu madre. —Me mira y sonrío—. Unas vacaciones con algunos beneficios extra.

—¿Beneficios de mi madre o de la morena de la que hablaste?

Tim se inclina sobre el asiento del conductor, pone en marcha el vehículo y enciende el mechero a la vez.

—No sé qué relación tiene con ella. Sí que flirtea de vez en cuando, pero ya sabes cómo son los del sur. Lo que sí que tengo claro es que quien de verdad le interesa es tu madre.

Lo sé, pero no quiero pensar en ello.

—Por suerte ya no es mi problema —agrego.

—Pero no va a dejar de existir porque no sea tu problema.

«Sí, mamá. Verás, Clay toma atajos y no piensa en nada más que en la política. Hasta ahora le ha ido de fábula. ¿Por qué iba a cambiar? No tendría ningún incentivo. No ganaría nada. Si hay algo que he aprendido con mi escasa experiencia como animal político es que en este mundo todo se reduce a mantener las apariencias, a obtener algo a cambio y a recuperar la inversión. Ser político es lo mismo que ser un alcohólico que no quiere admitir que tiene un problema con la bebida».

## CAPÍTULO 37

El día del simulacro de examen de acceso a la universidad, Nan y yo vamos en bicicleta hasta el instituto público de Stony Bay, que es donde se desarrollará la prueba. Estamos en agosto, lo que implica aceras abrasando y oír el constante canto de las cigarras. En cuanto entramos en el recinto es como si alguien hubiera encendido un interruptor. El aula está mal ventilada y huele a virutas de lápiz y a potente desinfectante industrial, todo ello aderezado con un perfume demasiado afrutado y el olor a varias marcas de desodorante. Hay demasiadas personas dentro.

El instituto de secundaria de Stony Bay es uno de esos edificios bajos de ladrillo con interminables pasillos lleno de horribles ventanas verdes con cristales tintados, puertas grises con pinturas desconchadas y desgastados suelos de linóleo rojo. No tiene nada que ver con la escuela privada Hodges, construida como si fuera una fortaleza, con almenas, vitrales y verjas de hierro forjado. Incluso tiene un puente levadizo; uno nunca sabe cuando un colegio de secundaria puede ser atacado por los sajones.

De todos modos, con independencia de que sea público o privado, ambos tienen ese olor a escuela tan característico que me parece tan fuera de contexto en un día como hoy mientras me siento en mi pegajoso asiento y oigo cómo suena el motor de una cortadora de césped que está funcionando fuera.

—Recuérdame otra vez por qué estoy haciendo esto —pido a Nan cuando se sienta en la fila que tengo enfrente y coloca la mochila al lado de sus pies.

—Porque practicar nos viene fenomenal. O al menos nos ayudará a conseguir la nota que nos llevará a la universidad de nuestros sueños. Y porque eres mi mejor amiga. —Saca del bolsillo de su mochila un bálsamo labial que se aplica en los labios levemente quemados por el sol. Mientras lo hace no puedo evitar fijarme en que no solamente lleva su preciada camiseta blanca y azul de Columbia, sino la cruz que le regalaron en su primera comunión y una pulsera obsequio de su abuela irlandesa de la que cuelgan tréboles de cuatro hojas de esmalte verde y blanco.

—¿Dónde te has dejado al Buda? —pregunto—. ¿No se va a sentir excluido? ¿Y Zeus? ¿Y la pata de conejo?

Finge mirarme mal y coloca sus dos lápices del número dos en una perfecta línea en el borde la mesa.

—Esto es importante. Dicen que el examen no es tan duro como solía ser, pero sabes que no es verdad. Cualquier precaución es poca. Si creyera que me iba a ayudar, quemaría salvia, me metería en la Cienciología, llevaría uno de esos brazaletes de la Cábala o haría lo que fuera. Tengo que salir de esta ciudad.

Aunque Nan suele decir a menudo esa frase, siempre siento una punzada de dolor

cuando la escucho. Sí, ya sé que es una tontería y que no se refiere a mí. No hay ser sobre la faz de la Tierra que soporte vivir en el hogar de los Mason.

Nan continúa hablando, lo que confirma mis sospechas.

—Desde que Tim ha decidido trabajar solo en la ferretería de los Garrett las cosas han ido a peor. Mi madre empieza todas sus conversaciones con él diciendo: «Tú verás, ya que has decidido convertirte en un perdedor...» y después se marcha negando con la cabeza.

Suspiro.

—¿Cómo lo lleva Tim?

—Se fuma unas tres cajetillas al día. Cigarrillos y pajitas de pica-pica, pero no hay señal de que esté tomando otras cosas... todavía —responde con voz resignada. Está claro que está esperando encontrar alguna prueba de lo contrario en cualquier momento—. Él... —empieza, pero se calla en cuanto se abre la puerta lateral del aula y una mujer baja y morena y un hombre alto y rubio entran y se presentan como las personas encargadas de supervisar el simulacro de examen. La mujer explica los pasos a seguir con tono monótono mientras su compañero se pasea por la estancia, comprobando nuestros documentos de identidad y repartiendo cuadernos azules.

Ponen el aire acondicionado más fuerte y el aparato hace un ruido que casi ahoga la aburrida voz de la mujer. Nan saca una rebeca de punto de la mochila y escarba dentro para colocar encima una sudadera con capucha para tenerla a mano por si termina teniendo frío durante el examen. Luego se sienta recta, apoya los codos en la mesa y la barbilla entre las manos y suspira.

—Odio escribir —comenta—. Detesto todo lo relacionado con la escritura. Gramática, reglas de ortografía... ¡Qué asco!

A pesar del ligero bronceado que siempre obtiene al final del verano, su piel se ve pálida bajo las pecas, solo la nariz quemada por el sol delata la estación del año en la que estamos.

—Pero si escribir se te da de lujo —le recuerdo—. El premio Lazlo, el discurso del 4 de julio... Este examen es una mera formalidad para alguien como tú.

El supervisor alto y rubio señala el reloj de forma exagerada; la mujer manda callar y empieza una cuenta atrás con tal solemnidad que parece que estemos a punto de despegar de Cabo Cañaveral en vez de un simulacro de examen.

—En diez, nueve, ocho...

Miro a mi alrededor. Todo el mundo, y por supuesto Nan, tienen alineados los cuadernos azules y los lápices en perfecta simetría. Vuelvo a fijarme en mi amiga y la veo colocar la manga de la sudadera sobre la mochila, lo que desde la posición que tengo también me permite vislumbrar una esquina de su diccionario electrónico asomando por el borde azul claro de la prenda.

Está mirando al reloj, con los labios apretados formando una tensa línea; sujeta el lápiz con tal fuerza que es un milagro que no se parta en dos. Nan es zurda. Tiene la mano derecha apoyada en el muslo, lista para alcanzar la mochila en cuanto sea

necesario.

De pronto me acuerdo de todos los exámenes que hemos hecho juntas. Nan siempre se ha sentado con la mochila al lado y con una sudadera, jersey o lo que sea encima. Las piezas del rompecabezas empiezan a encajar, como fotogramas de una película que van pasando por delante de mí poco a poco, y me doy cuenta de que no se trata de un incidente aislado. Nanny, mi mejor amiga, la alumna más aventajada de toda la clase, Nan, la estudiante estrella lleva años haciendo trampas.

Qué suerte que solo se trate de un simulacro, porque apenas puedo concentrarme. En lo único que puedo pensar es en lo que acabo de ver, en lo que ahora sé a ciencia cierta. Nan no necesita hacer este tipo de cosas. Bueno, en realidad nadie, pero Nan mucho menos. Solo hace falta ver sus trabajos.

Sus trabajos.

Esos archivos que encontré en el ordenador de Tim y que creí que...

Que culpé a Tim de robárselos a su hermana. En cuanto me doy cuenta de lo que en realidad está pasando me quedo petrificada. Hacen falta unos cuantos minutos para que por fin me decida a sujetar el lápiz y centrarme en el examen.

Durante el descanso, me refresco un poco la cara en el deslucido aseo de azulejos color turquesa e intento pensar en qué hacer. ¿Se lo digo a los supervisores? Por supuesto que no. Es mi mejor amiga, pero...

Mientras estoy allí de pie, mirándome en el espejo, Nan entra, se pone a mi lado y se echa gel desinfectante en las manos, frotándose los brazos como si fuera un cirujano preparándose para una operación de suma importancia.

—No creo que se pueda lavar —digo antes de pensar en lo que sale por mi boca.

—¿El qué?

—La culpa. A *lady Macbeth* no le funcionó, ¿verdad?

Se queda lívida y después se pone completamente roja. Es increíble lo rápido que su translúcida y pecosa piel puede cambiar de tono. Mira a su alrededor, asegurándose de que estamos solas.

—Estoy pensando en el futuro —dice entre dientes—. «Mi» futuro. Puede que tú seas feliz pasando el rato en un garaje con ese manitas que tienes por novio y comiendo platos de pasta precocinada, pero yo quiero ir a Columbia, Samantha. Quiero alejarme de... —Su cara se contrae—... esto. —Mueve la mano en el aire—. De todo esto.

—Nan. —Me acerco a ella con los brazos abiertos.

—De ti también. Tú también eres parte de este sitio. —Se da la vuelta y sale del baño, deteniéndose solo para alcanzar su mochila de la que todavía cuelga una manga de la sudadera.

¿En serio acaba de pasar lo que acaba de pasar? Siento náuseas. «¿Cuándo empezó a torcerse todo? ¿Cuándo me convertí en otra de las cosas de las que Nan quiere escapar?».

## CAPÍTULO 38

El ambiente en el salón del hotel está cargado y hace mucho calor, como si a alguien se le hubiera olvidado poner en marcha el aire acondicionado. Lo que me habría causado somnolencia aunque no me hubiera levantado a las cinco, después de una noche en vela pensando en Nan, para irme a nadar al mar. Por no mencionar que estamos en Westfield, en la otra punta del estado, a unos cuantos kilómetros de casa y que llevo puesto mi sofocante y formal vestido de lino azul. En el centro de la estancia hay una fuente enorme y a su alrededor se han dispuesto mesas con sándwiches y canapés. Unas luces de Navidad, tan impropias en esta época, brillan sobre una reproducción de una *Venus saliendo del mar* y un *David* de Miguel Ángel que parece tan fuera de lugar como yo en este acto de recaudación de fondos. Mi madre da un discurso flanqueada por Clay y yo lucho con todas mis fuerzas por no quedarme dormida.

«Debes de estar tremendamente orgullosa de tu madre», me han dicho los asistentes una y otra vez, mientras sostenían copas de plástico con cócteles de champán y fruta; a lo que yo he respondido, también una y otra vez: «Sí, por supuesto que lo estoy». Ahora estoy sentada al lado del estrado y mientras mi madre habla al público no puedo evitar apoyar la cabeza en él, hasta que ella me da un golpe con el pie y vuelvo a enderezarme con los ojos bien abiertos.

Después de un rato, termina exponiendo los puntos principales de su programa y recibe un montón de aplausos y vítores de «¡A por ellos, Grace!». Clay apoya una mano sobre su espalda y la empuja hacia el exterior. A pesar de que es de noche el cielo no está muy oscuro, más bien una tonalidad té; algo que también es normal teniendo en cuenta que estamos en plena ciudad.

—Eres increíble, Gracie. Después de doce horas de no parar se te ve tan fresca como esta mañana.

Mi madre ríe con satisfacción y se pone a jugar con uno de sus pendientes.

—¿Cariño? —Vacila un poco—. No entiendo por qué esa Marcie tiene que venir a todos los actos electorales.

—Pero ¿estaba esta noche? —pregunta Clay—. No me he dado cuenta. Ya te lo he dicho, la mandan igual que nosotros enviamos a Tim a contar los vehículos que hay en los mítines de Christopher o a Dorothy para controlar sus ruedas de prensa.

Sé que ella es la mujer morena que vi con Clay, pero no tengo la sensación de que esté mintiendo a mi madre, sino que realmente no se ha percatado de que la tal Marcie estuviera aquí.

—Tienes que «evaluar»... —Hace una pausa, se ríe y repite con cuidado—... que «evaluar» los puntos débiles y fuertes de tu oponente.



Clay trastabilla un poco y mamá suelta una risita por lo bajo.

—Cuidado, cariño.

—Lo siento... toda esta gravilla me lo está poniendo difícil. —Ambos se detienen un momento y se balancean ligeramente—. Será mejor que conduzcas tú.

—Sí —confirma mi madre—. Pero antes dame las llaves.

Vuelven a reírse mientras ella busca las llaves en los bolsillos de la americana de él. Me siento violenta viéndolos así, quiero irme a casa.

Mamá arranca el automóvil con un *run-run* y de nuevo sueltan una risita, como si fuera la primera vez que oyen el sonido de un motor.

—Querida, será mejor que me dejes a mí —comenta Clay.

—No, ya conduzco yo. Tus cuatro copas ganan a mis tres.

—¿Cuatro? Sí... puede ser —señala con el típico deje del sur.

—Me encanta tu acento sureño —murmura mi madre.

Estoy muy cansada. Me deslizo en el asiento del automóvil, estiro las piernas sobre una incómoda pila de carteles de campaña de Grace Reed y mis ojos vuelan hacia el acolchado de cuero que hay debajo de la ventana. Me quedo mirando las luces de la carretera, luchando por no cerrar los párpados. A medida que nos acercamos a casa, la iluminación de las farolas se hace cada vez más tenue.

—Métete por Shore Road —dice Clay en voz baja—. En esa carretera hay menos tráfico. Mira, justo ahí, Gracie.

Siento el frío cristal de la ventana contra mi mejilla. Es lo único que está frío dentro del sofocante aire del vehículo. Durante un rato se cruzan unos cuantos faros de automóviles hasta que desaparecen por completo. Al final la única luz que ilumina la carretera es el reflejo de la luna sobre el agua cuando pasamos por delante del parque McGuire. Cuando recuerdo la vez que estuve allí con Jase, tumbada sobre la cálida roca del río, mis párpados empiezan a cerrarse, con el zumbido del motor como canción de cuna.

¡PUM!

Me golpeo la nariz contra el asiento delantero con tanta fuerza que veo las estrellas.

—¡Oh, Dios mío! —exclama mi madre con una nota de pánico en la voz ante la repentina sacudida. A continuación frena en seco.

—Da marcha atrás, Grace —dice Clay con tono calmo pero firme.

—Oh, Dios mío —repite mamá. Siempre tiene miedo a estropear la carrocería. Clay abre la puerta del copiloto y entra una repentina ráfaga de aire fresco. Sale del vehículo y regresa segundos después.

—Grace. Da marcha atrás, vuelve a meterte en la carretera y continúa. Ahora. No ha pasado nada, Samantha. Vuelve a dormirte. —Vislumbro un atisbo de su perfil y cómo pone la mano en la nuca de mi madre y le acaricia el cabello—. Da marcha atrás y métete en la carretera ahora —insiste.

El automóvil retrocede y vuelve a detenerse.

—Grace. Tranquila. —Mi madre acelera y gira hacia la izquierda—. Volvamos a casa.

—¿Mamá?

Estoy algo aturdida.

—No pasa nada, cariño. Vuelve a dormirte. Solo ha sido un bache. Vuelve a dormirte —repite mi madre con voz aguda.

Y eso es lo que hago. Mi madre sigue hablando pero estoy demasiado cansada para prestar atención. Cuando Tracy y yo éramos pequeñas, a veces pasábamos las vacaciones de Navidad en Florida. A mi madre le gustaba ir allí conduciendo, en vez de en avión. Le encantaba parar en Manhattan, en Washington, Atlanta, dormir en hoteles, echar un vistazo a las tiendas de antigüedades que nos encontrábamos por el camino. Yo tenía tantas ganas de ver la playa y los delfines que intentaba dormir todo lo que podía durante el trayecto para que se me hiciera más corto. En este momento me siento del mismo modo. Me sumo en un sueño tan profundo que apenas puedo bajarme del vehículo cuando mi madre anuncia que hemos llegado a casa y que me vaya a la cama. Me sacude del brazo con la fuerza suficiente como para que me duela y me arrastro escaleras arriba hasta que me derrumbo sobre el colchón, demasiado cansada como para quitarme el vestido o meterme bajo las sábanas. Simplemente me entrego a los brazos de Morfeo.

\* \* \*

El teléfono móvil no para de sonar. Lo metí debajo de la almohada, como siempre. Ahora intento encontrarlo, medio dormida, con los dedos tocando sábanas por todas partes mientras el incesante zumbido continúa. Al final, logro localizarlo.

—¿Sam? —Es Jase, pero habla con voz ronca, casi no le reconozco—. ¡Sam!

—¿Mmm?

—¡Samantha!

Ha gritado de tal forma que tengo que apartarme unos centímetros el móvil de la oreja.

—¿Qué? ¿Jase?

—Sam. Te... necesitamos. ¿Puedes venir?

Cambio de posición para mirar la hora en el despertador. La una y dieciséis de la madrugada.

«¿Pero...?».

—¿Ahora?

—Sí, por favor. ¿Puedes venir ahora?

Salgo de la cama, me quito el vestido, me pongo unos pantalones cortos, una camiseta y las chanclas y salgo por la ventana, descendiendo por el enrejado. Miro de reojo hacia mi casa y veo que la luz de la habitación de mi madre está apagada, así

que corro por el césped bajo la ligera llovizna que está cayendo hacia la vivienda de los Garrett.

Cuando me doy cuenta de que todas las luces —las del camino de entrada, las del porche y las de la cocina— están encendidas, algo nada habitual a estas horas de la noche, freno en seco.

—¡Samantha! —llama Andy desde la cocina—. ¿Eres tú? Jase dijo que vendrías.

Vislumbro su silueta en la puerta, rodeada de sombras más pequeñas. Duff, Harry, George y Patsy en sus brazos. ¿A la una y pico de la mañana? «¿Qué está pasando?».

—Es papá —informa Andy, conteniendo las lágrimas—. Algo le ha pasado a papá. Llamaron a mamá. —Su cara se contrae—. Se fue al hospital con Alice. —Se lanza sobre mis brazos—. Jase también se ha ido. Dijo que vendrías a cuidarnos.

—Está bien. De acuerdo, vamos dentro —digo.

Andy se mete en la casa, respirando entrecortadamente e intentando contenerse. Los pequeños me miran con los ojos muy abiertos y llenos de desconcierto. La expresión congelada en el rostro de George es una de las cosas más difíciles a las que he tenido que enfrentarme en mi vida. Seguro que de todos los posibles desastres que se ha podido imaginar, nunca pensó que ocurriría algo así.

## CAPÍTULO 39

Bajo la luz de la cocina, los niños están somnolientos y desorientados. Intento imaginarme qué es lo que haría la señora Garrett para mantenerlos a todos juntos y solo se me ocurre hacerles palomitas, así que me pongo a ello. También preparo chocolate caliente aunque, a pesar de la lluvia, el ambiente sea sofocante. George trepa hasta la encimera y se sienta a mi lado mientras mezclo el cacao en polvo con la leche.

—Mamá pone el chocolate primero —me reprende, entrecerrando los ojos ante el intenso brillo que desprende la luz del techo.

No me cabe la menor duda de que es una idea excelente, sobre todo teniendo en cuenta que ahora mismo se están formando grumos que intento aplastar contra un lateral de la cacerola. Mi madre usa unas virutas de chocolate *gourmet* de Ghirardelli, en San Francisco, que se deshacen mejor.

—No tenemos crema batida —informa un sombrío Harry—. No tiene sentido hacer chocolate caliente sin crema.

—Pero tenemos malvaviscos —dice George.

—¿Tetita? —gimotea de forma lastimera Patsy en los brazos de Andy—. ¿Dónde tetita?

—¿Y si papá ha muerto y no nos lo quieren decir? —exclama Andy. George empieza a llorar. Cuando lo alzo en brazos, acurruca la cabeza en mi hombro y siento sus cálidas lágrimas mojando mi piel. Durante un segundo, recuerdo a Nan llorando abrazada a mí y contándome todas sus preocupaciones. Ahora, sin embargo, ha erigido un muro entre nosotras imposible de atravesar. ¿Qué le habrá pasado al fuerte y saludable señor Garrett? ¿Un ataque al corazón, un derrame cerebral...?

—No ha muerto —sentencia Duff—. Cuando uno muere, la policía se presenta directamente en tu casa. Lo he visto en la tele.

Harry se va corriendo a abrir la puerta principal.

—No veo a ningún policía —grita—. Aunque... eh... ¡Hola, Tim!

—Hola, colega. —Tim entra en la casa con el pelo y el impermeable empapados—. Jase me ha llamado, Samantha. Ve al hospital. Yo me quedo aquí. —Me lanza las llaves del Jetta—. Vamos, ve —repite.

—No puedo conducir.

—¡Por el amor de Dios! Está bien. —Se vuelve hacia Andy—. La llevo al hospital y después vuelvo a ayudaros en... lo que haga falta... excepto en lo de cambiar pañales. —Apunta a Patsy con el dedo índice—. No se te ocurra hacerte popó.

—Pooooooooopó —gime la pequeña con voz apagada.

Antes de llegar a las urgencias del hospital, Tim insiste en parar en una gasolinera para comprar tabaco, antes de salir del vehículo se detiene un instante para buscar dinero suelto en sus bolsillos.

—¡No tenemos tiempo para esto! —digo entre dientes—. Además, le hace mucho daño a tus pulmones.

—¿Tienes diez dólares? —pregunta—. Creo que ahora mismo mis pulmones son el menor de tus problemas.

Le doy unos cuantos billetes. En cuanto tiene su dosis de nicotina volvemos a ponernos en marcha hacia el hospital.

Una vez allí no veo a la señora Garrett por ninguna parte. Ni a Alice. Pero Jase está sentado en uno de esos feos asientos naranjas de plástico típicos de las salas de espera, encorvado y con la frente apoyada en las manos. Tim me empuja con demasiado ímpetu y se marcha.

Me siento al lado de Jase. No se mueve. No sé si porque no se ha dado cuenta de que alguien acaba de colocarse a su lado o porque no le importa.

Pongo una mano sobre su espalda.

Baja las manos y me mira. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Entonces me abraza con fuerza. Yo hago lo mismo y nos tiramos así un buen rato, sin decir ni una sola palabra.

Al final se pone de pie, se acerca a una fuente, se echa un poco de agua en la cara, vuelve a sentarse a mi lado y me rodea las mejillas con sus frías y húmedas manos.

Una puerta se abre de repente. Alice.

—Traumatismo craneal —informa a Jase con seriedad—. Sigue inconsciente. Puede que se trate de un hematoma subdural. Ahora mismo no pueden aventurar la gravedad del asunto, solo contenerlo. La zona está muy hinchada. También tiene fractura de pelvis, algo que también reviste importancia y unas cuantas costillas rotas, esto último es lo de menos. Lo de la cabeza es lo peor y de momento no sabemos cómo va a evolucionar.

—Mierda. Mierda —dice Jase—. Alice...

—Lo sé —interrumpe su hermana—. Yo tampoco lo entiendo. ¿Qué narices hacía caminando por Shore Road tan tarde? No suelen hacerse reuniones de Alcohólicos Anónimos por allí cerca. No que sepamos.

Shore Road, la carretera de la costa.

«Shore Road».

Es como si una espesa niebla se disipara. Puedo ver a mi madre conducir desde Westfield, tomando la ruta menos transitada a lo largo del río. «El parque McGuire. El río. Shore Road».

—Tengo que volver dentro —nos dice Alice—. Saldré en cuanto sepa algo más.

Hasta ahora, apenas he visitado ningún hospital. La sala de espera está llena o de

gente que parece muy enferma o de personas que están sentadas tranquilamente como si estuvieran en plena parada de autobús, aguardando viajar hacia un destino que no les importa. La aguja pequeña del reloj se mueve desde las dos hasta las tres y luego hasta las cuatro. A algunos de los de la parada de autobús les llaman antes que a los que parecen estar a las puertas de la muerte. Jase y yo seguimos sentados mientras la megafonía anuncia distintos mensajes. «Doctor Rodríguez. Doctor Wilcox. Código azul. Doctor Wilcox».

Al principio me apoyo en el hombro de Jase, después él inclina la cabeza y se reclina cada vez más. Cuando Alice regresa, tengo su cabeza sobre mi regazo y yo estoy dormida sobre sus rizos.

La hermana de Jase me sacude con fuerza, trayéndome de regreso de un confuso sueño en el que iba por Shore Road hasta esta habitación con tubos fluorescentes en el que siento el peso de Jase sobre mi regazo y cómo la catástrofe se cierne sobre nosotros.

—Mamá ha dicho que vosotros dos deberíais ir a casa. —Alice hace una pausa para beber un sorbo de la Coca-Cola que tiene en la mano y que termina poniéndose sobre la frente—. Jase tiene que abrir la tienda. No podemos permitirnos el lujo de cerrar ni siquiera un día. Así que necesitará dormir un poco.

—¿Qué? —Jase se despierta de un sobresalto—. ¿Qué pasa?

Siempre parece mayor que yo, pero ahora, despeinado como está y con los ojos verdes somnolientos, se le ve mucho más joven. La mirada de Alice se encuentra con la mía y parece ordenarme «cuida de él» sin necesidad de decirlo en voz alta.

—Id a casa. Seguimos sin saber nada. —Alice se bebe lo que queda de la Coca-Cola en dos grandes tragos y la tira sobre el contenedor azul de plástico de los residuos en una canasta perfecta.

La fina llovizna sigue cayendo cuando nos dirigimos a la furgoneta. Jase mira hacia el cielo encapotado, en el que es imposible vislumbrar ninguna estrella.

Hacemos el trayecto de camino a casa en silencio, pero en un momento dado él suelta la mano del volante y aprieta la mía con tanta intensidad que casi me duele.

Cuando llegamos al camino de entrada de los Garrett, la casa sigue pareciendo una tarta de cumpleaños.

—Es imposible que todavía estén todos despiertos —farfulla Jase.

—Estaban muy asustados —comento, preguntándome qué tipo de caos vamos a encontrarnos cuando entremos. Puede que dejar a Tim a cargo de todo no haya sido la mejor idea.

Para mi sorpresa en la casa reina el silencio. Es como si la cocina hubiera sido asaltada por un ejército hambriento, con cajas de helado, bolsas de patatas y platos sucios por todas partes, pero no se oye ni una mosca.

—Podíais haberme avisado de que es imposible dormir a esta niña —dice Tim desde el salón. Vamos allí y nos lo encontramos tirado en el sillón que hay al lado del sofá-cama abierto. Andy está tumbada sobre el colchón, con sus bronceadas piernas

abiertas y George entre sus brazos. Duff, todavía vestido, yace a los pies de la cama y Harry está hecho un ovillo sobre la almohada debajo de una pierna de su hermana. Todos sanos y salvos.

Patsy está completamente despierta metiendo un dedo en la nariz de Tim y tirando de su labio inferior.

—Lo siento, amigo —dice Jase—. Normalmente se va muy bien a la cama.

—¿Tienes idea de las veces que he podido leerle *Si le das una galletita a un ratón*? Es una historia que te deja deshecho. ¿Cómo es posible que sea para niños?

Jase se ríe.

—Creía que trataba sobre cómo cuidar a los niños.

—¡Qué va! Habla de la adicción. Ese maldito ratón nunca está satisfecho. Le das una cosa y enseguida quiere otra. No hace más que pedir y pedir. Sin embargo a Patsy le gusta. Se la he leído unas cincuenta mil veces. —Tim bosteza y Patsy se acomoda sobre su pecho, aferrándose a su camisa—. Bueno, ¿qué ha pasado?

Le contamos lo que sabemos, es decir, nada. Después metemos a Patsy en su cuna. Nos fulmina con la mirada, durante un momento parece furiosa y perpleja y después cierra los ojos con una expresión de intensa concentración y se queda profundamente dormida.

—Te veo en la tienda, colega. Yo me encargo de abrir. Buenas noches Samantha. —Tim desaparece en la oscuridad.

Jase y yo nos quedamos en la puerta de entrada durante unos minutos, viendo cómo los faros de Tim se iluminan y cómo a continuación el Jetta sale por el camino de entrada.

Entonces volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Y si mi padre sufre algún tipo de daño cerebral, Sam? ¿Una lesión importante? ¿Y si entra en coma y no vuelve a despertarse nunca?

—Todavía no sabemos cuán grave puede llegar a ser —digo.

«Que no sea nada malo. Por favor, que no sea nada malo».

Jase se inclina y se quita un calcetín.

—¿En la cabeza, Samantha? No puede ser nada bueno. Y el seguro médico que tenemos no cubre a mis padres, solo a nosotros.

Cierro los ojos y me froto la frente como si con ese gesto pudiera borrar esas palabras.

—Lo cambiaron la primavera pasada —continúa él en voz baja—. Les oí hablar... decían que solo sería durante unos meses, que ambos estaban sanos, que eran jóvenes, que no tenían ninguna enfermedad y que seguro que no pasaba nada. — Su segunda zapatilla cae con un ruido sordo—. Pues ahora ha pasado.

Trago saliva y niego con la cabeza. No sé qué decir para consolarle, en realidad no sé qué hacer.

Se endereza y extiende una mano hacia mí para guiarme por las escaleras.

Su dormitorio está tenuemente iluminado por la lámpara del terrario de

*Voldemort*, que desprende un débil resplandor rojo que apenas ilumina el resto de las jaulas. Huele a plantas y al serrín limpio que ha puesto en los receptáculos del resto de los animales. Desde la jaula del hámster se oye el suave zumbido de la rueda para correr.

Jase enciende la luz de la lámpara de su mesita de noche, se saca el teléfono móvil del bolsillo trasero, baja el volumen y lo deja encima de la mesa. Después coloca a su gata, Mazda, que está tumbada en medio del colchón con las patas hacia arriba, a los pies de la cama. Va hacia la cómoda, saca una camiseta blanca y me la da.

—Sam —susurra, volviéndose hacia mí con su hermoso rostro desconcertado.

Suspiro en su cuello y dejo caer su camisa al suelo mientras sus manos descienden hasta la curva de mi cintura y me arrastran hacia él lo suficientemente cerca como para que pueda percibir el palpitar de su corazón.

Lo que me estoy imaginando no puede, «no puede», ser verdad, de modo que me aferro a Jase e intento demostrarle todo el amor que siento y transmitirle fuerza a través de mis labios, mis brazos y el resto de mi cuerpo. Alejo de mi mente ese susurro constante de Shore Road, a mi madre exclamando «¡Oh, Dios mío!» y la firme voz de Clay dando instrucciones después de ese horrible golpe. Los envuelvo dentro de un papel de burbujas y los meto en una caja cerrada con cinta de embalar.

No es la primera vez que hacemos el amor con urgencia, deseosos de experimentar todas las sensaciones posibles, pero nunca ha sido como esto... de una forma tan frenética. Él está quitándome la camisa antes de que me dé tiempo a parpadear y yo acaricio sus costados, sintiendo cómo sus músculos se tensan en respuesta. Sus cálidos labios rozan mi garganta, enredo los dedos en su pelo, un poco desesperada aunque también aliviada, intentando sentir un poco de la fuerza vital de esta noche silenciosa.

Cuando terminamos, Jase agacha la cabeza, apoyándose pesadamente sobre mi hombro, tratando de recuperar la respiración. Nos quedamos callados durante unos instantes.

—Creo que debería disculparme —dice—. No sé... No sé por qué... Me ha ayudado, pero...

Acaricio sus labios muy despacio.

—No. No lo hagas. A mí también me ha ayudado.

Nos quedamos así durante un buen rato, mientras nuestros corazones normalizan su latido. El sudor perla nuestras pieles, nuestros alientos se entremezclan. Al final, sin decir ni una palabra, nos metemos en la cama de Jase. Coloca mi cabeza en su pecho y apoya una cálida mano en mi nuca. Instantes más tarde me doy cuenta por su forma de respirar de que se ha dormido. Yo, sin embargo, continúo despierta, mirando al techo.

«¿Qué has hecho, mamá?».



## CAPÍTULO 40

—¿Jase, cariño? Jase. —La voz de la señora Garrett suena con fuerza desde el exterior del dormitorio. Intenta abrir la puerta moviendo el pomo, pero como Jase la cerró anoche no puede entrar. Su hijo se levanta de inmediato y llega a la puerta al instante. Su alta silueta se recorta contra la luz. Abre la puerta lo menos posible.

—¿Se trata de papá? ¿Ha... pasado algo? —Se le quiebra la voz.

—Permanece estable. Le hicieron una cirugía de emergencia, una especie de trepanación para aliviar la presión del cráneo. Alice dice que es un procedimiento estándar. Solo he venido a casa a cambiarme de ropa y sacarme un poco de leche para Patsy. Joel se ha quedado allí. En realidad no podemos hacer mucho hasta que se despierte. —Su voz es fuerte pero se nota que está llorando—. ¿Seguro que puedes ocuparte de la tienda todo el día?

—Sí, mamá, no te preocupes por eso.

—Alice se va a quedar conmigo para explicarme todos los términos médicos. Joel tiene que ir a trabajar, pero volverá por la noche. ¿Puedes llamar a Tim para que te eche una mano? Sé que hoy no le toca trabajar pero... —Jase sale al pasillo y se inclina para abrazarla con fuerza. La señora Garrett siempre me ha parecido una mujer alta. Ahora, para mi asombro, la veo tan menuda como yo envuelta en los brazos de su alto hijo.

—Tranquila, ya lo hemos hablado. Tim dijo que abriría él. Di a papá... Di a papá que le quiero. Llévate algún libro para leerle. Por ejemplo *La tormenta perfecta*. Lleva mucho tiempo queriendo leerlo. Está en su camioneta.

—¿Samantha? ¿Puedes quedarte con los niños? —pregunta la señora Garrett.

A pesar de la escasa iluminación veo cómo Jase se ruboriza de la cabeza a los pies.

—Sam solo estaba... —Se calla.

«Pobre Jase. ¿Qué puede decir? ¿Que pasaba por aquí y he decidido venir a saludarle? ¿Que le estaba ayudando a dar de comer a los animales?».

—No pasa nada —dice ella con rapidez—. ¿Puedes quedarte, Sam?

—Por supuesto —respondo yo.

El día se me pasa volando. Hago las mismas cosas que cuando cuido de los Garrett, pero hoy todo parece salir mal. Nunca he tenido a Patsy más de unas pocas horas y ahora no sé si me odia más a mí o al biberón. La señora Garrett llama a las diez para disculparse, no puede acercarse a darle de mamar y me comenta que ha dejado un poco de su leche en el congelador. Patsy no quiere tomarla así. Cuando le doy el biberón lo tira de un manotazo y empieza a gimotear. A las dos de la tarde tiene la cara cubierta de sudor y lágrimas. Desconozco si la nota de histeria que se

percibe en su llanto es por lo cansada que está, pero no quiere dormir la siesta. Al meterla en la cuna arroja todos los peluches fuera en señal de protesta. George no se separa de mi lado, no para de decirme cosas en tono bajo y tenso, me tira del brazo para asegurarse de que le estoy prestando atención y llora cada dos por tres. Harry hace todo lo que se supone que no debe hacer, pega a George y a Duff, tira todo un rollo de papel higiénico a la taza del váter «para ver qué pasa» y saca un tubo de pasta de galleta del frigorífico y se lo come con los dedos. A las cinco, cuando Jase llega a casa, estoy a punto de tirarme sobre la alfombra, al lado de Patsy y tener una rabieta como ella. Sin embargo, me alegro de mantenerme ocupada porque casi... no del todo, pero casi, puedo hacer caso omiso de los pensamientos que inundan mi cabeza como titulares de un telediario. «No puede ser culpa de mamá. Es imposible».

Veo a Jase tan agotado que intento reponerme y le pregunto qué tal le han ido las cosas y si sabe algo del hospital.

—Lo mismo de siempre. O sea, nada —responde, desatándose una zapatilla y dejándola en el suelo del vestíbulo—. Continúa estable. Ningún cambio. Ni siquiera sé lo que significa estable para los médicos. Le han atropellado y han tenido que hacerle un agujero en la cabeza. Estable es lo que se dice cuando todo sigue igual, pero nada sigue igual aquí. —Tira la segunda zapatilla contra la pared, dejando una marca negra. El ruido sobresalta a Patsy, que vuelve a estar en mis brazos, y se pone a llorar de nuevo. Jase la mira, la toma en sus brazos y la acurruca contra él. Su bronceada piel ofrece un claro contraste contra las pálidas manitas de la pequeña—. Me imagino que tú también has tenido un mal día.

—No tanto como tú.

Patsy agarra con el puño un trozo de su camiseta y se lo intenta llevar a la boca.

—Pobrecita —murmura suavemente Jase contra el cuello de la niña.

Alice llega a casa un poco más tarde, trayendo *pizza* y más noticias insustanciales envueltas en un montón de jerga médica.

—Tuvieron que hacerle la trepanación para aliviar la presión intracraneal, Jase. Una hinchazón en el cerebro siempre es motivo de preocupación cuando hay una lesión del cráneo de por medio y todo apunta a que cayó golpeándose la cabeza. No obstante, los pacientes suelen recuperarse sin secuelas a largo plazo, aunque sí que puede haberlas si hay algún otro tipo de trauma, que todavía no sabemos.

Jase sacude la cabeza, se muerde el labio y se aparta de los más pequeños que han entrado en tromba a la cocina, atraídos por el olor a *pizza* y el sonido de las voces de los mayores que le dan sentido a todo.

—Esta tarde he ido en bici hasta Shore Road —señala Duff— en busca de pistas. No he encontrado nada.

—Esto no es *CSI*, Duff. —La voz de Alice es más afilada que el cuchillo que está usando para cortar la *pizza*.

—Pero todo esto es muy raro. Alguien atropella a papá y se marcha sin más. Creí que tal vez habría alguna marca de ruedas que nos permitiera identificar los

neumáticos. O cristales de algún faro. De ese modo podríamos compararlo con algún tipo de vehículo y encontrar...

—Y encontrar nada —interrumpe Alice—. Quienquiera que atropellara a papá es cosa del pasado.

—La mayor parte de los conductores que atropellan a alguien y huyen nunca son identificados —admite Duff—. Lo leí en Internet.

Cierro los ojos y me veo invadida por un alivio vergonzoso.

Jase se acerca a la puerta con mosquitera y abre y cierra los puños.

—¡Jesús! ¿Cómo puede alguien hacer algo así? ¿Qué tipo de persona haría algo de este estilo? ¿Atropellar a alguien, a un ser humano, y marcharse, dejándolo tirado en la carretera?

Me siento enferma.

—Puede que quien lo hizo ni siquiera se diera cuenta de que había atropellado a una persona.

—Imposible —dice con tono duro. Nunca le he oído así—. Cuando estás conduciendo sabes si se trata de un bache, de un trozo de neumático, un vaso de plástico o una ardilla muerta. No puedes atropellar a un hombre de ochenta kilos y no darte cuenta.

—A lo mejor quien le atropelló es la misma persona con la que tenía que reunirse —especula Duff—. Puede que papá estuviera relacionado con algún negocio secreto y...

—Duff, no estamos en una película de espías. Esto es la vida real. Nuestra vida. —Alice lanza a su hermano un plato de papel con violencia.

La cara de Duff se pone roja y los ojos se le llenan de lágrimas. Traga saliva y mira hacia su trozo de *pizza*.

—Solo intentaba ayudar.

Jase se pone detrás de él y le aprieta el hombro.

—Ya lo sabemos. Gracias, Duffy. Lo sabemos.

Los niños se abalanzan sobre la comida. A pesar de todo, su apetito permanece intacto.

—Tal vez papá trabaja para la mafia —vuelve a especular Duff más tarde con los ojos ya secos y la boca llena—. Quizás estaba a punto de contar algo a la policía y...

—¡Cierra el pico de una vez, Duff! ¡Papá no trabaja para la mafia! ¡Pero si ni siquiera es italiano! —grita Andy.

—También está la mafia china y la...

—¡Basta ya! Estás molestándonos con tus estupideces a propósito. —Andy está a punto de ponerse a llorar.

—Chicos... —empieza Jase.

—Callaos de una vez. Ya —ordena Alice con un tono de voz tan frío y letal que todo el mundo se queda inmóvil.

George apoya la cabeza sobre la mesa y se tapa los oídos. Patsy señala con un

dedo acusador a Alice y dice «culo». Duff le saca la lengua a Andy que le taladra con la mirada. Mis Garrett son un caos.

Después, la cocina se sume en un prolongado silencio tan solo roto por los sollozos de George.

—¡Quiero a mi papá! —chilla el pequeño—. Alice, tú no me gustas. Eres mala. Quiero a mi papá y a mi mamá. Tenemos que sacar a papi del hospital. Allí no está seguro. Se le puede meter una burbuja de aire en la vía. Le pueden cambiar las medicinas. O puede haber una enfermera asesina.

—Eh, compañero. —Jase levanta a George en brazos—. Eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta el niño con vehemencia, con las piernas colgando—. ¿Me lo prometes?

Jase cierra los ojos y frota con la mano el huesudo hombro de su hermano.

—Te lo prometo.

Pero me doy cuenta de que George no se queda muy convencido.

\* \* \*

Al final Patsy, exhausta, se duerme en su trona, con una sonrosada mejilla apoyada sobre una mancha de salsa de tomate. George y Harry están viendo una película de un grupo de crías de dinosaurio viviendo una divertida aventura en el trópico. Alice regresa a la UCI. Yo llamo a mi madre para decirle que no iré a cenar. Me responde desde un ruidoso lugar donde se oyen un montón de risas de fondo.

—Muy bien, cariño. De todos modos, estoy en una reunión en Tidewater. Ha venido más gente de la que esperábamos. ¡Está siendo todo un éxito!

Su voz es alegre, sin ningún tipo de tensión. Tiene que tratarse de una simple coincidencia. Sí, seguro que es eso. Seguro que no hay ninguna conexión entre ella y el atropello del señor Garrett. Si se lo digo, pareceré una loca.

Mi madre nos crío para ser personas decentes. Lo peor que Tracy y yo podíamos hacer era mentirle: «Lo que hiciste estuvo mal, pero al mentir lo has hecho mil veces peor» era una frase que oímos tantas veces que nos la sabíamos de memoria.

## CAPÍTULO 41

Al día siguiente, cuando entro en el Breakfast Ahoy, me recibe el típico sonido de platos y cubiertos. Puedo oír a Ernesto maldecir sobre la mañana tan ajetreada que están teniendo mientras le digo a Felipe que no voy a volver. Me mira incrédulo. Sí, lo sé, no es mi estilo dejar un trabajo sin avisar con antelación, más aún en plena temporada de verano. Pero los Garrett me necesitan.

Felipe masculla algo en español, su lengua materna, y cuando se da cuenta lo traduce:

—No creo que puedas recuperar tu puesto de trabajo si luego decides volver, señorita. Si sales por esa puerta, se acabó.

Reprimo una punzada de dolor. El ritmo implacable y la energía que desprende el Breakfast Ahoy es un antídoto para las largas horas de tedio del B&T, pero no puedo dejar mi puesto de socorrista. Mi madre se enteraría al instante.

A Jase no le hace mucha gracia pero no le hago caso.

—Ya iba siendo hora de que me deshiciera de ese uniforme —le digo. Y lo que es más importante, dejar el Breakfast Ahoy supone tres mañanas libres a la semana.

—Odio que esto también te cambie la vida.

Pero este cambio no es comparable al que están sufriendo los Garrett. La señora Garrett prácticamente vive en el hospital. Viene de vez en cuando para dar de mamar a Patsy, dormir unas pocas horas y mantener largas conversaciones telefónicas con el departamento de facturación del hospital. Alice, Joel y Jase se turnan para pasar la noche con su padre. George moja la cama constantemente y Patsy no quiere ni oír hablar del biberón. Harry ha empezado a decir más palabrotas que Tim y Andy se pasa el día conectada a Facebook y leyendo *Crepúsculo* una y otra vez.

\* \* \*

El aire en mi habitación está cargado. Hace un calor sofocante. Me despierto sudando y sedienta. Bajo las escaleras en dirección a la cocina pero me detengo en cuanto oigo la voz de mi madre.

—No está bien, Clay.

—Ya hemos hablado de eso. ¿Cuántas copas de vino llevas?

—Tres... tal vez cuatro —responde ella con voz aguda y temblorosa—. No lo sé. Aunque no me las tomé enteras, más bien fueron unos pocos sorbos aquí y allá.

—Pero por encima del límite legal, Gracie. Esto podría arruinar tu carrera. ¿Lo entiendes? Nadie lo sabe. Lo hecho, hecho está. Olvídalo y sigue con tu vida.

—Clay, yo...

—Piensa en lo que está en juego. Si sales reelegida harás muchas cosas buenas por la gente. Esto ha sido un error, un percance. Le pasa a todo el mundo expuesto a la vida pública. Aunque tú has sido más afortunada ya que nadie se ha enterado.

Suena el teléfono de mi madre.

—Es Malcolm, desde la oficina —dice—. Será mejor que conteste.

—Espera un momento —señala Clay—. Escúchate, cariño. Solo tienes que escucharte. En lo primero que piensas es en cumplir con tu obligación. Justo cuando estás en medio de una crisis personal. ¿De verdad quieres privar a los votantes de esta plena dedicación que siempre muestras? Piensa en ello. ¿Eso es lo que quieres?

Oigo los tacones de mi madre dirigirse hacia su despacho y empiezo a subir las escaleras.

—Samantha —me llama Clay en voz baja—. Sé que estás ahí.

Me quedo inmóvil. «Es imposible que lo sepa. Las escaleras tienen moqueta y yo voy descalza».

—He visto tu reflejo en el espejo del recibidor.

—Solo quería... Tenía sed y...

—Y lo has oído todo —concluye Clay.

—No... —Mi voz se apaga.

Se detiene en el rincón donde empiezan las escaleras y se apoya contra la pared, con los brazos cruzados; una postura de indiferencia, pero que de algún modo me parece antinatural.

—No llegué aquí por casualidad —confiesa con suavidad. La luz de la cocina ilumina su silueta pero apenas puedo verle el rostro—. Oí hablar de tu madre. Tu madre es... es muy buena, Samantha. El partido está muy interesado en ella. Tiene todo lo que hay que tener: buena presencia, estilo, inteligencia... Podría llegar muy lejos. A nivel nacional. Sin ningún problema.

—Pero... —digo—. Ella lo atropelló, ¿verdad? —Es la primera vez que lo expreso en voz alta. Clay se vuelve un poco y ahora puedo verle mejor. Me gustaría ver sorpresa o confusión en su rostro. Sin embargo no hay nada de eso, solo una clara determinación y una expresión un poco más sombría que de costumbre.

—Fue un accidente.

—¿Y eso importa? El señor Garrett resultó herido. Gravemente herido. No tiene cobertura médica, están pasando un mal momento económico y no...

—Una historia muy triste —dice Clay—. Lo digo en serio. La buena gente pasa muchos apuros. La vida no es justa. Aunque hay personas que cambian las cosas, que son importantes. Tu madre es una de ellas. Sé que estás muy unida a los Garrett, pero tienes que ver las cosas desde un punto de vista global, Samantha.

En mi cabeza, veo al señor Garrett entrenando pacientemente a Jase, abrazando desde detrás a la señora Garrett en la cocina y besándola en el hombro, haciendo que me sienta como en casa, dándole una oportunidad a Tim, llevando en brazos a George

dormido, su rostro iluminado bajo la luz de los fuegos artificiales, fuerte y capaz; le veo jugueteando con el bolígrafo, frotándose los ojos, mientras se encarga de la contabilidad de la ferretería.

—Ellos son el punto de vista global.

—Cuando tienes diecisiete años y las hormonas revolucionadas puede que sí. — Se ríe por lo bajo—. Sé que ahora mismo parecen todo tu mundo.

—No se trata de eso —arguyo—. Lo que hizo mi madre estuvo mal. Yo lo sé. Tú lo sabes. Hizo mucho daño a alguien y...

Clay se sienta en uno de los escalones y apoya la cabeza contra la pared de forma paciente, casi divertida.

—¿No deberías preocuparte primero por tu madre? Sabes lo mucho que se involucra en su trabajo. Todo lo que significa para ella. ¿Podrías vivir contigo misma si la alejases de todo eso?

Su voz se vuelve más suave.

—Tú, yo y tu madre somos las únicas personas en el mundo que saben lo que pasó. Si empiezas a hablar, si se lo dices a esa familia, todo el mundo se enterará. Saldrá en los periódicos, en las noticias... incluso en los canales nacionales. Dejarías de ser la princesita privilegiada que vive en un mundo de color rosa. Serías la hija de una delincuente. ¿Cómo te sentirías?

La bilis me quema la garganta.

—No soy ninguna princesita.

—Por supuesto que lo eres —termina diciendo Clay. Mueve una mano, abarcando el salón, el elegante mobiliario y las costosas obras de arte—. Siempre lo has sido, por eso piensas que eres normal. Pero todo lo que tienes, todo lo que eres, se lo debes a tu madre. Al dinero de su familia, a su duro trabajo. Bonita forma de pagárselo.

—Pero podría explicarlo... Quiero decir, podría confesar y hacer ver que...

—No puedes salir indemne después de abandonar a la víctima de un accidente que tú mismo has provocado, Samantha. Sobre todo si eres un cargo público. Ni siquiera lo consiguió Teddy Kennedy, por si nunca has oído hablar de esa historia. Esto arruinaría la vida de tu madre. Y la tuya. Y para que me entiendas mejor, tampoco creo que ayudara mucho a tu historia con ese muchacho. No creo que él quisiera seguir saliendo con la hija de la mujer que dejó a su padre lisiado.

Las palabras fluyen con facilidad por la boca de Clay. Me imagino contándole a Jase lo que pasó, cómo me miraría... recuerdo su cara en la sala de espera del hospital, la expresión vacía de su mirada. Me odiaría. «¿Qué tipo de persona haría algo así?», preguntó. Como podría contestarle: «Mi propia madre».

El rostro sereno de Clay aparece a través de la neblina que provocan las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Se lleva la mano al bolsillo, saca un pañuelo y me lo da.

—Esto no es el fin del mundo —dice con tono cariñoso—. Solo es un chico, una historia de amor de un verano. Pero te diré una cosa, si hay algo que he aprendido en la vida, Samantha, es que la familia lo es todo.

«La omisión del deber de socorro después de provocar un accidente es uno de los delitos más graves en el estado de Connecticut y está castigado con una pena de prisión de hasta diez años y diez mil dólares de multa». Miro la información que he encontrado tras buscar por Internet hasta que la letra en negrita de las palabras se queda grabada en mis pupilas.

¿Y si mi madre va a la cárcel durante diez años? Tracy ya está en la universidad, así que ella estaría fuera, en algún lugar... Pero ¿dónde iría yo? No es como si pudiera confiar en la misericordia de mi padre. A fin de cuentas nos abandonó antes de que naciera, así que me imagino que no le haría mucha ilusión que su hija adolescente se presentara de buenas a primeras en la puerta de su casa.

Pero el señor Garrett...

Hoy le toca a Jase pasar la noche con su padre. Me llama desde el hospital y me dice:

—Mi padre se ha despertado. Está bien y nos ha reconocido. Pero ahora tiene algo llamado «trombosis venosa profunda» y no pueden darle ninguna medicación por lo del traumatismo en la cabeza. No quieren que se produzca una hemorragia cerebral. He estado escuchando toda esa jerga médica y no entiendo por qué no pueden hablar en nuestro idioma. A lo mejor es porque si lo hicieran nos asustaríamos aún más.

No puedo contárselo. No puedo. Pero ¿qué hago? «Estar ahí para ellos» es algo vago y sin sentido. Como el eslogan de una camiseta o de una pegatina que nadie va a pedirte que lleves a cabo.

Puedo cuidar de los niños. Todo el tiempo que haga falta. Gratis. También puedo...

¿Qué? ¿Pagar la factura del hospital? Saco el cuaderno donde llevo la contabilidad de todos mis ahorros del cajón del escritorio. Durante estos tres últimos veranos he conseguido entre todos los trabajos que he realizado cuatro mil quinientos treinta y dos dólares con veintisiete centavos. Eso alcanza para cubrir algunas tiritas y unas pocas aspirinas. Siempre que consiguiera hacérselo llegar sin que supieran de dónde proviene.

Paso las siguientes horas ideando formas. Un sobre en el buzón «de parte de un amigo». Meter el dinero en la caja registradora de la ferretería. Un falso billete de lotería. Enviarles una transferencia a modo de última voluntad de algún familiar lejano y desconocido...

El amanecer llega sin ninguna idea brillante. De modo que hago lo único que puedo hacer, lo único que se me ocurre... atravesar corriendo mi jardín, pasar la valla que separa ambas casas con las chanclas golpeando el suelo y hacerme con la llave que los Garrett guardan debajo de la piscina hinchable para los más pequeños y que pasa desapercibida bajo la hierba que siguen sin segar.



Hago café. Saco las cajas de cereales. Intento ordenar la mesa de la cocina. Cuando estoy preguntándome quién estará en la casa y si debo ir o no al dormitorio de Jase, se abre la puerta y entra él frotándose los ojos. En cuanto me ve se queda atónito.

—¿Vienes de entrenar? —pregunto, aunque un segundo vistazo me indica que va demasiado arreglado para eso.

—No, vengo de repartir periódicos. ¿Sabes que hay un tipo en Mack Lane que espera todas las mañanas a que le lance la prensa? Se pone a gritar si llego cinco minutos tarde. ¿Qué estás haciendo aquí, Sam? —Se acerca a mí y entierra la cabeza en mi hombro—. No es que no me alegre de verte.

Hago un gesto hacia la mesa.

—Solo quería adelantar un poco de trabajo. No sabía si tu madre estaba en casa o...

Jase bosteza.

—No. Pasé por el hospital de regreso a casa. Se va a quedar allí todo el día. Alice ha alquilado una bomba extractora de leche. —Se pone rojo—. Ya sabes, para Patsy. Da igual, el caso es que así mamá puede quedarse con mi padre y sacarse leche para mi hermana. No quiere apartarse de su lado desde que ha vuelto a hablar.

—¿Sabes si... recuerda algo? —Si lo hace no ha debido de contarle nada a Jase. Se lo hubiera notado de inmediato ya que su rostro es como un libro abierto, incapaz de ocultar cualquier pensamiento.

—Nada. —Abre el frigorífico, saca una botella de plástico de leche y bebe directamente de ella—. Solo que iba andando por la carretera después de una reunión porque quería tomar un poco el aire de camino a casa, pensado que iba a llover, y que se despertó en el hospital rodeado de máquinas y tubos.

«¿Qué parte de mí se siente tan aliviada? ¿La leal o la desleal?».

Jase se lleva las manos a la cabeza y se inclina de un lado a otro, estirándose y cerrando los ojos. A continuación dice prácticamente en un susurro:

—Mi madre está embarazada.

—¿Qué?

—No lo sé a ciencia cierta. No es el momento más propicio para dar a conocer la noticia, ¿verdad? Pero estoy seguro casi al cien por cien. Se encuentra mal por las mañanas, toma mucho Gatorade... digamos que ya conozco los signos.

—Vaya. —Me dejo caer sobre una de las sillas de la cocina.

—Es algo bueno, ¿no? Debería estar contento, siempre me ha hecho mucha ilusión pero...

—No es el momento más propicio —repito.

—Últimamente me siento tan culpable, Sam, por las cosas que pienso.

Por alguna razón nunca pensé que Jase pudiera sentirse culpable por nada. Parece demasiado seguro de sí mismo, demasiado equilibrado para algo así.

—Ya sabes lo mucho que me cabrea toda esa gente —continúa con voz tan baja

que parece que no quiere que oiga lo que está diciendo—. Esos que se acercan a mi madre en el supermercado, o donde sea, para recordarle que hay métodos anticonceptivos efectivos. O como ese imbécil que vino a arreglar el generador a la ferretería el mes pasado. Cuando mi padre le preguntó si podía pagarle la factura a plazos el tipo le soltó: «¿Acaso no sabías que con tantos hijos siempre estarías en números rojos?». Me hubiera encantado darle un puñetazo. Sin embargo, a veces... pienso lo mismo. Me pregunto si mis padres alguna vez se han planteado lo que implica tener otro hijo, las cosas de las que nos privan a los demás cada vez que aumentan la familia. Me odio a mí mismo por ello, pero no puedo evitarlo.

Tomo su rostro entre mis manos con fuerza.

—No puedes odiarte por algo así.

—Pues lo hago, porque está mal. Quiero decir, ¿de quién querría prescindir? ¿De Harry? ¿De Patsy? ¿Andy? De ninguno de ellos... pero... Samantha soy el tercer hijo y ya no tenemos dinero para que vaya a la universidad. ¿Qué pasará cuando le llegue el turno a George?

Pienso en George, leyendo todos esos libros sobre animales, con todas las cosas que sabe.

—George es como su propia universidad —comento—. La universidad Garrett.

Jase se ríe.

—Sí, tienes razón. Pero yo no soy así. Yo quiero ir a la universidad. Quiero ser lo suficientemente bueno... —Hace una pausa—... para ti. No el pobre desgraciado de la casa de al lado, Samantha.

—Eso es lo que piensa mi madre, no yo.

—Entonces yo también pienso igual —dice con rotundidad—, porque, mírate, Samantha.

—Solo soy una chica que ha llevado una vida llena de comodidades gracias a un fondo fiduciario. Que nunca ha tenido ningún problema grave. Mírate tú. —Entonces me invade un horrible pensamiento—. ¿Estás resentido... conmigo... por eso?

Jase suelta un resoplido.

—No digas tonterías. ¿Por qué iba a estarlo? No das nada por sentado y trabajas como la que más. —Se queda callado durante unos segundos—. Tampoco estoy resentido con Tim. Lo estuve durante un tiempo, porque parecía que le daba igual todo, pero no es así. Y sus padres son lo peor.

—Es verdad.

Pienso en el señor Mason, dejando que la vida pase por delante de sus narices sentado en su sofá reclinable, y en la señora Mason, con su alegre voz, sus sonrientes figuritas de porcelana y sus hijos sintiéndose tan mal por dentro. Pienso en Nan. ¿Terminará convirtiéndose en alguien como su madre?

—Jase —digo despacio—. Tengo... Tengo algo de dinero ahorrado. No lo necesito tanto como tú. Podría...

—No —sentencia con voz áspera—. No lo hagas. Ni siquiera lo menciones.

El silencio que se instala entre nosotros resulta pesado y asfixiante. Diferente. Insoportable. Lo detesto. Me pongo a buscar tazas y cucharas suficientes para que todos puedan desayunar y así mantenerme ocupada.

Jase vuelve a estirarse y entrelaza los dedos detrás de su cabeza.

—Tengo que empezar a recordar lo afortunado que soy. Puede que mis padres estén en la ruina, que las cosas nos vayan mal, pero son los mejores. Cuando éramos pequeños, Alice solía preguntar si éramos ricos. Mi madre siempre respondía que sí que lo éramos en lo que realmente importaba. Tengo que recordar que tenía razón.

Así es Jase, reacciona al desaliento viendo la suerte que tiene.

Se acerca a mí y me pone un dedo bajo la barbilla.

—Bésame, Sam, para que pueda olvidarme de todo y perdonarme a mí mismo.

—De lo único que hay que perdonarte, Jase Garrett, es de ser demasiado humano.

Es fácil perdonarle. Es perfecto. Sin ningún pecado. No como mi madre. No como yo. Cuando nuestros labios se encuentran no siento la familiar calidez ni excitación. Más bien me siento como si fuera Judas.

## CAPÍTULO 42

Siento un gran vacío en el lugar donde Nan debería estar. Podría ir a buscarla y contárselo todo, seguro que ella me escucharía, e incluso encontraría una forma de solucionar las cosas. De todas las personas que conozco, seguro que Nan me entendería. Estuvo allí el día que tuve mi primera menstruación, en la pista de tenis, durante la clase de educación física, cuando para más inri llevaba unos pantalones cortos y blancos. Se dio cuenta antes que yo, me llevó a un lado, se quitó sus propios pantalones —la tímida de Nan— y se fue caminando en ropa interior hasta el vestuario para traerme otro par de pantalones y un tampón. Yo estuve allí la primera vez que Tim se emborrachó —con doce años—, le obligamos a darse una ducha fría (no funcionó) y le hicimos café (tampoco ayudó mucho) antes de llevarle a la cama a dormir la mona. Mi amiga también estuvo allí cuando Tracy organizó la «gran fiesta diurna» en nuestra casa mientras mi madre estaba trabajando, para después irse con su novio y dejarnos solas —con catorce años— para echar a un montón de adolescentes mayores que nosotras y limpiarlo todo antes de que mamá llegara.

Pero ahora no responde a mis mensajes, ni me devuelve las llamadas. Cuando me acerco a la tienda de regalos, o está ocupada con los clientes o se inventa alguna excusa como que tiene que hacer inventario, o irse a almorzar o ver a su supervisor.

¿Cómo puede irse al garete una amistad de doce años por lo que vi? Por lo que hizo. O por lo que yo dije que hizo. «No puedo dejar que nos separemos de esta forma», me digo a mí misma. De modo que a las cinco en punto, al final de mi jornada en el B&T, voy a verla cuando está rellenando un pedido.

Cuando le pongo una mano sobre el hombro, ella se retuerce, como un caballo intentando deshacerse de una mosca molesta.

—Nan. Nanny. ¿Es que no vas a volver a hablarme? ¿Nunca?

—No tengo nada que decirte.

—Bueno, yo sí que tengo varias cosas que decir. Somos amigas desde que tenemos cinco años. ¿Es que eso no cuenta para nada? ¿Ahora me odias?

—No te odio. —Durante un instante veo un atisbo de emoción en sus ojos que no puedo identificar, pero entonces baja la vista y cierra con llave la caja registradora—. De verdad, no te odio, pero somos muy diferentes. Es muy difícil ser tu amiga.

Eso último sí que no me lo esperaba.

—¿Que es muy difícil ser mi amiga? ¿En qué sentido?

«¿Soy una persona complicada y no me he dado cuenta?». Intento recordar. ¿Le he hablado demasiado de mi madre? ¿O de Jase? Puede que sí, pero yo también he escuchado durante horas y horas sus problemas. He estado ahí cuando me ha hablado de los dramas de Tim. Conozco cada uno de los pormenores de su relación con

Daniel. La he consolado cuando me ha contado cosas de sus padres. He visto con ella todas las películas de su adorado Steve McQueen, a pesar de que nunca entendí su fascinación por él. «¿Acaso todo eso no cuenta?».

Ella se endereza y me mira a los ojos. Me doy cuenta de que le tiemblan las manos.

—Eres rica y guapa. Tienes la vida perfecta, el cuerpo perfecto, la nota media perfecta y nunca tienes que mover un dedo para conseguir lo que quieres —me espeta entre dientes—. No has tenido que trabajar duro nunca, Samantha. Todo te cae del cielo. Michael Kristoff todavía escribe poemas sobre ti. Lo sé porque esta primavera fuimos al mismo taller de escritura. Charley Tyler dice a todo el mundo que eres la chica más atractiva de todo el instituto, e incluso ha mentido, alardeando de que se ha acostado contigo. Lo sé porque alguien se lo dijo a Tim y él me lo contó. Y ahora Jase Garrett, que es demasiado bueno para ser de verdad, está colado por ti. Me pongo enferma. Tú me pones enferma. Pasar tiempo contigo y ser tu amiga es extenuante. —Baja todavía más la voz—. Por no mencionar el hecho de que sabes algo de mí que podrías usar para arruinarme la vida.

—No se lo voy a decir a nadie —digo con suavidad. Intento tragar a través del nudo de dolor que se ha formado en mi garganta. Siento una opresión tal en el pecho que me resulta imposible respirar. «¿Que ser mi amiga es extenuante, Nan? ¿Por qué? ¿Porque no puedes esconder un diccionario electrónico que te diga qué hacer?»—. ¿Es que no me conoces? Nunca te haría algo así. Nunca. No necesitas hacer trampas en los exámenes, eres muy inteligente, puedes sacar buena nota por ti misma. Yo solo quiero ser tu amiga... Te necesito. Algo le pasó al padre de Jase y...

—Sí, ya me he enterado —repite con sequedad—. Tim me lo contó. Y tu novio también vino el otro día a mi casa para decirme lo mucho que les estabas ayudando y que me echabas de menos. ¿Que no se lo vas a contar a nadie? Pues está claro que tu manitas macizo sabe algo.

—No se lo he contado todo. Apenas le dije nada. —Odio sonar como si estuviera justificándome—. Solo que nos peleamos. —Miro sus manos y veo que sus uñas, normalmente desiguales, ahora están mordidas en exceso, con restos de sangre en los bordes—. Nunca me imaginé que iría a tu casa.

—Pues lo hizo. El héroe volvió a rescatarte. Es lo que siempre consigues. Mientras que yo tengo que conformarme con... Daniel.

Me gustaría decirle que fue ella quien eligió a Daniel, pero seguro que eso solo empeora más la situación. Tiene la cara roja, con esa expresión que anuncia que está a punto de ponerse a llorar.

—Nan... —empiezo, pero me interrumpe al instante.

—No necesito tu compasión. Y no quiero ser tu amiga. —Se coloca el bolso sobre su hombro delgado—. Vamos, tengo que cerrar. —La sigo al vestíbulo. Cierra la puerta con llave y se aleja. En el último instante, se da la vuelta. Se la ve más pequeña y tensa de lo habitual. Suelta—: ¿Qué se siente al no conseguir lo que

quieres, Samantha?

\* \* \*

«Nunca me he sentido así antes».

Desde que conozco a Jase he pensado eso mismo una y otra vez, pero siempre en el buen sentido, no como este abismo en el vientre que ahora me acompaña en todo momento.

Jase me recoge del B&T y me pregunta si no me importa que hagamos una parada en el hospital.

Siento como si me dieran un puñetazo en las entrañas. Desde que mi madre hizo lo que hizo, no he vuelto a ver al señor Garrett.

—Por supuesto que no. —Suelto el tipo de mentira educada que nunca antes he usado con él.

La unidad de cuidados intensivos está en la cuarta planta y necesitamos un pase para acceder a ella. Cuando lo conseguimos, observo cómo Jase se prepara mentalmente para entrar en la habitación. Yo hago lo mismo en secreto.

El señor Garrett parece tan frágil con la bata de hospital y todos esos tubos saliendo de todas partes. Su piel bronceada se ve sorprendentemente pálida bajo la azulada luz del techo. Este no es el hombre que carga pesados tablones de madera al hombro como si nada, que alza en brazos a Harry y George sin esfuerzo. Jase coloca una silla cerca de su padre y se sienta. Después toma entre sus manos la mano del señor Garrett llena de vías y tubos y se inclina para decirle algo al oído. Yo me fijo en el monitor de ritmo cardíaco y veo cómo la línea se mueve de arriba abajo, de arriba abajo.

\* \* \*

De camino a casa, Jase mantiene la vista clavada en la carretera. No toma mi mano, como suele hacer siempre, sino que sujeta el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos. Me recuesto en el asiento y apoyo los talones en el salpicadero. Al ver que pasamos de largo la salida a la avenida principal pregunto.

—¿No vamos a casa?

Jase suspira.

—Pensaba pasarme por donde Bob y ver qué puede darme por el Mustang si se lo revendo. He invertido mucho en ese coche.

Le agarro del brazo.

—No lo hagas. No puedes vender el Mustang.

—Es solo un automóvil, Sam.

No puedo soportarlo. Pienso en todas las horas que Jase ha pasado con ese Mustang, silbando entre dientes, ajustando y arreglando todas las piezas. El entusiasmo con el que lee las revistas del motor y marca las páginas que más le interesan. No es solo un automóvil. Es el lugar donde se relaja, donde puede encontrarse a sí mismo. Como hacía yo cuando miraba las estrellas u observaba a los Garrett. O como cuando nado.

—No es solo eso —le digo.

En vez de seguir por la carretera que nos llevaría a Bob «el Francés» vuelve a tomar la vía que bordea el río y se detiene a la altura del parque McGuire.

El Escarabajo es viejo y ruidoso, aunque esa no es la razón por la que, cuando gira la llave y apaga el motor, se instala un silencio sepulcral. Es la primera vez que estoy aquí desde aquella fatídica noche. Oigo algunos sonidos. El lento murmullo de las olas sobre las rocas, el zumbido de una lancha motora, las gaviotas chillando, las almejas golpeándose contra los peñascos. Jase sale del vehículo y le da una patada a una piedra que hay en el camino con la punta de la zapatilla. En vez de ir hacia el escondite secreto, va hacia la curva de la carretera, junto a la zona del parque infantil.

—Todavía sigo llamando a la policía —confiesa—. Dicen que sin testigos es muy difícil que puedan hacer nada. —Otra patada manda una piedra desde la carretera hasta la hierba—. ¿Por qué tuvo que llover esa noche? Apenas ha caído una gota de agua en todo el verano.

—¿De verdad importa que lloviera?

Se pone en cuclillas y mueve un dedo sobre la tierra.

—Si no lo hubiera hecho, quizá hubiéramos encontrado algo. Huellas de neumáticos... cualquier cosa. De este modo quienes quiera que hicieran esto seguirán con sus vidas sin problemas y nunca sabrán todo el dolor que han ocasionado.

«O lo sabrán pero no les importará».

El pecho me arde por la vergüenza; una sensación que reemplaza la ira que hasta hace un momento sentía por las palabras de Nan. Quiero decirle la verdad más que nada en este mundo. Desde que le conocí siempre ha sido fácil hablar con él y contarle todas las verdades que nunca he confesado a nadie. Sabe escucharme. Me entiende.

Pero es imposible que entienda esto.

¿Cómo va a hacerlo, si ni yo misma lo hago?

## CAPÍTULO 43

—¡Hola, cariño! Estoy preparando un poco de comida para los próximos días. Últimamente he estado tanto tiempo fuera que apenas hemos podido cenar juntas. No quiero que te alimentes solo de esa comida basura del Breakfast Ahoy o de los aperitivos que sirven en el club. Así que me he puesto a cocinar. He hecho ese pollo con setas que tanto te gusta y pasta con salsa boloñesa —dice mi madre con voz alegre mientras me arrastro hacia la cocina cuando regreso de mi jornada como socorrista—. He puesto etiquetas en los recipientes y los voy a meter en el congelador. —Y sigue y sigue.

Su voz es firme y tranquila. Se nota que tiene ganas de hablar. Lleva el pelo suelto y un vestido cruzado de color sandía que hace que parezca lo suficientemente joven como para ser mi hermana mayor. Todo lo contrario que la señora Garrett, que estos días luce unas profundas ojeras, se la ve demacrada y sin brillo en la mirada. He intentado mantener ordenada la casa de los Garrett pero las cosas cada vez están peor. Patsy está muy nerviosa, George está todo el día pegado a mí, Harry se porta fatal y Andy y Duff no paran de pelearse. Jase está tenso y preocupado y Alice se muestra más ácida de lo habitual. Todo es diferente en la puerta de al lado. Aquí, sin embargo, nada ha cambiado.

—¿Quieres un poco de limonada? —pregunta mi madre—. El otro día compré limones Meyer en Gibson's Gourmet, así que los he usado para cambiar un poco. Creo que es el mejor lote de todos los que han tenido. —Me sirve un vaso. Es la viva imagen de la eficiencia maternal.

—Basta ya, mamá —digo, y acto seguido me siento en un taburete de la cocina.

—Sé que no te gusta que haga de madre solícita contigo. Pero los otros veranos que tuve que trabajar tenías a Tracy para hacerte compañía. ¿Hace falta que te haga una lista de lo que está fresco y lo que está congelado? No, ¿verdad? Seguro que lo recuerdas. Lo único que pasa es que me he dado cuenta de lo sola que estás.

—No te haces una idea.

Algo en mi tono debe de alertarla porque se para, me mira nerviosa y continúa hablando:

—Cuando terminen las elecciones nos vamos a tomar unas vacaciones bien largas. Hasta puede que nos vayamos al Caribe. He oído maravillas de Virgen Gorda.

—No me lo puedo creer. ¿Qué eres, una especie de robot? ¿Cómo puedes actuar como si todo fuera normal?

Mi madre sigue metiendo recipientes en el congelador.

—No sé de qué estás hablando.

—Tienes que contar la verdad de lo que pasó —digo.



Se endereza lentamente y por primera vez en días me mira a los ojos mientras se muerde el labio inferior.

—Se pondrá bien. —Cierra con fuerza la tapa de un recipiente—. He estado al corriente de todo por las noticias. Jack Garrett es un hombre relativamente joven que está en buena forma. Puede que lo pase un poco mal durante un tiempo, pero se recuperará. Lo importante es que no ha sucedido nada grave.

Me inclino hacia delante y apoyo las manos sobre la fría encimera de la isla.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿En serio te crees lo que dices? Esto no es algo que... —Muevo la mano con demasiada fuerza y golpeo por accidente un frutero de cristal Waterford lleno de limones que sale volando por los aires y termina estrellándose contra la pared. Los cristales caen al suelo con un sonoro estrépito mientras los limones ruedan por las baldosas en distintas direcciones.

—Ese frutero era de mis abuelos —informa mi madre molesta—. No te muevas. Voy a por la aspiradora.

Cuando la veo limpiando el suelo, en perfectas líneas simétricas, con tacones y vestida tan elegante, siento que algo en mi interior está a punto de explotar. Me bajo del taburete y desenchufo el electrodoméstico.

—No puedes ponerte a limpiar y hacer como si nada hubiera pasado, mamá. Los Garrett no tienen seguro médico. ¿Lo sabías?

Saca el cubo de basura de debajo del fregadero, se pone unos guantes de goma y recoge los cristales más grandes para meterlos en la bolsa.

—Yo no tengo la culpa de eso.

—Está en esa situación por tu culpa. ¡Va a tener que estar en el hospital varios meses! Incluso puede que necesite rehabilitación, ¿quién sabe durante cuánto tiempo? La ferretería ya tenía problemas antes del accidente.

—Eso tampoco es culpa mía. Muchos negocios familiares lo están pasando mal, Samantha. Es una desgracia y sabes lo mucho que me preocupa ese tema y lo que hablo de ello en mis discursos...

—¿En tus discursos? ¿Lo dices en serio?

El volumen de mi voz hace que se estremezca, pero se da la vuelta y vuelve a enchufar la aspiradora.

Tiro del cable y la desconecto.

—¿Y qué hay de eso que siempre nos decías sobre asumir nuestras responsabilidades? ¿Era pura palabrería?

—No se te ocurra hablarme de ese modo, Samantha. Sigo siendo tu madre. Estoy asumiendo mis responsabilidades, quedándome dónde mejor puedo servir al bien común. ¿En qué ayudará a los Garrett que pierda mi trabajo, que tenga que retirarme en desgracia? En nada. Lo hecho, hecho está.

—Podrías haberle matado. ¿Y si hubiera muerto, mamá? El padre de ocho hijos. ¿Qué habrías hecho entonces?

—Pero no ha muerto. Esa misma noche Clay llamó a la policía desde un teléfono

público de una gasolinera cercana. No nos desentendimos completamente del asunto.

—Sí, mamá, eso es precisamente lo que estás haciendo, desentendiéndote de todo el asunto. La señora Garrett está embarazada. ¡Van a tener otro hijo y el señor Garrett no va a poder trabajar! ¿Qué es lo que te pasa?

Mi madre me quita el cable de la aspiradora y lo recoge.

—Ahí lo tienes. ¿A quién se le ocurre tener tantos hijos hoy en día? ¡Y con esa edad! No deberían haber tenido una familia numerosa si no podían hacerse cargo de ella.

—¿Cómo va a volver Jase al instituto el curso que viene si tiene que reemplazar a su padre en la ferretería?

—¡Ves! —exclama mi madre indignada—. Clay tenía razón. Todo se reduce a lo que sientes por ese muchacho. Solo te preocupas por ti.

Me quedo parada, sin poder creerme lo que acaba de decir.

—¡Esto no tiene nada que ver conmigo!

Se cruza de brazos y me mira con lástima.

—Si hubiera atropellado por accidente a alguien a quien no conocieras, a un extraño, ¿actuarías igual? ¿Me pedirías que tirara por la borda toda mi carrera por algo que solo va a causar unas pocas dificultades durante un tiempo a alguien?

La miro.

—Espero que sí. Sí, creo que lo haría. Porque eso es lo que hay que hacer.

Suelta un molesto resoplido que despeina algunos mechones de su perfecto peinado.

—Para ya, Samantha. Cuando tienes diecisiete años y no tienes que tomar decisiones importantes siempre parece muy fácil «lo que hay que hacer». Cuando da igual lo que hagas y tienes a alguien que te cuida y se encarga de todo. Pero cuando eres mayor el mundo no es blanco o negro y no hay ninguna flecha que te indique «lo que hay que hacer». Las cosas pasan y los adultos tomamos decisiones. Eso es lo que importa.

—No, lo que importa es que atropellaste a un hombre y te diste a la fuga —empiezo a decir, pero el sonido del teléfono de mi madre me interrumpe.

Ella lo mira y dice:

—Es Clay. Esta conversación ha terminado. Lo hecho, hecho está y vamos a pasar página. —Abre el teléfono y contesta—: ¡Hola, cariño! No, no estoy ocupada. Sí, claro, déjame que vaya al despacho y lo mire.

Y sin más se marcha con los tacones resonando sobre las baldosas.

El rincón de la cocina sigue lleno de limones y trozos de cristal.

Me dejo caer sobre el taburete y apoyo la mejilla sobre el frío granito de la encimera. Llevo días armándome de valor para hablar con mi madre, repasando mentalmente todo lo que quería decirle. Ahora que lo he hecho es como si toda la conversación no hubiera existido, como si la hubiera aspirado con el resto de suciedad.

Esta noche trepo por mi ventana y me siento en el lugar acostumbrado. A pesar de todos los años que llevo viniendo aquí sola, ahora me siento rara sin Jase a mi lado, pero vuelve a estar en el hospital. A través de las ventanas de los Garrett, contemplo a Alice fregando los platos. El resto de la casa permanece a oscuras. Mientras sigo observando, veo llegar la furgoneta por el camino de entrada. Espero a que la señora Garrett salga, aunque no lo hace. Se queda sentada dentro, mirando al frente, hasta que me es imposible seguir mirando y regreso a mi dormitorio.

\* \* \*

Nan dijo que las cosas me caían del cielo sin necesidad de mover un dedo. Nunca he tenido esa sensación, aunque sí que es cierto que he sido capaz de conseguir todo lo que he querido si he trabajado lo suficientemente duro para lograrlo.

Pero ahora no puedo.

No importa lo mucho que lo intente, y nunca he intentado algo con tanto ahínco. No consigo que las circunstancias sean más fáciles para los Garrett. Y lo peor de todo es que la situación con Jase es cada vez más estresante. Me ofrezco a ayudarlo a entrenar.

—Si tu padre tiene por escrito la serie de ejercicios que tienes que hacer puedo leerlos y hacerte un seguimiento.

—Todo está en su cabeza. Te lo agradezco, pero estoy bien. —Viene cubierto de suciedad de la última entrega. Abre el grifo del fregadero lleno de platos y se lava cara, después acerca la boca para beber un trago y golpea por accidente un vaso medio lleno de leche que hay en la encimera. El vaso cae al suelo, pero en lugar de recogerlo le da una patada que lo envía al otro extremo del suelo de linóleo derramando aún más la leche.

Siento un regusto metálico en la garganta y una alarma suena en mi interior. Me acerco a él y le toco el hombro. Tiene la cabeza baja, aunque veo cómo se le tensa la mandíbula. Su brazo permanece rígido bajo mis dedos y no me mira. El puño de hierro que constriñe mi garganta se cierra un poco más.

—¡Oye, colega! —grita Tim desde el jardín trasero. Está limpiando el agua de la piscina—. Este estúpido aparato está esparciendo la mierda en vez de aspirarla. ¿Puedes arreglarlo?

—Sí, sí, ahora voy —grita Jase sin moverse.

—¿Qué haríamos sin ti? —digo, en un intento por animarlo—. Todo se rompería. Suelta un bufido carente de humor.

—¿Y no es eso lo que está pasando ahora?

Me acerco aún más y apoyo una mejilla contra su hombro mientras le acaricio la espalda.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —pregunto—. Lo que sea.

—No hay nada que puedas hacer, Sam. Solo... —Se aparta de mí y se mete las manos en los bolsillos—. Tal vez... si me dejas un poco de espacio.

Retrocedo hasta la puerta de la cocina.

—Sí. Claro. Me voy a casa un rato.

Estos no somos nosotros. Me quedo en la puerta, esperando... no estoy segura qué.

Él asiente sin mirarme y se inclina para limpiar la leche derramada.

Cuando llego a casa, donde todo está impoluto y silencioso y los ruidos del exterior son amortiguados por el sonido del aire acondicionado, subo las escaleras sintiendo como si estuviera andando en el agua o usando zapatos de plomo. Me siento a mitad de camino, apoyo la cabeza en el escalón que tengo justo encima y cierro los ojos.

Desde el atropello, he estado a punto de contarle todo unas mil veces. No podía ocultar a Jase algo tan gordo. Pero en cada ocasión me he mordido la lengua y permanecido en silencio pensando: «Si se lo digo, le perderé».

Esta noche es cuando me he dado cuenta de que ya le he perdido.

\* \* \*

Esa misma noche, un poco más tarde, veo una tenue luz brillando en el salón. A mi madre le gusta encender las lámparas del techo, así que me doy cuenta enseguida de que no se trata de ella. Y tengo razón. En cuanto entro, veo a Clay sentado en el gran sillón que hay al lado de la chimenea, sin zapatos y con un enorme *golden retriever* a los pies. Mamá está acurrucada en el sofá, durmiendo a pierna suelta. Se le ha deshecho el moño y el cabello le cae por los hombros.

Clay hace un gesto con la barbilla en dirección al perro.

—Se llama *Courvoisier*, pero yo le llamo *Cory*. Pura raza de campeones. Aunque ya es muy viejo.

De hecho, el hocico que descansa sobre el pie descalzo de Clay está repleto de pelaje blanco. Sin embargo, *Cory* levanta la cabeza en cuanto se percata de mi presencia y mueve la cola en señal de saludo.

—No sabía que tenías un perro. ¿Mamá está durmiendo? —pregunto, afirmando lo obvio.

—Ha sido un día largo. Hemos tenido una reunión con los votantes a las cinco de la mañana en General Dynamics. Después un discurso en la sede del partido y una cena en la White House Tavern. Tu madre es toda una profesional. Solo sabe trabajar y trabajar. Se merece descansar un poco. —Se pone de pie y la tapa con una manta de color beis que hay a los pies del sofá.

Me dispongo a irme, pero él me detiene poniéndome una mano en el brazo.

—Siéntate, Samantha. Tú también estás trabajando mucho. ¿Cómo les va a los

Garrett?

¿Cómo puede hacerme esa pregunta sin ni siquiera inmutarse?

—No muy bien —respondo.

—Sí. Ha sido un golpe duro. —Clay toma su copa de vino y da un sorbo—. Ese es el problema con los pequeños autónomos, que dependes mucho de la suerte.

—¿Por qué finges preocuparte por ellos? —pregunto. Mi voz suena demasiado fuerte en la tranquila habitación. Mi madre cambia de posición y acurruca la cabeza en la almohada—. ¿Como si lo que hubiera pasado fuera cosa del destino en vez de algo en lo que estuviste implicado? ¿Como si entendieras por lo que están pasando?

—No sabes mucho de mí, ¿verdad? —Toma otro sorbo de vino y acaricia la cabeza de *Cory*—. Sé mucho mejor de lo que tú sabrás nunca lo que es ser pobre. Mi padre regentaba una estación de servicio. Yo llevaba la contabilidad. Vivíamos en un pueblo tan pequeño que uno podía atravesarlo de un extremo a otro sin necesidad de usar ningún vehículo. Y la gente en Virginia Occidental es, por llamarlo de alguna manera, bastante parca. Había muchos meses en los que no sacábamos el dinero suficiente para pagar a los empleados y obtener un sueldo para nuestra familia. Sé lo que es no tener un centavo y estar entre la espada y la pared. —Me mira fijamente—. Pero hace mucho tiempo que dejé todo eso atrás. Tu madre es el pasaje para un futuro lleno de éxito y no voy a permitir que ninguna adolescente rencorosa se lo arrebate. Ni a ella ni a mí.

Mi madre vuelve a moverse para terminar adoptando una posición fetal.

—Tienes que poner distancia entre tú y esa familia —continúa Clay con tono suave—. Y tienes que hacerlo ya. De lo contrario las cosas van a terminar saliendo como no tienen que salir, los adolescentes y sus hormonas no son conocidos por su discreción.

—Yo no soy mi madre. No tengo por qué hacerte caso.

Se recuesta en el sillón. Un mechón rubio le cae sobre la frente.

—Cierto, no eres tu madre. Pero tampoco eres estúpida. ¿Has tenido ocasión de ver los libros de contabilidad de la ferretería de los Garrett?

Sí, todos lo hemos hecho. Jase, Tim y yo misma hemos hecho anotaciones en ellos. A pesar de lo bien que se me dan las matemáticas, las cuentas no ofrecen un panorama muy alentador. El señor Garrett no dejaba de pulsar el bolígrafo cada vez que se ponía con ellos.

—¿Te has fijado en el contrato que tienen con la Campaña Reed? Tu madre les está encargando todos sus carteles y banderas. Y eso supone un montón de dinero. Grace quería hacerlo con Lowe, pero le dije que elegir un negocio local siempre daba mejor imagen. Esta campaña implica un constante flujo de efectivo hasta noviembre. Y no solo eso, el Bath & Tennis Club de Stony Bay también está echando mano de los servicios de la ferretería, a petición de tu madre. Quieren ampliar la piscina cubierta. Lo que también se traduce en dinero que va directamente a los Garrett. Dinero que podría desaparecer con un comentario o dos. Madera de mala calidad,

mano de obra lenta...

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué si no rompo con Jase harás que esos contratos se rescindan? —Bajo el resplandor de la luz, el pelo rubio de Clay es como el de un ángel, casi del mismo tono que el de *Cory*. Con la camisa blanca sin una sola arruga, las mangas dobladas hasta los codos y sus grandes ojos azules mirándome sinceros parece tan inocente.

Me sonrío.

—No estoy diciendo nada, Samantha. Solo exponiendo los hechos. Luego tú puedes sacar tus propias conclusiones. —Hace una pausa—. Tu madre no para de repetir lo lista que eres.

## CAPÍTULO 44

A la mañana siguiente, muy temprano, atravieso la corta distancia que hay desde mi jardín al de los Garrett en busca de Jase.

Cuando llego a su camino de entrada le oigo silbar y estoy a punto de esbozar una sonrisa.

Lo primero que veo son sus bronceadas piernas con zapatillas Converse debajo del Mustang. Está tumbado de espaldas, encima del monopatín de Duff, trabajando en los bajos de la carrocería. Me alegra no verle la cara; no sé si podría hacer lo que estoy a punto de hacer si tuviera que mirarle a los ojos.

Pero él reconoce mis pasos, o mi calzado, porque en cuanto me detengo frente a él exclama:

—¡Hola, Sam! ¿Qué tal todo, cariño? —Su tono es jovial, se le ve más relajado que en los últimos días. Se nota que está en paz consigo mismo, haciendo algo que le sienta bien, que consigue que se olvide de todo durante un rato.

Trago saliva. Siento un inmenso nudo en la garganta, como si las palabras que voy a decir se hubieran enredado en mis cuerdas vocales formando una asfixiante bola.

—Jase. —No parezco yo misma. Lo que en este momento resulta de lo más apropiado ya que prefiero pensar que esta no soy yo—. No puedo verte.

—Salgo en un segundo. Solo tengo que apretar un poco esto para que no pierda aceite y enseguida estoy contigo.

—No, lo que quiero decir es que no puedo volver a verte.

—¿Qué? —Oigo el sonido de un hueso golpeándose contra el metal. Se comprende que ha intentado incorporarse olvidándose de dónde estaba. Instantes después sale de debajo del Mustang. Tiene una mancha de aceite en la frente y un golpe de un intenso rojo que no tardará en convertirse en un hematoma.

—No puedo volver a verte. No puedo... seguir con esto. No puedo cuidar de George, ni de Patsy... ni continuar contigo. Lo siento.

—¿Qué te pasa, Sam?

—Nada. Solo... no puedo. Tú... Nosotros... No puedo hacerlo. —Se para frente a mí, tan alto, tan cerca que puedo oler su aroma a goma de mascar mezclado con aceite de motor y suavizante de ropa.

Retrocedo un paso. «Tengo que hacerlo». Hay mucho en juego. No me queda la más mínima duda de a lo que Clay se refería anoche. Solo tengo que recordar la expresión de su rostro cuando habló de que había dejado atrás su pasado o el modo tan implacable con el que ordenó a mi madre que siguiera conduciendo. Si no le dejo ahora, hará todo lo que esté en su mano para arruinar a los Garrett. Y tal y como están

las cosas, no va a tener que esforzarse mucho.

—No puedo seguir con esto —repito.

Jase hace un gesto de negación con la cabeza.

—¿Que no puedes seguir con esto? Tienes que darme una oportunidad para arreglar lo que quiera que haya hecho. ¿Qué he hecho, Sam?

—No es por ti. —La excusa más vieja y sin sentido para romper con una persona. Aunque en este caso sea completamente cierta.

—¿«No es por ti»? Sam, tú no eres así. ¿Qué pasa? —Se acerca a mí con los ojos llenos de preocupación—. Dímelo, por favor, para que pueda enmendarlo.

Cruzo los brazos y vuelvo a retroceder.

—No puedes arreglarlo todo, Jase.

—Sí, bueno, ni siquiera sabía que algo andaba mal. No lo entiendo. Habla conmigo, por favor. —Baja la voz—. ¿Es por el sexo? ¿Hemos... hemos ido demasiado deprisa? Porque podemos ir más despacio si quieres. Solo tienes que decirlo. ¿Es por tu madre? Dime qué necesitas.

Me doy la vuelta, dándole la espalda.

—Tengo que irme.

Sus dedos se cierran con firmeza sobre la parte superior de mi brazo para detenerme. Todo mi cuerpo se encoge, como si en mi interior me hubiera vuelto mucho más pequeña.

Jase me mira incrédulo y baja la mano.

—Actúas como si no quisieras que te toque... ¿Por qué?

—No puedo seguir hablando contigo. Tengo que irme. —Debo salir de aquí antes de que me derrumbe y le cuente toda la verdad, sin importar lo que le pase a mi madre, a Clay, a la ferretería. Tengo que irme.

—¿Vas a irte sin más? ¿Sin darme ninguna explicación? Te quiero, Sam. No puedes...

—Tengo que hacerlo —insisto, y cada palabra me ahoga más y más. Comienzo a andar por el camino de entrada, intentando parecer lo más calmada posible, tratando de no correr, de no llorar, de no sentir emoción alguna.

Oigo los rápidos pasos de Jase que me siguen.

—¡Déjame en paz! —grito sobre mi hombro, al tiempo que aprieto el paso. Ahora sí que corro. Hasta mi casa, como si fuera el único refugio al que acudir. Jase, que podría haberme alcanzado con facilidad, se queda atrás, dejándome sola para abrir la pesada puerta, cerrarla y dejarme caer en el vestíbulo. Una vez allí me hago un ovillo y me llevo las manos a los ojos.

Espero que alguien venga a pedirme cuentas. Que Alice llame a mi puerta para darme una paliza. Que la señora Garrett se presente, con Patsy en brazos, y se enfade por primera vez conmigo. O que George aparezca de un momento a otro, me mire con sus grandes ojos desconcertados y me pregunte qué ha sido de Sailor Moon. Pero nada de eso sucede. Es como si hubiera desaparecido de la vida de los Garrett sin



hacer el más mínimo ruido.

## CAPÍTULO 45

«No soy yo la que ha sido atropellada por un coche. No soy yo la que tiene ocho hijos y está esperando otro. Tampoco soy Jase, intentando que todo funcione mientras pienso en vender lo único que me da un poco de paz».

Despertarme cada mañana con ganas de volver a taparme con las sábanas y olvidarme de todo, hace que me odie a mí misma. «No soy yo a la que le ha pasado todo eso». Solo soy una muchacha con una vida fácil y un fondo fiduciario. Como le dije a Jase. Y aún así, no me veo con fuerzas para salir de la cama.

Últimamente mi madre está más alegre y solícita que de costumbre. Me prepara los batidos antes de que me dé tiempo a hacerlo, me deja pequeños regalos en la cama con simpáticas notas: «En cuanto vi este top tan bonito supe que te quedaría de fábula», «Me he comprado unas sandalias que te van a encantar». No hace ningún comentario sobre que me quede durmiendo hasta después del mediodía y hace caso omiso de mis respuestas con monosílabos, hablando más para llenar los silencios. Durante la cena, Clay y ella charlan sobre conseguirme unas prácticas el verano que viene en Washington, o quizá en Nueva York, presentándome la idea como si se tratara de un muestrario de pinturas —«¡Este color quedaría ideal para tu futuro!»— mientras me tomo con desgana una sopa de pescado.

Sin importarme lo que mi madre dirá, comunico en el B&T que no voy a seguir trabajando con ellos. Saber que Nan está a unos pocos metros de mí, irradiando ira y resentimiento a través de las paredes de la tienda de regalos, hace que me entren ganas de vomitar. Además, también me resulta imposible concentrarme en los bañistas cuando me paso todo el día mirando al infinito.

A diferencia de Felipe, del Breakfast Ahoy, el señor Lennox no se muestra beligerante, sino que intenta hacerme cambiar de opinión cuando le doy la noticia e intento devolverle el uniforme limpio y cuidadosamente doblado.

—¡No me diga esto, señorita Reed! ¿Está segura? —Mira a través de la ventana, toma una profunda bocanada de aire y cierra la puerta de su despacho—. ¿No prefiere tomarse un tiempo para replantearse esta decisión tan precipitada?

Le digo que no. De repente me afecta verle tan conmocionado por mi marcha. Saca un pañuelo de seda estampado del bolsillo de su americana y me lo ofrece.

—Ha sido una empleada excelente. Su ética y profesionalidad son incomparables. Ojalá esta retirada impulsiva no tenga nada que ver con el club. ¿Podría... tal vez... deberse a una situación delicada con el trabajo que le incomoda? ¿Se trata del nuevo socorrista? ¿Está siendo indecoroso con su persona?

A una parte de mí le encantaría echarse a reír de forma histérica. Pero los grandes ojos marrones del señor Lennox, amplificadas por las gafas, transmiten sinceridad y

preocupación sincera.

—Si cree necesario que tenga unas palabras con alguien, solo tiene que decirlo — pregunta—. Si quiere confiarme sus preocupaciones, soy todo oídos.

«Si usted supiera».

Durante un segundo, las palabras se agolpan en mi boca. Mi madre casi mata al padre del muchacho del que estoy enamorada y ahora le he roto el corazón y no puedo contárselo a nadie. Mi mejor amiga me odia por algo que ella misma ha hecho y no puedo arreglarlo. Ya no sé qué clase de persona es mi madre, no me reconozco a mí misma... ¡Esto es horrible!

Me imagino contándole todo eso al señor Lennox, que se pone extremadamente nervioso cuando no sabe la hora exacta a la que le van a entregar un pedido de madera, y me doy cuenta de que es imposible que me sincere con él.

—No es por el trabajo. Sencillamente no puedo seguir aquí.

Asiente con la cabeza.

—Acepto con suma resignación su decisión.

Le agradezco sus palabras y me doy la vuelta para salir de allí.

—¡Señorita Reed! —me llama.

—¿Sí?

—Espero que siga nadando en nuestra piscina. Quédese con la llave. Nuestro acuerdo para sus entrenamientos sigue en pie.

Siendo consciente del detalle que está teniendo conmigo le digo:

—Muchas gracias.

Y me marcho antes de poder decir nada más.

\* \* \*

Sin ningún horario que seguir, sin tener que cuidar de los pequeños Garrett ni hacer de socorrista, los días y las noches pasan sin pena ni gloria. Paso las noches inquieta, deambulando por la casa o viendo películas dramáticas en las que todo el mundo está peor que yo.

¿Por qué no llamo a mi hermana?

La respuesta es bien sencilla. Claro que lo hago. Ella conoce muy bien la situación, sabe cómo es mi madre y cómo soy yo. Lo sabe todo. Pero cuando la llamo responde el contestador automático, con la voz ronca de mi hermana y esa risa tan familiar suya diciendo: «Me has pillado. Bueno, en realidad no. ¡Así que habla! Con un poco de suerte te devolveré la llamada». Me la imagino en la playa, entrecerrando sus brillantes ojos azules por la luz del sol, disfrutando de ese verano en libertad que, como le dijo a mi madre, se había ganado, y con el teléfono móvil metido en el bolsillo de Flip o apagado porque, ¿qué podría pasar? Su verano perfecto. Abro la boca para decir algo, pero la cierro al instante.

\* \* \*

¿Lo más extraño de todo? Mi madre siempre se ha dado cuenta de las cosas más insignificantes, como por ejemplo si tenía una mancha apenas perceptible en la blusa, no me había puesto suavizante en el pelo o si mi rutina matutina variaba lo más mínimo: «Samantha, ¿por qué estás desayunando una tostada en vez de tu batido de siempre? He leído que este tipo de cambios en los adolescentes son un indicio de que pueden estar tomando drogas». Ahora, sin embargo, de mi dormitorio podrían estar saliendo volutas de humo de marihuana y ella seguiría mandándome toda esa oleada de notas Post-it que parecen ser su principal forma de comunicación de estos días.

«Por favor, recoge el vestido de seda de la tintorería. La silla del despacho tiene una mancha, échale OxiClean. Esta noche llegaremos tarde, activa la alarma cuando te vayas a la cama». Y suma y sigue.

Me he despedido de todos los trabajos y me he convertido en una reclusa en mi propia casa. Pero mi madre no parece darse cuenta.

\* \* \*

—¡Cariño! Justo a tiempo —dice mi madre en tono jovial cuando me arrastro hasta la cocina en respuesta a su: «¡Samantha, mi vida, te necesito!»—. Estaba enseñando a este hombre tan amable cómo hacer mi limonada. Kurt, ese era su nombre, ¿no? —pregunta al hombre que hay sentado frente a la isla de nuestra cocina y que me saluda alegremente agitando el rallador.

—Carl —responde él. Le conozco. Es el señor Agnoli, el fotógrafo del *Stony Bay Bugle*. Siempre se encargaba de hacer las fotos a los equipos de natación ganadores y ahora lo tengo en nuestra cocina, mirando deslumbrado a mi madre.

—Vamos a publicar un artículo sobre la vida en familia de la senadora y hemos pensado que podríamos acompañarlo con unas cuantas fotos de ella haciendo limonada. Como una metáfora de lo que puede hacer por el estado —explica el señor Agnoli.

Mamá se da la vuelta y comprueba cómo va la mezcla de agua y azúcar que cuece a fuego lento, comentándole al fotógrafo que el truco está en la ralladura de limón.

—Me voy arriba —digo. Y eso es lo que hago. Tal vez, si consigo dormir durante cien años seguidos, puede que cuando me despierte la historia de mi vida sea mucho mejor que la de ahora.

\* \* \*

Me despierto sobresaltada al sentir cómo me sacuden con insistencia del brazo. Se

trata de mi madre.

—No te puedes pasar todo el día durmiendo, cariño. Tengo planes.

Todo en ella parece igual que siempre: su pelo pulcramente recogido, su maquillaje impecable, sus serenos ojos azules. Estoy en la versión contraria a la que viví cuando Jase pasó la noche conmigo. Cuando algo importante te sucede, ¿no debería notarse en tu cara? En la de mi madre desde luego que no.

—Me he tomado el día libre. —Me acaricia la espalda—. He estado tan ocupada que creo que te he descuidado un poco. Había pensado en que podíamos ir a hacernos una limpieza de cutis.

—¿Una limpieza de cutis?

El sonido de mi voz hace que se separe un poco, pero al segundo siguiente continúa con el mismo tono zalamero:

—Sí, ¿recuerdas que solíamos hacerlo el primer día de vacaciones? Es una tradición que he pasado por alto este año. Pensé que podía compensarte y que luego podíamos ir a comer juntas...

Me siento de golpe en la cama.

—¿De verdad crees que las cosas funcionan así? No soy yo a la que tienes que compensar.

Se levanta y va hacia la ventana que da al jardín de los Garrett.

—Para de una vez. No te está haciendo ningún bien.

—Quizá si pudiera entenderlo, mamá... —Salgo de la cama y me pongo de pie a su lado. Miro la casa de los Garrett, a los juguetes tirados por el césped, a la piscina llena de objetos hinchables, al Mustang...

Mi madre aprieta la mandíbula.

—¿Quieres la verdad? Muy bien. No disfruté los años en que tú y Tracy eráis pequeñas. No soy como esa mujer. —Hace un gesto hacia la casa de nuestros vecinos—. No soy ninguna yegua de cría. Sí que quería tener hijos, no me malinterpretes. Fui hija única y siempre me sentí muy sola. Cuando conocí a tu padre y a su enorme familia pensé que... Pero enseguida detesté el desorden, los olores y las distracciones constantes. Y luego me di cuenta de que él también estaba harto y que había tenido suficiente criándose de esa forma, así que decidió disfrutar de la vida y me dejó con dos niñas pequeñas. Podía haber tenido a diez niñas, pero solo tuve una y únicamente de lunes a viernes. Logré superar esa etapa y ahora que por fin he encontrado mi lugar, mi verdadera vocación... —Vuelve a agarrarme del brazo, como si intentara despertarme de nuevo—. ¿Quieres que renuncie a todo?

—Pero...

—He trabajado muy duro, durante más tiempo del que puedas imaginarte. ¿Se supone que tengo que sufrir el resto de mi vida por una noche en la que bajé la guardia y me relajé unos instantes para pasar un buen rato?

Otra sacudida de brazo. Su cara está muy cerca de la mía.

—¿De verdad crees que eso sería justo, Samantha?

Ya no sé lo que es justo o no. Me duele la cabeza y tengo el corazón tan entumecido que solo siento un profundo vacío. Me gustaría hacerle ver que en su razonamiento hay una hebra incorrecta y tirar de ella hasta extirparla, pero parece que se ha enredado de tal forma que es imposible deshacerse de ella.

\* \* \*

Continúo observando a los Garrett y experimento un gran alivio en cuanto empiezo a ver los primeros signos de normalidad —Alice tomando el sol, Duff y Harry peleándose con pistolas de agua—, pero contemplarlos ya no tiene el efecto calmante y esperanzador de antes. Ya no tengo la sensación de que hay otros mundos distintos al mío en los que pueden suceder cosas extraordinarias. Ahora me siento como una exiliada, como si hubiera regresado a la vida en blanco negro de Kansas en el Mago de Oz.

Intento evitar los recuerdos de Jase, pero están por todas partes. Ayer encontré una de sus camisetas debajo de mi cama y me quedé parada, sosteniéndola en la mano, horrorizada por no haberme dado cuenta antes (ni mi madre tampoco). La metí al fondo del cajón de mis camisetas, pero inmediatamente después la saqué y me la puse para dormir con ella.

## CAPÍTULO 46

Estoy en el camino de entrada a mi casa, en una de las pocas veces que me he animado a salir para tomar un poco el aire, cuando siento una mano sobre mi hombro. Me doy la vuelta para ver de quién se trata y me encuentro con Tim.

—¿Qué coño estás haciendo? —espeta, agarrándome de la mano.

—Déjame en paz. —Me aparto de él.

—Y una mierda voy a dejarte en paz. Ni se te ocurra hacerte la reina de hielo conmigo, Samantha. Rompiste con Jase sin darle ningún tipo de explicación. Nan no quiere ni oír hablar de ti y lo único que me ha dicho es que ya no sois amigas. Y mírate, estás hecha un asco. Muy delgada y pálida. No pareces la misma de siempre. ¿Qué narices te pasa?

Saco la llave para abrir la puerta. A pesar del calor que hace, siento como si estuviera hecha de piedra, tan pesada y fría sobre mi mano.

—No voy a hablar contigo, Tim. No es asunto tuyo.

—¡No me vengas con esas, Samantha! Jase es mi amigo. Fuiste tú la que le metió en mi vida. Está haciendo todo lo posible porque las cosas mejoren. No pienso quedarme de brazos cruzados y ver cómo le destrozas cuando su mundo está patas arriba. Ya tiene bastantes cosas con las que lidiar.

Abro la puerta y dejo el bolso, que también parece hecho de plomo. Me duele el corazón. Como era de esperar, Tim, el rey de los despiadados, me sigue y cierra de un portazo.

—No puedo contártelo.

—De acuerdo. Cuéntaselo a Jase.

Me doy la vuelta para mirarle a la cara. Ese pequeño movimiento también me duele. Tal vez yo también me estoy transformando en una piedra. Pero las cosas inanimadas no sufren, ¿verdad?

Tim me mira y su ira se desvanece, dando paso a la preocupación.

—Por favor, Samantha. Te conozco. Esta no es tu forma de actuar. Así es como se comportan las muchachas malcriadas con aires de grandeza. Así es como actúan los gilipollas como yo. Te conozco desde que eras pequeña y ya entonces tenías la cabeza bien amueblada. Esto no tiene sentido. Tú y Jase... se os veía muy bien juntos. No es tu estilo huir de los problemas. ¿Qué te pasa? —insiste.

—No puedo contártelo —repito.

Sus fríos ojos grises estudian detenidamente mi cara.

—Tienes que hablar con alguien. Si no es con Jase, ni con Nan... Estoy seguro de que con tu madre tampoco... ¿Con quién?

Me pongo a llorar. Hasta hoy no había derramado ni una sola lágrima, pero ahora

no puedo parar. Tim, completamente horrorizado, mira a su alrededor como si esperara que alguien fuera aparecer de la nada para salvarle de la sollozante criatura que tiene enfrente. Me apoyo en la pared y me deslizo hacia abajo llorando.

—Mierda. Para ya, no puede ser tan malo. Sea lo que sea... seguro que tiene solución. —Va hacia la isla de la cocina, se hace con varias tiras de papel del portarrollos de porcelana y me las pasa—. Toma, límpiame los ojos. Todo tiene solución. Incluso yo. Escucha, voy a sacarme el Certificado de Equivalencia de Educación Secundaria y voy a mudarme. Mi amigo Connor, de Alcohólicos Anónimos, tiene un apartamento encima de su garaje, voy a irme a vivir allí, así no tendré que seguir con mis padres y podré... Toma, suénate la nariz.

Acepto el papel y hago lo que me dice. Sé que debo de tener la cara roja e hinchada, pero ahora que he empezado a llorar, no creo que sea capaz de parar.

—Eso es. —Tim me da unas palmaditas torpes en la espalda, más como si estuviera intentando hacerme expulsar algo con lo que me he atragantado que para consolarme—. Sea lo que sea lo que haya pasado, al final se solucionará... pero no creo que dejar a Jase te vaya ayudar.

Lloro con más fuerza.

Tim se marcha con expresión resignada a por más papel.

—¿Puedo...? —Ahora estoy con ese hipo que le da a uno después de llevar un buen rato llorando y me cuesta recuperar el aliento.

—¿Puedes qué? Vamos, suéltalo.

—¿Puedo irme a vivir contigo? ¿Al apartamento del garaje?

Tim se queda inmóvil, con la mano a medio camino de pasarme otro papel.

—¿Qu... Qué? —No tengo el suficiente aire en los pulmones, o más bien el coraje, para repetir la frase—. Samantha... No puedes... Me siento halagado, ¿pero por qué demonios querrías hacer algo así?

—No puedo seguir aquí. Con ellos en la casa de al lado y con mi madre aquí. No puedo mirar a Jase a la cara y no soporto mirar a mi madre.

—¿Grace es el problema? ¿Qué ha hecho ahora? ¿Amenazar con desheredarte del fondo fiduciario si no dejas a Jase?

Niego con la cabeza sin mirarle.

Tim también se desliza por la pared, sentándose a mi lado en el suelo y estirando sus largas piernas, mientras yo sigo en cuclillas con las rodillas pegadas al pecho.

—Vamos, desembucha, preciosa. —Me mira sin pestañear—. Cuéntamelo todo. No te imaginas la de cosas que he llegado a oír ahora que estoy acudiendo a las reuniones de alcohólicos.

—Sé quién atropelló al señor Garrett —consigo decir.

Tim se queda con la boca abierta.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Quién?

—No te lo puedo decir.

—¿Es que has perdido la cabeza? No puedes mantener en secreto una cosa así, de



ninguna manera. Díselo a los Garrett. Cuéntaselo a Jase. Tal vez puedan demandar a ese mal nacido y sacarle millones. ¿Y cómo te has enterado?

—Porque estaba allí. Esa noche. En el automóvil que lo hizo. Con mi madre.

Bajo las pecas, se queda mortalmente pálido, haciendo que su pelo parezca una llama incandescente.

El silencio cae sobre nosotros como un pesado velo.

Después de un rato Tim dice:

—Escogí un mal día para dejar los tranquilizantes. —Le miro fijamente—. Lo siento. Es una broma de *Aterriza como puedas*. Soy un inmaduro. Entiendo lo que dices. El problema es que no quiero entenderlo.

—Entonces sal de aquí.

—Samantha. —Me agarra de la manga—. No puedes quedarte callada. Gracie ha cometido un delito.

—Pero podría arruinarle la vida a mi madre.

—¿Entonces dejarás que ella se la arruine a los Garrett?

—Tim, es mi madre.

—Sí y tu madre la ha cagado a lo grande. ¿Y por eso vas a destrozar la vida de Jase, la de la señora G y la de todos esos niños? ¿Y la tuya propia...? Vaya una mierda.

—¿Qué se supone que debo hacer? Ir allí, mirar a Jase a los ojos y decirle: «Perdona, ¿te acuerdas cuando dijiste que no entendías cómo podía existir una persona así?, ¿la que atropelló a tu padre y se dio a la fuga? Pues es tu vecina de al lado. Mi madre para más señas».

—Tiene derecho a saberlo.

—No lo entiendes.

—No, por supuesto que no. No estaba allí cuando pasó. Dios, necesito un cigarrillo. —Se lleva la mano al bolsillo de la camisa pero lo tiene vacío.

—La destruiría.

—Tampoco me vendrían mal una o dos copas.

—Sí, eso seguro que ayudaría —ironizo—. Por eso pasó lo que pasó. Mi madre había bebido demasiado y se puso a conducir y... —Me tapo la cara con las manos—. Yo iba dormida y tuvimos ese horrible golpe. —Le miro a través de los dedos entreabiertos—. No me lo puedo quitar de la cabeza.

—Uff, preciosa. Vaya mierda. —Pone despacio un brazo sobre mis temblorosos hombros.

—Clay le dijo que diera marcha atrás y que siguiera conduciendo y... ella lo hizo. —Siento cómo se me quiebra la voz. Todavía no me creo lo que pasó—. Así de simple.

—Ya sabía yo que ese tipo era un cerdo —dice Tim entre dientes—. Lo sabía. Es de esos que asustan. Y lo peor de todo es que encima es inteligente.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos minutos que se hacen eternos,

con las espaldas apoyadas contra la pared, hasta que Tim vuelve a insistir:

—Tienes que decírselo a Jase, contárselo todo.

Aprieto los puños contra las mejillas.

—Tendría que dimitir de su cargo... podría ir a la cárcel... y todo sería por mi culpa. —Ahora que por fin estoy hablando, las palabras salen atropelladamente de mi boca.

—No, no. Por «su» culpa. Ella fue la que metió la pata. Tú estarías haciendo lo correcto.

—¿Igual que hiciste tú con Nan? —pregunto en voz baja.

Nuestros ojos se encuentran. Tim ladea la cabeza y me mira con curiosidad. Poco a poco el haberlo entendido se abre paso en su rostro. Entonces se pone colorado y baja la vista hacia sus manos.

—Sí, bueno, en cuanto a eso... —empieza—. Nan es como un grano en el trasero. Normalmente me gusta fastidiarla y hacerle la vida imposible... pero es mi hermana.

—Y ella es mi madre.

—No es lo mismo —masculla Tim—. Mira, yo ya iba a cagarla. No hice trampa en los exámenes pero sí cualquier otra cosa que se me ocurrió. La vida me pagó con la misma moneda. Pero tú no eres así. Tú sabes quién eres.

—Lo único que sé es que estoy hecha un asco.

Me mira.

—Un poco sí. Pero si vuelves a sonarte la nariz y te peinas un poco...

No puedo evitar reírme, lo que hace que la nariz me gotee un poco más, mejorando mi aspecto ya de por sí encantador.

Tim pone los ojos en blanco, se levanta y me trae todo el rollo de papel.

—¿Has probado a hablar con tu madre? El señor Garrett ahora tiene infección, le ha subido la fiebre y la situación se está complicando. Si le haces saber que las cosas van peor, puede que...

—Claro que lo he hecho. Lo he intentado. Pero es como hablar con una pared. «Lo hecho, hecho está... Dejar mi cargo no va a ayudar en nada a los Garrett...». Y blablablá.

—Demandarla sí que les ayudaría —murmura Tim—. ¿Qué me dices de la policía? ¿Y si haces una llamada anónima y les cuentas lo que sabes? Ah, no, es verdad, necesitan pruebas. ¿Por qué no se lo cuentas primero a la señora Garrett? Es una mujer estupenda.

—Apenas puedo soportar mirar a su casa, Tim. No puedo hablar con la señora Garrett.

—Entonces empieza por Jase. Está destrozado, Sam. Trabaja en la ferretería a destajo, va al hospital, continúa con esa locura de entrenamientos, intenta que las cosas en casa vayan lo mejor posible... y no para de preguntarse qué coño le ha pasado a su novia, si es porque esto te ha venido demasiado grande o porque ha hecho algo mal, o porque su familia es un lastre que no estás dispuesta a soportar...

—Esa es mi madre —repongo automáticamente—. No yo.

Mi frase favorita.

«Pero sí que soy yo. Quedarse callada, fingiendo. Estoy haciendo exactamente lo que mi madre hubiera hecho. Después de todo, soy como ella».

Me pongo de pie.

—¿Sabes dónde está Jase? ¿En la ferretería?

—Son más de las cinco, Samantha. La ferretería ya ha cerrado. No sé dónde está ahora mismo. Fui el último en salir de la tienda. Pero tengo el Jetta y su número de teléfono. Te llevaré hasta donde quiera que esté. Sin embargo no me voy a quedar. Esto es algo entre tú y él. —Dobla el codo y me ofrece el brazo, como si fuera un caballero educado a la antigua. El señor Darcy. En circunstancias bastante inusuales, eso sí.

Respiro hondo y cierro los dedos en torno a su codo.

—Y para que conste en acta —añade Tim—. Siento mucho todo esto. En serio, lo siento muchísimo.

## CAPÍTULO 47

Desde el primer día que entré en la casa de los Garrett, nunca he llamado. Pero ahora, cuando veo que Tim pone la mano en el picaporte de la puerta con mosquitera, hago un gesto de negación con la cabeza. No hay timbre, así que doy unos sonoros golpes en el marco. Oigo la voz ronca de George hablando sin parar en otra habitación, así que sé que hay alguien en casa.

Es Alice la que se acerca finalmente a la puerta. En cuanto me ve deja de sonreír al instante.

—¿Qué quieres? —dice a través de la mosquitera.

—¿Dónde está Jase?

Mira por encima de su hombro, sale a los escalones de entrada y cierra de un portazo. Va vestida con la parte superior de un biquini blanco y unos *jeans* cortos desteñidos. A mi lado, me doy cuenta de que la concentración de Tim desaparece más rápido que el helio de un globo pinchado.

—¿Por qué? —Alice se cruza de brazos y se apoya con decisión sobre la puerta.

—Tengo que decirle... algo —digo con voz áspera. Me aclaro la garganta. Tim se acerca un poco más, no sé si para apoyarme o para poder ver mejor el escote de Alice.

—Estoy segura de que ya os habéis dicho todo lo que tenáis que deciros —espetea con rotundidad—. ¿Por qué no te vas por donde has venido?

La parte de mí acostumbrada a hacer lo que le dicen, a no cruzar la línea, la hija de mi madre, se marcha corriendo echa un mar de lágrimas. Pero el resto de mí, mi auténtico yo, no se mueve ni un ápice. No pienso irme por donde he venido. Esa Samantha ya no existe.

—Necesito verle, Alice. ¿Está aquí?

Hace un gesto de negación. Desde que atropellaron a su padre ha dejado de teñirse el pelo y ahora se le ven las raíces con su tono natural, castaño con mechaz rubias.

—No veo ninguna razón para decirte dónde está. Déjale en paz.

—Es importante, Alice —interviene Tim; por lo visto ha vuelto a recuperar la concentración.

Después de lanzarle una mirada fulminante, la hermana de Jase se vuelve hacia mí.

—Mira, Samantha. Ahora mismo no tenemos ni tiempo ni espacio para tus dramas. Estaba empezando a pensar que eras diferente, no otra princesa más de colegio privado, pero al final has resultado ser exactamente eso. Mi hermano no necesita algo así en su vida.

—Lo que tu hermano no necesita es que luches sus batallas por él. —Me encantaría ser más alta para poder intimidarla, pero Alice y yo somos de la misma altura; algo que facilita que pueda enfocar su mirada asesina directamente sobre mis ojos.

—Es mi hermano; sus batallas son mis batallas.

—Parad ya las dos. —Tim se interpone entre ambas, es mucho más alto que nosotras así que su gesto obtiene el efecto deseado—. No me puedo creer que acabe de detener una pelea entre dos bombones como vosotras, pero es importante que Jase oiga lo que Samantha ha venido a contarle. Así que guarda el látigo, Alice.

La hermana de Jase no le hace ni caso.

—Mira, sé a lo que has venido. Quieres sentirte mejor contigo misma y soltarle todo ese rollo de «nunca quise hacerte daño, es mejor que quedemos como amigos» y blablablá, pero te puedes ir olvidando. Vete. Ya no pintas nada en esta casa.

—¡Sailor Moon! —saluda una alegre voz. Al instante aparece George y pega la nariz contra la mosquitera—. Hoy he desayunado un helado de nata cubierto de chocolate. Se llama helado esquimal. Pero no lo hacen los esquimales de verdad. ¿Sabías que los esquimales hacen sus helados de grasa de foca? ¡Qué asco!, ¿verdad?

Me agacho, separándome de Alice.

—George... ¿Está Jase en casa?

—Está en su habitación. ¿Quieres que te acompañe? ¿O le digo que baje? —Está encantado de verme. No encuentro ningún tipo de reproche en él por la forma en que he desaparecido de sus vidas. «George y su inmenso corazón». Me pregunto qué le habrán contado los Garrett... Jase... de mí. De pronto se pone serio—. ¿Crees que hacen los helados con grasa de bebé foca? ¿Esas que parecen tan suaves?

Alice se apoya contra la puerta, interponiéndose en mi camino.

—George, Samantha ya se iba. No molestes a Jase.

—No, no hacen helado de crías de foca —respondo al niño—. Solo hacen helado de...

No tengo ni idea de cómo terminar la frase.

—De focas en fase terminal —interviene Tim—. Y también de focas suicidas.

George nos mira confundido.

—De focas que quieren convertirse en helado —señala Alice con brusquedad—. Se presentan voluntarias. Es como una lotería. Todo un honor para ellas.

El pequeño asiente, pensando en esto último. Todos nos quedamos observando su expresión para ver si la explicación ha funcionado o no. Entonces oigo una voz detrás de él.

—¿Sam?

Lleva el pelo despeinado, todavía húmedo por una ducha reciente. Tiene unas profundas ojeras y los huesos de la mandíbula se le ven como más pronunciados.

—Hola, colega —dice Tim—. He traído a tu chica para que admire tu cuerpo y todo eso. —Empieza a bajar las escaleras—. Pero ya me iba. Hablamos luego. Alice,

cuando te apetezca una buena pelea en el barro, no dudes en llamarme.

Alice se hace a un lado a regañadientes cuando Jase abre la puerta mosquitera; después se encoge de hombros y entra en la casa.

Jase sale al exterior con rostro inexpresivo.

—Y bien —empieza—, ¿qué haces aquí?

George vuelve a pegar la cara a la mosquitera.

—¿Crees que tendrán sabores? ¿Helado de chocolate de foca o helado de fresa de foca?

—Compañero —dice Jase—, ¿qué te parece si hablamos de esto más tarde?

George se marcha resignado.

—¿Tienes el Escarabajo? ¿O la moto? —pregunto.

—Puedo sacar el Escarabajo —responde—. Joel se ha llevado la moto al trabajo.

—Se mete dentro de la casa y grita—: Me llevo el coche.

No soy capaz de oír toda la respuesta de Alice, pero me juego el cuello a que está llena de palabrotas.

—¿Dónde vamos? —pregunta en cuanto nos metemos en el vehículo.

«Ojalá lo supiera».

—Al parque McGuire —sugiero.

Jase se estremece.

—Ahora mismo no es el lugar que mejores recuerdos me trae, Sam.

—Lo sé —contemplo yo, poniendo una mano en su rodilla—. Pero quiero hablar contigo sin que nadie nos moleste. Si prefieres podemos ir al faro o a cualquier otro sitio. Solo necesito estar a solas contigo. —Jase mira mi mano y yo la retiro de inmediato.

—Muy bien, vamos al parque entonces. El escondite secreto es un lugar seguro. —Su voz es neutra, sin reflejar emoción alguna. Da marcha atrás, pisa el acelerador con más fuerza de la habitual y nos mete por la avenida principal.

Vamos en silencio; ese tipo de silencio incómodo que nunca antes hemos compartido. Mi yo más adiestrado (la hija de mi madre) quiere balbucear alguna frase del tipo «Qué buen tiempo está haciendo últimamente, ¿verdad?» o «Estoy muy bien, ¿y tú?» o «¿Has visto lo bien que están jugando los Sox?».

Pero no lo hago. Me quedo mirando las manos que tengo apoyadas en el regazo y de vez en cuando echo un vistazo a su inexpresivo perfil.

\* \* \*

Extiende la mano por inercia para ayudarme a saltar de piedra en piedra hasta la roca lisa que hay en el río. El roce de esa mano me resulta tan cálido, tan familiar, que cuando me suelta siento mi mano incompleta.

—Y bien... —Jase se sienta, se rodea ambas rodillas con los brazos y se queda

mirando al agua, no a mí.

Puede que exista alguna frase adecuada para este tipo de situación. Una forma de abordar el tema con tacto. Una explicación que suene convincente. Pero yo no la conozco y lo único que acude a mi boca es la horrible verdad sin ningún tipo de adorno.

—Fue mi madre la que atropelló a tu padre. Ella conducía el vehículo que lo hizo.

Jase alza la cabeza al instante y me mira con los ojos muy abiertos. Observo cómo el color abandona su bronceada piel. Sus labios se abren, sin embargo no dice nada.

—Estaba allí. Iba dormida en la parte trasera. No vi nada. Ni siquiera me di cuenta de lo que pasó exactamente. Durante días no fui consciente. —Me enfrento a sus ojos esperando que el desconcierto inicial se transforme en ira y la ira en desprecio, mientras no dejo de decirme que sobreviviré a esto. Pero él solo sigue mirándome. Me pregunto si está en estado de *shock* y si debería repetirle todo desde el principio. Recuerdo cuando me dio una chocolatina el día en que Tim condujo como un loco porque Alice le dijo que el chocolate venía muy bien para estos casos. Me gustaría tener una para ofrecérsela ahora mismo. Espero a que diga algo, cualquier cosa, sin embargo continúa mirándome como si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago y fuera incapaz de respirar.

—Clay también estaba —agrego en vano—. Fue él el que le dijo a mi madre que siguiera conduciendo... No es que esto importe, porque fue ella la que lo hizo pero...

—¿Se pararon? —La voz de Jase se eleva áspera—. ¿Comprobaron si respiraba? ¿Le dijeron que iban a ayudarlo? ¿Algo?

Intento insuflar oxígeno a mis pulmones pero me es imposible.

—No. Mi madre continuó su camino y Clay llamó al 911 desde una cabina cercana.

—Estaba solo, Samantha, abandonado a su suerte bajo la lluvia.

Hago un gesto de asentimiento intentando tragar el alambre de púas que se ha instalado en mi garganta.

—Si lo hubiera sabido... Si me hubiera dado cuenta... Habría salido del coche. Lo habría hecho. Pero iba dormida cuando sucedió y ellos continuaron... Todo pasó muy rápido.

Se pone de pie y mira de nuevo al agua. Entonces dice algo en voz tan baja que la brisa del río se lleva las palabras sin que me dé tiempo a oírlas. Me acerco a él. Me muero por tocarle, por cerrar la inmensa brecha que se ha abierto entre nosotros, pero está tenso e inmóvil, como si tuviera un campo de fuerza que me impide llegar hasta él.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunta en el mismo tono bajo.

—Tuve un presentimiento cuando mencionaste Shore Road, pero...

—Eso fue al día siguiente —me interrumpe con voz más alta—. Al día siguiente, cuando los cirujanos estaban agujereando el cráneo de mi padre y la policía actuaba

como si fuera a pillar al culpable. —Se mete las manos en los bolsillos y se aleja de mí, yendo desde la parte más plana de la roca, hasta la más dentada, la que se inclina sobre el agua.

Le sigo y le toco el hombro.

—Pero yo no lo sabía. No lo supe a ciencia cierta hasta que oí a mi madre y a Clay hablar sobre el asunto una semana después.

Jase no se vuelve hacia mí, sino que sigue mirando en dirección al río. Pero tampoco se aleja.

—¿Y ahí fue cuando decidiste que era un buen momento para romper conmigo? —No hay ni un ápice de emoción en su siempre expresiva voz.

—Ahí fue cuando supe que no podía mirarte a la cara. Y Clay me amenazó con rescindir todos los contratos que la campaña de mi madre tiene con la ferretería de tu padre, así que...

Traga saliva, intentando asimilar todo lo que le estoy diciendo. De repente me mira.

—Todo esto... es demasiado.

Asiento con la cabeza.

—No puedo borrar de mi mente la imagen de mi padre tirado bajo la lluvia —continúa—. Cayó bocabajo, ¿lo sabías? El automóvil lo atropelló y lo lanzó por los aires... unos tres metros. Cuando los servicios de emergencias acudieron a socorrerle estaba de bruces sobre un charco. Si llegan unos minutos más tarde se habría ahogado.

De nuevo quiero salir corriendo. No hay nada qué decir, ni forma de solucionarlo.

—No se acuerda de nada —prosigue Jase—. Solo que estaba lloviendo y que todo se volvió negro hasta que se despertó en el hospital. Pero no dejo de pensar que seguro que se dio cuenta en el momento del atropello. Estaba solo, herido... sin nadie que le ayudara. —Se acerca a mí—. ¿Te hubieras quedado con él?

Dicen que uno nunca sabe lo que haría en una situación como esa. A todos nos gusta creer que seríamos uno de esos valientes que renunciaron a su chaleco salvavidas y se despidieron estoicamente desde la cubierta inclinada del Titanic, o de los que se interponen entre una bala y el extraño al que va dirigida, o de los que se dieron la vuelta y subieron las escaleras en las Torres para ayudar a aquellos que lo necesitaran. Pero en el fondo no sabemos con certeza si en el momento cumbre pensaremos primero en nosotros o lo último que se nos pase por la cabeza sea nuestra propia seguridad.

Miro a Jase a los ojos y le digo la única verdad que puedo ofrecerle.

—No lo sé. En ese momento no me dieron la oportunidad de elegir. Pero sé lo que está pasando ahora. Y elijo quedarme contigo.

No sé quién de los dos abraza primero al otro. No importa. Tengo a Jase entre mis brazos y me aferro a él con todas mis fuerzas. He llorado tanto antes que ahora no derramo ni una sola lágrima. Los hombros de Jase se sacuden pero se van calmando



poco a poco. Durante un buen rato no nos decimos nada.

Lo que también está bien porque, a veces, las cosas más importantes —«Te quiero. Lo siento. ¿Me perdonas?»— no son más que sustitutos de lo que puede decirse, y de mejor forma, sin pronunciar ni una sola palabra.

## CAPÍTULO 48

El trayecto de regreso a casa de los Garrett es tan silencioso como el de ida al parque, pero es un silencio muy diferente al anterior. La mano que a Jase le queda libre se entrelaza con la mía cuando no necesita cambiar de marcha y yo me deslizo en el espacio que hay entre nuestros asientos para apoyar la cabeza en su hombro.

Cuando se dispone a aparcar en el camino de entrada, al lado de la furgoneta, me pregunta:

—¿Y ahora qué, Sam?

Confesarle la verdad ha sido la parte más dura, pero no es el final del arduo camino que queda. Ahora tengo que enfrentarme a Alice, a la señora Garrett... a mi madre.

—Solo he llegado hasta la parte en la que te lo contaba.

Jase asiente, se muerde el labio inferior y tira del freno de mano. A continuación tensa la mandíbula y se mira las manos.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? ¿Vas a entrar conmigo?

—Creo que primero tengo que decirle a mi madre que lo sabes. Seguro que... — Me froto la cara con las manos—. No tengo ni idea de cómo se va a poner. Ni tampoco cómo se lo va a tomar Clay. Pero tengo que hablar con ella.

—Mira, voy a pensar un poco de qué manera voy a contárselo a mi familia. No sé si empezar por mi madre o... No sé. Lo que voy a hacer va a ser dejar el teléfono encendido. Si pasa cualquier cosa o me necesitas, llámame, ¿de acuerdo?

—Sí. —Empiezo a salir del Escarabajo pero Jase me agarra de la mano y me detiene.

—No sé qué pensar —dice—. Lo sabías. Desde el principio. ¿Cómo no ibas a saberlo? —Buena pregunta—. ¿Cómo no ibas a darte cuenta de que había pasado algo terrible?

—Estaba dormida —respondo—. Llevo dormida más tiempo del necesario.

\* \* \*

Sé que mi madre está en casa desde el mismo momento en que entro porque me encuentro sus sandalias azul marino en la puerta y el bolso de Prada en el mueble de la entrada, pero no la veo ni en la cocina ni en el salón. Subo las escaleras y voy hacia su dormitorio, sintiendo como si estuviera allanando una propiedad privada a pesar de estar en mi casa.

Ha debido de estar escogiendo qué ponerse para alguno de sus eventos y también

debe de haber tardado lo suyo porque hay un montón de ropa sobre la cama: diversos estampados florales, tonos pastel y vivos azules que contrastan con sus trajes blancos y azul marino de mujer de negocios.

Oigo el agua correr en la ducha.

El cuarto de baño de mi madre es enorme. Con los años, lo ha renovado unas cuantas veces. Cada vez lo hacía más grande, más lujoso. Está enmoquetado y tiene un sofá, una bañera, radiadores para toallas y una ducha con paredes de vidrio con siete rociadores que pulverizan agua desde todas las direcciones. Es de un color que mi madre llama ostra, pero que a mí me parece gris. También cuenta con un tocador y un banco tapizado en un rincón con un sinfín de perfumes, lociones, botes de cristal, frascos y miles de cosméticos. Cuando abro la puerta el ambiente está tan cargado de vaho que apenas puedo ver.

—¿Mamá? —pregunto.

Da un pequeño chillido.

—No hagas eso, Samantha. ¡No asustes a alguien cuando se está dando una ducha! ¿Es que no has visto *Psicosis*?

—Tengo que hablar contigo.

—Me estoy exfoliando.

—Cuando termines. Pero que sea pronto.

La ducha se cierra de repente.

—¿Puedes pasarme una toalla? ¿Y la bata?

Quito la bata de seda albaricoque del gancho de la puerta, donde no puedo dejar de fijarme en otra bata azul marino de hombre que hay colgada al lado. Mi madre saca la mano de la ducha y la extiende para hacerse con la bata de seda.

Una vez que se ha puesto la prenda y se ha colocado la toalla color ostra en el pelo a modo de turbante, se sienta frente al tocador y elige una crema.

—He estado pensando en inyectarme un poco de ácido hialurónico entre las cejas. Solo un poco, que apenas se note. Lo suficiente para que desaparezca esta arruga que tengo aquí. —Señala una arruga inexistente y después se estira la frente con ambas manos—. Creo que me vendría muy bien para mi carrera porque las arrugas en la frente indican tensión y mis votantes no tienen que verme preocupada por nada, pues eso mermaría mi confianza, ¿qué te parece? —me sonrío. Mi madre con su corona de toalla y su lógica retorcida.

Escojo la opción de ir directa al grano.

—Jase lo sabe.

Su cara palidece bajo la fina capa de crema. Frunce el ceño.

—No habrás sido capaz.

—Sí que lo he sido.

Se levanta del banco tan rápido que lo tira.

—¿Samantha... por qué?

—Porque tenía que hacerlo, mamá.

Camina de un lado a otro por el cuarto de baño. Por primera vez me percato de las arrugas de su frente así como de los profundos paréntesis en las comisuras de su boca.

—Ya hablamos sobre esto y estuvimos de acuerdo en que, por el bien de todos, pasaríamos página.

—Eso es lo que tú hablaste con Clay, no conmigo.

Se detiene y me mira con los ojos lanzando chispas.

—Me lo prometiste.

—Nunca lo hice. Ni siquiera escuchaste lo que te dije.

Mi madre se sienta derrotada en el banco con los hombros caídos y me mira con los ojos muy abiertos y suplicantes.

—También perderé a Clay. Si hay un escándalo... cuando estalle el escándalo y tenga que dimitir, se irá. Clay Tucker siempre juega para el equipo ganador. Así es él.

¿Cómo ha podido terminar con un hombre así sabiendo cómo es? «Nena, en cuanto lleguen los problemas, me largo». Me alegro de no haber conocido a mi padre. Suena triste, pero es verdad. Si él y Clay son el tipo de hombres que atraen a mi madre me da mucha pena por ella.

Las lágrimas se agolpan en sus ojos. La culpa atenaza mi estómago, pero no de la misma forma como cuando no dije nada.

Mi madre se vuelve hacia el espejo, apoya los codos sobre el tocador y mira su reflejo.

—Necesito un poco de tiempo para estar a solas, Samantha.

Pongo la mano en el pomo de la puerta.

—¿Mamá?

—¿Qué quieres ahora?

—¿Puedes mirarme?

Nuestros ojos se encuentran a través del espejo.

—¿Para qué? —pregunta.

—No, mírame cara a cara.

Con un profundo suspiro se gira sobre el banco.

—¿Y bien?

—Dime a la cara que crees que no he hecho lo correcto. Mírame y dime que me he equivocado. Si es que de verdad lo piensas.

A diferencia de mis ojos, con motas doradas y verdes, los de mi madre son de un azul puro. Nuestros ojos vuelven a encontrarse durante unos segundos... hasta que ella termina apartando la mirada.

\* \* \*

—Todavía no se lo he dicho a nadie —informa Jase cuando le abro la ventana de mi

habitación esa misma tarde, con el sol colgando sobre el horizonte.

La conversación con mi madre ha drenado hasta la última gota de mi energía, así que me alegro de no tener que volver a confesar nada o lidiar con la reacción de nadie.

Sin embargo, ese pensamiento egoísta solo dura un instante.

—¿Por qué no?

—Mi madre vino a casa y se fue a dormir un rato. Ha pasado toda la noche en vela en el hospital porque han tenido que intubar a mi padre por lo de la infección. Pensé que era mejor dejarla dormir. Aunque también sé lo que voy a hacer después. Creo que el bastón de la palabra es la mejor opción.

—¿El qué?

—El bastón de la palabra. Un palo de madera que Joel encontró y Alice pintó cuando éramos pequeños. En esa época mi madre tenía una amiga con unos hijos que eran unos salvajes, de esos que se suben a las cortinas y se cuelgan de las vigas. Laurie, su amiga, no tenía ni idea de cómo tranquilizarlos, así que solía correr detrás de ellos mientras les gritaba: «La próxima vez que usemos el bastón de la palabra hablaremos de esto». Por lo visto, cada cierto tiempo tenían reuniones familiares en las que aquel que tenía el bastón podía hablar sobre cualquier cosa que afectara a la familia al completo. Mis padres se tomaron a broma aquella idea... hasta que se dieron cuenta que cuando intentábamos discutir algo en familia todo el mundo hablaba al mismo tiempo y nadie escuchaba a los demás. Así que hicimos nuestro propio bastón de la palabra. Seguimos usándolo cuando tenemos que tomar una decisión importante o hay que contar alguna noticia de especial interés. —Se ríe y baja la mirada hacia sus pies—. Duff dijo una vez en clase que cada vez que papá sacaba «el gran palo» nuestra madre terminaba teniendo un bebé. Después de aquello, mis padres tuvieron una reunión con el profesor.

Qué bien me sienta reír.

—¡Vaya!

Me siento en la cama y hago un gesto a Jase para que ocupe el lado vacío que hay a mi lado.

Pero él no se acerca, sino que se mete las manos en los bolsillos y apoya la cabeza contra la pared.

—Hay una cosa que no dejo de preguntarme.

Siento un escalofrío de aprehensión. Hay un matiz en su voz que no reconozco; algo que emborrona el placer que me produce volver a tenerle tan cerca de mí.

—¿Qué?

Levanta una esquina de la alfombra con la punta de su Converse y luego vuelve a dejarla como estaba.

—No es nada importante. Pero no dejo de darle vueltas desde que viniste a verme. Tim sabía lo que ibas a decirme. Se lo dijiste. Primero. Antes que a mí.

¿Se trata de celos? ¿O solo duda? No lo sé muy bien.

—Prácticamente me arrancó las palabras de la lengua. No se fue hasta que se lo conté. Es mi amigo. —Al ver cómo ladea la cabeza añado—: No estoy enamorada de él, si eso es lo que piensas.

Entonces me mira.

—Ya lo sé. De verdad. Pero ¿no se supone que con quien tienes que ser más sincero es con aquellos a los que amas? ¿No se trata de eso?

Me acerco a él y ahora soy yo la que ladea la cabeza, estudiando sus ojos verde claro.

—Tim está acostumbrado a que las cosas se tuerzan —explico.

—Sí, bueno, yo también me estoy acostumbrando demasiado. ¿Por qué no me lo contaste desde el primer momento, Sam?

—Porque creí que me odiarías. Y Clay estaba dispuesto a arruinaros. Yo ya te había arruinado bastante. Pensé que era mejor dejarte antes de que me odiaras.

Frunce el ceño.

—¿Odiarte por algo que hizo tu madre? ¿O por lo que ese imbécil quería hacer? ¿Por qué? ¿Qué sentido tendría?

—Ninguno. Fui una estúpida y estaba... estaba perdida. Todo era maravilloso y de repente se transformó en una pesadilla. Tienes una familia estupenda, feliz, que funciona... y llego yo y todo se va al traste.

Jase mira hacia la ventana que da a su casa.

—Es el mismo mundo, Samantha.

—No exactamente, Jase. Yo tengo mítines, los escudos del B&T y la constante pretensión de que todo va bien cuando en realidad apesta. Y tú tienes...

—Deudas, pañales, habitaciones desordenadas y también cosas que apestan —reconoce—. ¿Por qué no creíste que si ese era tu mundo, si tenías que tratar con él todos los días, no me importaría lo suficiente como para hacerlo también mío?

Cierro los ojos y tomo una lenta bocanada de aire. Cuando los abro de nuevo le veo mirándome con ojos llenos de amor y confianza ciega.

—Porque perdí la fe.

—¿Y ahora? —pregunta en voz baja.

Extiendo la mano con la palma hacia arriba. La mano de Jase se cierra en torno a la mía y da un pequeño tirón. De pronto me encuentro envuelta en sus brazos. No hay ninguna banda sonora en su momento álgido, solo el sonido de nuestros corazones.

Entonces la puerta de mi habitación se abre y aparece mi madre, clavando la vista en nosotros.

## CAPÍTULO 49

—Estáis aquí los dos —dice mi madre—. Perfecto.

No es precisamente lo que me hubiera esperado que dijera si nos pillaba juntos en mi habitación. Debo de lucir la misma expresión de asombro que tiene en este momento Jase.

—Clay viene de camino —continúa atropelladamente—. Estará aquí en unos minutos. Bajad a la cocina.

Jase me mira, yo me encojo de hombros sin saber muy bien qué hacer y mi madre se dirige abajo.

En cuanto llegamos a la cocina, se vuelve hacia nosotros y sonrío. Es su sonrisa profesional, la de «todos somos grandes amigos».

—¿Por qué no bebemos algo mientras esperamos? ¿Tienes hambre, Jase? —Su voz tiene un leve acento sureño; sin duda se lo ha contagiado Clay.

—Pues... no mucha. —Jase la mira con cautela, como si fuera un animal que no sabes por dónde puede salir. Mi madre lleva un vestido amarillo limón, el pelo perfectamente peinado y el maquillaje impecable. No se parece en nada a la mujer atónita en bata y con la crema recién aplicada con la que hablé hace un rato.

—Bien, cuando Clay llegue, iremos al despacho. Podría hacer un poco de té. —Examina a Jase—. Aunque no parece que te vaya mucho el té. ¿Te apetece mejor una cerveza?

—Soy menor de edad, así que no, senadora Reed, muchas gracias —responde Jase con voz plana.

—Puedes llamarme Grace —dice mi madre, sin captar el sarcasmo. «Esta sí que es buena». Ni Tim ni Nan, que la conocen de toda la vida, la llaman por su nombre de pila. Al menos en público.

Se acerca un poco más a Jase, que se ha quedado muy quieto, no vaya a ser que sea uno de esos animales que atacan sin previo aviso.

—Vaya, sí que eres ancho de hombros.

«Ahora mismo te pareces tanto a Blanche DuBois, mamá, que me dan escalofríos».

—¿Qué está pasando aquí...? —empiezo a decir, pero ella me interrumpe.

—Hoy está haciendo mucho calor. ¿Por qué no os preparo un poco de limonada? ¡Creo que incluso tenemos galletitas!

«¿Acaso ha perdido el juicio? ¿Qué espera que Jase le conteste: “Con virutas de chocolate o con nueces, porque de ser así, ¡la perdono al instante! Qué es un atropello y una fuga de nada comparado con unas galletas increíbles”?».

Le agarro de la mano, él aprieta la mía y nuestros cuerpos se acercan cuando

oímos abrirse la puerta delantera.

—¿Gracie?

—Estamos en la cocina, cielo —responde mi madre con voz cariñosa. Segundos después aparece Clay con las manos en los bolsillos y las mangas remangadas hasta los codos.

—Hola, Jason. Te llamas así, ¿verdad?

—Me conocen más por Jase. —Ahora tiene que dividir su atención entre dos criaturas de temperamentos inciertos. Me acerco más a él y Jase se pone delante de mí, colocándose a su espalda, pero yo me muevo y me sitúo a su lado.

—Pues entonces Jase —dice Clay con naturalidad—. ¿Cuánto mides, hijo?

«¿A qué viene tanta obsesión con su físico?». Jase me mira como si me estuviera preguntando: «¿Es que me están tomando las medidas para encargar mi ataúd?». Pero responde con educación:

—Casi uno noventa... señor.

—¿Juegas al baloncesto?

—Al fútbol americano. Soy *cornerback*.

—Vaya... una posición clave. Yo fui *quarterback* —comenta Clay—. Recuerdo una ocasión en la que...

—Muy bien —le interrumpe Jase—. ¿Podría decirnos qué estamos haciendo aquí? Sé lo que pasó con mi padre. Sam me lo ha contado todo.

La expresión calmada y jovial de Clay no cambia ni un ápice.

—Sí, eso he oído. ¿Por qué no vamos todos al despacho de Grace? Gracie, cariño, tú primero.

El despacho que mi madre tiene en casa es más femenino que el del trabajo, con paredes pintadas de un tono azul claro y tapicería blanca de lino en el sofá y las sillas. En lugar de una silla de oficina tiene un sillón de brocado de seda de color marfil. Se sienta en él, detrás del escritorio, mientras que Clay se deja caer sobre una de las sillas y se recuesta en ella, apoyándose únicamente sobre las patas traseras como es costumbre en él.

Jase y yo nos sentamos juntos en el largo sofá.

—Bien, Jase, me imagino que quieres seguir jugando al fútbol cuando vayas a la universidad, ¿verdad?

—No entiendo por qué estamos hablando de esto —dice Jase—. Mi carrera universitaria no tiene nada que ver con la senadora y con lo que le hizo a mi padre, señor.

Clay sigue con su expresión afable.

—Admiro a la gente franca, Jase. —Se ríe—. Cuando estás tan metido en la política como yo, no te encuentras con muchas personas así. —Esboza una sonrisa hacia Jase, que le mira con ojos fríos—. De acuerdo entonces. Seamos honestos. Jase, Samantha, Grace... Tenemos un problema que hay que solucionar de la mejor manera posible, ¿cierto?



Con esa forma tan genérica de hablar podría estar refiriéndose a cualquier cosa, desde que el perro se ha orinado en la alfombra nueva hasta que se ha apretado por error el botón encargado de lanzar unas cuantas cabezas nucleares. Jase y yo hacemos un gesto de asentimiento.

—También es cierto que no se actuó de forma correcta, ¿tengo razón?

Miro a mi madre, que se pasa la lengua por el labio superior de forma nerviosa.

—Sí —digo yo, ya que Jase ha vuelto a adoptar su mirada cautelosa de «no sé en qué momento me vas a atacar».

—De acuerdo. ¿Cuánta gente lo sabe? Cuatro, ¿no? ¿O se lo has dicho a alguien más, Jase?

—Todavía no —contesta él con tono acerado.

—Pero tienes intención de hacerlo, porque eso es lo correcto, ¿verdad, hijo?

—No soy su hijo. Y sí.

Clay apoya la silla sobre sus cuatro patas y se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos abiertas en un gesto de súplica.

—Y aquí es donde, con todos los respetos, no creo que estés pensando con claridad.

—¿Ah, no? —espetea Jase amargamente—. ¿Y en qué me confundo?

—En pensar que dos errores hacen un acierto. Cuando digas a otras personas lo que sucedió, la senadora Reed sufrirá un daño irreparable. Perderá la carrera a la que ha dedicado toda su vida, esa en la que ha servido a los ciudadanos de Connecticut de forma tan acertada. Tampoco estoy muy seguro de que hayas pensado en lo mucho que va a sufrir tu novia. Si esto sale a la luz, la tratarán del mismo modo que a su madre. Es una pena, pero ya sabemos lo que sucede con los hijos de los delincuentes.

Mi madre se estremece cuando oye la palabra «delincuentes», pero Clay prosigue:

—¿Estáis preparados para lo que se os viene encima? Allá donde vaya Samantha la gente especulará sobre su moral. Y en muchos casos pensará que no la tiene. Lo que es bastante peligroso para una chica joven. Hay hombres que no dudarán en aprovecharse de ella.

Jase se mira las manos, que ahora tiene cerradas en puños. Pero en su rostro hay dolor, y peor aún... confusión.

—Eso no me preocupa —intervengo yo—. Estás siendo ridículo. ¿Qué quieres decir? ¿Que el mundo entero asumirá que soy una chica fácil porque mi madre atropelló a un hombre? ¡Qué bobada! Seguro que en la Escuela de Villanos de Pacotilla tienen mejores excusas que esas.

Jase se ríe y me rodea con un brazo.

Para mi asombro, Clay también se echa a reír. Mi madre, sin embargo, permanece impassible.

—En ese caso, me imagino que tampoco funcionará ofrecer dinero con billetes sin marcar a cambio de vuestro silencio, ¿no? —Clay se pone de pie, se coloca detrás de mi madre y empieza a masajearle los hombros—. Bien, entonces, ¿dónde nos deja

esto? ¿Qué es lo que vas a hacer ahora, Jase?

—Se lo voy a contar a mi familia y dejaré que sean mis padres los que decidan lo que quieren hacer en cuanto tengan toda la información.

—No hace falta que te pongas a la defensiva. Soy del sur y admiro a los hombres que son fieles a su familia. Es algo digno de elogio, la verdad. De modo que se lo vas a decir a tus padres y si ellos quieren dar una rueda de prensa para que salga a la luz, estarás de acuerdo.

—Efectivamente. —El brazo de Jase se tensa sobre mi hombro.

—Y si sus acusaciones caen por su propio peso porque no hay testigos y la gente termina creyendo que tus padres son solo un par de chiflados en busca de dinero, ¿también te parecerá bien?

La confusión regresa a la cara de Jase.

—¿Pero...?

—Sí que hay un testigo. Yo —puntualizo.

Clay ladea la cabeza, me mira y asiente.

—Cierto. No me acordaba de que no te supone ningún problema traicionar a tu madre.

—Esa frase también ha salido de la Escuela de Supervillanos —le digo.

Mi madre entierra la cabeza entre sus manos y empiezan a temblarle los hombros.

—Esto no nos lleva a nada. Los Garrett oirán lo que su hijo les diga y harán lo que tengan que hacer. No hay nada que podamos hacer para evitarlo. —Levanta su rostro inundado de lágrimas hacia Clay—. Gracias por intentarlo, cariño.

Él se lleva la mano al bolsillo, saca un pañuelo y limpia con dulzura los ojos de mi madre.

—Grace, cielo, siempre hay una salida. Ten un poco de fe. Llevo en este juego mucho tiempo.

Mi madre se sorbe la nariz y baja la vista. Jase y yo intercambiamos una mirada de incredulidad. «¿Juego?».

Clay se mete los pulgares en los bolsillos, se coloca delante del escritorio y empieza a andar de un lado a otro.

—Vamos a ver qué te parece esto, Grace. ¿Y si eres tú la que convoca una rueda de prensa, con los Garrett? Tú hablas en primer lugar. Lo confieras todo. Que hiciste algo terrible, que la culpa te ha consumido todos estos días, pero como tu hija y el hijo de los Garrett estaban personalmente involucrados... —Hace una pausa y nos sonrío como si estuviera dándonos su bendición—... decidiste permanecer callada. No querías mancillar el primer amor verdadero de tu hija. Todo el mundo se identificará con eso, todos hemos vivido ese primer amor, y si no lo hemos hecho, nos hubiera gustado hacerlo. Así que no dijiste nada por el bien de la muchacha, pero... —Otro paseo, aunque esta vez con el ceño fruncido—... no te veías capaz de representar a la gente con algo de esta magnitud sobre tu conciencia. Estás arriesgando mucho, pero ha funcionado en otras ocasiones. A la gente le encanta la

figura del pecador redimido. Tendrías a tu familia a tu lado; tus dos hijas con su madre. Los Garrett, gente trabajadora, la joven pareja...

—Espere un momento —interrumpe Jase—. Lo que Sam y yo sentimos el uno por el otro no es ninguna... —Se para en busca de una palabra apropiada—... estrategia de mercadotecnia.

Clay esboza una sonrisa divertida.

—Con todos mis respetos, hijo, los sentimientos de todos nosotros son estrategias de mercadotecnia. Es más, de eso es de lo que trata precisamente la mercadotecnia, de dar a la gente dónde más le afecta. Tenemos a la pareja joven, a la familia de clase trabajadora azotada por una crisis inesperada. —Deja de andar—. Gracie, lo tengo. Podrías aprovechar la coyuntura para introducir alguna proposición de ley que ayude a las familias de clase obrera. Nada demasiado radical, solo algo que transmita que Grace Reed ha salido de esta experiencia entendiendo mejor a la gente a la que sirve. Cada vez lo veo más claro. Incluso podemos hacer que el señor Garrett, el trabajador herido, diga que no quiere que todo el buen hacer de la senadora Grace se vaya al traste por este incidente.

Miro a Jase. Tiene los labios entreabiertos y está mirando a Clay fascinado, de la misma forma que uno miraría a una cobra a punto de atacar.

—Podrías hacer un llamamiento a la gente, pedir que te llamen, escriban o envíen correos electrónicos directamente a tu oficina si quieren que sigas como senadora. En este mundillo lo llamamos «envía tus comentarios». La gente se emociona cuando se siente parte activa del proceso. La sede se llena de mensajes, tú desapareces durante unos días y luego vuelves a dar otra rueda de prensa en la que agradeces humildemente a los ciudadanos de Connecticut por la fe que han demostrado tener en ti y te comprometes a esforzarte al máximo para ser digna de ella. Es un golpe de efecto brutal y en el cincuenta por ciento de los casos te aseguras salir reelegida —concluye sonriendo triunfalmente a mi madre.

Mi madre también le mira con la boca abierta.

—Pero... —dice ella.

Jase y yo permanecemos en silencio.

—Vamos —insiste Clay—. Tiene sentido. Es la forma más racional de salir de este embrollo.

Jase se pone de pie. Observo con placer que es más alto que Clay.

—Todo lo que usted dice tiene sentido, señor. Y me imagino que también es racional. Pero con todos mis respetos, usted está muy mal de la cabeza. Vamos, Sam. Vámonos a casa.

## CAPÍTULO 50

Cuando salimos de mi casa el sol está desapareciendo por el horizonte. Las largas piernas de Jase cruzan el camino de entrada a grandes zancadas de forma que casi tengo que correr para seguirle. Cuando estamos a punto de llegar a la escalera que da acceso a la cocina me detengo.

—¡Espera!

—Lo siento. Prácticamente te he traído a rastras. Después de todo lo que ha pasado ahí dentro, siento como si necesitara una ducha. Maldita sea, Sam. ¿Qué ha sido eso?

—Te entiendo —digo yo—. Lo siento. —¿Cómo ha podido Clay decir todo eso con la misma suavidad que un *bourbon* de Kentucky? ¿Y mi madre, ahí sentada como si se hubiera bebido la botella entera? Me froto la frente—. Lo siento —murmuro otra vez.

—Ahora mismo me vendría bien que dejaras de disculparte una y otra vez —me dice.

Respiro hondo y bajo la mirada hacia sus pies.

—Es lo único que me queda... para arreglar las cosas.

Tiene unos pies enormes que hacen que los míos parezcan diminutos en comparación. Lleva sus habituales zapatillas y yo mis chanclas. Nos quedamos parados, pie con pie, durante un minuto. Después, mete su pie entre los míos.

—Estuviste muy bien ahí dentro —comento. Y es verdad.

Jase se mete las manos en los bolsillos.

—¿Estás de broma? Fuiste tú la que le puso en su sitio cada vez que yo caía hipnotizado con sus argumentaciones tan elocuentes.

—Porque llevo un tiempo escuchándole. Tardé semanas en superar la «hipnosis».

Jase sacude la cabeza.

—De pronto me pareció que todo esto se convertía en un cartel para su campaña. ¿Cómo lo hizo? Ahora entiendo por qué Tim estaba tan obsesionado con él.

Miramos mi casa en silencio.

—En cuanto a mi madre... —empiezo. A pesar de lo que Clay ha dicho de que no tengo ningún problema a la hora de traicionarla, eso no es verdad. Esto no me está resultando nada fácil. ¿Cómo puedo hacerle entender a Jase todos esos años que nos ha dedicado, enseñándonos tan bien? O por lo menos lo mejor que pudo.

Jase espera pacientemente a que continúe, hasta que me veo capaz de seguir hablando.

—No es ningún monstruo. Quiero que lo sepas. Sé que no importa, porque lo que hizo estuvo fatal. Pero no es una mala persona. Solo... —me tiembla la voz— no es

una mujer fuerte...

Jase tira de la goma de mi coleta, permitiendo que mi pelo caiga por los hombros. Un gesto que he echado muchísimo de menos.

He salido de mi casa sin mirar a mi madre. No tenía sentido hacerlo. Pero momentos antes, cuando sí que me fijé en su cara, no supe descifrar su expresión.

—Me imagino que mi madre no querrá que vaya a cenar esta noche al B&T. Ni siquiera sé si podré volver a casa.

—Bueno, siempre puedes quedarte en la mía. —Me acerca hacia sí—. Podemos seguir la sugerencia de George y te puedes venir a vivir a mi habitación y dormir en mi cama. Me pareció una idea excelente desde el mismo momento en que salió de su boca.

—George solo habló de la habitación, no dijo nada de la cama.

—Te dijo que nunca me he hecho pis en la cama. Es un incentivo a tener en cuenta.

—Algunos de nosotros también damos por sentado sábanas limpias y necesitamos otros incentivos.

—Veré qué puedo hacer —dice Jase.

—¡Sailor Moon! —grita George desde la mosquitera—. ¡Voy a tener un hermanito! O una hermanita, pero yo quiero un chico. Tenemos una foto de él. ¡Corre, ven a verla! ¡Vamos, ven!

Me vuelvo hacia Jase.

—¿Entonces está confirmado?

—Alice se lo sacó a mi madre con sus tácticas de enfermera ninja. Más o menos como hizo Tim contigo.

George regresa a la mosquitera y presiona una fotocopia contra ella.

—¿Ves? Este es mi hermano. Parece una especie de nube pero luego cambiará un montón porque mi madre dice que eso es lo que mejor hacen los bebés.

—Hazte a un lado, compañero —dice Jase. Luego abre la puerta lo suficiente como para que podamos entrar los dos.

Llevo un tiempo sin ver a Joel. Si antes parecía tranquilo y relajado, ahora se le ve nervioso, caminando de un lado para otro en la cocina. Alice está haciendo tortitas y los más pequeños están sentados a la mesa, observando a los mayores como si estos fueran una serie de *Nickelodeon*.

Entramos justo cuando Joel pregunta:

—¿Por qué le han puesto a papá esa cosa en la tráquea? Respiraba bien. ¿Es que está empeorando?

Alice saca de la sartén una tortita pequeña, muy fina y bastante quemada.

—Las enfermeras ya nos lo explicaron.

—Pero no en cristiano. Al, por favor, ¿me lo puedes traducir?

—Es por la trombosis venosa profunda, tiene una especie de coágulo. Le pusieron esas botas de comprensión porque no quieren darle anticoagulantes...

—Repito, en cristiano —insiste Joel.

—Medicamentos para que se le diluya la sangre. Por la lesión en la cabeza. Le pusieron las botas pero alguien no hizo caso o no se dio cuenta en el orden en que debían ponerse y que tenían que apagarlas cada dos horas.

—¿Podemos demandar a ese alguien? —pregunta Joel indignado—. Estaba hablando, iba mejor y ahora está peor que nunca.

Alice saca otras cuatro tortitas más carbonizadas y añade un poco de mantequilla a la sartén.

—Es bueno que se hayan dado cuenta a tiempo, Joey. —Mira hacia arriba y por primera vez se da cuenta de que estoy detrás de Jase—. ¿Qué está haciendo ella aquí?

—Aquí es donde debe estar —responde Jase—. Déjalo ya, Alice.

Andy empieza a llorar.

—Ya no parece papá.

—Sí que parece papá —insiste George de forma terminante. Me pasa la fotocopia—. Este es nuestro bebé.

—Es precioso —digo a George. En realidad parece un huracán sobre las Bahamas.

—Papá está en los huesos —continúa Andy—. Huele a hospital. Mirarle me pone los pelos de punta. De pronto se ha transformado en un viejo. No quiero un hombre viejo. Quiero a papá.

Jase le guiña un ojo.

—Solo necesita comerse unas cuantas tortitas de Alice, Ands. Ya verás lo bien que se pone después.

—Alice hace las peores tortitas del mundo —observa Joel—. Estas parecen unos posavasos.

—Por lo menos yo cocino —replica Alice con sarcasmo—. ¿Tú qué haces? ¿Criticar? ¿Hacer una reseña gastronómica? Pide algo de comida para llevar si quieres hacer algo útil, imbécil.

Jase mira a sus hermanos y después a mí. Entiendo su vacilación. Aunque las cosas en casa de los Garrett están un poco fuera de sí —no se sigue un horario en las comidas, todo el mundo está de peor humor...— todavía parecen normales. No es el momento adecuado para soltar una bomba informativa como la que tenemos que anunciar. Es como irrumpir en medio de la casa del señor y la señora Capuleto mientras discuten sobre si están pagándole bien o no a la aya y decir: «Interrumpimos esta estampa familiar con una tragedia de proporciones épicas».

—Hola. —La mosquitera se abre y entra Tim con cuatro cajas de *pizza*, dos tarros de helado y la bolsa azul con cremallera donde los Garrett guardan el dinero recaudado del día de la ferretería.

—Hola, ardiente Alice. ¿Te apetece ponerte el uniforme y tomarme el pulso?

—Nunca juego con niños pequeños —masculla Alice sin apartarse de la sartén donde sigue luchando con las tortitas.

—Pues deberías. Estamos llenos de energía y somos muy traviesos.

Alice ni se molesta en contestar.

Jase le ayuda con las cajas y las pone encima de la mesa, apartando con ligeros manotazos las manos de los más pequeños.

—¡Tranquilos! Esperad a que os ponga los platos. ¡Jesús! ¿Qué tal se ha dado el final de la jornada?

—Sorprendentemente bien. —Tim saca un fajo de servilletas del bolsillo y las deja en la mesa—. Hemos vendido una astilladora de madera, esa tan grande que estaba en la parte de atrás y que apenas nos dejaba espacio.

—¡No me digas! —Jase saca una botella de cuatro litros de leche del frigorífico y empieza a servirla en vasos desechables.

—Sí te digo. Dos mil dólares. —Tim distribuye las porciones de *pizza* en los platos y los reparte entre Duff, Harry, Andy, George y Joel, que todavía tiene el ceño fruncido.

—Hola, preciosa. Qué bien verte por aquí de nuevo. —Tim me sonríe—. En el lugar al que perteneces y todas esas chorradas.

—¡Mío! —grita Patsy, señalando a Tim, que se acerca a la pequeña y le revuelve el escaso cabello.

—¿Lo ves, ardiente Alice? Incluso las más jóvenes se rinden a mi magnetismo sexual. Soy como un campo de fuerza, las atraigo a todas. Soy como el...

—¡Popó!

—Eso también. —Tim aparta la mano de Patsy, que en este momento está tirando de su camiseta. Pobrecilla. Odia los biberones—. Entonces, ¿qué me dices, bella Alice? ¿Te pones el uniforme y me haces un chequeo completo?

—Deja de tirarle los tejos a mi hermana en nuestra cocina, Tim. ¡Por Dios! Y para que lo sepas. El uniforme de enfermera de Alice es verde. Cuando se lo pone parece la rana Gustavo —comenta Jase, devolviendo la leche al frigorífico.

—Tengo mucha hambre, pero no quiero *pizza* —refunfuña Duff—. Es lo único que comemos. Estoy harto de *pizza* y cereales con leche... y eso que eran dos de las cosas que más me gustaban de este mundo.

—Yo también creía que ver la televisión todo el rato sería divertido —señala Harry—, pero me he dado cuenta de que no lo es. Es aburrido.

—Anoche me quedé hasta las tres de la madrugada viendo películas de Jake Gyllenhaal, incluso las clasificadas para mayores de edad —confiesa Andy— y nadie se dio cuenta ni me dijo que me fuera a la cama.

—¿Es que nos hemos puesto en plan «me quejo por todo»? —dice Joel—. ¿Queréis que saque el bastón de la palabra?

—Ahora que lo dices, creo que... —empieza Jase, pero le interrumpe un golpe en la puerta.

—Joel, ¿has pedido comida a pesar de que sabías que estaba haciendo tortitas? —pregunta Alice enfadada.

Joel alza las manos en defensa propia.

—Me hubiera encantado, pero no. Te lo juro.

Vuelven a llamar a la puerta, Duff se dirige hacia allí para abrir y aparece... mi madre.

—He venido para ver si mi hija está con vosotros. —Pasea la mirada por todas las personas que hay en la cocina. Por Patsy, con el pelo lleno de mantequilla, sirope y salsa de tomate; por George, que va sin camiseta y por cuyo pecho le caen pequeñas hileras de sirope; por Harry, que se lanza como un poseso sobre otra porción de *pizza*; por Duff, al que nunca he visto tan furioso como ahora; por la llorosa Andy... y por Jase, que se ha quedado completamente inmóvil.

—Hola, mamá.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Me imaginé que estarías aquí. Hola, cariño.

—Hombre, Gracie. —Tim arrastra un sillón desde el salón hasta la isla de la cocina—. Siéntate. Ponte cómoda y tómate una porción de *pizza*. —Me mira y luego enarca las cejas hacia Jase.

Jase sigue con la vista clavada en mi madre, con esa mirada confusa con la que salió de su despacho. Mi madre extiende la mano hacia la caja de *pizza* como si de un ovni se tratara. A ella las que más le gustan son las que tienen pesto, alcachofas y marisco. Sin embargo, toma asiento y susurra:

—Gracias.

La miro. Ya no es ni la mujer alicaída en bata de seda ni la tensa anfitriona que le ofreció a Jase una cerveza. Hay algo en su expresión que no he visto antes. Miro a Jase y me fijo en que la está observando con el rostro impassible.

—Así que usted es la mami de Sailor Moon —dice George con la boca llena de *pizza*—. Nunca la he visto tan cerca como ahora. Solo por televisión.

Mi madre esboza una tímida sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

Me apresuro a hacer las presentaciones. Se la ve tan nerviosa e incómoda, tan inmaculada y fuera de lugar en el confortable caos que reina en la cocina.

—¿Quieres que nos vayamos a casa, mamá?

Ella niega con la cabeza.

—No. Me gustaría conocer a toda la familia de Jase. Dios mío. ¿Sois todos los que estáis aquí?

—Falta mi papá, porque está en el hospital —parlotea George, levantándose de la mesa y rodeando a mi madre—. Y también mami, que se está echando una siesta. Y también el nuevo bebé que está dentro de la tripa de mamá, bebiéndose su sangre.

Mi madre se pone completamente pálida.

Alice hace una mueca y dice:

—George, no funciona de esa manera. Cuando me preguntaste te expliqué cómo se alimenta el bebé. Los nutrientes van a través del cordón umbilical junto con la



sangre de mamá que...

—Yo sé cómo ha llegado el niño dentro de la tripa de mamá —anuncia Harry—. Me lo contaron en el campamento de vela. Mirad, papá pone...

—Muy bien, muchachos, suficiente —interrumpe Jase—. Calmaos. —Vuelve a mirar a mi madre mientras tamborilea con el dedo índice sobre la encimera.

Silencio.

Un tanto incómodo. Y especialmente inusual. George, Harry, Duff y Andy están ocupados comiendo. Joel ha abierto la bolsa azul y está clasificando los recibos por nombre. Tim se ha hecho con un tarro de helado y está comiendo directamente de él, con lo que consigue llamar la atención de Alice.

—¿Tienes idea de lo poco higiénico que es eso?

Él deja la cuchara avergonzado.

—Lo siento. Ni siquiera lo he pensado. Solo necesitaba azúcar. Lo único que hago últimamente es comer dulces. Puede que esté sobrio y que esté fumando menos, pero está claro que me espera un futuro lleno de obesidad mórbida.

Por sorprendente que parezca, Alice le sonrío.

—No te preocupes, Tim, forma parte del proceso de desintoxicación. Es algo normal. Pero... usa un tazón, ¿de acuerdo?

Tim le devuelve la sonrisa y comparten un divertido momento de calma antes de que ella se vuelva a abrir un cajón.

—Toma.

—Yo quiero helado. Yo quiero helado —canturrea George golpeando con la cuchara en la mesa.

Patsy se contagia del espíritu reivindicativo y golpea su trona con las manos.

—¡Tetita! —grita—. ¡Popó!

Mi madre frunce el ceño.

—Sus primeras palabras —explico a toda prisa. Entonces el rubor inunda mis mejillas. ¿Por qué he sentido la necesidad de justificar a Patsy?

—Ah.

Los ojos de Jase se encuentran con los míos. Su mirada refleja tanta confusión y un dolor tan intenso que me golpea como si de una bofetada se tratara.

¿A qué ha venido mi madre? Jase y yo estábamos bien, volvíamos a conectar, y de pronto llega ella. ¿Por qué?

Jase hace un gesto hacia la puerta.

—Será mejor que vayamos a por más helado al congelador que hay en el garaje. Vamos, Sam.

Hay dos tarros más en la mesa. Alice los mira y luego a Jase.

—Pero si... —empieza.

Jase hace un gesto de negación.

—¿Sam?

Le sigo fuera. Puedo ver cómo se le tensa la mandíbula; sentir la tensión de sus

hombros como si fueran parte de mi cuerpo.

Tan pronto como bajamos los escalones, se vuelve hacia mí.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué ha venido?

Trastabillo hacia atrás.

—No lo sé. —Mi madre está actuando como si no pasara nada, como si fuera la vecina amable de al lado dejándose caer por casa de los Garrett para ver cómo están. Pero la situación dista mucho de ser normal. ¿Cómo puede estar tan tranquila?

—¿Se tratará de otra de las asquerosas tretas de Clay? —exige saber Jase—. ¿Le ha dicho que venga y actúe de forma amistosa, antes de que se entere nadie?

Me escuecen los ojos. Estoy a punto de ponerme a llorar.

—No lo sé —repito.

—Parece como si quisiera convencer a mi familia de que no es posible que una mujer tan simpática haga nada malo y que piensen que he perdido la cabeza o algo parecido y...

Le agarro de la mano.

—No lo sé —vuelvo a susurrarle. ¿Se trata de la siguiente fase en el juego de manipulación de Clay? Pues claro que sí. Durante un momento he creído que mi madre estaba intentando hacer un gesto... una ofrenda de paz, pero tal vez sea otra de las tácticas de Clay. Se me contrae el estómago. No sé qué pensar. Ni siquiera sé cómo sentirme. Las lágrimas que he intentado contener se derraman por mis mejillas, así que me las seco enfadada.

—Lo siento —dice Jase, tirando de mí de forma que mi mejilla se apoya contra su pecho—. Pues claro que no lo sabes. Es que... viéndola sentada en la cocina, comiendo *pizza* como si todo fuera estupendamente, ha hecho que me ponga...

—Enfermo —termino por él. Cierro los ojos.

—Pero por ti. No solo por mi padre. También por ti, Sam.

Me gustaría que entendiera, repetirle que mi madre no es mala persona. Pero si de verdad ha venido siguiendo el consejo de Clay para mostrar «el lado amable de Grace», entonces...

—¿Tenéis ya el helado? —grita Alice desde la puerta—. Me parecía imposible, pero al final vamos a necesitarlo.

—Sí... un segundo —responde Jase también gritando. Se apresura a abrir la puerta del garaje. Llega hasta el congelador, siempre lleno de productos en oferta, y saca una tarrina de helado—. Volvamos antes de que se coman los platos. —Intenta esbozar su deslumbrante sonrisa pero se queda corto.

Cuando regresamos a la cocina, George le está diciendo a mi madre:

—Me gusta mucho poner esos cereales que se llaman *Gorilas Crujientes* encima del helado. Pero no está hecho de gorilas de verdad.

—Ah. Vaya. Eso está bien.

—Es solo mantequilla de cacahuete y cosas saludables. —George agarra la caja y echa un montón de cereales en su cuenco—. Pero si compras estos cereales puedes

salvar a los gorilas. Y eso sí que está bien, porque si no se «instinguirán».

Mi madre me mira para que le traduzca. O para que la salve.

—Extinguirán —explico.

—Sí, eso es lo que quería decir. —George echa un poco de leche encima de los cereales y el helado y remueve con la cuchara—. Eso significa que no se aparean lo suficiente y entonces se mueren para siempre.

Volvemos a quedarnos en silencio. Un silencio agobiante. «Se mueren para siempre». Esa frase parece reverberar en el ambiente, o al menos esa es la sensación que tengo yo. El señor Garrett, tumbado de bruces bajo la lluvia, la imagen que Jase añadió al impactante golpe seco que me despertó. ¿La ve también mi madre? Observo cómo deja su porción de *pizza* y cómo sus dedos se cierran en torno a una servilleta que usa para limpiarse los labios. Jase tiene la vista clavada en el suelo.

Mi madre se pone de pie tan de repente que casi tira su asiento.

—Samantha, ¿puedes salir conmigo afuera un momento?

El pánico se apodera de mí. «No va hacer que vuelva a casa para enfrentarme de nuevo a las manipulaciones de Clay, ¿verdad? Por favor, que no lo haga». Miro a Jase.

Mi madre se inclina sobre la mesa de modo que mira cara a cara a George.

—Siento lo de tu padre —le dice—. Espero que se ponga bien muy pronto. —Entonces se dirige hacia la puerta con la seguridad de que, después de todo, la seguiré.

«Ve», me dice Jase con los labios, señalando la puerta con un gesto de la barbilla. En cuanto le miro a los ojos lo tengo claro; tiene que saberlo todo.

Salgo a toda prisa detrás de mi madre, sus sandalias resuenan en el camino de entrada. Entonces se detiene y se da la vuelta lentamente. Ahora mismo es prácticamente de noche y la luz de la farola proyecta un tenue halo sobre el pavimento.

—¿Mamá? —Busco su cara.

—Esos niños.

—¿Qué pasa con ellos?

—No podía seguir allí —dice arrastrando las palabras. Después añade atropelladamente—. ¿Sabes cuál es el número de habitación del señor Garrett? Está en el Maplewood Memorial, ¿no?

Unas ideas terribles cruzan por mi mente. Clay yendo allí y ahogando al señor Garrett con una almohada, o inyectándole aire en una de las vías. Mi madre... no tengo ni idea de lo que es capaz de hacer. ¿Es posible que pueda venir aquí, tomarse un trozo de *pizza* y después hacer algo horrible?

Pero ya lo ha hecho y después se ha presentado con una lasaña metafórica. «Aquí tenéis, soy vuestra buena vecina de al lado».

—¿Por qué? —pregunto.

—Tengo que contarle lo que pasó. Lo que hice. —Aprieta los labios y mira hacia

la casa de los Garrett; la luz que sale de la puerta mosquitera forma un rectángulo perfecto.

«Oh, gracias a Dios».

—¿Vas a decirle la verdad ahora mismo?

—Sí, todo —responde en voz baja. Busca en su bolso y saca un bolígrafo y su pequeño cuaderno de notas con la bandera de los Estados Unidos—. ¿Cuál es su número de habitación?

—Está en la UCI, mamá —digo duramente. ¿Es que no se acuerda?—. No puedes hablar con él. No te dejarán entrar. No eres de la familia.

Ella me mira y parpadea.

—Soy tu madre.

Le devuelvo la mirada, confundida. Pero entonces me doy cuenta. Ha debido de pensar que quería decir que ella no era de «mi» familia. En este momento no es una suposición muy mal encaminada. De repente me doy cuenta de que estoy a miles de kilómetros de ella. Toda mi fuerza, mis energías, están apoyando cien por cien a esta otra familia. Mi madre... Lo que mi madre ha hecho... No puedo defenderla.

—No te dejarán entrar en su habitación —termino diciendo—. Solo dejan pasar a los familiares más cercanos.

Le cambia el gesto. Siento un nudo en el estómago porque he interpretado su expresión. Es una mezcla de vergüenza y alivio; sobre todo esto último. No va a tener que enfrentarse a él.

Poso la vista en la furgoneta, en la puerta del conductor. Sé quién se merece conocer la verdad tanto como el señor Garrett.

La mano de mi madre se mueve nerviosamente para alisar la falda de su vestido.

—Tienes que hablar con la señora Garrett —le digo—. Cuéntaselo todo. Está en casa. Puedes hacerlo ahora mismo.

Mira hacia la puerta, pero aparta la vista casi al instante, como si toda la casa fuera el lugar del accidente.

—No puedo volver ahí. —Siento su mano rígida sobre la mía cuando intento tirar de ella para llevarla de nuevo al camino de entrada. Tiene la palma húmeda—. No con todos esos niños.

—Tienes que hacerlo.

—No puedo.

Mis ojos también vuelan a la puerta, como si hubiera una solución esperándome allí mismo.

Y eso es precisamente lo que pasa. Veo a Jase... con la señora Garrett a su lado. Yergue los hombros y pasa un brazo alrededor de su madre.

La puerta mosquitera se abre y ambos salen al exterior.

—Senadora Reed, he dicho a mi madre que tiene algo que decirle.

Mamá asiente y traga saliva. La señora Garrett está descalza, lleva el pelo despeinado y se la ve agotada pero serena. Jase no le ha contado nada.

—Sí... Necesito hablar con usted —empieza mi madre—. En privado. ¿Le importaría...? ¿Quiere venir a tomar un poco de limonada a mi casa? —Se frota el labio superior con el nudillo y añade—: Esta noche hay mucha humedad en el ambiente.

—Pueden hablar aquí. —Es evidente que Jase no quiere que su madre caiga bajo el hechizo de Clay. La señora Garrett enarca una ceja al oír el tono de su hijo.

—Usted es más que bienvenida a entrar en mi casa, senadora. —La voz de la señora Garrett es tranquila y educada.

—Solo estaremos nosotras dos —asegura mi madre a Jase—. Estoy convencida de que mi otro invitado ya se ha ido.

—Aquí estará bien —insiste él—. Sam y yo nos encargamos de los niños.

—Jase... —comienza la señora Garrett con las mejillas sonrosadas por el rudo comportamiento de su hijo.

—Está bien. —Mi madre toma una profunda bocanada de aire.

Jase abre la puerta mosquitera y me lleva dentro. Me quedo parada un momento en el umbral, mirando a mi madre y a la señora Garrett. Las dos mujeres que hay en el camino de entrada no pueden ser más distintas. Mamá lleva un vestido amarillo y las uñas de los pies perfectamente arregladas. La señora Garrett lleva un vestido arrugado y las uñas sin pintar. Mi madre es más alta, la de Jase más joven. Pero la arruga que cada una tiene entre las cejas es casi idéntica y ambos rostros muestran la misma aversión.

## CAPÍTULO 51

No sé cómo ha confesado mi madre la verdad, si ha salido de su boca con la fuerza de un torrente o la ha ido filtrando poco a poco. Ni Jase ni yo hemos podido oír nada con el ruido que había en la cocina, solo hemos podido ver sus siluetas a través de la oscuridad lanzando alguna que otra mirada cuando hemos tenido un momento mientras limpiábamos los restos de comida, bañábamos a los pequeños y los metíamos en la cama o les dejábamos bajo el hipnótico murmullo de la televisión. Lo único que sé es que después de veinte minutos, la señora Garrett ha abierto la puerta con mosquitera con una expresión indescifrable en el rostro, ha dicho a Joel y Alice que tenía que irse al hospital y que necesitaba que la acompañaran y después se ha dirigido a Jase.

—¿Tú también vienes?

En cuanto se han marchado y Andy, todavía sufriendo los efectos colaterales de su maratón de Jake Gyllenhaal, se ha quedado dormida en el sofá, he oído una voz llamándome desde el porche trasero.

—¿Preciosa?

Miro a través del cristal y veo el resplandor anaranjado del cigarrillo encendido de Tim.

—Ven fuera. No quería fumar dentro por si George estaba despierto, pero no puedo dejar de encenderme un cigarrillo tras otro.

Salgo al exterior, asombrada de lo fresco que huele el aire y de cómo las hojas de los árboles se mecen en el cielo oscuro. Tengo la sensación de haber estado encerrada en una habitación mal ventilada durante horas, días, eones. Incluso en el parque McGuire no fui capaz de llenar mis pulmones de aire, sabiendo lo que tenía que confesarle a Jase.

—¿Quieres uno? —pregunta Tim—. Parece como si fueras a vomitar de un momento a otro. —Me ofrece el paquete arrugado de cigarrillos Marlboro.

Me echo a reír.

—Si fumara te aseguro que ahora mismo sí que aceptaría tu oferta. Es demasiado tarde para corromperme, Tim.

La palabra «corrupción» me golpea directamente en la cara. Ahora los Garrett conocen la verdad. ¿Habrán llamado a la policía? ¿A los medios de comunicación? ¿Dónde está mi madre?

—Entonces —Tim se dispone a encender otro cigarrillo, aplastando con la chancla la colilla del que acaba de fumarse—, la verdad ha salido a la luz, ¿no?

—Creía que te habías ido a casa.

—Sí, tenía pensado hacer eso mismo cuando tú y Grace os marchasteis. Creí que

Jase iba a decírselo a su familia y que necesitaban privacidad y toda esa mierda.

«Una pequeña y encantadora reunión familiar».

—Pero —continúa— no quise irme a casa por si me necesitan para algo. Ya sabes, llevarles a algún sitio, hacer de saco de boxeo, favores sexuales. —Debo de poner una mueca porque empieza a reírse—. A Alice, no a ti. Cuidar de los niños. Cualquier cosa. Teniendo en cuenta mis muchas habilidades.

Me conmuevo por dentro. No tengo a Nan, pero después de tanto tiempo, vuelvo a contar con Tim.

Se ve que interpreta mis sentimientos porque se apresura a añadir:

—Lo de los favores sexuales es por un motivo puramente egoísta. Además, detesto pasar tiempo en mi casa, así que... ¿Dónde está Gracie?

«¿Oyendo cómo le leen sus derechos?».

Se me llenan los ojos de lágrimas; algo que detesto.

—¡Oh, no! Otra vez esto no. Para. —Tim mueve la mano delante de mi cara de forma frenética, como si pudiera ahuyentar mis emociones como si fueran moscas—. ¿Ha ido al hospital? ¿A confesar?

Le explico lo de la UCI y él suelta un silbido.

—Cierto, me olvidaba. Entonces, ¿está en casa?

Cuando le comento que no tengo ni idea de dónde puede estar, tira el cigarrillo al suelo, lo aplasta con la suela del zapato, me pone las manos en los hombros y hace que me dé la vuelta hacia mi propio jardín.

—Ve a buscarla. Yo me quedo aquí protegiendo el fuerte.

\* \* \*

Bajo por el camino de entrada de los Garrett. Mi madre no contesta al teléfono móvil. Puede que la policía se lo haya confiscado mientras le toman las huellas dactilares. Son las diez. Los Garrett salieron hace una hora.

No hay ninguna luz encendida en casa. Tampoco veo el automóvil de mi madre, aunque tal vez esté metido en el garaje. Subo los escalones que dan al porche, pensando en entrar por la puerta lateral para ver si está, cuando la encuentro.

Está sentada en el banco de hierro forjado que hay en la entrada principal; ese que compró para que nos sentáramos en él y nos quitáramos el calzado antes de entrar en casa. Tiene las rodillas dobladas y los brazos alrededor de ellas.

—Hola —dice en voz baja y apática. Veo cómo alarga la mano y alcanza algo.

Una copa de vino blanco. Me pongo enferma. ¿Está sentada en las escaleras con un Chardonnay? ¿Dónde está Clay? ¿Calentando las *focaccia*?

Cuando le pregunto por él se encoge de hombros.

—Imagino que debe de estar de camino a su casa de vacaciones. —La recuerdo diciéndome que si se lo contaba a alguien le perdería. «Clay Tucker siempre juega

para el equipo ganador». Mi madre bebe un sorbo, gira la copa y mira a través de ella.

—¿Habéis... roto?

Suspira.

—No de forma explícita.

—¿Y eso que significa?

—No está muy contento conmigo. Pero lo más probable es que ya esté pensando en cuál será mi discurso de renuncia a la campaña. A Clay le encantan los desafíos.

—Entonces... ¿Le has echado de casa? ¿Se ha ido él? A ver, ¿qué ha pasado?

Me encantaría quitarle la copa de vino y tirarla fuera del porche.

—Le dije que los Garrett se merecían saber la verdad. Él refutó que la verdad es algo muy flexible. Hablamos. Le dije que me iba a hablar contigo. Y con los Garrett. Me dio un ultimátum, aunque yo me fui de todos modos. Cuando regresé se había marchado. Sin embargo, me mandó un mensaje de texto. —Se lleva la mano al bolsillo de su vestido y saca el teléfono móvil como si se tratara de una prueba.

No puedo leer la pantalla, pero mamá continúa de todos modos.

—Dice que sigue siendo amigo de todas sus antiguas novias. —Hace una mueca—. Creo que se refería a sus «ex» novias, ya que en lo que a antigüedad se refiere yo debo de ser la mayor. También dice que no es partidario de cortar todos los lazos con una persona, pero que cree que sería bueno que nos «diéramos un tiempo para replantearnos las cosas».

«Maldito Clay».

—¿Así que ya no va a seguir trabajando contigo?

—Tiene una amiga trabajando en la campaña de Christopher, Marcie, que le ha dicho que estarán encantados de contar con sus servicios.

«Por supuesto».

—Pero... ¡Pero si Ben Christopher es demócrata!

—Bueno... sí —señala mi madre—. Eso mismo le comenté yo cuando respondí a su mensaje. Pero Clay se limitó a decir: «Así es la política, cariño. No te lo tomes como algo personal» —me informa con tono resignado.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunto, señalando hacia los ventanales de su despacho que otorgan una elegante curva a uno de los laterales de nuestra casa—. Cuando estuvimos allí... tú y Clay parecíais estar de acuerdo.

Mamá se pasa la lengua por el labio superior.

—No lo sé, Samantha. Estaba pensando en todo ese discurso que dio en el que decía que yo lo había hecho por ti. Para protegerte tanto a ti como a ese muchacho Garrett. —Extiende las manos, las coloca sobre mis mejillas y me mira a los ojos por primera vez—. El caso es que... tú eras lo último que tenía en mente. Y cuando realmente pensé en ti... —Se frota el puente de la nariz— en lo único que pensé es que si esa noche no hubieras estado allí nadie se habría enterado. —Antes de que pueda responder o incluso asimilar lo que acaba de decir, levanta una mano—. Lo sé. No tienes que decirme nada. ¿Qué clase de madre piensa algo así? Entonces me di



cuenta de que no soy una buena madre. Ni tampoco una mujer fuerte.

Se me hace un nudo en el estómago. Aunque he pensado eso mismo... Aunque hace poco que se lo he dicho a Jase en voz alta, me siento triste y culpable.

—Te has enfrentado a la verdad ahora, mamá. Eso demuestra que eres fuerte. Has hecho lo correcto.

Se encoge de hombros, rechazando mi compasión.

—Cuando conocí a Clay esta primavera, no le mencioné que tenía hijas adolescentes. La verdad me resultaba... incómoda. ¿En la cuarentena y con dos hijas mayores? —Se ríe con amargura—. En ese momento me pareció un problema enorme.

—¿Lo sabe Tracy?

—Llegaré a casa mañana por la mañana. La llamé en cuanto regresé a casa.

Intento imaginarme la reacción de Tracy. Mi hermana, la futura abogada. ¿Estará horrorizada por lo que ha hecho mamá? ¿Devastada por tener que interrumpir su verano? O algo completamente diferente. Algo que ni siquiera puedo imaginar. Oh, Trace. La he echado tanto de menos.

—¿Qué te ha dicho la señora Garrett? ¿Qué va a pasar ahora?

Toma otro gran sorbo de vino, lo que no me tranquiliza en absoluto.

—No quiero pensar en eso. Pronto lo sabremos. —Estira las piernas y se pone de pie—. Es tarde. Deberías estar en la cama.

Ahí está su tono maternal de amonestación. Después de todo lo que ha pasado me parece una tontería. Pero en cuanto la veo abrir la puerta con los hombros caídos, solo puedo decirle otra verdad, aunque un tanto inconveniente.

—Te quiero, mamá.

Inclina la cabeza, indicándome que me ha escuchado, entonces nos da la bienvenida el frío aire acondicionado. Cuando cierra la puerta detrás de ella suelta un suspiro.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que conocer a la gente de al lado no nos traería nada bueno.

## CAPÍTULO 52

En contra de las predicciones de Clay, los Garrett no convocan una rueda de prensa al día siguiente. Ni acuden a la policía. Sin embargo sí que hacen uso del bastón de la palabra. Hay una reunión familiar en el hospital con todos los hijos mayores, hasta Duff. Alice y Joel quieren denunciar a mi madre cuanto antes. Andy y Jase se oponen. Al final, el señor y la señora Garrett deciden mantener el asunto en privado. Mi madre se ofrece a hacerse cargo de todos los gastos médicos y a pagar a una persona que se encargue de la ferretería todo el tiempo que sea necesario. Jase me dice que su padre no quiere ni caridad ni dinero a cambio de su silencio.

Durante una semana, discuten el asunto en familia. Al final al señor Garrett le trasladan de la UCI a planta y mi madre le hace una visita.

Ni siquiera Jase sabe lo que sucede en esa visita, pero al día siguiente mi madre se retira de la campaña electoral.

Tal y como ella misma dijo, Clay escribe su discurso de renuncia. «Ciertos acontecimientos en mi vida familiar me han convencido de que debo declinar el honor de presentarme de nuevo al cargo y seguir sirviéndoos como senadora. Los servidores públicos también somos personas con una vida privada y ahora debo invertir todo mi esfuerzo en las personas más cercanas a mí antes de continuar sirviendo al resto del mundo».

Los medios de comunicación dedican días enteros a hacer conjeturas sobre el asunto —siempre lo hacen cuando un político se retira de forma inesperada— pero la polémica pierde fuelle después de unas pocas semanas.

Espero que mi madre haga un crucero, tal vez ese viaje al Caribe del que hablé, pero en lugar de eso pasa mucho tiempo en nuestra casa, arreglando el jardín en el que tantas horas trabajó antes de dedicarse a la política. Todas las noches hace la cena para los Garrett y me la da para que se la lleve, hasta que Duff termina tan harto de los tomates secos, el queso de cabra y el hojaldre como lo estuvo de la pizza. A menudo me pregunta cómo le va al señor Garrett y siempre que lo hace desvía la mirada. Cuando Jase se ofrece a cortarnos el césped, me dice que se lo agradezca pero que «ya tenemos a alguien que se encarga de eso».

\* \* \*

Cualquiera pensaría que después de todos los años que he pasado en el B&T, después de todas esas cenas de los viernes, las fiestas y las horas transcurridas en la piscina, echo de menos ese lugar desde que decidí colgar el uniforme y decir adiós al señor

Lennox. Pero aunque mi madre decide que el único lugar posible para una última cena en familia antes de que Tracy vaya a la universidad es el restaurante del club, no siento nostalgia alguna cuando abrimos las pesadas puertas de roble y entramos al salón. La única emoción que siento es sorpresa por ver que todo sigue exactamente igual. La música clásica en un volumen tan bajo que casi parece subliminal, las sonoras carcajadas de la barra y el tintineo de los cubiertos, el aroma a aceite de limón, manteles almidonados y costillas. La única diferencia es que Tracy encabeza nuestra pequeña comitiva, seguida por mi madre.

Una vez dentro nos recibe nuestro *maître* habitual, pero no nos lleva a la mesa de siempre, la que está debajo del cuadro de las ballenas con arpones y los desafortunados marineros, sino que nos dirige a una mesa más pequeña situada en un rincón.

—Lo siento mucho —se disculpa ante mi madre—. Lleva un tiempo sin venir y le hemos dado la mesa al señor Lamont, que suele cenar todos los viernes.

Mi madre se mira primero las manos y luego alza la mirada de repente.

—Por supuesto. Naturalmente. Está bien. Además esta mesa es mejor. Nos da más privacidad.

Entonces, se sienta en la silla que no da al resto del salón y sacude su servilleta.

—Nos apenó oír que no va a volver a representarnos, senadora Reed —añade el hombre con suavidad.

—Ah. Sí. Había llegado el momento de avanzar. —Mamá alcanza un panecillo de la canasta de pan, lo unta con mantequilla con enorme concentración y empieza a comérselo como si fuera lo último que fuera a llevarse a la boca en su vida. Tracy me mira y enarca una ceja. Un gesto que últimamente compartimos a menudo. Nuestra casa es un tranquilo campo de minas. Trace no ve el momento de irse a Middlebury y yo no la culpo.

—Por cierto —dice mi hermana—. He hecho algunos cambios en mis planes para la universidad.

Mamá da el último mordisco a su panecillo.

—No —dice en un susurro.

Tracy simplemente la mira. Desde que regresó de Martha's Vineyard parece como si mi madre hubiera perdido toda prerrogativa a decir que sí o no a cualquier cosa relacionada con su vida. Y mamá mira hacia a otro lado.

—Flip va a venir a Vermont. Para estar conmigo. Ha conseguido un trabajo muy bueno para cuidar a los hijos de algunos profesores del departamento de Literatura. Vamos a alquilar un apartamento juntos.

Mi madre no sabe por dónde empezar.

—¿Cuidar niños? —dice al final.

—Sí, mamá. —Tracy cierra el menú—. Y un apartamento. Juntos.

A primera vista, esto parece el inicio de una de sus antiguas discusiones: Tracy reclamando su derecho a rebelarse y mi madre negándoselo. Pero mi madre lleva

unos días en que termina cediendo antes. Ahora mira la servilleta que tiene en el regazo y toma un sorbo de agua.

—De acuerdo. Eso sí que es nuevo —dice.

Hacemos una pausa en la conversación mientras el camarero toma nota. Todavía somos demasiado educadas, o estamos muy bien entrenadas, para no demostrar ninguna emoción visible delante del personal del restaurante. Sin embargo, en cuanto se retira, mamá se hace con el cárdigan de seda que ha dejado sobre el respaldo de su silla y busca a tientas en el bolsillo.

—Entonces supongo que es un buen momento para enseñaros esto. —Desdobla con cuidado un trozo de papel y lo coloca entre mi hermana y yo.

La casa de tus sueños en venta. Ubicada en una calle sin salida en una de las ciudades más elegantes de Connecticut, esta magnífica vivienda cuenta con las mejores comodidades, excelente ubicación cerca del paseo marítimo y la playa, suelos de madera, todo de la más alta calidad. Para consultar el precio, pregunten por favor en Postscript Realty.

Me quedo mirando el papel, sin entenderlo. Mi hermana, sin embargo, se da cuenta al instante.

—¿Vas a vender nuestra casa? ¿Nos mudamos?

—Samantha y yo sí. Tú ya te has ido —dice mi madre con un ligero toque de su tono mordaz.

Entonces reconozco nuestra casa en la foto. Es una imagen que ha sido tomada desde una ubicación en la que rara vez me he fijado, el lado opuesto al de los Garrett.

—Tiene su lógica —continúa mi madre cuando el camarero desliza silenciosamente frente a ella la ensalada que ha pedido—. Es una casa demasiado grande para dos personas. Demasiado grande... —Su voz se apaga y pincha un trozo de arándano—. Dicen que estará vendida en un mes como máximo.

—¡Un mes! —explota Tracy—. ¿En el último curso de instituto de Samantha? ¿Dónde vais a ir?

Mamá termina de masticar su último bocado de ensalada y se limpia los labios.

—Puede que a esos nuevos condominios que hay en la ensenada. Hasta que encontremos algo mejor. A Samantha no le va a suponer ningún cambio importante. Seguirá yendo a Hodges.

—Sí, claro —masculla Tracy—. Dios, mamá. ¿No crees que Samantha ya ha tenido suficientes cambios?

No digo nada, aunque mi hermana tiene razón. ¿Qué ha sido de esa muchacha que venía a cenar a este mismo restaurante a principios de verano, con Nan, su mejor amiga, preocupada por Tim, desconcertada por Clay, el nuevo amigo de su madre, y con un amor secreto?

Aunque eso es lo fundamental. Todo lo importante ya ha cambiado.

Nuestra casa era la obra maestra de mamá, el legado que simbolizaba que se merecía lo mejor de todo. Pero lo que a mí realmente me gustaba era la vista. Y

durante mucho tiempo, eso fue precisamente lo que fui. La muchacha que observada a los Garrett, que veía la vida en la puerta de al lado.

Pero ahora ya no soy una mera observadora. Lo que Jase y yo tenemos es real y está más vivo que nunca. No tiene nada que ver con cómo se ven las cosas desde lejos y sí con todo lo que se vive de cerca. Y eso no va a cambiar.

## CAPÍTULO 53

Casi está amaneciendo y es el fin de semana del día del Trabajo, el primer lunes de septiembre. Las clases empiezan mañana, con su avalancha de tareas, cursos avanzados y expectativas de futuro. Cuando abro los ojos casi puedo sentir el cambio en el ambiente, el aire es más fresco y el verano de Nueva Inglaterra empieza a dar paso al otoño. Voy en bicicleta a darme un baño matutino en el mar; primero me centro en mis brazadas y luego me quedo flotando sobre las olas, contemplando las estrellas que se desvanecen en el cielo. Este año vuelvo al equipo de natación.

Regreso a casa antes de que el sol haya salido. Acabo de dejar la ducha cuando le oigo.

—¡Samantha! ¡Sam! —Me pongo una toalla sobre la cabeza y salgo a la ventana. Todavía está oscuro pero hay suficiente luz para ver a Jase bajo el enrejado con algo en la mano.

—Hazte a un lado un segundo —me dice.

Cuando lo hago, el periódico vuela disparado hacia la ventana en un perfecto arco. Asomo la cabeza.

—¡Vaya puntería! Pero no estoy suscrita al *Stony Bay Bugle*.

—Ábrelo.

Quito la goma y desenrollo el periódico. En el interior me encuentro una nube de flores blancas envueltas alrededor de un ramillete tan verde como la primavera y una nota atada a los tallos.

Ven a la casa de al lado. Tu carruaje te espera.

Bajo por el enrejado. Allí, en el camino de entrada de los Garrett, está el Mustang. Los destrozados asientos han sido reemplazados por unos de un suave cuero marrón y la parte frontal está pintada de un deslumbrante tono verde.

—Es precioso —murmuro.

—Quería esperar a que estuviera pintado por completo y todo quedara perfecto. Pero me he dado cuenta que todavía queda mucho para que roce la perfección.

—No veo ninguna bailarina hawaiana —apunto.

—Si quieres bailar cualquier danza exótica, tú misma. Pero el asiento de delante está lleno de cosas. Tendrías que subirte al capó.

Me río.

—Y arruinar esa asombrosa pintura. Ni de broma.

—Vamos. —Abre la puerta con un florido gesto, me invita a entrar y luego salta por encima de la puerta del conductor.

—Qué estilo —comento, riéndome.

—¿A que sí? He estado practicando. El secreto reside en evitar aterrizar sobre la caja de cambios.

Todavía estoy riéndome cuando gira la llave de contacto y el motor arranca.

—¡Funciona!

—Por supuesto —comenta Jase con aire de suficiencia—. Ponte el cinturón. Tengo algo más que enseñarte.

La ciudad todavía está en silencio mientras recorremos las calles. Es demasiado pronto para que abran las tiendas, demasiado temprano incluso para que el Breakfast Ahoy empiece a servir sus desayunos. No obstante, los repartidores de periódicos ya han terminado su trabajo.

Recorremos la carretera de la costa y terminamos en el aparcamiento de la playa, cerca del Clam Shack, donde tuvimos nuestra primera cita.

—Vamos, Sam.

Tomo la mano de Jase y caminamos por la playa. La arena está fría, firme y húmeda por la reciente marea, pero en el ambiente se empieza a respirar una calidez que apunta a que ese día van a subir bastante las temperaturas.

Caminamos por el sendero pedregoso que conduce hasta el faro. Todavía está bastante oscuro y Jase me sujeta con fuerza por la cintura mientras escalamos por las rocas. Cuando llegamos al faro, me arrastra por las escaleras negras que llevan a la cúpula.

—Tú primero —dice—. Voy justo detrás.

Cuando llegamos arriba accedemos a la estancia donde una enorme luz ilumina el océano y una vez allí salimos a un tejado ligeramente inclinado.

—En diez, nueve, ocho...

—¿Es que está a punto de explotar algo? —pregunto.

—Calla. Esta es una de las ventajas de trabajar como repartidor de periódicos. Sé exactamente cuándo va a ocurrir. Calla y observa.

Entrelazamos nuestras manos y miramos al océano. Entonces vemos cómo sale el sol desde el techo del mundo.



HUNTLEY FITZPATRICK. Creció siendo una soñadora y pensando en las nubes en el estado costero de Connecticut.

Floreció en una familia de lectores incansables donde todo el mundo tenía siempre la nariz metida en un libro. Mantenía de manera exhaustiva un diario de lo más concienzudo, lo que asustaba a la mayoría de sus novios, pero que probó resultar de lo más útil en su carrera como escritora.

Huntley pasó sus años universitarios especializándose en Shakespeare, tras lo cual pasó un tiempo trabajando como camarera.

Su primera novela, *En la puerta de al lado*, fue publicada en junio de 2012.

Huntley vive en la costa de Massachusetts con su marido y sus seis hijos.



# NOTAS

[1] MIT: Instituto Tecnológico de Massachusetts. Universidad privada localizada en Cambridge, Massachusetts. (*N. de la T.*) <<

[2] Examen estandarizado que se usa en las admisiones a las universidades en los Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<